Menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador.—Ésta era la opinión de Cervantes, y así lo manifestó en la novela de *Los dos perros*, donde decía la bruja Cañizares: «la santidad fingida no hace daño á ningún tercero, sino al que la usa»; y en el *Persiles*, donde dijo que «no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo». Pero acaso no faltará quien lo mire como dudoso y problemático, mirando á que los hipócritas son enemigos ocultos, y, como tales, más temibles, de la virtud, y á que el escándalo producido por el descubrimiento (que suele ser frecuente) de la hipocresía, puede ser mayor y más perjudicial que el de la conducta del pecador público. En el Evangelio, Jesucristo se irritó contra los hipócritas y trató con benignidad á la pública pecadora. V, 8.—Véase *Secta-ermitaño*.

Mensajero sois, amigo; no merecéis culpa, non.—Dos versos tomados de los romances viejos de Bernardo del Carpio y del conde Fernán González y que habían llegado en el siglo XV á ser proverbiales. En los anales de la caballería andante se reconoció esta inviolabilidad del derecho fecial. Á pesar de todo, Sancho no se aseguraba, y acordándose de lo colérico y cosquilloso de sus paisanos, temía que los del Toboso le moliesen á palos, si creían que iba á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas. ¿Envolverá esto alguna alusión al mal trato que, según la tradición referida por Navarrete, experimentó Cervantes en el Toboso por un chiste picante dirigido á una mujer, cuyos parientes é interesados se ofendieron? IV, 168.

Mentir por las barbas, por la gorja.—Fórmulas de juramento. —«Por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera». Se dice festivamente que la doncella *miente por sus barbas*, como si las tuviera ó pudiera tenerlas, siguiendo la fórmula de desmentir á los que las tienen. VI, 95.—Véase *Para mis barbas*.

Meollo.—Sancho dice á su amo: «¿Es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de *meollo*,...». *No tener meollo*: frase con que se da á entender que alguna cosa no tiene sustancia. Dícese regularmente del que tiene poco juicio. (Academia.) III, 423.

Meona (De la gran laguna), digo, Meótides.—Laguna Meotis ó mar de Zavache, golfo del Mar Negro, en que desemboca el río Don ó Tanais. En todo este pasaje se burla el cura y se divierte á costa de la sandez de Don Quijote y de la simplicidad de su escudero. II, 447.

Mercader (El) amante.—Es una comedia de Gaspar de Aguilar, poeta valenciano. Pellicer dice que el asunto del *Mercader amante* coincide con el de *El curioso impertinente*, del *Quijote*. III, 399.—[II, 298.]

Merced de Dios.—Pellicer dice que en la Mancha se llamaba *merced de Dios* á los huevos y torreznos fritos con miel, y Bowle copia un pasaje de Covarrubias en que se explica de dónde vino llamarse así á la mezcla de torreznos con huevos. VI, 37.—Véase *Torreznos con huevos*.

Merced de hábito, se llama la que el rey hace á los que admite en alguna de las cuatro órdenes militares españolas, de que es gran maestre.—«El *hábito* que tenéis». *Hábito* está aquí por «traje» en general, aunque ordinariamente se usa en otra significación, ceñida al de los clérigos, religiosos y caballeros de ciertas órdenes. En el cap. 3.º, segunda parte (IV, 48), jura el bachiller Sansón Carrasco «por el *hábito* de San Pedro, que visto». Un refrán dice: «El *hábito* no hace al monje». En otra acepción más general todavía, *hábito* significa «costumbre». III, 299.—Véase *Hábito*.

Méritamente (merecidamente).—Esta palabra, que acaso llamará la atención de algún lector como extranjera, es poco usada, pero castiza. Usóla D. Luis de Ávila y Zúñiga en su *Comentario de la guerra de Alemania*, y la había usado un

siglo antes el marqués de Santillana. El mismo marqués usó también de la palabra *inméritamente*. *Inmérito* se lee en la *Tragicomedia de Calixto y Melibea; meritísimas*, en el libro IV de la *Pícara Justina*, y después en el *Lazarillo de Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa. IV, 67.

Merlín.—El encantador más antiguo de cuantos menciona la historia moderna. «Protoencantador de los encantadores». IV, 46, 429; V, 335.—«*Merlín*, aquel francés encantador», Montesinos, como viejo, estaba desmemoriado, porque Merlín no fué francés, sino inglés. Alguna vez en los libros caballerescos se lee que nació en *Galia;* pero es errata, por *Gaula*, que es *Gales*, como ya se dijo en otra ocasión (I, 122). IV, 429.—La profecía de *Merlín*. V, 222-226.—«Un mayordomo del Duque hizo la figura de *Merlín*». V, 239 (t), 371.

Merlo (Juan de).—Este caballero, á quien Cervantes llama «lusitano» porque era de linaje portugués, nació en Castilla. El poeta Juan de Mena deploró su muerte en las *Trescientas*. III, 460.—[I, 348.]

Mero mixto imperio.—«Quedóse Sancho con la olla con *mero mixto imperio*». Esto es, con jurisdicción y dominio absoluto: metáfora tomada del estilo jurídico. VI, 206.

Mesnada.—«Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su *mesnada*».—*Mesnada:* compañía de gente de armas, mantenida y pagada por alguna persona á quien seguía: es voz muy usada en las crónicas castellanas, y se halla ya en las poesías de Gonzalo de Berceo. Díjose, por extensión, de cualquier bando ó parcialidad, como aquí sucede.—*Mesnadero* era el que mandaba la *mesnada;* y así llamó Juan Lorenzo de Segura á los capitanes de Alejandro. IV, 398.

Mesura.—«Y haciendo *mesura* con la cabeza».—*Mesura* es un género de reverencia que se hace á la persona venerable. (Covarrubias citado por Bowle.) VI, 328.—Véase *Hacer mesura*.

Metamorfóseos ú Ovidio español.—«*Metamorfosis*» es palabra que viene del griego, donde significa «trasformación». IV, 407.—Véase *Ovidio*.

Metátesis.—Trasposición de letras.—Figura de dicción que se comete cuando una sílaba ó letra se muda de un lugar de la dicción á otro. (Academia.)—Inversión del orden de las letras, como sucede en *pelaire* y *peraile, camaranchón* y *caramanchón, niervo* y *nervio*, etc. II, 373-375, 506; IV, 388.

Meter este buen día en mi casa.—Gozarle, aprovecharle. (Arrieta.)—Hinard lo traduce: *mettre le bonheur dans ma maison*. VI, 76 (t).

Meterse (No) en dibujos.—«Yo hablo como Dios es servido (dijo Teresa á su marido), y *no me meto en más dibujos*».—Frase. Abstenerse alguno de hacer ó decir impertinentemente más de aquello que corresponde. (Academia.)—*Ne point se mêler des choses qui ne nous regardent pas*. (Taboada.) IV, 98 (t).

Mexía ó Mejía (Pedro).—En su *Coloquio del porfiado* pone un elogio del asno en boca del bachiller Narváez. II, 19.—Su *Diálogo de los médicos*. III, 187.—Su *Historia imperial y cesárea*. III, 388, 389.—Su *Silva de varia lección*. VI, 47.—[II, 11, 28.]

Mezquino (Guarino).—Su historia. III, 453.

¡Mi padre!—«¿Católicos? *¡mi padre!*»—Interjección cuyo sentido no se puede fácilmente definir y cuyo origen es imposible señalar, como sucede de ordinario en las expresiones proverbiales. Es una especie de aseveración ó juramento con alguna punta de ironía. Aquí, en boca de Don Quijote, no sólo confirma lo que Sancho había dicho, sino que muestra desaprobar la duda con que lo había dicho. III, 358.—«¡Cuerpo de *mi padre!*» IV, 42.—«¿Polla? *¡mi padre!*» VI, 198.

Micomicón (El reino de).—*Mico:* nombre que se da á un géne-

ro de animales que se diferencian de los monos en tener cola, con la cual una gran parte de ellos se agarran y se suspenden de los árboles. (Academia.) II, 429 (t).

Micomicona (La princesa).—«Llámase, respondió el cura, *la princesa Micomicona*, porque, llamándose su reino *Micomicón*, claro está que ella se ha de llamar así». II, 429 (t).—La aventura de la princesa Micomicona es una de las más verosímiles en el plan de la fábula, y de las más apropiadas al estilo de los libros andantes. Dorotea hizo el papel de la princesa. II, 425, 453; III, 338.

Miel sobre hojuelas.—Sancho dijo á su amo, quien le invitó á darse algunos azotes: «esto me parece argado sobre argado, y no *miel sobre hojuelas*». *Argado sobre argado* es como si se dijera «enredo sobre enredo, dificultad sobre dificultad, trabajo sobre trabajo», por contraposición á la frase proverbial «*miel sobre hojuelas*», que sirve para denotar todo lo que hace mejor á lo que por sí era ya bueno. VI, 389.—Véase *Argado sobre argado*.

Miguel (El célebre monte de San).—Fué por mucho tiempo uno de los santuarios más nombrados de la cristiandad y visitado frecuentemente de reyes y príncipes, entre ellos de Luis XI, rey de Francia. En los documentos históricos suele dársele el nombre de *Mons Tumbae*, Monte de la Tumba, por su figura, ó *Mons Sancti Michaëlis in periculo maris*, por su situación peñascosa y el continuo embate de las mareas. Larga Nota sobre ello: II, 284-285.

Miguel Turra.—Villa de la gobernación de Almagro y del orden de Calatrava. V, 446.

Milán.—«Fuí desde allí á *Milán*, donde me acomodé de las armas». Desde antiguo eran famosas las fábricas milanesas de armas, y singularmente la bondad de los arneses. III, 149.

Milesias, Mileto.—«Fábulas que llaman *milesias*». Dióseles este nombre porque se inventaron ó por lo menos eran comunes en Mileto, ciudad griega en la costa de Jonia, famosa por la suavidad de su clima, por la molicie de sus habitantes y por su inclinación á los placeres y diversiones frívolas. Fué la Síbaris del Asia, y patria de la célebre cortesana Aspasia, primero amiga y después mujer de Pericles. De esta propensión á la futilidad y al deleite hubieron de nacer los cuentos ó fábulas *milesias*, propias únicamente para desperdiciar el tiempo ó entretener la infancia, como lo son los cuentos tártaros y, según el juicio y censura del canónigo, los libros caballerescos. Á las fábulas *milesias* opone el canónigo las que llama *apólogas*, que, según la opinión común, nacieron en Frigia, como las otras en Jonia, provincias ambas del Asia Menor. Á este género pertenecen las fábulas de Esopo entre los griegos, de Fedro y Avieno entre los latinos, de Lafontaine y Samaniego entre los modernos. III, 373.—Véase *Apólogas*.

Milite.—Anticuado. Soldado. (Academia.) «*Milite* guerrero»: pleonasmo que sólo puede excusarse por el estado moral de quien habla. *Milite* es palabra latina, usada antes de Cervantes por nuestros escritores. III, 131.

Mingo. VI, 436.—Véanse *Más galán que Mingo* y *Mingo Revulgo*.

Mingo Revulgo (Las coplas de).—Coplas antiguas de autor desconocido, en que bajo nombres y alegorías pastoriles se satirizó el gobierno de D. Enrique IV, rey de Castilla. IV, XIII (Prólogo).—[I, 232 y n.]

Minos.—«Juez y compañero de Radamanto». Parece, según estas palabras, que Minos era juez de Radamanto, lo que no es así. Fué hijo de Júpiter y Europa, y juez de los infiernos. VI, 382.—Véase *Radamanto*.

Minotauro (El).—Monstruo nacido de un toro y de Pasífae, mujer de Minos. Dédalo dicen que construyó el laberinto de Creta á imitación del de Egipto, por mandado del rey Minos, para encerrar al Minotauro. I, 233.—Véase *Laberintos*.

Mirá, por *mirad*.—«*Mirá* en hora mala, dijo á este punto el ama».—El ama hablaba con muchos, y así no pudo decir *mira*, en singular. Debió ponerse *mirá*, con acento en la última, según se halla en las ediciones primitivas. Desde muy antiguo solía ponerse *tomá*, por *tomad*, *comé*, por *comed*, y no siempre era libre hacer la enmienda añadiendo la *d*, porque muchas veces no lo permite el metro, como en el romance del Cid: «Elvira, *soltá* el puñal».—Son frecuentes los ejemplos en el *Cancionero general* y en los poetas antiguos y modernos. Lope de Vega hizo lo mismo en muchos pasajes de sus composiciones dramáticas. I, 99, 100.—«*Mirá* bien, Ambrosio, ya que queréis». Muchas ediciones han puesto «*mira* bien, Ambrosio», lo cual evidentemente es error, porque el número debe ser igual al del otro verbo *queréis*, que es plural. Y así, debe escribirse *mirá*, que es lo mismo que *mirad*, sólo que se suaviza y elide la *d*, como suele hacerse en el estilo familiar. I, 286.

Miraflores.—Era un castillo ó casa de placer, donde solía residir la sin par Oriana, hija del rey Lisuarte y de la reina Brisena, señora de Amadís de Gaula y archi-princesa de las princesas caballerescas. I, LXIII (Prólogo).—Véase *Oriana*.

Miraguarda (Castillo de).—*Miraguarda* no es nombre de lugar, sino de persona.—La infanta Miraguarda era hija de un conde que vivía en la corte de España, y por ciertas razones rogó al gigante Almourol que la guardase en un castillo que tenía en el Tajo, hasta que fuese tiempo de casarla. El caballero Florendos, á quien una recia tormenta había echado á las costas de Portugal, junto á Altarroca, que después llamaron Lisboa, andaba buscando aventuras por aquel reino. Llegóse á la puerta del castillo, paróse á mirar, salió á caballo el gigante y se combatió con Florendos. La infanta, puesta entre las almenas con sus doncellas, miraba la pelea, y viendo que iba de vencida el gigante, bajó y pidió su vida á Florendos, quien, prendado de su hermosura, le otorgó lo que pedía. Éste es el castillo de Miraguarda, que otras veces se llama de Almourol, del nombre de su dueño. Fácilmente se adivina que Miraguarda vino últimamente á casar con Florendos. I, 128.

Miranda (D. Diego de).—Su primer encuentro con Don Quijote. II, 273 (t).—«A quien Don Quijote llamaba el caballero del Verde Gabán». Don Quijote, todo lleno de las ideas y expresiones de los libros caballerescos, las aplicaba á cuanto veía, y era muy propio de su carácter dar este título á D. Diego de Miranda. IV, 319.

Mirar.—Repetición notable de este verbo, cuatro veces en una sentencia: «El caballero del Bosque (Cardenio), que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura (Don Quijote), no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo», etc. II, 254, 255 (t).

Mirar (Y) por el virote.—Expresión que el uso posterior á Cervantes ha hecho indecente, pero que entonces significaba que cada uno mirase por sí. Sancho la había usado ya en el diálogo con Tomé Cecial. (IV, 248.)—«*Mirar por el virote*, según Covarrubias, es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer; metáfora tomada del que tira desde algún puesto á los conejos en ojeo ó espera, que ha de estar quedo hasta que hayan pasado, y después sale á buscar los virotes».—*Virote* es una especie de saeta guarnecida con un casquillo ó punta. VI, 4.—Véase *Virote (Mirar por el)*.

Mis arreos son las armas; mi descanso, el pelear.—Don Quijote tomaba la palabra á aquel caballero que, hablando con su señora, decía en un antiguo romance que se insertó en el *Romancero de Amberes* de 1555 (fol. 267):

Mis arreos son las armas;
Mi descanso, el pelear;

Mi cama, las duras peñas;
Mi dormir, siempre velar.

La contestación del ventero á Don Quijote manifiesta que él también sabía el romance: «las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar». I, 35; VI, 319 (t).

Misa (No saber de la) la media.—«Digo *que no supo ni sabe de la misa la media*».—Frase familiar. Ignorar alguna cosa ó no poder dar razón de ella. (Academia.) III, 116 (t).

Miseria.—Los amigos de Basilio quedaron condolidos de «su *miseria*»: palabra que envuelve siempre algo de desprecio, y que, por consiguiente, disminuye el interés que inspira la desgracia. IV, 392 (t), 393.

Misericordia (Una) de vino.—«Sin hallar una *misericordia de vino*».—Como si dijera «*una limosna de vino*», y no sin propiedad, porque la palabra *eleemosyna*, de donde se derivó *limosna*, significa en griego «conmiseración ó misericordia». Salvá en su *Diccionario* dice: «familiar. Pizca, gota, la más mínima cantidad. Se usa con negación, y así, decimos: no se halla *una misericordia* de pan, vino, etc., en todo el lugar.» V, 191.

Mitad (En la) de mi corazón.—«La que tengo grabada y estampada *en la mitad de mi corazón*».—Esta expresión no es sinónima de la otra «*en el medio de mi corazón*», que es como hubiera estado mejor dicho. La *mitad* es parte; el *medio* es lugar; la *mitad* puede estar á la derecha ó á la izquierda; el *medio* es punto fijo, el centro; que es lo que quiso decir el texto. V, 453.

Miu, «que es el principio del nombre de la sin par *Miulina*».—Clase de galantería, de que hay ejemplos en los anales caballerescos y aun en las historias verdaderas. El día que Lisuarte de Grecia lidió con el rey de la Ínsula Gigantea, Amadís de Gaula «se levantó por ver la batalla, cubriéndose con un rico manto de carmesí con unas *oes* de oro».

Estas *oes* eran la inicial del nombre de la sin par Oriana. II, 74.—Véase *Oes*.

Mocosa (Ciencia).—*Mocosa* equivale á «pueril, frívola, despreciable»: calificación irónica, sumamente graciosa y oportuna, según observó Munárriz, por el modo y circunstancias en que la usa nuestro hidalgo, y que dice relación especial á «pueril», por la que tiene con la infancia. IV, 331, 333 (t).

Mocosa.—«Pues digamos ahora que la discreción era *mocosa*». Es decir, poco limitada, como la de una mocosa, de una niña. (Arrieta.)—El estilo de la Dueña Dolorida, desde el principio hasta el fin de la aventura, es una mezcla de serio y chancero, de grave y familiar, de sublime y bajo, salpicado al mismo tiempo de arcaísmos é italianismos, que forma un carácter aparte en el todo de la fábula, donde no hay otro que se le parezca. V, 274.

Mocho (El).—«Enarboló *el mocho* de un arcabuz».—El remate grueso, y las más veces redondo, de cualquier cosa larga. (Academia.) VI, 241 (t).

Modón.—«Á *Modón*, que es una isla».—*Modón* (la antigua *Methone* del Peloponeso) no es isla, sino plaza marítima de la Morea, á corta distancia de Navarino. No pareciendo posible tanta equivocación en Cervantes, que navegó por aquellos mares y mostró en todas sus obras tanto conocimiento de las costas del Mediterráneo, debe creerse que *isla* es errata, por «plaza, fuerza» ú otra palabra semejante que habría en el original. III, 160.

Moharracho ó moharrache.—El que se disfraza ridículamente en alguna función, para alegrar y entretener á otros, haciendo gestos, ademanes y muecas ridículas. IV, 197; VI, 99 (t).—Véase *Mojiganga, bojiganga*.

Mohatra.—«Caballero de *mohatra*» significa caballero de farsa, tramposo, embrollón, porque *mohatra* es una especie de contrato simulado ó fraudulento. V, 136.—Véase *Echacuervos*.

Mojiganga.—Fiesta en que concurren varias personas disfrazadas con trajes ridículos. IV, 197.—Véanse *Bojiganga* y *Mokarracho*.

Mojón.—Anticuado. Catador de vinos, el que es inteligente en este ramo. (Salvá.)—Juan Berrocal decía de sí:

> *No hay* mojón *en el mundo que me iguale.....*
> *Pues cuando estoy armado á lo de Baco,*
> *Así se me aderezan los sentidos,*
> *Que me parece á mí que en aquel punto*
> *Podría prestar leyes á Licurgo.*

IV, 232.—Véanse *Berrocal (Juan)* y *Prueba (La) del vino*.

Molde (De).—«Y á él (el Duque) se la dará (la cuenta) *de molde*»: ajustada; así como la figura sale ajustada al molde en que se funde. VI, 93.—«Que debe ir (la carta) como *de molde*». «*Como de molde*» no significa aquí «como conviene, como piden las circunstancias», que es lo que significa muchas veces, sino «como si fuese *letra de molde*», aludiéndose á la perfección y autoridad que el vulgo ignorante atribuye á todo lo que ve impreso. II, 320.—«Mi condado está *de molde* (dijo Sancho)»; como quien dice: «mi condado conviene, encaja, se ajusta con las circunstancias, como el barro ó metal fundido, con el molde; mi condado no falla, es seguro». III, 78.

Molidos como alheña.—*Alheña* es un arbusto con cuyas raíces, reducidas á polvo, se teñían los moros y moras los cabellos y las uñas, como dice Covarrubias: «Y porque para esto (prosigue) y para algunas medecinas se muele la alheña, nació de aquí una manera de hablar, que es «*estar molido como alheña*», del que está cansado y quebrantado». Conforme á esto, Sancho, apaleado por los del escuadrón del rebuzno, dice después á su amo en el cap. 28 (V, 84): «yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan á sus buenos escuderos *molidos como alheña*». IV, 246, 247.—Véase *Alheña*.

Moliente y corriente.—«Escudero fiel y legal, *moliente y corriente*, magnífico y grande». *Corriente y moliente:* expresión metafórica y familiar que se aplica á las cosas llanas, usuales y cumplidas. (Academia.) IV, 228 (t).

Molière.—Pellicer observó ya sobre el cap. 5.º, segunda parte (IV, 85-99), que el célebre dramático francés Moliere imitó el diálogo de Sancho y Teresa en su comedia *Le bourgeois gentilhomme* (Acto III, esc. 12), así como Corneille se había aprovechado del *Cid*, de D. Guillén de Castro, y del *Mentiroso*, de Lope de Vega. IV, 99.

Molinos de viento.—La falta de ríos en la Mancha, una de las provincias de España más escasas de agua, produjo la necesidad de usar de los molinos de viento, que son tan frecuentes en ella. I, 170.—La aventura de los molinos de viento. I, 170.

Momentos (Por).—En vez de *á cada momento*. «Y le sale por fiador de sus trampas *por momentos*». V, 467.—«Y le esperan en su reino *por momentos*». III, 452 (t).—«Se los volvía á pedir *por momentos*». V, 413 (t).

Mona (Tomar la).—«No para *tomar el mono*, sino *la mona*». Jugó Don Quijote con la doble significación de la palabra *mona*, que, además de la «hembra del mono», suele significar también «la que toman los borrachos». De la razón por que se llama *mona* á la borrachera y se dice que el borracho está hecho *una mona*, trata Gaspar Lucas de Hidalgo en sus *Diálogos de apacible entretenimiento*. V, 65.—En el estilo familiar y jocoso, «*tomar la mona*», ó «*coger mona*», significa «emborracharse». (Arrieta.)

Moncada (D. Sancho de).—Sobre la expulsión de los gitanos. II, 475-477.—[III, 232, n.]

Mondoñedo (El obispo de).—Véase *Guevara (D. Antonio de)*. —[II, 14-18, 26, 138, etc.]

Moneda forera.—Contribución que solía pagarse á los reyes

de siete en siete años en reconocimiento de su señorío, y está abolida hace siglos. III, 333.

Monederos falsos.—La Partida VII, hablando de los que hacen moneda falsa, dice así: «mandamos que cualquier home que ficiere falsa moneda de oro ó de plata ó de otro metal cualquier, que sea quemado por ello». IV, 63.

Monicongo.—Lo mismo que *Congo*, país de África, de donde venían muchos esclavos á España. III, 533.

Monjil.—Túnica propia de monjas, á que acompañaba la toca, componiendo ambas el todo del traje. Fué común en lo antiguo usarlo las viudas, y era el que gastaban también las dueñas de las casas principales. V, 265.

Monjuich.—Es el monte de este nombre, que desde su empinada cumbre descubre los navíos, de cualquiera parte que vengan, y avisa al puerto por medio de señales. (Arrieta.) Navajero, copiado por Bowle, indica que su etimología es *Mons Jovis*. VI, 302.

Monserrate (La montaña de) en Cataluña.—«Entre unas espesas encinas ó alcornoques». Tratando Bowle, en su *Introducción á la geografía física de España*, de esta montaña, dice que donde no está cultivado el terreno crecen más de doscientas especies de árboles, arbustos y plantas; mas no habla de alcornoques. VI, 220.

Monserrate (El).—Poema del capitán Cristóbal de Virués, que describe la culpa y penitencia de Garín, y la fundación del santuario de Monserrate en el siglo IX. I, 151.—[II, 474-475 y n.]

Monta.—«Que no está la *monta*». *Monta* significa aquí lo mismo que «importancia». III, 49.

Montalbán (D. Quirieleisón de) y su hermano Tomás.—Este nombre de *Quirieleisón*, dado á un caballero en la primera parte del *Tirante*, es tan ridículo como el de Melquisedec, que se da en la cuarta á un rey de Tremecén. El primero desafió á Tirante, pero murió antes del encuentro. Tomás

de Montalbán tomó la demanda de su hermano, desafió á Tirante y fué vencido de él. I, 134.—*Quirieleisón:* familiar. El canto de los entierros y oficio de difuntos. (Academia.)

Montalbán (Reinaldos de).—Uno de los doce Pares de Francia, y rival de Don Roldán. I, 13.

Montalvo (Garci Ordóñez de).—Sus *Cuatro libros de Amadís de Gaula*. I, 104, 107.—Su libro de *Las Sergas de Esplandián*. I, 110, 111, 191.—[I, 201, 207-209.]

Montalvo (Luis Gálvez de).—Su *Pastor de Filida*. I, 146; III, 15, 49; VI, 356.—[III, 86 y n., 87.]

Montano (Benito Arias).—Bello pasaje en la *Retórica* que escribió en versos latinos. III, 389.—[I, 423, n., etc.]

Montante.—Espada larga de hoja y de gavilanes, que suelen traer los maestros de esgrima, usándola para separar á sus discípulos cuando en sus lecciones y ensayos manifiestan acalorarse y empeñarse demasiado. De aquí viene la expresión de «*echar el montante*», que se aplica al que media en alguna disputa, aplacando ó satisfaciendo á ambas partes. II, 514; IV, 365.

Montañas Rifeas.—«Por dicha, ¿vas caminando á pie y descalzo por las *Montañas Rifeas*?» (Don Quijote á Sancho.) —Con este nombre señalaron los geógrafos antiguos las ásperas y nevadas de Escitia que dan nacimiento al río Don ó Tanais. V, 101.

Montas.—Interjección familiar anticuada. Ahí es decir. (Academia.)—*Et même, et quand même.* (Taboada.) «Y *montas*, que no sabría yo autorizar el litado (dictado)», dijo Sancho. II, 187 (t).—«Pues *montas*, que no se librara Cardenio por loco» (dijo Sancho). II, 277 (t).—«Pues *montas*»: lo mismo que «pues añádase á esto». (Arrieta.)

Montemayor (Jorge de).—Llamado así del nombre de su patria, en Portugal, fué músico, soldado y poeta. Escribió en siete libros la *Diana*, novela pastoral mezclada de prosa y verso, en que se refieren, aunque disfrazadas, «diversas

historias de casos que verdaderamente han sucedido», como se dice en el argumento de la novela, la cual se imprimió en el año de 1545. I, 92, 93, 137, 138, 140-142.—Jorge de Montemayor en su *Diana* se ocultó bajo el nombre de *Silvano*. VI, 356.—M. Ticknor dice en su *Historia de la Literatura Española*: «Á pesar de sus defectos, la *Diana*, aunque escrita á tanta distancia de nosotros, nos interesa todavía, y se distingue en esto de las demás de su género, hoy día sumidas en el desprecio y en el olvido; así pues, alabamos el buen gusto del cura, que en el escrutinio de la librería de Don Quijote (I, 137-139) hizo justicia poética á este libro y á su autor». (Traducción de Gayangos, tomo III, 278.)—[III, 82-84.]

Montería (La caza de).—«El ejercicio de la *caza de monte* es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno». «La caza es una imagen de la guerra». Á las demás razones que recomiendan la caza de montería, añadió el Duque que «lo mejor que tiene» es que su ejercicio «no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza»: razón mezquina, hija de la vanidad y de la envidia, fundar el deleite en que otros no alcancen á tenerlo. El placer común debe aumentar el particular: una persona de buen corazón preferirá siempre estar alegre entre alegres á estar alegre entre tristes ó indiferentes. V, 201, 202.—Véanse *Cetrería*, *Volatería* y *Altanería*.

Montesinos (La cueva de).—La aventura de la cueva de Montesinos es, entre todas las del *Quijote*, donde más lució la inventiva de Cervantes. IV, 451, 452.—El proyecto de visitar la cueva de Montesinos y las lagunas de Ruidera estaba ya anunciado en el cap. 18 (IV, 346), estando Don Quijote en casa de D. Diego de Miranda. Aquí vuelve á anunciarse lo mismo, pero sólo se verificó la visita de la cueva: las lagunas se nombraron, y nada más. Desde la cueva de Montesinos, Don Quijote, sin más detenerse,

continuó su viaje con designio de hallarse en las justas de Zaragoza. IV, 405.—Cervantes inmortalizó la cueva de Montesinos. IV, 419.—«*Montesinos*, de quien la cueva toma nombre». IV, 425, 426.—«Oh mi primo *Montesinos*». IV, 431, 432. 439.—«De la (aventura) que Don Quijote ya les había contado (al Duque y á la Duquesa) de *la cueva de Montesinos*».—No fué Don Quijote, sino Sancho, el que contó la aventura de esta cueva, y la contó á la Duquesa sin que se hallasen presentes el Duque ni Don Quijote, como puede verse en el capítulo anterior. V, 193, 194.—Larga Nota sobre esta cueva y las lagunas de Ruidera: IV, 420-422.—Otra Nota: VI, 280.—«Figuran tanto Durandarte y Montesinos en la visita de Don Quijote á la famosa cueva, que todo cuanto de ellos pueda decirse, se encuentra ya en las notas de Pellicer y de Clemencín á la segunda parte de *La vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*». (Traducción de Gayangos, I, 137, n.)—[I, 120, n.]

Montiano y Luyando (D. Agustín).—En la aprobación que dió del *Quijote* de Avellaneda, al que manifestó un aprecio poco merecido, bien que sin dejar de calificar de clarísimo entendimiento al de Cervantes, notó ya la discreción excesiva con que algunas veces se hace hablar á nuestro escudero. IV, 96.—«Lo confirmaba por todo necio (el libro de Avellaneda)». Hablando Montiano, en su *Aprobación* del *Quijote* de Avellaneda, de la crítica que Cervantes había hecho de su competidor, dijo: «No creo que ningún hombre juicioso sentenciaría á favor de lo que Cervantes alega, si forma el cotejo de las dos segundas partes». Y añade, hablando de Avellaneda: «No es frío y sin gracejo como Cervantes».—¡Esto dijo Montiano!!! No puede negarse, sin embargo, que Avellaneda tiene gracejo en muchas ocasiones, pero mezclado frecuentemente con bajezas insoportables. VI, 209.—[III, 340.]

Montiel (Campo de).—Distrito de la Mancha, que compren-

dia muchos pueblos. Su capital, Monticl, está sobre el río Jabalón, que va á morir al Guadiana. Allí sucedió la muerte del rey D. Pedro de Castilla á manos de su hermano D. Enrique el año de 1369. I, 27; IV, 133; VI, 225.—«Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fué por el *Campo de Monticl*». I, 166.

Montiña.—Anticuado. Lo mismo que *montaña*. I, 88; IV, 450.

Morales (Francisco de).—Su *Palmerín de Inglaterra*. I, 126, 127.—[I, 212 y n.]

Morales (Ambrosio de).—El rey D. Felipe II envió á su hermano D. Juan de Austria á estudiar á Alcalá, donde fué discípulo de Morales: esto fué al descubrir á D. Juan el misterio de su nacimiento. III, 153.—[III, 173, 174, n., etc., etc.]

Morales (Pedro Martínez Zarco y Doña Catalina).—Fueron (con arreglo á las conjeturas de esta Nota) Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, padres de la supuesta Dulcinea.—Añade la Nota: Reunidas todas las precedentes consideraciones, no parecerá temeridad creer que el original de Dulcinea fué la señora Ana Zarco de Morales, hermana del doctor del mismo apellido, «llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo». (I, 21; II, 310.) V, 165-167.

Morbidez.—Blandura. Italianismo. V, 291, 292.—«Cubriendo la blandura y *morbidez* de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas». V, 294 (t).

Morbo gálico.—Lo que aquí se llama *morbo gálico* se llamó antiguamente «bubas y mal francés». IV, 411.

Mordaza.—«Pondré un sello en mi boca y echaré una *mordaza* á mi lengua».—Instrumento que, puesto en la boca, impide el hablar. Llámose *mordaza*, porque parece que el que lo lleva lo está *mordiendo*. V, 73.

More turquesco.—«Se lee dél (Gandalín) que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*». El *more turquesco* recae sobre la inclinación de la cabeza y del cuerpo, pero no sobre lo de la gorra en la mano. Cervantes, que había vivido algunos años en Argel, no podía ignorar que, entre los mahometanos, el descubrir la cabeza no es muestra sino falta de respeto. En sus visitas y en las mezquitas mismas tienen los turbantes puestos: en cambio se dejan á la puerta los zapatos; y en tiempo de lodos es costumbre muy loable y grata para el dueño de la casa. II, 142; III, 189. —Véase *Zalema*.

Morejón (D. Antonio Hernández).—Debe mencionarse en este lugar el pensamiento original de nuestro sabio médico Don Antonio Hernández Morejón, que se ha propuesto dar un nuevo título á la inmortalidad á Cervantes como profundo conocedor de la medicina, en un opúsculo publicado entre sus obras póstumas con el título de *Bellezas de la medicina práctica descubiertas en el Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. Después de analizar detenidamente todas las circunstancias en que apoya su opinión este profesor, concluye con un apóstrofe dirigido al autor del *Quijote*: «¡Sombra inmortal de Cervantes!» etc. VI, 449.

Morena (Ó sobre eso).—Expresión proverbial, que envuelve amenaza de averiguación y litigio mayor. *Marimorena*, hablándose familiarmente, significa «riña ó pendencia»: hay quien atribuye el origen de esta voz á las quimeras que antiguamente excitó una *María Moreno*, tabernera de Madrid, y dieron ocasión á ruidosos procesos judiciales, que se guardan, según se dice, en el archivo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. *Morena* puede ser abreviatura de *marimorena*. II, 343. «Ó sobre ello *morena*». V, 188 (t).

Moreno (D. Antonio), de Barcelona.—El huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable. VI, 258 (t).

Morgante mayor (El), ó Il Morgante maggiore.—Poema italiano de Luigi Pulci, traducido al castellano por Jerónimo Auner. I, 12, 117; II, 53, 518; III, 481; IV, 25, 26.

Morir.—Desear con intensión, afectarse con vehemencia. «Tú *mueres* porque te alze el entredicho que te tengo puesto en la lengua». II, 276.—«*Morían* por saber qué hombre fuese aquél, tan fuera del uso de los otros hombres». IV, 350 (t); V, 171.—«Sancho *andaba muerto* por ver el rostro de Trifaldi», etc. V, 269.

Morirse, perecerse de risa.—Modos de expresar ó exagerar una risa vehemente. IV, 444; V, 153 (textos), 171, 269.

Morisco aljamiado (Algún).—Esto es, algun morisco que se explicase en castellano y pudiese servir de intérprete. *Aljamía* era el castellano que hablaban los moros, así como *algarabía* era el arábigo que hablaban los cristianos. Unos y otros debian hacerlo con muchos defectos, tanto en la propiedad como en la pronunciación. De *aljamía* y *algarabía* nacieron *aljamiado* y *algarabiado*. En el uso actual, ya no se oye la palabra *aljamía*, y *algarabía* sólo subsiste para denotar el «habla atropellada y confusa», como debe ser la de los algarabiados. I, 198, 199.

Moriscos (moros).—*Morisco:* sustantivo masculino. Cualquiera de los moros que al tiempo de la restauración de España se quedaron en ella bautizados. (Academia.) Su expulsión de España. VI, 102-109, 112, 115, 337-339.—Sus ocupaciones, como arrieros, etc. II, 28; VI, 98.—Los moros andaluces alabados. I, 204.—Moriscos de Hornachos. II, 29.—Los mahometanos, iconoclastas, y su aversión á las imágenes de todas clases. III, 251.—Otras Notas: I, 203; III, 235; V, 299.

Morisma.—«Tanta *morisma* y tanto estruendo».—Nombre colectivo, como lo indica su terminación, que en castellano está afecta á esta clase de nombres, bien que por lo común pertenecen á los masculinos, como *gentilismo, paganismo,*

judaismo, cristianismo, gitanismo. Mateo Alemán llamó á una turba de muchachos *muchachismo*, y D. Francisco de Quevedo *adanismo* á una multitud de personas desnudas. V, 58.—*Morisma:* la secta de los moros: multitud de ellos. (Academia.)

Morrión.—Era la pieza superior del yelmo; y *yelmo*, la armadura completa de la cabeza. *Morrión:* armadura de la parte superior de la cabeza, hecha en forma del casco de ella, y que en lo alto suele tener algún plumaje ó adorno. (Academia.) III, 313.

Mosquearse.—Espantarse las moscas ó sacudirse: expresión metafórica que significa lo mismo que «azotarse». (Arrieta.) VI, 223 (t).

Mosqueo (Azotes de).—Véase *Azotes de mosqueo.*

Mostrenco. IV, 33; V, 173; VI, 49 (textos).—El que no tiene casa ni hogar, ni señor ó amo conocido: el ignorante ó tardo en el discurrir ó aprender. (Academia.) «Res *mostrenca* se dice de aquella que no tiene dueño». (Covarrubias.)

Motilón.—«Se enamoró de un mozo *motilón*».—El que tiene cortado el pelo por entero y de raíz. Solía decirse en lo antiguo de los frailes legos: ahora es palabra de desprecio, y se aplica ordinariamente á los tiñosos á quienes ha sido menester cortar el pelo. Viene del latino *mutilus*, de donde también se derivó, en los tiempos de la mala latinidad, la palabra *multo*, carnero que se esquila, que luego dijeron *mouton* los franceses. II, 313.

Moza de chapa.—«Vive el dador (dijo Sancho), que es *moza de chapa* (Dulcinea)». Con la chapa se asegura la obra hecha, y así, *moza de chapa* es «moza de fundamento é importancia». II, 310.—«Mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre *de chapa*». IV, 274 (t).—Sancho, alabando á Quiteria, dijo: «Juro en mi ánima que ella es una *chapada moza*». IV, 389 (t): esto es, una gentil, gallarda y bizarra joven. (Arrieta.)—*Chapa:* hoja ó lámi-

na de metal plano, que sirve para firmeza ó adorno de la obra que cubre. (Academia.)

Mozo.—«Guiados de nuestro *mozo* y desbaratado discurso». —Nótese el uso de *mozo* como adjetivo; y así, decimos «la *moza* gente». Más ordinariamente *mozo* y *moza* se usan como sustantivos. Aquí *mozo* equivale á «pueril, juvenil». VI, 20.—«Estaban acaso á la puerta dos mujeres *mozas*». I, 29 (t).

Mozo, moza.—*Mozo* y *moza* pueden ser también abreviatura de *mancebo* y *manceba*, y participan de la fuerza de este origen, pues la acepción de *mozo* es favorable, y no siempre lo es la de *moza*, de lo que algo se ve en el *Quijote*, en aquello de *mozas del partido*, que dice el cap. 2.º, primera parte (I, 29). II, 278.—«La hermosa *moza*». En nuestro actual uso la palabra *moza* pertenece al estilo familiar y significa ordinariamente la criada destinada á los oficios más humildes. Otras veces indica el primer período de la pubertad; otras, el estado de soltera, y otras, finalmente, suele dársele significación de peor sonido, como se hizo con la Doña Tolosa y la Doña Molinera en el cap. 2.º de esta primera parte (I, 29, 31, 32, 64, 65). II, 393.—Véase *Mancebo, manceba*, etc.

Mozo de mulas (La agradable historia del).—Como si fueran pocos los acontecimientos y lances acumulados hasta ahora en la venta, todavía se añade el de los amores de Don Luis y de la hija del oidor. «En esta venta, dice D. Vicente de los Ríos, reunió Cervantes tantos sujetos y acumuló tantas aventuras, que, aunque cada una por sí sea verosímil, la concurrencia de todas no lo parece».—Otro cargo resulta de la poca ó ninguna conexión de estos incidentes con las cosas de Don Quijote: el argumento principal de la fábula está obscurecido y como anegado entre tantos y tan diversos accesorios. III, 270.

Mucho, muy.—«*Muy* peor». En la lengua castellana hay muy

pocos comparativos, y entre ellos varía la manera de esforzar su significación. Comunmente se prefiere para este efecto el uso del adverbio *mucho*, y así sucede en los más de los comparativos, como en *mejor, peor, mayor, menor*. Otros admiten indistintamente el *mucho* y el *muy*, como *anterior, posterior*; otros excluyen el *muy*, como *más, menos*. El «*muy* peor» del texto acaso no sonará del todo bien á los de oído delicado. III, 39.—Hablando de Marcela, se dijo que era «un poco arrogante y un *mucho* desdeñosa». I, 301 (t).

Mudas.—Ciertos afeites ó unturas que usaban las mujeres para la cara, y de que se habló extensamente (II, 127). VI, 387.—De los rostros de las dueñas, martirizados «con mil suertes de menjurjes y *mudas*», se habló en el cap. 39 (V, 295).

Mudéjares.—Los moros procedentes de la provincia de Castilla, y *tagarinos*, los de las de la corona de Aragón. III, 209; VI, 98.—Véase *Tagarinos*.

Mudo (Que me).—«Y á Dios, *que me mudo*». Expresión familiar picaresca, propia de quien se despide para irse á otra parte; que esto es *mudarse*, hablándose de la casa en que se habita. Hinard lo traduce: «*Et puis, adieu, je décampe*». En inglés se dice: *Farewell, for I'm off*. II, 319.

Muelas cordales (Entre dos).—*Muelas cordales* son las que nacen á los adultos en la extremidad de las mandíbulas. Núñez pone así este refrán: «*Entre dos muelas cordales* nunca metas tus pulgares». V, 366.—El texto dice: «Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo *entre dos muelas cordales*».

Muerta (Altisidora) por la crueldad de Don Quijote. VI, 378. —Véase *Muertes por amor*.

Muerta (Como es) la fe sin obras.—«El agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, *como es muerta*

la fe sin obras». Alusión á lo de Santiago en su epístola católica (Cap. 2, vers. 26): *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est*». III, 485.

Muerte (La).—Discurso de Sancho sobre la Muerte. «No más, Sancho, dijo á este punto Don Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer; que en verdad que lo que has dicho de la *Muerte* por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador».—Versos del arcipreste de Hita sobre la Muerte.—IV, 386.

Muerte adminícula.—*Adminícula*, voz desconocida en castellano. Parece que con ella quiso Sancho designar lo lento y penoso de la muerte causada por el hambre. «Morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes», se dice en el capítulo 59 (VI, 194). V, 443.—*Adminículo*: adjetivo anticuado poco usado. Lento, paulatino ó penoso. (Salvá.)

Muerte civil se llama á «la prisión ó pena perpetua», porque el que la padece ha muerto á los derechos de ciudadano. II, 206.

Muertes ocasionadas por un exceso de amor.—Varios ejemplos de ambos sexos: Ángelo Policiano, etc. VI, 378-380.

Mujeres (Tantas) valientes.—Numerosos ejemplos mencionados. III, 439, 440.

Muley Hamida.—El moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. III, 162.

Munárriz (D. José Luis).—Su examen crítico del estilo de Cervantes, en su traducción de las *Lecciones* de Hugo Blair. I, 152; IV, 322, 326, 327, 330, 331, 334, 335, 342, 343; VI, 171.

Muñeca (Con cuatro dedos de) de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa.—Esto se dijo de las dueñas que venían en procesión para martirizar á Sancho. Así era en tiempo de Cervantes. En el nuestro hemos visto llevarse las mangas largas hasta las uñas, quedando por consiguiente las manos cubiertas y sin uso. Luego ha sucedido lo contrario, renovando el uso anterior. *Nihil novum sub sole.* En el siguiente capítulo se pinta igualmente á los diablos «con cuatro dedos de brazo fuera». VI, 386, 399.

Muñidor de cofradía.—*Muñidor* viene del latino *monitor*, el criado ú oficial de la cofradía que tiene el cargo de avisar á los hermanos para que asistan á las fiestas ó funciones que se celebran. Sancho había sido también prioste en su lugar. II, 187; V, 363.—Véase *Prioste.*

Muñidos.—«Que es un juicio los que tiene *muñidos*». IV, 354 (1).—«Avisados, convocados», del latino *monitus*, y del mismo origen viene *muñidor, monitor*: uno y otro, del verbo *moneo*. IV, 352.

Mur.—El ratón. Palabra anticuada que se conserva en el refrán alegado por Sancho: «lo que has de dar al *mur*, dalo al gato». El autor del *Diálogo de la lengua*, para probar que *mur* es palabra castellana, alega este refrán, y otro que dice: «al *mur* que no sabe sino un agujero, presto lo toma el gato». (Esto es lo mismo que el refrán francés: «*La souris qui n'a qu'un trou est bientôt prise*».)

«*Estimad en mucho al gato,*
Que merece estimación,
Y dadle lo que al ratón;
Que es saltrá al fin más barato».
(*Romancero general* de Pedro Flores.)

VI, 144.

Murcia.—«Unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á *Murcia*». El licenciado Francisco de Cascales, contemporáneo de Cervantes, en los *Discursos históricos de Murcia y su reino*, habla de su cultivación y fábricas de seda. En nuestro tiempo este ramo se halla en decadencia, y á pesar de lo que se ha perfeccionado el arte de fabricar la seda y de aprovechar el capullo, el año de 1830 no ha llegado la cosecha de la huerta de Murcia á 120.000 libras de seda, según noticias fidedignas. I, 79.—Véase *Cascales*

(Francisco de).—El «como después se supo» en el texto, es un ripio que debiera omitirse.—[I, 37, n.]

Murillo y Velázquez.—«De la suma impericia de este pintor (Orbaneja)», dice Pellicer en sus notas, que «quiso tomar acaso Cervantes ocasión de indicar la decadencia que padecía en su tiempo la pintura». Esta opinión de Pellicer es singular, y las razones que alega en su apoyo prueban más bien lo contrario. La época de Murillo y Velázquez no puede llamarse de decadencia. VI, 470.—Véase *Orbaneja.*

Musarañas ante los ojos.—Dase en general el nombre de musarañas á los bichos, insectos y sabandijas, y suele aplicarse á ciertas nubecillas que á las personas de vista débil se les figura andar por el aire. V, 186.

Mutatio cappárum.—«Y luego, habilitado (Sancho) con aquella licencia, hizo *mutatio cappárum* y puso su jumento á las mil lindezas».—*Mutación de capas.*—Antiguamente se mudaban las capas el día de Resurrección: esta mudanza se ha trasladado á Pentecostés. No es imposible que esta «mutación de capas», aplicada aquí á la de los aparejos de los asnos, envuelva alguna alusión maligna á personas y sucesos de aquel país (Roma) y de aquella época.—Véase la Nota: II, 160.

Muy.—«*Muy* sabrosísimo queso». La reunión de la partícula *muy* con el superlativo, que se advierte aquí, está desterrada de nuestro uso actual; pero estuvo admitida en el antiguo. Muchos ejemplos citados: III, 507, 508; V, 3.—Véase *Superlativos.*

Muzárabe (mozárabe).—Adjetivo que se aplica al cristiano que vivió antiguamente entre los moros de España y mezclado con ellos. Aplícase también al oficio y misa que usaron entonces, que aun se conserva en una capilla de la catedral de Toledo, que se llama mozárabe. (Academia.) I, VII (Prólogo del COMENTARIO).

Nacido soy.—«*Nacido soy*, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios».—No se sabe qué significan ni á qué vienen aquí estas palabras, y se me figura que son errata por *desnudo nací*, que es la expresión que conviene al propósito de Sancho y la que usó el mismo en el cap. 8, segunda parte (IV, 139), cuando, después de manifestar su recelo sobre que en la historia de Don Quijote, de que había hablado á éste el bachiller Carrasco, anduviese su honra «á coche acá cinchado», conformándose finalmente con lo que en ella se dijese, añadió: «que desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano»; palabras que repitió en el capítulo 53 (VI, 90) renunciando al gobierno de la ínsula. IV, 78, 79.—También las repitió en otras partes de la fábula. II, 279; VI, 131 (textos), 149.

Nacieron en las malvas.—Sancho, todo hueco y pomposo con esta circunstancia (de tener «sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos»), había llegado á decir alguna vez (II, 187) que esto le bastaba «para ser conde»; y hablaba con desdén, según acaba de decir, de los que *nacieron en las malvas;* expresión común que se aplica á las personas de bajo y obscuro nacimiento. IV, 80.

Nacimiento (El) del río Guadiana.—«La cuarta (cosa) es haber sabido con certidumbre el *nacimiento del río Guadiana*, hasta ahora ignorado de las gentes». El nacimiento del Guadiana, que, según aquí se dice, ignoraban las gentes, no es el nacimiento material y físico, que, estando á la vista, ¿cómo pudiera ignorarse?, sino el mitológico que le asignó Cervantes, á saber, la trasformación del escudero Guadiana y de la dueña Ruidera, que refirió Montesinos á Durandarte hallándose nuestro hidalgo presente. (IV, 434, 435.) Éste y no otro es el nacimiento que se ignoraba antes de escribirse el *Quijote*, y el que se indica en el pasaje del texto, mucho más habiendo dicho antes que estas noticias servirían de materiales para el *Ovidio español*, que el primo

traía entre manos. Y la misma inteligencia debe darse al pasaje del cap. 18 (IV, 346), cuando, al salir Don Quijote de casa de D. Diego de Miranda, dijo que pensaba «entrar en la cueva de Montesinos..... sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las lagunas de Ruidera». V, 6, 7.

Nada (No estuvo en) el ventero en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento.—Régimen defectuoso. La frase «*no estuvo en nada*» no pudo estar regida por «*el ventero*». Sustitúyase en su lugar esta otra: «*no estuvo en nada que acompañase (el ventero)*». Hinard traduce la frase: «*fut tout près de tenir compagnie aux demoiselles*», etc. I, 34.

Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán á prueba.—Cervino, hijo del rey de Escocia, capitán de la gente de guerra que su padre enviaba al socorro de París, cercado por el rey Agramante. Orlando lo puso en libertad cuando le llevaba preso Anselmo de Altarriba, y Cervino, agradecido á su libertador, habiendo encontrado las armas de éste, las recogió, hizo de ellas un trofeo y escribió al pie: «*Armatura d'Orlando Paladino*». Y sigue Ariosto:

> «*Come volesse dir: Nessun la muova,*
> *Che star non possa con Orlando à prova*».
>
> (Ariosto, *Orlando Furioso*, canto 24, est. 57.)

I, 283; VI, 344.

Naharro (Bartolomé de Torres).—Su *Propaladia*, ó las primicias del ingenio. (Ticknor.) Sobre la voz *fantasía*. II, 415. —[I, 265-274.]

Naipes.—Sobre la invención y antigüedad de ellos. V, 4-6, 203; VI, 153.

Narices (Las extrañas) del escudero del caballero de los Espejos. —«Tanto que le juzgó (Don Quijote) por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo». Expresión feliz para ponderar lo desaforado de

las narices del escudero. El soneto de Quevedo sobre el mismo asunto. IV, 252.

Narigante.—«Su *narigante* escudero». Voz ridícula, inventada por nuestro autor, á quien pareció más propia para hacer reír que la de *narigado*, que es como se dice comunmente. La mejor prueba de lo bien ideada y descrita que está la aventura del caballero de los Espejos, es la multitud de puntos de semejanza que ofrece con las de los libros caballerescos. IV, 264.

Narváez (Rodrigo de), alcaide de Antequera.—Dió generosamente libertad al cautivo abencerraje Abindarráez y á su amante Jarifa. Notó Narváez la tristeza y suspiros de su cautivo, y, preguntándole la causa, supo de su boca toda la historia. Ésta es la pregunta y respuesta de que habla el texto. La relación del suceso en la *Diana*, de Jorge de Montemayor. I, 92, 93.—[III, 130-132, n.]

Naturales.—«Cuentan los *naturales*, que el arminio», etc. Los *naturales* son los escritores de historia natural, en cuyo sentido es frecuente el uso de esta palabra en nuestros antiguos libros. III, 21.—*Naturalistas*. IV, 430.

Navarino.—Puerto y plaza fuerte en Morea, que se ha hecho célebre en estos últimos tiempos por la destrucción de las armadas turca y egipcia por la combinada de Inglaterra, Francia y Rusia, que se verificó después de un sangriento combate el dia 20 de octubre de 1827. III, 159.

Navarrete (D. Martín Fernández de).—Su *Vida de Miguel de Cervantes*. I, 148, 149; II, 93; III, 206; IV, 51; VI, 356. —«La mejor de todas, y sin disputa una de las obras biográficas más bien pensadas, y escritas con más juicio, que existen en ningún país». (Ticknor.)—[II, 90, n.]

Necesidad (La) ó necedad de su ausencia.—*Necesidad ó necedad*, juego ingenioso de palabras, que no ha faltado quien vitupere en este pasaje; pero que tiene ejemplos en los escritores clásicos de la antigüedad. Cicerón mencionó este géne-

ro de chiste, con aprobación y aun con elogio, en sus libros del *Orador* (Lib. 2, cap. 63): el lector podrá elegir á su arbitrio entre la autoridad de Cicerón y la de Foronda (*Observaciones sobre el Quijote*, pág. 35). III, 31.

Negaciones.—Larga Nota sobre el uso de la partícula *no* y otras negaciones en castellano: en éste dos negaciones confirman la negación. «Ni Sancho no osaba tocar á los manjares»: sobra el *no*, según el uso actual. VI, 188-192.—Véase *No (La partícula)*, etc.

Negras (Las) espadas.—Son las espadas con botones en las puntas, que se usan para aprender y para ejercitarse en las escuelas de esgrima. En el capítulo siguiente (IV, 372) se mencionan «el tirar de la barra y el jugar de *la negra*», como habilidades de Basilio. Llámanse *negras*, porque lo son, del color del hierro de que están hechas, al revés de *las blancas*, que son de terso y bruñido acero, y las que pinchan y cortan. IV, 362.

Negro.—Equivale á «malhadado, desventurado, funesto». «Su *negra* y pizmienta caballería». En el cap. 3.º (I, 60), se refirió que el ventero, incomodado de las valentías de su huésped y ahijado Don Quijote en defensa de las armas que estaba velando, «determinó abreviar y darle la *negra* orden de caballería». III, 142.—*Negros requesones* (cosa tan opuesta á su color natural), «que tan blanco pusieron á su amo», como si se les llamara «infaustos ó malhadados», por la pesadumbre que su pérdida ocasionó á Sancho, y aun por el temor que tuvo de la indignación de su amo. IV, 326.

Negro de la uña.—Fuera del sentido recto, que es aquella cenefilla de porquería que se cría en ella, metafóricamente se toma por «lo mínimo de cualquier cosa». (Academia.) Es la parte crecida de la uña, y que, por estar sucia, se pone negra y se la corta: expresión metafórica y despreciativa. (Arrieta.) II, 132 (t); VI, 402 (t).

Nembrot.—Fundador del imperio de los asirios, que fué un

«robusto cazador delante del Señor», como se dice en el Génesis (Cap. X, v. 9); es decir, un gran conquistador, que subyugó muchos pueblos á su dominación y los trató, poco más ó menos, como los cazadores á los animales que han cogido; matándolos, ó conservándoles la vida para emplearlos en su servicio. VI, 383, 384.

Nerón. (Nero.)—Notas sobre el incendio de Roma por Nerón, y versos aludiendo á este suceso. I, 301; V, 399; VI, 101. —Celebró el acto de afeitarse por primera vez, con juegos y sacrificios, y, poniendo el bozo en una caja de oro guarnecida de piedras preciosísimas, lo consagró á Júpiter Capitolino. VI, 404.—Véase *Tarpeya*.

Néstor.—«Que los días de *Néstor* sean». Néstor fué rey de Pilos, y uno de los príncipes griegos que asistieron á la guerra de Troya. Según los poetas, vivió tres siglos, y entre ellos eran proverbio los «años de Néstor», para denotar una larga vida. V, 56.

Neutro (Nombres del género).—Larga Nota sobre éstos. *Neutro* no significa más sino que el nombre á que se aplica esta denominación no es ni masculino ni femenino. El *neutro* es en los géneros lo que el *negro* en los colores: éste es la ausencia de color, y aquél la ausencia de género. III, 16, 17.

Ni por pienso.—Modismo propio del estilo familiar, en que *pienso* es lo mismo que *pensamiento*. V, 361; III, 87; V, 241 (textos).—«Ni *por pensamiento*». IV, 327 (t).—Modo adverbial. De ningún modo, por ninguna forma. (Academia.)

Ni quito rey ni pongo rey; pero ayudo á mi señor.—Refrán de origen conocido, según las historias de Castilla, las cuales refieren que, habiéndose encontrado el rey D. Pedro el Cruel con su hermano D. Enrique en la tienda de Beltrán Claquín, capitán francés que había venido en auxilio de este último, luchando los dos hermanos cayeron al suelo, y, habiendo quedado debajo D. Enrique, Beltrán les dió vuelta,

diciendo: *Ni quito rey ni pongo rey; pero ayudo á mi señor.* VI, 225.

Niarros y Cadells (Los dos bandos de).—Ladrones, bandoleros ó malhechores, que tanta sangre costaron al Principado. VI, 232, 248, 249.

Nicolás (Maese).—Véase *Maese Nicolás.*

Nicolás (El peje). — Notable nadador. Fué un natural de Catania que vivió en el siglo XV, y estaba más en el agua que en tierra, por lo cual se le dió el nombre de *Pesce Colà (Pez Nicolás)*: pasaba de Sicilia al continente, y de éste á Sicilia. Véase la Nota: IV, 331, 332.—Véase *Francisco de la Vega Casar.*

Nidos (En los) de antaño no hay pájaros hogaño.—«Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya *en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño:* yo fuí loco, y ya soy cuerdo». Esto dijo Don Quijote al tiempo de hacer su testamento y poco antes de su muerte; y este refrán es el último que se halla en el *Quijote*.—Refrán que advierte que no se deje pasar la ocasión, por la dificultad que hay en hallarla cuando se busca. (Academia.) VI, 456 (t).—Véase *Nubes de antaño.*

Nigromantes, encantadores y mágicos.—Sobre éstos y sus cosas y casos estupendos: VI, 267, 268.—Véanse *Escotillo (El famoso), Escoto (Miguel)* y *Scoto.*

Ninfas de Henares.—Novela pastoril por Bernardo González de Bobadilla.—M. Ticknor dice: «tanto el autor como su libro duermen, largo tiempo hace, en el olvido». I, 145.—[III, 88.]

Ninfas del Tajo (Las labores de las).—El lector se ríe al ver que Don Quijote reconviene á Sancho de que no se acuerda de los versos de Garcilaso describiéndolas en la égloga 3.ª Estos versos, citados en la Nota: IV, 137.—«Ora en *ninfa del* dorado *Tajo*, tejiendo telas de oro y sirgo»: alusión al mismo pasaje de Garcilaso. V, 453.

Ninguna (Y de) cosa se dolía.—«Todo lo miraba Sancho, *y de ninguna cosa se dolía*». Alusión al romance antiguo que empieza:

Mira Nero, de Tarpeya,
A Roma cómo se ardía;
Gritos dan niños y viejos,
Y *él* de nada se dolía.

Citóse este romance á otro propósito en el de Altisidora, cap. 44 (V, 399). VI, 101.

Niñas de mis ojos.—La Duquesa dijo á Sancho: «Quédese á mi cargo el regalo del rucio, que, por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las *niñas de mis ojos*». Esto es, le pondré en el mejor lugar, le trataré ó cuidaré con el mayor esmero. (Arrieta.) V, 192 (t).

Niño (Crónica del conde D. Pero). II, 285.—M. Ticknor dice: «La *Crónica de D. Pero Niño* era muy nombrada, y citada como un rico depósito de noticias importantes para el reinado de D. Enrique III». II, 285, 433.—I, 178 y n., 354, n., 389, n.]

Niños de la doctrina.—Según Covarrubias, citado por Bowle, eran «pobrecitos huérfanos que se recogen para doctrinallos y criallos». En Madrid existe un colegio de niños de esta clase, bajo la advocación de San Ildefonso. V, 229.—Varias congregaciones semejantes en Italia y Francia. VI, 59, 60.—*Niñas de la doctrina.* V, 310.

Niños trocados en la cuna.—De hijos de príncipes, criados en casas humildes y sin ser conocidos sus verdaderos padres, hay varios ejemplos en la biblioteca caballeresca. V, 118.

Niso y Eurialo, y Pílades y Orestes.—Ejemplos de amistades ilustres. Entre los griegos se celebró la amistad de Teseo y Piritoo, la de Aquiles y Patroclo, la de Damón y Pitias, que renovaron el espectáculo dado antes por Orestes y Pílades, y la de Epaminondas y Pelópidas. Los romanos asimilaron á estas amistades ilustres la de Escipión y de Le-

lio, y Cervantes añadió la de Rocinante y el rucio. IV, 210.

No (La particula) y otras negaciones del idioma castellano.—Numerosas Notas y observaciones críticas: III, 39, 332; VI, 188-192, 425.—Véase *Negaciones*.

No comas ajos ni cebollas.—Uno de los consejos de Don Quijote á Sancho. Manjares tenidos como propios de villanos, cuyo uso estaba prohibido expresamente á los caballeros de la Banda. V, 356.

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno.—La expresión es de Plinio el Mayor. IV, 66; VI, 200.

No que de una ínsula, sino de todo el mundo.—*No que* es lo mismo que «*no digo*», «*no sólo*». VI, 133.

No (Del) quiero de tu capilla.—*No quiero, no quiero; mas echádmelo en la capilla:* «refrán que, según Covarrubias, se dice de los que tienen empacho de recibir alguna cosa, aunque la deseen». El Diccionario dice que «se aplica á los que rehusan recibir alguna cosa, pero con tibieza, de suerte que excitan á que se les inste». Los médicos y gobernadores del tiempo de Cervantes llevarían capa con capilla, y negándose á recibir, volverían la espalda, mostrando así la capilla, donde les echarían el dinero los que lo ofrecían. También pudo formarse este refran aludiendo á los religiosos que, no debiendo manosear el dinero por voto ó por decencia, lo recibían en la capilla. V, 351, 352.

No sólo en España, pero en toda la Mancha.—Dorotea, hablando de la fama de Don Quijote, y burlándose de él. II, 459.—«Debía de ser (Dulcinea) la más bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha». Chiste irónico de la Duquesa: afectación de ignorancia propia, siendo sólo en realidad muestra de la que se supone en los que escuchan. V, 156.

Nobleza (La).—Su origen. He aquí el origen más natural y verosímil de lo que después se llamó *nobleza*, la cual empezaría por ser personal, y luego, sostenida por las riquezas, pasó á ser hereditaria. IV, 39.

Noche de San Juan (Las fiestas de la).—La fiesta más solemne de San Juan, de que nos queda memoria, fué la que el célebre conde-duque de Olivares dió á Felipe IV la noche de San Juan del año 1631 en los jardines contiguos al paseo del Prado de Madrid.—Véase la larga Nota: VI, 260-262.—II, 211-215.

Noche (La) que fué nuestro día.—Bella expresión para denotar la noche en que nació el que venía á alumbrar nuestras tinieblas, el Hombre Dios, N. S. Jesucristo. III, 128.

Nogales (Aldonza).—Madre de la supuesta Dulcinea. II, 309; V, 166, 167.—Véase *Corchuelo (Lorenzo)* y *Aldonza Nogales*.

Nombrar la soga en casa del ahorcado.—Expresión proverbial con que se nota la indiscreción de nombrar cosa que refresque la memoria de su afrenta á los lastimados. V, 84.

Nombres (La supresión de los) de los interlocutores en un diálogo, se hace con elegancia cuando se puede sin perjuicio de la claridad y es evidente quién habla. En el presente pasaje, no puede dudarse que los interlocutores son D. Fernando y el cura. La Academia Española, sobre este lugar, censurando una edición donde se suplieron oficiosamente los nombres, recuerda que la supresión tiene ejemplos en los buenos autores, y cita varios capítulos del *Quijote*, donde se hace lo mismo. III, 115.

Nombres latinos.—*Baldovinos* es lo mismo que *Balduino*, nombre común en la Edad Media, con la terminación en *os*, que en los principios de la lengua castellana se daba á los nombres latinos acabados en *us*. Otros ejemplos. I, 87.

Nombres supuestos con que cantaron los poetas á sus damas. I, 138; II, 316; VI, 440-442.—Véase *Pastoras (Nombres fingidos de)*.

Nonada.—En la acepción de *nada*, es común en nuestros antiguos escritores.—«Grandes quimeras de *nonada*». (V, 24.) VI, 191.

Nones.—Plural de *non.*—Sancho dice: «Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen *nones, nones* han de ser, aunque sean *pares*, á pesar de todo el mundo».—*Decir nones* es lo mismo que «decir que no». (Arrieta.)—*Pares y nones* es el juego de suerte, número *par ó impar.*—VI, 91 (t).—Véase *Pares.*

Nones (De).—«Una ínsula que tengo de *nones*». (El Duque á Sancho.) Quiere decir que es singular, que no hace pareja con otra, ó más bien, que está descabalada ó de sobra. Lo que Cervantes significó por esta locución, debe inferirse por el uso que hizo de ella en otras ocasiones.—Entre los sucesos del gobierno de Sancho, se cuenta después, en el cap. 49 (VI, 10), que, reconviniendo á un baratero, le decía: «vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis *de nones* en esta ínsula, tomad luego esos cien reales», etc. Y en el entremés de *Los divorcios* se dice de ciertas mulas de alquiler, que «nunca se alquilan sino á faltas y cuando están *de nones*». V, 150.—*Andar de nones:* frase. No tener ocupación ú oficio, ó andar desocupado y libre. (Academia.)—*Estar de non:* frase. No servir de nada, estar de sobra en alguna parte. (Academia.)

Nora en tal.—«Apártense, *nora en tal*, del camino». Es la expresión de enojo que usa la supuesta Dulcinea, y quiere decir *noramala*, indicando con la palabra *tal* alguna reticencia de cosa menos suave ó decente, á la manera que se dice «voto á *tal*», «váyase á la *tal*». IV, 176.—*Nora en tal:* dícese así por no decir *enhoramala*, lo que hubiera sido una falta de respeto en Sancho, hablando con su amo. Pero me parece que debiera decirse *en hora tal ó nora tal*, porque el toque está en sustituir *tal* á *mala*, y nunca se dice ni puede decirse *nora en mala*. VI, 274, 275.—«¿En dónde *nora tal* habéis vos hallado?» V, 145 (t).

Notomía.—Palabra mutilada, por *anatomía*, como dice la gente culta. Tómase aquí *anatomía*, no por «disección del cuerpo del animal», que es el sentido recto de la palabra, sino por «compaginación y estructura total de sus huesos y miembros»; en cuya acepción la usan los pintores. En el mismo sentido se usó esta palabra en el cap. 2.° (IV, 197), hablándose de Rocinante: «los huesos de su *notomía*». V, 224, 225.

Novela de El curioso impertinente.—Desde los principios va sabiendo esta novela á italiana. Como el teatro de la novela es toscano, no hay que extrañar que el lenguaje participe algo del sabor del terruño. III, 1.

Novelas de Cervantes, en las cuales describió sucesos verdaderos en el fondo y aun en muchas circunstancias. III, 108.—Sus *Novelas ejemplares*. «Heles dado (dice, hablando con el lector, en el prólogo de ellas) nombre de ejemplares: y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso..... Si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público». IV, IX, X (Prólogo).

Novelas ó cuentos, patrañas y consejas. II, 123, 295, 296.—Véanse *Consejas* y *Patrañas.*

Nubes de antaño. I, 23; V, 362; V, 187, 435 (textos).

Nudo gordiano.—«Es un lazo (el del matrimonio) que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el *nudo gordiano;* que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle».—Allá en tiempos antiguos, cuentan que, tratando los frigios de nombrar un rey, les dijo un oráculo que eligiesen al primero que á la vuelta encontrasen caminando en un carro al templo de Júpiter. El primero que encontraron fué á Gordio, un labriego que, habiendo madrugado, iba al templo con su carreta y sus bueyes á encomendarse á Júpiter antes de empezar su tarea. Proclamáronlo rey de Frigia, y él en memoria de este suceso colocó y consagró

en el templo la carreta. Fué el caso que las cuerdas con que se ataba el yugo, se enredaron, formando un nudo tan complicado, que no parecía posible deshacerlo. Cuando Alejandro, en su expedición contra Darío, entró en aquel templo, le dijeron los naturales que el oráculo había ofrecido la posesión de Asia á quien deshiciese el nudo, y Alejandro, después de haber intentado en vano desatarlo, sacó la espada y lo cortó, diciendo: «tanto monta cortarlo como desatarlo; todo es deshacerlo». La historia del *nudo gordiano* explica la expresión del texto. IV, 358.—El nudo gordiano tomó por empresa el Rey Católico con el lema *Tanto monta:* sobre el origen y ocasión de ello véase la Nota: VI, 222.

Nudo (Un) se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar.—En las grandes agitaciones del ánimo, suele entorpecerse y como enredarse la lengua en la garganta, de manera que no es fácil hablar. II, 370.

Nuestramo.—Palabra rústica con que los mozos de labor y trabajadores del campo suelen hablar á sus principales, y muy propia en boca de Sancho. VI, 163.

Nueve (Los) de la Fama.—Fueron tres judíos, Josué, Daniel y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofre de Bullón. I, 95; II, 114.—Véase *Tabla (La) Redonda*, etc.

Nuez de ballesta.—«En la garganta como una *nuez de ballesta*». V, 230 (t).—En la ballesta es un hueso que tiene el tablero en que se arma la cuerda, el cual se labra de uno que tienen los venados en la cabeza, en el nacimiento de los cuernos, por ser fuerte y duro, y más á propósito que otro alguno. (Academia.)

Nulla es retentio.—La expresión latina (algo macarrónica á la verdad) que aquí se indica y que estropeaba Sancho, es *in inferno nulla est redemptio*, que significa que en el infierno no hay medio ni esperanza de salir de él. Común es el cuento de Miguel Ángelo, que en un cuadro de los Novísimos retrató entre los condenados á un cardenal que le molestaba, y quejándose el cardenal de ello: «amigo, le dijo el papa, si te pintara en el purgatorio, yo te sacaría á fuerza de sufragios; pero en el infierno *nulla est redemptio*». Ariosto sabía también este proverbio, y lo incluyó en su *Orlando* cuando, describiendo los tormentos que Lidia padecía por ingrata en el Tártaro, le hizo decir (Canto 34, est. 43):

..... E così stò in eterno;
Chè nulla redenzione è nell' inferno.

II, 305.—«La verdad que os diga, respondió Altisidora (á Sancho), yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera». VI, 398 (t).

Numancia (La).—Comedia de Cervantes. En ella encuentran los inteligentes los mejores versos que compuso Cervantes, y que más pudieran merecerle «el disputado título de poeta»; pero mezclados con muchos defectos, tanto en la versificación, como en el plan y disposición del drama. III, 399.—[II, 106-III.]

Nunca (Que) sane Don Quijote.—«Y si no fuese contra caridad, diría que *nunca sane Don Quijote*, porque, con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía». (D. Antonio Moreno á Sansón Carrasco.) He aquí bien retratada la insensatez con que se celebra y aun fomenta muchas veces por diversión el desvarío de los locos y de los borrachos: crueldad refinada, en la cual no se fija bastantemente la atención, y que la razón y mucho más los principios religiosos exigen se cambie en respeto hacia los infelices que se hallan en tan miserable estado, y en caritativa solicitud para sacarlos de él, si nos

fuese posible. Es preciso confesar que el eclesiástico de casa de los Duques, á pesar de su inoportunidad, obraba y hablaba más conforme á razón y justicia. «Hablando con el Duque, le dijo: vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre». (V, 145.) VI, 331.

Nunca vista (La) y descomunal batalla que pasó entre Don Quijote..... y el lacayo Tosilos.—Como la batalla no se verificó, está dicho con verdad y con gracia lo de «*nunca vista*», que ordinariamente significa otra cosa. VI, 134.

Nuncio (Casa del).—Hospital de dementes en Toledo, llamado comunmente *el Nuncio*, de su fundador. VI, 427.

Ñ.—La *ñ*, letra peculiar del alfabeto castellano, nace de seis combinaciones latinas: de *gn* y *gm*, como *leño*, de *lignum*, y *tamaño*, de *tam magnus;* de *ng*, como *tiño*, de *tingo;* *tañer*, de *tangere;* de *mn*, como *sueño*, *otoño*, *escaño*, que vienen de *somnus*, *autumnus* y *scamnum;* de *nn*, como *año*, de *annus;* *tañido*, de *tinnitus;* y de *nc* ó *né* seguido de vocal, como *cuña*, de *cuneus;* *araña*, de *aranea;* *cigüeña*, de *ciconia;* *saña*, de *insania*. V, 170.— Otra Nota: II, 158.

O.—Suprimida en la última vocal de *primero* y *tercero*, cuando preceden al sustantivo. «Como el *primero* fraile». Todavía en tiempos de Cervantes el uso no había introducido la regla constante de suprimir la última vocal de *primero* y *tercero* cuando preceden al sustantivo. En la aventura de los molinos de viento se refirió ya que nuestro caballero «embistió con el *primero* molino que estaba delante». (I, 173.) En la relación del cautivo, hablándose del general del mar entre los turcos, se dice: «que es el *tercero* cargo que hay en aquel señorío». (III, 177.)—Otras veces se suprimía la *o* final, de lo que hay ejemplos en el mismo *Quijote:* pero en el día se hace siempre en el caso indicado, y aun muchas

veces con la vocal última de *primera* y *tercera*. Lo mismo sucede en los adjetivos *bueno* y *malo*: decimos «*buen* pan» y «pan *bueno*», «vino *malo*» y «*mal* vino». También suele suprimirse la última sílaba de los adjetivos *tanto* y *grande*, cuando preceden al sustantivo: los ejemplos son obvios. I, 183, 184.—«Aquél era el *primero* día donde se había de probar la virtud de la cabeza encantada». Hoy no se toleraría decir «*primero día*», y diríamos «*primer día*». VI, 276.

O y *U*.—Aldrete, en el *Origen de la lengua castellana*, dice que es tan grande la semejanza entre la *o* y la *u*, que fácilmente se equivoca la una con la otra en la pronunciación; y después de citar á Quintiliano, que trae varios ejemplos latinos para probar el frecuente uso que hacían los antiguos de una letra por otra, añade que es principalmente común esta transmutación en los nombres tomados del latín. «*Y entumece* las manos», por *entumece*. VI, 194.

O y *ú; y* y *é*.—«Facineroso salteador, *ó* otro delincuente».—En el uso actual se ha adoptado mudar la conjunción *ó* en *ú* cuando concurre con palabra anterior que acaba, ó siguiente que empieza, con la misma vocal, para evitar el hiato ó esfuerzo necesario para pronunciar las dos *oes* seguidas. Ahora diríamos con mayor suavidad: «*ú* otro delincuente».—Por igual razón se muda también la conjunción *y* en *é:* decimos «español *é* francés», «francés *é* italiano». Nuestros antiguos se cuidaron muy poco de estos refinamientos y atildaduras del lenguaje. III, 365.

Oes.—El día que Lisuarte de Grecia lidió con el rey de la Ínsula Gigantea, Amadís de Gaula «se levantó por ver la batalla, cubriéndose con un rico manto de carmesí con unas *oes* de oro». Estas *oes* eran la inicial del nombre de la sin par Oriana. Clase de galantería de que hay ejemplos en los anales caballerescos y aun en las historias verdaderas. II, 74.—Véase *Mia*.

Obedeciendo tus consejos.—De los consejos no se dice con pro-

piedad que se obedecen; esto se dice de los preceptos. Los preceptos se obedecen; los consejos se siguen. VI, 195.

Obra de.—«*Obra* de cinco pasos». Notable acepción de la palabra *obra*, por *cosa*.—Este pasaje del *Quijote* llamó la atención de D. Gregorio Garcés en su libro del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, donde dice que sirve para determinar «lugar y tiempo». Pero me parece que la significación de esta palabra es todavía más general; porque ciertamente no se trata de lugar y tiempo cuando Sancho dice después, en el cap. 47 de esta segunda parte (V, 443): «Por ahora denme un pedazo de pan y *obra de* cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno». En la primera parte (I, 179) se dice que Don Quijote y Sancho «tornaron á su comenzado camino de Puerto Lápice, y á *obra de* las tres del día le descubrieron». V, 268, 443.—*Obra de:* modo adverbial que sirve para determinar una cantidad sobre poco más ó menos, cuando no se puede señalar á punto fijo.—*Cosa de*: modo adverbial familiar. Cerca de, ó poco más ó menos. (Academia.)

Obsequias.—«Canten *obsequias* tristes». *Obsequias* significa lo mismo que *exequias*, y una y otra palabra son de origen latino.—En el día no se dice ya *obsequias*, pero se dijo muy desde antiguo. Encuéntrase frecuentemente en los libros caballerescos y en todos nuestros antiguos escritores. En el *Cancionero de romances*, impreso en Amberes el año 1555, hay uno de las *obsequias* de Héctor. En tiempo de Cervantes fué palabra común, y el mismo Cervantes la empleó en otros pasajes del *Quijote* y de sus demás obras. I, 299.

Obsequios á personas de respeto y jerarquía.—«Dando señal de volver á acompañarle». Esta clase de obsequio, que consistía en acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía á quienes se quería manifestar deferencia, fué común entre los romanos y lo era también en tiempo de Cervantes. V, 465. «Los años pasados (dijo Sancho) estuve un mes en la corte, y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo». II, 189 (1).—Véase *Osuna (Duque de)*.

Ocasión (Tomar la) por la melena.—*Tomar la ocasión por los cabellos ó por el copete:* frase metafórica familiar. Asirla. (Academia.) Cítanse unos versos latinos de Fedro. V, 125.

Oficial.—Usado aquí en contraposición á «personas principales», es lo mismo que «el que ejerce algún oficio ó arte mecánica», ó «artesano». VI, 12.

Oficios (Los) y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos.—La sentencia se reduce á que los oficios y cargos de importancia suelen producir uno de dos efectos contrarios en los que los desempeñan; en unos aguzan y avivan, en otros entorpecen, el entendimiento. Ejemplos frecuentes hay de todo. VI, 3.

Ofrecido sea al diablo el maravedí.—Especie de imprecación proverbial, á que hubo de dar origen la idea de que nada debe ofrecerse al diablo, ó que sólo debe ofrecérsele por mofa, como el que ofrece lo que tiene en el puño, y, abriendo la mano, muestra que no tiene nada. Con arreglo á lo cual, el «*ofrecido sea al diablo*» del texto es lo mismo que «*ninguno*»; como si hubiera dicho Sancho: «alojando en ventas á toda discreción, sin pagar *ni un maravedí*». Tal es el sentido de la expresión del texto, y tal el ensortijamiento de las ideas, que en el estilo familiar es más frecuente aún que en el entonado y sublime. Otra imprecación semejante de Sancho se lee en la relación de la aventura de los dos ejércitos de ovejas, cuando, describiéndole su amo las provincias y naciones de que se componían, «Señor, le contestó: encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuesa merced dice parece por todo esto». (II, 82.) III, 528, 529.

¡Oh más duro que mármol á mis quejas!—Sancho por ignorante y Don Quijote por loco, no debian echar de ver la burla, que para el lector es clara, de introducir Altisidora en su discurso este verso tomado de la égloga primera de Garcilaso. VI, 398.

¡Oh mi señora Dulcinea!—Discurso en que con gracia inimitable se remedan y ridiculizan las ideas comunes de la caballería andante, revueltas con las de la mitología pagana. Los soliloquios de los caballeros á sus señoras son frecuentes en sus historias. III, 280.

Oidor (El).—«Tan atento el *oidor*, que ninguna vez habia sido tan *oidor*». Juega oportunamente Cervantes en este lugar con la palabra *oidor*, «el que oye ó escucha», que es también el nombre que se da á los «jueces de las audiencias ó tribunales superiores de las provincias». No ha faltado quien censure este pasaje como juguete insulso y pueril entre otros de igual clase que se encuentran en el *Quijote:* tengo la censura por injusta, porque así como el abuso de estos adornos del estilo lo hace vicioso, su uso moderado y sobrio le da brillo y hermosura, como sucede en el presente lugar. III, 264.—«En el traje mostró luego el oficio». Descripción de la toga ó garnacha del oidor. III, 256.

Oíslo.—«Juana Gutiérrez, mi *oíslo*, vendría á ser reina, y mis hijos, infantes». *Oíslo:* voz baja y apicarada, para significar una mujer á quien se quiere á estilo de la *hampa*, y por lo mismo forma mayor contraste con la alta calidad de reina, de que se trata. Á lo propio contribuye el nombre vulgarísimo de Juana Gutiérrez, tan propio de gente de poca importancia. I, 168; IV, 69 (t); VI, 405 (t).—Véase *Cuyo*.

Ojeo.—«Llegó en esto el *ojeo*». «Término de cazadores, ó porque han de ir mirando con cuidado, ó por la palabra repetida de ellos de *ox*». (Covarrubias.) VI, 180.

Ojos (Á) vistas.—«Y ver *á ojos vistas* si eran verdaderas», etcétera.—Modo adverbial de rara y extravagante construcción, que significa lo mismo que «*á vista de ojos*, clara, visible, palpablemente». En él se reunen dos palabras de distinto género, que presentan la imagen de un solecismo, pero autorizado por el uso, con el cual, como tirano del lenguaje, no valen razones. IV, 405.

Olscan á terceras, habiendo dejado de ser primas.—*Tercera* es «alcahueta». Juega la Trifaldi con las palabras «*terceras*» y «*primas*» en sus diferentes significaciones. *Olscar* es verbo á un mismo tiempo diminutivo y frecuentativo: producción del inagotable y feracísimo campo del estilo familiar castellano. V, 299.

Oliva (Gonzalo de).—Su traducción del *Orlando furioso* el manuscrito, con fecha de 1604. Oliva evitó los numerosos defectos de Urrea; tradujo fielmente; su versificación es fácil y armoniosa, y su libro, á pesar de algunos pequeños lunares, harto más digno de ver la luz pública que los de otros muchos traductores de su tiempo. I, 121, 122.

Olivante (Don) de Laura.—Príncipe de Macedonia, que vino á ser emperador de Constantinopla. Su *Historia*, por Antonio de Torquemada, que escribió el *Jardín de flores*, de que aquí hace memoria Cervantes (I, 114). I, 113.—Véase *Torquemada*.

Olivares (Conde-duque de).—Privado del rey Felipe IV.—Su invención de las golillas. IV, 324.—La fiesta más solemne de San Juan, de que nos queda memoria, fué la que el célebre conde-duque de Olivares dió á Felipe IV la noche de San Juan del año 1631 en los jardines contiguos al paseo del Prado de Madrid. VI, 260.—Véase *Fiesta de San Juan*.

Olivera de Valencia.—Albergue de mala gente, y lupanares que frecuentemente daban que hacer á la justicia. I, 48.

Ollas de Egipto.—Pasamonte en su discurso salta de lo sagrado á lo profano; de la alusión á las quejas de los israelitas peregrinando por el desierto (*Éxodo*, XVI, 3), á la ex-

presión proverbial castellana de «pedir peras al olmo», con que suele designarse un imposible, cual es que un olmo produzca peras. II, 218; IV, 397, 399 (t).

Olla podrida se llama en España el puchero ordinario, pero provisto de varios agregados de regalo, como aves, pies de puerco, chorizos y otros artículos semejantes de añadidura sobre lo acostumbrado. V, 435, 436.—«*Ollas podridas*, que mientras más podridas son, mejor huelen».—«*Más podridas*», á mi entender, quiere decir más provistas de diversidad de manjares, artículos ó ingredientes. Según Covarrubias, citado por Bowle, olla *podrida* puede equivaler á olla «cocida, en cuanto se cuece muy despacio, que casi lo que tiene dentro viene á deshacerse, y por esta razón se pudo decir *podrida*, como la fruta que se madura demasiado». VI, 4.

Olor (Un) sabeo.—«Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella (á Dulcinea), ¿no sentiste *un olor sabeo*?», etc.—*Sabeo*, esto es, de Sabá, región de la Arabia Feliz, celebrada entre los poetas por el incienso y sustancias odoríferas que produce, y se quemaban en las solemnidades de los dioses: «*Centumque sabaeo thure calent aras*». (*Eneida*, lib. I.) Sancho, sin duda, quedaría enterado. II, 485, 486.

Ome (home) ú *hombre.*—Entre las palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano, una fué la de *home* ú *hombre*, sin artículo, que se usaba en ciertos casos para denotar una persona indeterminada, por ejemplo: «una piedra que relumbraba tanto, que podría *hombre* ver de noche la su claridad á dos leguas é media»: y otro: Berceo, refiriendo una aparición de Santiago y San Millán, en la *Vida* de este Santo, dijo:

> «*El uno tenia croza, mitra pontifical;*
> *El otro, una cruz:* ome *non vió tal*».

Lo mismo hacían los franceses con la voz *hom* ú *homme*,

uniéndola sin artículo á los verbos. De aquí vino el *on* francés: «On *dit*»: se dice. IV, 57, 58.—Véase *Se*.

On, como terminación de palabras.—La palabra *lanzón*, á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza*, á la manera que *ratón* significa una cosa menor que *rata*, y que *rabón* indica un animal de *poco rabo ó sin rabo*.—Son vocablos con terminación y forma de aumentativos, y significado y fuerza de diminutivos. II, 51; III, 280.—Véase *Terminaciones de voces*.

Opéribas crédite, et non verbis.—El «*opéribus crédite*» es del Evangelio de San Juan (Cap. X, v. 38). En la Armería Real de Madrid muestran una espada que dicen fué de Diego García de Paredes, con el lema de «*Opéribus crédite*». Pero no lo encuentro en el libro antiguo del cargo que se hacía al armero mayor, cuyas noticias llegan al año de 1708. V, 41.—Véase *Paredes (Diego García de)*.

Ora.—Es conjunción que nunca se usa sin repetirse, y aquí no se repite: «*ora* me los haya hecho, ó haga ó haya de hacer (esto es, agravios)». En el encuentro con los mercaderes toledanos, que se refirió en el cap. 4.º (I, 81, 82), les decía Don Quijote: «Ahora vengáis uno á uno, como pide la orden de caballería, *ora* todos juntos, como es costumbre y usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo», etc. II, 9.

Oración de Santa Apolonia, para el dolor de muelas.—Los mendigos de profesión, y sobre todo los ciegos, sabían y usaban de estas oraciones formularias, que rezaban con voz reposada y grave, como lo hacía el que educó á Lazarillo de Tormes y «sabía ciento y tantas oraciones de coro», como cuenta la historia.—Otros ejemplos citados, de una de las comedias de Cervantes y de la tragicomedia *La Celestina*.—Versos de D. Francisco P. Berguizas.—IV, 69, 117, 124 (t).

Orbaneja.—El pintor de Úbeda. IV, 61. «De la suma impe-

ricia de este pintor», dice Pellicer en sus notas, que «quiso tomar acaso Cervantes ocasión de indicar la decadencia que padecía en su tiempo la pintura». Esta opinión de Pellicer es singular, y las razones que alega en su apoyo prueban más bien lo contrario. La época de Murillo y Velázquez no puede llamarse de «decadencia». VI, 420.—Véase *Este es gallo*.

Orden, órdenes.—«La traza y *órdenes*..... que habían de guardar». Sospecho que debe leerse «la traza y *orden*»; pues el *orden* ó colocación conveniente de las personas ó cosas es el que se guarda; las *órdenes* se obedecen. V, 343.

Ordinariez.—«La aplicación del nombre de *madama* hace resaltar más la *ordinariez* del sujeto de quien se trata». Esto es una nota de Clemencín. No he visto la palabra *ordinariez* en otra parte, y no se halla en los diccionarios. Debe venir de *ordinario*, y significar «bajeza, vulgaridad y poca estimación». Clemencín dice que *madama* se dijo «por la hija del ventero», pero no fué la hija del ventero «por quien aporrearon á Don Quijote», sino la moza asturiana Maritornes, de quien se habló en el cap. 16 de la primera parte (II, 37). V, 402.

Orégano (No querría que) fuese.—Alusión al refrán «*quiera Dios que orégano sea*, y no se nos vuelva alcarabea», con que suele manifestarse el recelo de que suceda lo contrario de lo que se espera ó desea. V, 249.

Orejas (Hacer de mercader.—*Hacer orejas de mercader:* frase. Darse por desentendido, hacer que no se oye. (Academia.) V, 467 (1).

Orlita.—Bowle cita la *Crónica de España* y un romance de la *Colección* de Flores, donde se da este nombre al caballo de D. Rodrigo. V, 306.

Orfeo.—«El cantor de Tracia». De él se dice que tocaba tan bien la lira, que los árboles y las rocas dejaban su puesto, los ríos suspendían su curso y las fieras se agolpaban á su alrededor para escucharle. Sabido es que á su lira debió que los dioses del Averno le devolviesen su mujer Euridice, muerta el día de sus bodas, con la condición de que no volviese atrás la vista hasta no encontrarse fuera de los infiernos; y que, habiendo faltado á dicha condición para ver si Euridice le seguía, desapareció ésta; por lo que no pudo sufrir de allí en adelante á las mujeres, lo que irritó de tal modo á las Bacantes, que, arrojándose sobre él, le despedazaron. VI, 380.

Organos (Los).—Entremés de Lope de Vega.—Sobre el *vítor* y la *cola* en los ejercicios literarios. IV, 363.

Oria (Pagán de).—Véase *Doria (Juan Andrea)*.

Oriana.—Señora de Amadís de Gaula. I, LXIII (Prólogo), 264; V, 160.—Véase *Miraflores*.

Orlando furioso.—Poema célebre escrito por Ludovico Ariosto. El *Orlando furioso* y el libro de *Amadís de Gaula* fueron dos de los principales textos de Cervantes. I, LIX (Prólogo); II, 288-292; IV, 19, y otros muchos lugares.

Orondas.—Es lo mismo que «hinchadas, huecas, campanudas». «*Orondas* calderas». Usó también Cervantes de este adjetivo en la carta de Teresa Panza á la Duquesa. Decía en ella que tenía determinado ir á la corte, donde ella y su hija andarían «*orondas* y pomposas». (VI, 77.) IV, 375.

Orza (Llevar el timón á).—Es llevarlo torcido en disposición de orzar ó torcer la proa, desviándose de la dirección del viento. III, 242. La Academia dice: *Orzar*. Náutica. Poner la proa cuanto se pueda hacia la parte de donde viene el viento, navegando de bolina para ganar barlovento y adelantar en la derrota.—Clemencín, como literato y no marinero, «no alcanzó la fuerza del idioma (náutico), cosa siempre difícil, y á veces imposible». II, 345.

Os.—Terminación que en los principios de la lengua castellana se daba á los nombres latinos acabados en *us*. Así se

formaron los nombres de *Oliveros, Gaiferos, Montesinos, Carlos*, etc. I, 87; IV, 426.

Osiris (Algún cruel).—Cervantes, con su distracción é inexactitud acostumbradas, trueca á Osiris con Busiris. Osiris, rey de Argos y después de Egipto, se adquirió los honores divinos por las artes que enseñó, dicen, á los egipcios, Busiris, otro rey del mismo país, sacrificaba cruelmente á los extranjeros que llegaban á Egipto. Esto le atrajo el odio de los escritores. VI, 229.—Véase *Busiris*.

Ostago.—«Que no tenía *ostugo* de moneda». El *Diccionario de autoridades* dice que *ostugo* es *vestigio*, y cita en apoyo otro pasaje del *Quijote*. En el presente viene bien esta significación. En el otro, que fué cuando Sancho decía á su amo que volvería al Toboso y no dejaría *ostugo* en todo el lugar, donde no buscase la casa de Dulcinea (IV, 160), parece que, más que *vestigio*, significa *rincón*, pero esta voz no tiene conexión con *ostago*. VI, 97.

Osuna, como puerto de mar.—«Pues apenas me *hube desembarcado en Osuna*». Probablemente la intención de Cervantes en el presente pasaje fué señalar y ridiculizar los disparates geográficos que suelen encontrarse en los libros de caballerías. II, 459-460, 479 (1); VI, 113.—Véase *Bohemia (Puerto de)*.

Osuna (Duque de).—«Un señor muy pequeño, que decían que era muy grande». ¿Quién era este señor? Por las señas que da Sancho, pudiera conjeturarse que era D. Pedro Girón, duque de Osuna, virrey, primero, de Sicilia, y después, de Nápoles. Crióse en las guerras de Flandes, donde hizo hazañas valerosas, porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada *Las niñeces del duque de Osuna*. El gobierno de su virreinato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y su pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la historia, que tampoco

olvida la parte que tuvo en él su secretario D. Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacían un «señor muy grande», y la naturaleza le hizo un «señor muy pequeño». Consta, en efecto, que era pequeño de cuerpo. «En conclusión, dice Domirgo Antonio Parrino, hablando de las calidades del duque: él fué uno de los hombres grandes de su siglo; que de pequeño no tenía otra cosa que la estatura: *di piccolo non avea altro che la statura*». *Teatro de los gobiernos de los virreyes de Nápoles*, tomo II, pág. 119. (Nota de Pellicer.) II, 189.—De las Notas de este lugar se deduce que el duque que se quiso designar aquí, fué el de Osuna y el padre de D. Fernando. II, 395, 396; III, 168.—D. Pedro Girón, duque de Osuna, murió preso en un castillo, de orden del rey Felipe IV, durante la privanza del conde-duque de Olivares, como refieren las memorias de aquel reinado. III, 296.—Véase *Obsequios á personas de respeto*, etc.—[II, 275, 276.]

Osuna (Francisco de).—Tampoco es nuevo ni original el caso que aquí refiere Cervantes de «la (mujer) esforzada y no forzada», pues, como observa Pellicer, se hallaba ya impreso desde el año de 1550 en el *Norte de los estados*, de Fray Francisco de Osuna. D. Nicolás Antonio cita otra edición aún más antigua de este libro, á saber, del año 1541. V, 419-420.

Osuna (La universidad de).—«Y tengo el grado de doctor por *la universidad de Osuna*». Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las menores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8), y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salamanca (IV, 10). En el día hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. V, 438.

Octaviano (Octaviano) Augusto.—Los romanos, según se sabe, tenían abierto el templo de Jano en tiempo de guerra, y sólo le cerraban en el de completa paz. Desde el reinado de Numa, que lo erigió, hasta la época de los emperadores, sólo se cerró en dos ocasiones, como cuenta Tito Livio (Libro I, cap. 19): el emperador Octaviano Augusto lo cerró tres veces: aquí se cita un pasaje de Suetonio (En su *Vida*, cap. 22). De aquí vino la expresión proverbial de *paz octaviana*, con que se denota una paz profunda y universal. III, 337.—Véase *Jano (El templo de)*.

Ote.—Como terminación. «Don Quijote de la Mancha». *Quijote* es la parte de la armadura que cubría el muslo, y pudo venir del francés *cuisse*. Cervantes escogió con oportunidad el nombre de su protagonista entre los de las piezas propias de la profesión caballeresca; y entre éstos, dió la preferencia al de la terminación en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente á cosas ridículas y despreciables, como *librote*, *monigote*, *mazacote*. I, 19. Sancho, hablando de Montesinos, le llamó «el *vejote*». IV, 441 (1).

Otero.—Collado, eminencia desde donde se otea ó descubre el camino: se opone á «vega ó valle». *Otear* dicen que viene del griego. Registrar desde los lugares altos y elevados sobre las tierras, lo que está debajo. (Academia.) I, 231.

Otomana (La casa).—La fundó Otmán, que reinó en el Asia Menor entrando el siglo XIV, y había empezado, según se cree vulgarmente, por ser pastor y bandolero.—Iguales principios, poco más ó menos, se atribuyen al famoso Tamerlán, y los tuvo ciertamente, aunque con menos fortuna, Viriato. En tiempos menos distantes del nuestro, los Médicis empezaron por sacapotras, siguieron por mercaderes y acabaron por soberanos. IV, 111.—Véanse *Personas de nota, de humilde origen* y *Porquerizos*.

Otro.—Como nombre neutro. «Si bien *otro* no ve que cielo y tierra». La palabra *otro* del texto equivale á «*otra* cosa»,

y es un verdadero nombre del género neutro. No falta quien niegue la existencia de este tercer género en castellano; pero no hay razón para ello.—Larga Nota sobre esto: III, 15-18.—«Uno pensaba Don Quijote, y *otro* el de los Espejos».—Otros dos ejemplos citados.—Sin salir del presente capítulo 15, segunda parte, encontramos otro nombre neutro, cuando decía Tomé: «por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos *nuestro merecido*». (IV, 268.) Este *merecido* es un sustantivo neutro, sin que haya arbitrio para calificarlo de otro modo. IV, 265, 266.

Otro gallo te cantara.—Sancho, refiriéndose á Altisidora, dijo: «Mándote, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que *otro gallo te cantara*». Expresión proverbial equivalente á «otra ó mejor fuera tu suerte», por tomarse siempre en buena parte. VI, 406.

Otro que tal.—«Yo y maese Nicolás (dijo el cura á Don Quijote) íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mío, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es *otro que tal*»; etc.—Locución con que se explica la semejanza de alguna cosa. Hoy sólo tiene uso en el estilo familiar. (Academia.) II, 448 (1).

Oudin (César).—En la reimpresión que hizo de la *Silva*, de Medrano, en París el año de 1608, se halla la novela de *El curioso impertinente* en los mismos términos que en el *Quijote*. Se conoce que Oudin, habiendo leído la novela de Cervantes en alguna de las cinco ediciones que en 1608 iban hechas ya del *Quijote*, quiso enriquecer con ella y dar mayor estimación á la *Silva*, de Medrano. No ha faltado quien diga que esta novela fué plagio de Cervantes, y que la tomó de la obra de Medrano. Ciertamente no convenía la tacha de pobreza de invención á Cervantes, á quien más

bien pudiera tacharse de sobras y redundancias en esta materia. III, 89, 90.—[II, 119; III, 439, notas.]

Oveja (Basilio no tiene más desta).—Referencia á la parábola que el profeta Natán dirigió á David sobre el caso de Urías (II, *Sam.* cap. 12, vers. 3); así como en lo que sigue del período, «que á los que Dios junta no podrá separar el hombre», se alude al «*quos Deus conjunxit homo non separet*», del Evangelio (S. Matth., cap. 19, vers. 6). IV, 397.

Ovejas (La aventura de los dos ejércitos de). II, 65, 82.

Ovidio (El destierro de).—«Hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto». Desde luego ocurre que es alusión al destierro de Ovidio; pero Ovidio no fué desterrado á las islas, sino á las costas, del Ponto, ó Mar Negro; á Tomos, ciudad de la Mesia inferior, hoy Bulgaria, en la costa occidental del Ponto. Tampoco se puede decir que el destierro de Ovidio fué por decir malicias. IV, 289.—Véase *Metamorfosis*. IV, 407.

Oxte.—Interjección de quien arroja de sí lo que le incomoda y ofende. IV, 169; VI, 180.

Pablo (San).—«Caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte». Se llamaría caballero andante á San Pablo porque iba á caballo cuando su conversión, ó por sus muchos viajes. En cuanto á las antítesis de «andante» y «á pie quedo», y de «por la vida» y «por la muerte», son pueriles y de mal gusto, porque no es exacto ni natural el contraste. VI, 161.—«Á quien *(San Pablo)* sirvieron de escuelas los cielos». Cuando fué arrebatado al tercer cielo, y vió cosas que el hombre no puede explicar. (II, *Corintios*, cap. 12, vers. 2, 3 y 4.) VI, 162.

Paciencia y barajar.—Expresión proverbial con que se exhorta á la paciencia á los perdidosos en el juego de naipes, y en general á los desgraciados. IV, 437; V, 6 (t).

Pactolo (Dorado).—Río de Lidia, que nacía en las inmediaciones de Sardis. Llámasele *dorado*, porque se creía que arrastraba arenas de oro desde que se lavó en él Midas, rey de Frigia, á quien, según la fábula, concedieron los dioses que cuanto tocase se convirtiese en aquel precioso metal. Otros ríos enumerados, que, según la común opinión, llevaban raeduras de oro. II, 76.

Padilla (Pedro de).—Amigo de Cervantes. Su *Tesoro de varias poesías*. I, 147; V, 54.—II, 101, etc.; III, 6, n.

Padres de la sufrida Dulcinea. II, 309; V, 166, 167.—Véase *Corchuelo (Lorenzo)* y *Aldonza Nogales*.

Padrones.—Son muchos los casos en que los libros caballerescos hacen mención de padrones y profecías escritas en caracteres de lenguas antiguas y exóticas. II, 461; V, 289, 335.

Paga (Buena ó mala).—Buen ó mal pagador. VI, 409 (t).—Véase *Buena paga*.

Pagán de Oria.—La suma liberalidad que usó con su hermano. III, 168.—Véase *Doria (Juan Andrea)*, etc.

Pagano.—Originariamente significaba «aldeano, morador de los *pagos* ó poblaciones campestres». En el siglo IV se daba ya este nombre á los gentiles ó idólatras, por contraposición á los cristianos, y después se extendió en general á todos los infieles. También se dió el nombre de *paganos* á los mahometanos. Los escritores latinos dijeron *paganos*, por oposición á *militares*, lo que muestra el origen y etimología de nuestra voz actual *paisano*. II, 66, 67, 151 (t).

Pagar con las setenas.—Aquí y en el uso común es expresión metafórica tomada de lo judicial, y significa pagar superabundantemente el perjuicio ú agravio que se hizo. I, 77; IV, 274.—Véase *Setenas (Pagar con las)*.

Pagar (So pena de) lo juzgado y sentenciado.—Fórmula forense de que usa aquí festiva y oportunamente el cura. IV, 8.

Pájaros altaneros.—Eran aves de rapiña y alto vuelo que se

adiestraban para la caza llamada también de altanería: tales son los halcones, azores, sacres, neblíes y gerifaltes. Aquí, siguiéndose la metáfora, «*pájaros altaneros*» se toman por personas de alta jerarquía. IV, 402.

Pala y azadón.—Son los instrumentos con que se abren las sepulturas, y así, «el suceso de la pala y azadón» es la muerte. «Si te pica el escorpión, coge la *pala y azadón*» es refrán corriente en Castilla. En una fuente encantada que se describe en la *Historia del caballero de la Cruz*, había una estatua de la Muerte, «según la suelen pintar, todos los nervios y huesos del cuerpo abiertos y sin carne alguna: en la una mano tenía *un azadón y una pala;* en la otra, una trompeta..... la cual tenía puesta en la boca». V, 181.

Palabras (En) articuladas.—Las palabras no podían menos de ser articuladas. Esto me parece ser nimiamente escrupuloso, pues «*en palabras articuladas*» es como si se dijera: «en palabras clara y distintamente pronunciadas». VI, 282.

Palabras (En dos).—Véase *Palabras (En dos)*.

Palabras estropeadas en boca rústica.—Como *cris, adevinaba, estil, desolado, denantes*, por *eclipse, adivinaba, estéril, absoluto, antes*. Nuestro autor, que al principio sobrecargó de esta clase de palabras el lenguaje del pastor Pedro, se descuidó á poco, olvidó el papel que éste había empezado á hacer, y le hizo hablar de un modo corriente y llano, como puede fácilmente observarse. I, 246.

Palabras fácilmente formables.—*Buscada*, palabra de las que se llaman «fácilmente formables», significa la «acción de buscar», en cuya acepción no es de uso común, como tampoco lo es *quedada*, la «acción de quedarse», que se encuentra en otros lugares del *Quijote* y antes en la *Galatea*. El idioma castellano tiene la ventaja de poder emplear con más facilidad que otros esta clase de palabras, según la necesidad de quien las forma; bien que en esto, como en todo, conviene tino y discreción para evitar el abuso que pudiera

hacerse del privilegio. II, 427.—«*Destripaterrones* y *palarruecas*», y otros ejemplos. IV, 90.—La palabra *encajador*, de que se usa en el texto, es de las «fácilmente formables»: género de riqueza propio del idioma castellano, y fuente de una abundancia que no cabe en los límites y esfera de un diccionario. V, 115.

Palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano. I, 238; IV, 56-58.—El idioma francés era el que se hablaba en la corte de los duques de Borgoña, y Borgoña era el país clásico de la caballería europea. III, 407.—[I, 352, n.: II, 21.]

Palacios (Doña Catalina).—Mujer de Cervantes. En la *Galatea*, primera producción de Cervantes, impresa en el año de 1584 y escrita durante el tiempo de sus obsequios á Doña Catalina Palacios, con quien casó después, el designó, al parecer, á ésta con el nombre de *Galatea*, como á sí mismo con el de *Elicio*. I, 149; II, 316.—El nombre de *Tahica*, en los *Baños de Argel*, que el esclavo de Uchalí da á su querida, es casi anagrama del de la mujer de Cervantes. III, 157.

Palacios de Galiana.—Este nombre se da á las ruinas de un edificio romano de Toledo, que existen en la huerta llamada del Rey, á la orilla del Tajo, bajando del puente de Alcántara. Se decía «*palacios de Galiana*» como el verbigracia de las habitaciones magníficas y ostentosas. Nota larga sobre los amores de Carlomagno y la infanta Galiana, etc. VI, 123-125.

Paladión (Del) de Troya, que los griegos presentaron á la diosa Palas.—Recuerda aquí Cervantes el pasaje del libro II de la *Eneida* sobre este suceso, que traduce así el Dr. Gregorio Hernández de Velasco:

«Después que en guerra de tan largos años
Los capitanes griegos se cansaron,
Y los hados, cuidosos de sus daños,

Del todo la esperanza les quitaron,
Dando Palas industria á sus engaños,
Un valiente caballo edificaron,
De hueso de un gran monte, cuyos lados
De fuerte abeto fueron fabricados.»

V, 324.

Palamenta.—«Les echó la *palamenta* encima». Es el conjunto de remos de una embarcación, que, cayendo sobre el borde de otra, sirve de puente para pasar á ella. VI, 304.

Paleta (De).—Modo adverbial. Lo mismo que «oportunamente, de molde», etc. VI, 156.

Paletas (En dos).—Modo adverbial familiar. Brevemente, en un instante. (Academia.) IV, 94; VI, 49, 243 (textos). «*En dos palabras*». Pellicer corrigió «*dos paletas*», en vez de «*dos palabras*» y cita otros pasajes del *Quijote* (los susodichos), en que la expresión «*en dos paletas*» significa «brevemente y sin trabajo». Sin embargo, no me parece necesaria la corrección, y me inclino á que se debe conservar la lección «*en dos palabras*», como si dijéramos «en poco tiempo», cual es el que se necesita para pronunciar dos palabras. Así está usada la misma expresión en el cap. 21 de esta primera parte (II, 181), donde, describiendo Don Quijote los pasos por donde un caballero llega á ser rey, dice: «muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero *en dos palabras*». II, 25.

Palinuro.—«Que cuantas (estrellas) vió *Palinuro*». Fué el piloto mayor de la flota de Eneas. III, 270.

Palmerín de Ingalaterra ó Amadís de Gaula.—«Sobre cuál había sido mejor caballero». Con razón se escogieron estos dos ejemplos entre la numerosa caterva de caballeros andantes, por ser sus libros de los más antiguos y que más se leían en España. I, 9.—«Sobre el *Palmerín de Ingalaterra* y su verdadero autor, I, 125, 126, 128.—Véase *Ingalaterra*.—[I, 212, 213 y n.; III, 462.]

Palmerín de Oliva.—Libro de este famoso caballero, que por el mundo grandes hechos de armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese. I, 124. 183, 265; V, 118.

Palmilla de Cuenca.—«Una suerte de paño que particularmente se labra en Cuenca; y la que es de color azul se estima en más..... sin embargo de que hay palmillas verdes». Así dice Covarrubias, que, siendo canónigo de Cuenca, debía saberlo. IV, 388.—«Vestidas todas de *palmilla verde*». IV, 377 (t).

Palmireno (Lorenzo).—«Come poco, y cena más poco». (Don Quijote á Sancho.) Lorenzo Palmireno, en su tratado *Del modo de escribir cartas*, dice: «Así me lo aconsejó el Doctor Solís en aquella su canción: *Come poco y cena más, duerme en alto, y vivirás*». El mismo Palmireno, en su colección de refranes, que imprimió en Valencia en 1589, pone este del modo referido, y de este otro: *Come poco, cena más, y dormirás*. Este último es á favor de la mucha cena, é indica el motivo, que es evitar la vigilia. V, 256, 357.—M. Ticknor, hablando de esta colección de unos doscientos refranes exclusivamente referentes á la mesa, á la salud y buena crianza, dice: «lo cual prueba cuán sentenciosa es la lengua que tantos aforismos populares encierra sobre un solo asunto».—[III, 203 y n.]

Palmito (Como un).—«Yo os lo vestiré *como un palmito*». Así dijo Teresa á Sancho, hablando de su hijo. La comparación es significativa y oportunísima para quien haya visto un palmito, pero dificulto que lo hubiese visto Teresa: usaría de la comparación como proverbial, y como tal la cita Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*. IV, 98.

Palomeque (Juan) el Zurdo.—El ventero que confirió la orden de caballería á Don Quijote en su venta. (I, 62.) II, 60 (t), 304; III, 76.—Su célebre venta, teatro de muchos de los sucesos de la primera parte. IV, 183.

Palomino (Acisclo Antonio).—Sus *Vidas de pintores*. En la de

Velázquez de Silva trata de los moriscos expulsos. VI, 103. —[III, 262, n.]

Pan de trastrigo.—Véase *Trastrigo (Pan de).*

Pan mal conocido.—Véase *Mal conocido.*

Pan (Un) por ciento.—«Y veréis como os vale *un pan por ciento*». (Don Quijote á Sancho, aludiendo á la caza.) Hinard lo traduce: «*Et vous verrez comme vous vous en trouverez bien*». V, 202 (1).

Pancaya.—«De *Pancaya* el bálsamo». Región de la Arabia Feliz, célebre por las aromas que produce, de quien cantó Virgilio en el libro II de las *Geórgicas:*

«*Totaque thuriferis Panchaia pinguis arenis*».

Bowle cita el mismo verso, al que hubo de aludir Cervantes en este pasaje, si bien cambiando el «incienso» por el «bálsamo». Feijóo coloca esta región entre las fabulosas; mas Plinio la pone en Egipto, Mela en los Troglodítas, Servio en la Arabia Feliz, Diodoro Sículo la hace isla del Océano arábigo. Plinio dijo, *ex fide aliorum*, que Pancaya era la patria del Fénix. Y Solino, hablando de esta ave, dice: «Ella apareja una hoguera hecha de cinamomo, y la compone junto á la tierra de Panchaya, en la ciudad del Sol, poniendo la leña sobre los altares». V, 283.

Pandafilando, de la Fosca Vista.—Un descomunal gigante, que había de pasar con gran poderío sobre el reino de la princesa Micomicona. II, 454.

Paniaguados.—Es nombre que se daba á los dependientes de una casa ó familia que recibían del jefe de ella el alimento, figurado en sus dos partes más esenciales, que son el *pan* y el *agua;* y, por extensión, indica el «cliente, el que depende de otro». III, 535; IV, 226; VI, 358.

Pantalia.—Parece ser el «cerote», del que dice Quevedo que reparaba los «desmayos del calzado». *Pantalia* parece voz italiana, ó quizá pertenece á la lengua franca del Mediterráneo, que es el chapurrado ó mezcla de todas lenguas, de que se habló en la historia del cautivo (III, 213). Esto será lo mismo que «dar humo á los zapatos», como se dijo en el cap. 2.º de esta segunda parte (IV, 39), lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres, usando de betunes que dan lustre y hermosean el calzado, y en cuya composición suele entrar también el humo ó polvos de zapatero. Sobre zapatos «encerados», véase la Nota al cap. 18 (IV, 324). V, 182.—Véanse *Dar humo á los zapatos* y *Zapatos encerados.*

Panteón (El).—«Aquel famoso templo de la Rotunda», en Roma. Templo circular que Marco Agripa, yerno del emperador Augusto, erigió y consagró en su tercer consulado á Júpiter Vengador y á todos los dioses, por lo que se le dió el nombre de *Panteón*, y es el monumento más hermoso que se conserva de la antigua grandeza romana. En tiempo de Trajano fué herido de un rayo; Adriano, Septimio Severo y Aureliano lo hermosearon y repararon. Tiene doscientos palmos de elevación y otros tantos de diámetro, y recibe la luz por una claraboya que tiene en el centro de la bóveda, de treinta y nueve palmos menos cuarto de diámetro. Bonifacio IV lo convirtió en iglesia á principios del siglo VII (año 608), y Gregorio IV la dedicó á honor de todos los Santos el año de 830. Es, como dice Cervantes, el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y continúa siendo uno de los principales ornamentos de aquella capital. Se puede subir á la cúpula por una escalera de ciento noventa escalones, por donde subirían el emperador y el caballero romano de que se hace mención en este pasaje, y que iba explicando al emperador los primores y sutilezas del edificio. Que subió el emperador, lo cuenta D. Prudencio de Sandoval en su *Histo-*

ria al año de 1536. IV, 141, 142.—Véase *Rotunda (La)*.

Paño de Cuenca.—Se cita por ejemplo del basto y ordinario, y el *limiste de Segovia*, por ejemplo del fino y delicado. V, 182.—Véase *Limiste de Segovia*.

Paños de tocar.—Según Covarrubias, en las danzas de espadas se llevaban *tocadores*, que aquí se llaman *paños de tocar*, y serían al modo de los pañuelos que ahora suele llevar en la cabeza la gente del campo. IV, 377.—Véase *Tocadores (Los tres)*.

Papahigo.—«Caminar con *papahigo*». Según el *Diccionario de la lengua castellana*, es cierto pedazo de paño ó tela, de que está hecha la montera, que, tirándole hacia abajo, cubre toda la cara y pescuezo, menos los ojos, del cual usan los que van de camino, para ir defendidos del aire y el frío. Covarrubias, copiado por Bowle, dice que «*papahigo* es una como mascarilla que cubre el rostro, de que usan los que van de camino, para defensa del aire y del frío». El uso de los papahigos como disfraz ó como abrigo, común á hombres y mujeres, estaba reservado á personas acomodadas y de distinción. VI, 39.

Papar.—«Que se los *papen* duelos». Es, hablando familiarmente, «tragar, engullir». *Duelos* son «aflicciones, pesadumbres, trabajos, calamidades». *Que se los papen duelos:* expresión de los que hacen poco caso de los males ajenos. II, 64.—Véase *Duelos (Que se los papen)*.

Papel.—Menciona aquí Don Quijote los diferentes modos de escribir que se usaron entre los antiguos. Véase la Nota que da la historia de estos modos. II, 306.

Papilla (Dar).—«No piense vuestra merced *darme papilla*»: como á niño inocente que se lo cree todo. II, 520.

Para en uno.—«Ambos *para en uno* (Camacho y Quiteria)»: esto es, parejos, ó de igual calidad, y, por tanto, á propósito para ser unidos. (Arrieta.) IV, 352 (t).—«Sólo los dos somos *para en uno*». (La pluma de Cide Hamete, y Don

Quijote.)» *Ser para en uno:* locución con que expresamos que dos personas son muy conformes y parecidas en las costumbres y modales, y que se convendrán fácilmente en cualquiera especie. Se usa regularmente hablando de los casamientos. (Academia.) VI, 465 (t).

Para mí estaba guardada.—Verso tomado de un romance antiguo, del cual se citan cuatro versos al fin del *Quijote* (VI, 464). III, 466; IV, 414; VI, 464, 465.—«*Para otro caballero debe de estar guardada* esta aventura». Sobre esta especie de destino trae Bowle varios pasajes de libros caballerescos. V, 110, 315.

Para mi santiguada.—Expresión familiar anticuada, fórmula de juramento que se repite en otros pasajes del *Quijote*. *Santiguada* es el acto de santiguarse, y *para* equivale á *por;* de suerte que «*para mi santiguada*» es lo mismo que «por la cruz *con que me santiguo*». I, 101; II, 69.

Para mis barbas.—Fórmula familiar de juramento, en que se atestigua con las *barbas*, como objeto de estimación y aprecio. Á las barbas, como distintivo del sexo varonil é indicio de su autoridad y de su fuerza, se daba ese carácter particular de importancia, de que participaban eminentemente los bigotes, como parte superior de la barba: la misma palabra *bigotes*, en el uso familiar, significa fortaleza. Quitar á otro las barbas, y aun sólo manoscárselas, se miraba como injuria grave. El rey de los amonitas las hizo cortar por afrenta á los embajadores de David, según se cuenta en el libro 2.º de *Los Reyes* (cap. 10, v. 4). II, 69, 70; VI, 95.—Véase *Barbas*.

Para, por.—El uso actual distingue ambas partículas, denotando «*para*» el fin ú objeto, y «*por*», la razón, causa ó motivo. En ello ha ganado la claridad y la exactitud, y, por consiguiente, el idioma. En otro tiempo solían usarse promiscuamente estas partículas. I, 101; II, 69, 315; III, 493; V, 325.—Véase *Por, para*.

Para que, porque.—«*Porque* Sancho también lo oyese». Ejemplo de la conjunción *porque* usada como final y no como causal; equivale á decir: «*para que* Sancho también lo oyese». En el cap. 11 (I, 228), hablando Don Quijote con su escudero, le dirigía estas palabras: «*porque* veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería..... quiero que aquí á mi lado..... te sientes». Y en otra ocasión, insistiendo Sancho en que eran manadas de carneros lo que su amo creía ser ejércitos, le decía éste: «haz una cosa, Sancho, *porque* te desengañes; sube en tu asno», etc..... «y verás como se vuelven en su ser primero». (II, 86.) Este uso promiscuo del «*porque*» fué común entre nuestros antiguos escritores; en el día no lo es tanto. Cuando la conjunción es final, el verbo siempre va en subjuntivo; y esta regla puede servir para discernir á cuál de las dos clases pertenece en cualquier caso. II, 234.—Una anécdota me ocurre que ilustra claramente esta distinción. En una ocasión un caballero español hizo una apuesta con otro, que diría á la reina, en plena corte, que era *coja*. Trajo dos ramilletes de flores, y, arrodillándose delante de ella, dijo, presentándoselos: «He traído á Vuestra Majestad estos dos ramilletes de flores *porque* Vuestra Majestad escoja; esto es, *para que* Vuestra Majestad escoja, ó *porque* Vuestra Majestad es *coja*». «No hay *para qué*» es lo mismo que «no hay *por qué*»; como si dijera: «no hay motivo para ello». Esta equivalencia, en muchas ocasiones se ha advertido ya anteriormente. (I, 101; II, 69, 315; III, 493.) V, 325.—Véase *Para, por*.

Parado (Lo más bien).—Lo más saneado, lo más florido. Es voz curial muy frecuente en los testamentos y el foro. Hinard lo traduce «*le meilleur gîte*». VI, 112.

Parecer.—«Las exhalaciones secas de la tierra, que *parecen* á nuestra vista estrellas que corren»: meteoro frecuente. El verbo castellano «*parecer*» tiene cuatro acepciones: 1.ª «Hacerse juicio», y entonces suele tener forma impersonal, porque el sujeto es, no un hombre, sino una frase; como en el cap. 41 de esta segunda parte (V, 325): «*Parecióle* á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentía». 2.ª «Presentarse á la vista»; como en el cap. 20, primera parte (II, 120): «Hace la noche tan escura, que no *parece* en todo el cielo estrella alguna». 3.ª «Encontrarse lo perdido»; como en el cap. 3.º, segunda parte (IV, 69): «Se le hurtaron (háblase del rucio), y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento, sin *haber parecido*». Y 4.ª «Ser semejante»; como en la segunda parte, cap. 14 (IV, 263): «Aunque *parecéis* el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le *parece*». Á esta última pertenece el «*parecer*» del texto. V, 208, 209.

Pared (Y) en medio de mi misma casa.—Expresión estropeada aparentemente por el impresor, que hubo de alterar alguna palabra y omitir otras. Lo que se quiso decir, y lo que diría Cervantes en su manuscrito, fué que Sancho había visto muchas veces la cara de Tomé Cecial en su pueblo, como que Tomé vivía *pared por medio* de la casa de Sancho. IV, 271. *Pared en medio:* expresión con que se explica la inmediación ó contigüidad de una casa ó habitación respecto de otra que sólo las divide una pared. (Academia.)

Paredes (Diego García de).—Nació en Trujillo el año de 1469, y murió en Bolonia el año de 1533. Valentísimo soldado, y de grandes fuerzas naturales. Los antiguos griegos solían atribuir á Hércules todos los hechos hazañosos cuyo autor no se conocía con certidumbre. Á este modo, entre los españoles modernos ha sido usanza común atribuir los dichos ingeniosos á D. Francisco de Quevedo y los hechos de fuerza á Diego García de Paredes, á quien alguna vez se apellidó el *Sansón de Extremadura*. *Breve suma* de su vida y hechos, escrita por él mismo poco antes de su muerte. II,

512-515; III, 444, 499; V, 68.—En la Armería Real de Madrid muestran una espada que dicen fué de Diego García de Paredes, con el lema de «*Opéribus crédite*». Pero no lo encuentro en el libro antiguo del cargo que se hacía al armero mayor, cuyas noticias llegan al año de 1708. V, 41. —Véase *Opéribus crédite*.—D. Tomás Tamayo de Vargas escribió la vida de Diego García de Paredes y la publicó en Madrid el año de 1621. II, 515.—Véase *Vargas (D. Tomás Tamayo de)*.—[III, 131, n. Ed. de 1872.]

Pares y nones.—Véase *Nones*.

París (La universidad de).—«Como si fuera graduado por la *universidad de París*». No es impropia de este lugar la mención de ésta, porque en aquellos tiempos fué muy frecuentada de los españoles. II, 90; IV, 340.—Véase *Bolonia y Salamanca (Universidades de)*.

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza.—Otra pintura muy feliz de la situación, figura y gesticulaciones de Sancho, queriendo y no pudiendo acordarse de la carta de su amo para Dulcinea. No parece sino que se le está viendo. II, 345.

Parrasio, Timantes, Apeles, Lisipo.—Célebres artistas griegos; los tres primeros, pintores, y escultor el último. Plinio cuenta que Alejandro Magno prohibió que nadie le retratase en tabla sino Apeles, ni en bronce sino Lisipo. V, 157.

Participantes se llamaban los que comunican con personas descomulgadas. II, 93, 94 (t).

Participios.—Véase *Verbales (Nombres) y participios*.

Partículas.—Hay en la lengua castellana partículas que sólo se usan en composición con otras palabras; como *in*, para significar negación, como *indocto; pre*, anticipación, como *precedente; des*, privación, como *deshacer*, y finalmente *re*, que ordinariamente indica duplicación, como en *repetir*. El mismo oficio hace en el «*remiente*» del texto; sólo que en esta ocasión se emplea en una voz de las que llamamos «fácilmente formables», propiedad de nuestro idioma, que produce una singular riqueza, señaladamente en el estilo familiar: en él suele emplearse con frecuencia no sólo la partícula *re*, sino las demás de que hablamos, á las que pudiera llamarse *clínicas*. Por una de aquellas inconsecuencias que en esta materia suele admitir el uso, la partícula *re*, que comunmente aumenta y duplica, disminuye y atenúa otras veces, como sucede en *redolor, remirar* y otros. III, 312, 510.—La partícula «*como*» tiene la propiedad de templar la fuerza de los nombres á que se agrega, convirtiéndolos en *semejantes á*, según se muestra por el ejemplo del texto, «*como* clérigos ó *como* estudiantes». Cuando es verbo la palabra á que se une la partícula *como*, se añade á ésta la partícula *que*, y se dice: «*como que* adivino que ha de suceder esto ó lo otro». Otras partículas tenemos en castellano que tienen en el discurso oficios semejantes. Á la manera que «*como*» asemeja, «*casi*» atenúa, «*más que*» aumenta: el lector puede fácilmente poner ejemplos. Hay otras partículas que se incorporan en las mismas palabras que modifican, alterando su significación: *recién*, como *recientemente; medio*, como *medimuerto; entre*, como *entrecerrar*. Á veces son partículas meramente encliticas, que no se usan solas, sino precisamente en composición, y producen los muchos matices y gradaciones que admiten las palabras. *Re* duplica la significación, como *repregunta; in*, la destruye, como *invencible; des* priva, como *deshecho; semi* la parte por la mitad, como *semidiós; a* convierte el hecho en estado, como *aterrar, atronar, acumular, aflojar; pro* indica antelación, como *progenitor, pronóstico, pronombre, preconsul, progenie, prólogo, prosapia*, y *pre*, anticipación, como *prematuro, prelución*. Y de aquí procede un manantial abundantísimo de palabras, unas, de uso corriente, y otras, que llamamos «fácilmente formables», que multiplican sin término las significaciones primitivas, especialmente en el estilo familiar. IV, 349.

350.—«Alias *de* la condesa Trifaldi». Sobra el *de*, que interrumpe y descompone el sentido: observación que manifiesta lo delicado que suele ser el uso de las partículas, y el grande influjo de éstas en el lenguaje. V, 239.

Partida.—En el juego, el número de tantos ó suertes con que se gana, y también lo que se atraviesa. (Academia.) VI, 415.

Partido (Destas que llaman del).—Este nombre dió ya á las mujeres públicas el arcipreste de Talavera Alfonso Martínez de Toledo, capellán del rey D. Juan el II, en un libro que escribió contra los engaños de las malas mujeres. Con el mismo dictado «*del partido*» se denotan estas escorias de la sociedad en muchos documentos antiguos castellanos. I, 29, 30.—Las dos de la venta, á quienes Don Quijote rogó que se llamasen Doña Tolosa y Doña Molinera. I, 64, 65 (t).

Partir el camino.—«Y *partiendo* los dos *el camino*» (Don Quijote y el de los Espejos).—Frase. Elegir un paraje medio donde puedan concurrir dos á tratar alguna cosa con conveniencia de entrambos. (Academia.) IV, 252 (t).

Partir el sol.—«*Partióles* el maestro de las ceremonias *el sol*». Es poner y colocar á los dos combatientes de modo que á ninguno de ellos le dé de frente; y era costumbre hacerlo en los duelos ó desafíos, para igualar la condición de ambos, lo mismo que examinar el campo porque no hubiese en él engaño ni tropiezo encubierto, con las demás ceremonias que aquí se describen y de que hay ejemplos frecuentes, no sólo en los libros de caballerías, sino también en las crónicas ó historias de la Edad Media. VI, 141.

Parto derecho (Ese escrúpulo viene con).—Así dijo Sancho á la Duquesa. Esto es, que ocurre oportuna y fundadamente. (Arrieta.) *Venir el parto derecho:* frase metafórica. Suceder alguna cosa favorablemente ó como se deseaba. (Academia.) V, 180 (t).

Pasaban (Se le) las noches leyendo de claro en claro, y los días, de turbio en turbio. I, 10 (t).—Véase *Turbio (De) en turbio.*

Pasagonzalo.—Familiar. Pequeño golpe dado con presteza. (Academia.) «Temiendo (Sancho) que con sólo un *pasagonzalo* con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya». IV, 253 (t).—Pellicer dice: «Es un juego que consiste en dar un papirote en la nariz, poniendo el dedo de en medio debajo del pulgar. Este golpe, que se daba y da con el dedo, temía Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verbo y nombre; esto es: *pasa, Gonzalo;* palabras que se dirían al descargar el papirotazo». (Nota de Pellicer.)

Pasamonte es mi alcurnia.—Quiere decir que Pasamonte es el apellido de su familia. Así como hay nombres poéticos, también los hay caballerescos. *Pasamonte* es nombre de un gigante en Pulci, y equivale también al del rey *Perefort*, uno de los héroes de la primitiva caballería andante de la Tabla Redonda. Uno de los que firmaron la relación topográfica de Tembleque en la Mancha, dada de orden de Felipe II el año de 1575, y que, por consiguiente, sería persona notable en aquel pueblo, se llamaba Alonso Sánchez de *Pasamonte*. Hago esta observación porque, como yo sospecho que nada huelga en el *Quijote* y que éste contiene frecuentemente alusiones á sucesos del tiempo y de la vida de su autor, no sería extraño que hubiese dado margen á la pintura de Ginés alguna de las aventuras, ó, por mejor decir, desventuras, de Cervantes en la Mancha. II, 206, 207.

Pasamonte (Ginés de).—El galeote. II, 206, 209, 214 (t), 465, 473 (t), 478 (t).—«Porque se lo debo (á Don Quijote)»: expresión que era ininteligible á los circunstantes; pero será clara para el lector luego que sepa, como sabrá después (V, 67), que maese Pedro era aquel Ginés de Pasamonte á quien Don Quijote dió libertad en la primera par-

te de la fábula (II, 214), y el que hurtó á Sancho el rucio (II, 228; IV, 70). V, 33.—«Á quien el comisario llamaba Ginesillo de Parapilla». II, 206 (t); V, 67.—«Y á quien Don Quijote llamó D. Ginesillo de Paropillo» (II, 218). V, 68.—Don Quijote «malparado por los mismos á quien tanto bien había hecho». II, 222 (t).—Véanse *Brunelo* y *Maese Pedro*.

Pasar.—El verbo *pasar* tiene diferente significación, según que es de estado ó activo. En el primer caso, significa unas veces «suceder», como «*pasan* cosas increíbles»; otras, «dejar de ser», como «el tiempo y la vida *pasan*». En el segundo caso, *pasar* equivale á «padecer», conforme á su origen latino, y así, se dice: «*pasar* pobreza ó *pasar* dolores»: otras veces vale «tener», como sucede al fin del capítulo 2.º (IV, 44), donde se dice que Don Quijote, el bachiller y Sancho «*pasaron* un graciosísimo coloquio». Y después, en el cap. 10 de esta segunda parte, describiéndose la deliberación que tuvo Sancho consigo mismo sobre entrar ó no entrar en el Toboso, se dice: «Este soliloquio *pasó* consigo Sancho». (IV, 169.) Ninguna de las precedentes acepciones corresponde al verbo *pasar*, en el epígrafe del presente cap. 7.º: aquí es activo y significa «tratar, conferenciar, hablar» sobre algo, y no me acuerdo de haberlo visto usado así en ninguna otra parte. IV, 115.—En los siguientes pasajes, este verbo parece tener la misma significación: «En tanto que las damas del castillo esto *pasaban* con Don Quijote», III, 361 (t); «De lo que el cura y el barbero *pasaron* con Don Quijote cerca de su enfermedad», IV, 1 (epígrafe del cap. 1.º), y «Por contar lo que el caballero del Bosque *pasó* con el de la Triste Figura», IV, 233 (t), al fin del cap. 13.—Ejemplos de este verbo en el sentido de «tener»: I, 162; IV, 40, 44, 169, 322, 376 (t); V, 54; en el de «tratar, hablar»: III, 361 (t); IV, 1, 115 (epígrafes), 233 (t); en el de «suceder»: III,

359 (t); IV, 45 (epígrafe, cap. 3.º).—«*Pasar* en Berbería». VI, 318, 334 (textos).

Pasar de repente á hablar en primera persona quien estaba hablando en tercera, sin que el autor lo prevenga.—Esto sucede con Sancho cuando dice: «Pero con todo eso, yo me esforzaré». Modo elegante, usado alguna otra vez en el *Quijote*, y que, sin perjudicar á la claridad, varía la contextura de los diálogos, y los hace más rápidos y animados. II, 122. En algún otro lugar del *Quijote* (II, 122) se ha notado que el sujeto de quien se habla en relación ó tercera persona, suele pasar de repente á hablar en primera ó en recto, lo cual se hace con elegancia, especialmente cuando se razona con calor é interés. Aquí sucede al contrario. Don Quijote estaba hablando en primera persona. «Si doy, decía..... cuanto más que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer», etc.; y de pronto, sin intermedio alguno, continúa en tercera persona: «y que, pues esto era así, bien podían soltarle». Hubiera convenido en el presente caso poner algo que indicase el tránsito; verbigracia: «y añadió que, pues esto era así, bien podían soltarle». III, 427.

Pasar en blanco.—«No fuera yo tan sandio caballero que dejara *pasar en blanco* la venturosa ocasión», etc.—Omitirla. (Academia.) II, 36 (t).

Pasarlo en flores, ó irse todo en flores, dice Covarrubias, es no haber cosa de sustancia. (Arrieta.) «Y los demás días *se los pasaban en flores*». *Flores*, cosas fútiles, de poca sustancia y provecho, por oposición á *frutos*. Motteja ingeniosamente Cervantes, con estas ponderaciones de Don Quijote, lo que cualquier lector habrá notado en los libros caballerescos, á saber: que sus autores se olvidaron frecuentemente de que sus héroes eran hombres como los demás, sin que se vea cómo pudieron, andando solos y por despoblados, satisfacer la necesidad diaria é inexcusable del ali-

mento. Más veces hablan de la yerba que pacían los caballos, que del pan que comían los jinetes. I, 225.—Véase *Flores (En)*.

Pasarse al reino de Aragón, donde era más fácil sustraerse de las manos de la justicia. V, 68.

Pasicorto.—El que tiene el paso corto. *Pisacorto*, palabra mal formada y sin sentido. II, 242.

Pasmóse de arriba abajo.—«*Pasmarse*» se refiere al «estupor» que produce la repentina presencia de un objeto inesperado; no al miedo que inspira. Se pasma el que se admira y suspende; pero esto es distinto del miedo. Lejos de concebirlo Don Quijote á vista de los batanes, perdiera el que pudieron antes infundirle, y que de hecho infundieron á Sancho. II, 137.

Paso (Y) ante paso se fueron entrando.—Se dice igualmente bien «*paso ante paso*» y «*paso tras paso*». Cuando se anda, un paso sigue á otro, y es «*paso tras paso*»; pero, caminándose hacia adelante, es «*paso ante paso*». Respecto del lugar es «*paso ante paso*», y respecto del tiempo, «*paso tras paso*». Yendo hacia atrás, podría decirse «*paso tras paso*», y no «*paso ante paso*». IV, 373, 300 (t).—«*Paso ante paso*» indica que se va adelante; «*paso tras paso*», que se continúa andando. VI, 25.

Paso (El buen).—«*Paso*» no es aquí lo que significa ordinariamente; el «buen *paso*» es «la buena vida, la vida muelle y regalada, el *pasarlo bien*». I, 258.

Paso (El) honroso de Suero de Quiñones.—Éste fué un caballero leonés, hijo de Diego Hernández de Quiñones, merino mayor de Asturias, que el año de 1434 celebró junto á la puente del río Orbigo, á tres leguas de Astorga, unas solemnísimas justas que duraron treinta días. El *Libro del Paso honroso* es un monumento notable de la mezcla de valor, devoción y galantería de los caballeros de aquel tiempo. En la Armería Real se muestra la espada de Suero de

Quiñones. I, 157, 276; II, 172; III, 149, 460, 461, 463, 467; V, 428; VI, 136, 141, 182, 218, 359.—Véase *Quiñones (Suero de)*.—[I, 174-175, n., 224, n.]

Paso, pasito.—«No lo dijo tan *paso*». *Paso* es adverbio que significa lo mismo que «en voz baja». Úsase también en diminutivo, como se hizo en la primera parte (II, 435): «Se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy *paso* le dijo». Otras veces «*paso*» y «*pasito*» significan «lentamente, poco á poco», como cuando el Duque decía á Don Quijote, que alababa la cortesía y la hermosura de la Duquesa: «*Pasito*, mi señor Don Quijote..... que adonde está..... Dulcinea..... no es razón que se alaben otras fermosuras». (V, 122.) VI, 247.

Pasta (De buena).—De índole apacible, de genio blando ó pacífico. (Academia.) VI, 67 (t).

Pastor de Filida, de Montalvo.—Otra de las composiciones que produjo en España la imitación del *Arcadia* de Sanázaro. Imprimióse la primera vez en Madrid el año de 1582, con este título: «*El Pastor de Filida*, compuesto por Luis Gálvez de Montalvo, gentilhombre cortesano», título á que aludió sin duda el cura cuando dijo: «no es ese pastor sino muy discreto cortesano». (I, 146.) I, 142, 146; III, 15, 49; V, 280; VI, 356.—Véase *Montalvo (Gálvez de)*.—[III, 86, 87.]

Pastor de Iberia.—Compuesto por Bernardo de la Vega, gentilhombre andaluz, y dirigido al duque de Osuna. Sevilla, 1591.—Bien hizo el cura en entregarlo al brazo seglar del ama. I, 144.—Véase *Bernardo de la Vega*.—[III, 89.]

Pastor enamorado (La aventura del).—Nada se dice en el discurso de este episodio, de donde pueda deducirse que fuesen pastores ni Camacho ni Basilio, ni ninguno de los que tuvieron parte en los sucesos, sino más bien todo lo contrario. Basilio vivía en el pueblo, pared por medio de los padres de Quiteria; Camacho y sus amigos, así como tam-

bién los de Basilio, creyéndose burlados, sacan las espadas, se hacen comparaciones entre los linajes de los novios; circunstancias todas ajenas de pastores. Es verdad que se llama alguna vez *zagal* á Basilio (IV, 354); pero es nombre que alude á la edad y no á la profesión, como se ve por la relación. IV, 349.

Pastor (El) Fido.—De Guarini, traducido por el Doctor Cristóbal de Figueroa. Otra traducción, por Doña Isabel Correa. Tres ingenios, como Calderón, Solís y Cuello, se reunieron para escribir la comedia del *Pastor Fido*, en que se imitó la fábula del Guarini, y aun el mismo Calderón la alegorizó á lo divino en su auto sacramental de este título. La traducción del *Aminta* de Tasso por Jáuregui, y la del *Pastor Fido* por Figueroa, comparadas. VI, 289-291.—[III, 90 y n.]

Pastor por andar.—«Caballero *andante*, ó *pastor por andar*»; contraposición que recuerda esta otra del cap. 30 (V, 124): «tal caballero *andante* y tal escudero *andado*». *Andado:* lo usado ó algo gastado: dícese de las ropas ó vestidos. (Academia.) VI, 445.—*Pastor por andar:* pastor que está para andar.

Pastoras (Nombres fingidos de).—Véase *Nombres supuestos con que cantaron los poetas á sus damas.*

Pastorcillo, tú que vienes; pastorcico, tú que vas.—La sobrina dijo á Don Quijote: «¿qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose *pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas;* pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas». «*Pastorcico, tú que vienes*» es un verso con que comienza una de las *Rimas sacras* de Francisco de Ocaña, y parece que lo cita la sobrina para manifestar su desprecio del proyecto nuevo é insensato de su tío. Vuelve la sobrina al tema que ya indicó en la primera parte (I, 130), durante el escrutinio de los libros de su tío, manifestando recelos de que éste sustituyese á la manía caballeresca la pastoril. Allí hay Nota sobre este pasaje.—*Ya está duro el alcacer para zampoñas:* refrán que se aplica á las personas que han dejado pasar la edad á propósito para aprender alguna cosa. *Alcacer* es la cebada verde, de cuyas cañas, cuando están tiernas, suelen hacer los muchachos unas flautillas que ellos llaman «pipas» ó «pipitañas», y el refrán «zampoñas». VI, 443.—En una Nota anterior, dice Clemencín: Estas obras (pastorales) se habían publicado antes que el *Quijote*, y aun el gusto por su lectura era tan general y estaba tan extendido, que puede creerse que Cervantes se propuso también satirizar en el *Quijote* la afición desmedida al género pastoril, que había sucedido al caballeresco. En Don Quijote fué natural esta transición de una locura á otra: transición que ya había indicado la sobrina de nuestro caballero durante el escrutinio de la librería de su tío (I, 130), quien tenía además algún ejemplo que imitar en sus libros, como el de D. Florisel de Niquea, que se hizo pastor, según se lee en *Amadís de Grecia*. VI, 355.

Pata ó Bata.—Agi Morato había sido alcaide ó gobernador de Pata, que así llamaban los cristianos á la fortaleza de Bata, situada á dos leguas de Orán, y mirada como importante. III, 191.

Patenas.—Son láminas de metal, ordinariamente con alguna imagen, que llevaban pendientes de la garganta las señoras en tiempos antiguos. IV, 388.

Patrañas.—Ya se ha dicho en otra ocasión (II, 123), que se daba el nombre de *patrañas* á los cuentos ó novelas, cuales son las que contiene el libro intitulado el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda, impreso el año de 1576. Y el arcipreste de Talavera dijo en su *Corbacho*, escrito siglo y medio antes: «para vicios y virtudes harto abastan ejemplos y pláticas, aunque parezcan consejuelas de viejas, *patrañas* é

romances». Ahora, entre nosotros, *patraña* se toma en mala parte, por «ficción disparatada y mal compuesta», y á los cuentos bien ordenados y de alguna extensión y artificio, se da el nombre de *novelas*. II, 295, 296.—Véase *Consejas* y *Novelas*.

Patronímicos y apellidos.—Varias Notas sobre éstos, con referencia especialmente á los de mujeres: I, 21; V, 128, 141, 447; VI, 17, 24, 111.—Apellidos patronímicos entre los mahometanos. III, 176.—*Ezno*, terminación patronímica, significando el hijo pequeño del primitivo. V, 59.

Paveses.—«Al momento le trujeron dos *paveses*». *Paveses* eran una especie de escudos largos que cubrían casi todo el cuerpo del que los llevaba. VI, 85.

Pecador de mí.—Interjección de que usó en el cap. 5.º (I, 94) Pedro Alonso, el labrador vecino de Don Quijote, cuando le conducía á su casa molido de los palos que le dió el mozo de los mercaderes. Denota sentimientos de incomodidad é impaciencia en quien habla. I, 217.

Pecador soy yo á Dios.—Especie de aseveración ó juramento mezclado con algo de impaciencia: «tan cierto como que soy pecador y he ofendido á Dios». Sancho vuelve á repetirlo, hablando con su amo, en el cap. 46 de esta primera parte (III, 341), y después, siendo gobernador, en la aventura del asalto de la ínsula, cap. 53 de la segunda (IV, 84). II, 83.

Pecho.—Nombre general de los tributos que pagan los súbditos; y de aquí «*pechar*», pagar contribuciones, palabra antiquísima, que se encuentra ya en nuestros libros primitivos, y «*pecheros*», los que las pagan ó deben pagarlas; nombre que se daba á los del estado llano, por oposición á los «exentos», caballeros é hidalgos, que no las pagaban. III, 332.

Pedir cotufas en el golfo.—Véase *Cotufas*, etc.

Pedir (Á) de boca.—Frase familiar que significa lo mismo que «á medida de lo que se pide, según los deseos que se manifiestan con las palabras». II, 461.—*A qué quieres boca*: locución familiar. *Á pedir de boca*, á medida del deseo. (Academia.) IV, 404 (t).

Pedir peras al olmo.—Expresión proverbial castellana con que suele designarse un imposible, cual es que un olmo produzca peras. Los latinos expresaron la misma idea con el *aethiopem lavare, nolunt in se ipso quærere*». II, 218; V, 308; VI, 68 (t).—Véanse *Pedir cotufas en el golfo* y *Cotufas en el golfo*.

Pedorreras.—Solían rellenarse las calzas (á la cuenta, para disimular la delgadez de quien las llevaba) con muchos forros y trapos, por lo cual las llamaban *pedorreras*. Ambrosio de Salazar, citado por Pellicer, habla de uno á quien, estando en visita con las calzas henchidas de salvado, se le vaciaron por un agujero que hizo un clavo de la silla, no sin risa de los circunstantes. VI, 38, 39 (t).

Pedrenal.—Arcabuz pequeño ó pistolete que se dispara con pedernal. Desta arma usan los forajidos. (Covarrubias.) Otros arcabuces, de que usan los forajidos, se llaman *pedreñales* porque no encienden con mecha, sino con pedernal, de donde tomaron el nombre. (Covarrubias.) VI, 228.

Pedro Alonso.—El labrador vecino de Don Quijote, que le conducía á su casa molido de los palos que le dió el mozo de los mercaderes. (I, 94.) I, 217.

Pedro (Don) de Portugal.—«Las siete partidas del mundo, que anduvo el infante *D. Pedro de Portugal*». IV, 450 (t).—M. Ticknor dice de él (Traducción de Gayangos): «El infante D. Pedro, poeta de bastante nombradía, y que anduvo, según la vulgar tradición, las siete partidas del mundo, le conoció (á Juan de Mena) en España, y á su vuelta á Lisboa le dirigió unos pocos versos, algo mejores por cierto que los que éste le envió en respuesta»; y añade en una nota: «este infante D. Pedro es, según creo, el mismo

á quien alude Cervantes (*Don Quijote*, parte II, cap. 23), diciendo que anduvo las siete partidas, á pesar de que ni Pellicer ni Clemencín aclaran la especie».—[I, 344 y n.]

Pedro Recio (Doctor) de Agüero.—Médico insulano y gobernadoresco, con el grado de doctor por la universidad de Osuna: natural de Tirteafuera. I, 8; V, 438 (1).—Este nombre de Pedro Recio ha quedado consagrado por el uso, para denotar un médico mandón é impertinente, como quedaron para otras cosas los del mismo Don Quijote y Rocinante (y también puede añadirse á éstos el de Sancho Panza). Prueba de la gran popularidad é influjo de un libro, según la discreta observación de D. Vicente de los Ríos. V, 437.—«*Pedro Recio de mal agüero*» (véase su título «*de Agüero*». V, 437). Parodia graciosa y muy propia del estado de irritación y de cólera en que se hallaba Sancho. V, 439.

Pegaso.—Caballo con alas, que, según la fábula, nació de la sangre de Medusa, y, hallándose en el monte Helicón, hizo brotar de una coz la fuente llamada Hipocrene, *ó fuente del Caballo*. Montado en él, Perseo libertó á Andrómeda del monstruo que iba á devorarla. Belerofonte venció del mismo modo á la Quimera, y, queriendo subir al Olimpo, fué despeñado por Júpiter. El caballo, trasladado al cielo, fué convertido en la constelación que lleva su nombre. II, 443; V, 303.

Pegujares ó pehujares.—Son porciones cortas de hacienda, cuales suelen ser las que labran los vecinos poco acomodados de los lugares y aldeas, á quienes por esto se da el nombre de *pehujareros*. «*Pegujar*» se dijo *à peculio*, y de aquí también «*peculiar*». IV, 34.—«Quien en l'arenal siembra, non trilla *pegujares*». II, 146.—[III, 201, n.]

Peje ó Pez Nicolás.—Notable nadador.—Véase *Nicolás (El peje)* y *Pesce Colà*.

Peladilla de arroyo.—Modo familiar de designar un «guijarro»:

pocos renglones después, le llama «almendra». Con efecto, «*peladillas*» es el nombre que se da en las confiterías á las almendras lisas, bañadas de almidón y azúcar; y á los guijarros convienen las dos calidades de ser *pelados* y *de arroyo*. II, 84.

Pelaje (Tan mal) y catadura.—«*Pelaje*» se refiere al vestido y arreos; «*catadura*», á la persona, y señaladamente al rostro. III, 511.

Pelarse alguno las barbas.—Frase metafórica. Manifestar con ademanes grande ira y enojo. (Academia.) IV, 20 (1). «Yo me pelaría las mías en tierra de moros». Muchos moros se dejan crecer las barbas, y dan por razón que rapar la barba es de ganapanes y bellacos, y lo mismo dicen del que no trae turbante. (Haedo, *Topografía de Argel.*) La expresión, por consiguiente, era la más adecuada al caso, y la más enfática posible en boca de nuestro caballero. V, 299.

Pelaza, por «quimera» ó «riña».—Luis Vélez de Guevara, en su *Diablo cojuelo*, da este nombre de *pelaza* á la quimera que en una venta de Sierramorena hubo con una compañía de representantes y un alguacil que los conducía á la corte. Puede traer su origen de «*pelar*», como lo trae «*pelamesa*», que significa riña en que los combatientes se mesan y arrancan el pelo: dícese con particularidad de la riña en que intervienen mujeres. II, 37.

Peliagudo (Porque es manjar).—*Peliagudo*, por tener el pelo largo y delgado. *Peliagudos* se llaman también los negocios peligrosos en que es fácil errar, y con esta doble significación se juega en el texto. V, 435.

Pelillos (Echar) á la mar.—Frase proverbial, propia de los que se reconcilian y ofrecen olvidar los motivos anteriores de resentimiento, desapareciendo éstos así como desaparecerían los pelos que se arrojasen al mar. II, 480.

Pelo (De) en pecho.—Una de las alabanzas ridículas que hace Sancho de Dulcinea; y tanto más ridícula, cuanto se dice

de los hombres vellosos de pecho, lo que vulgarmente se tiene á señal de forzudo, y en una mujer sería feo y espantoso. II, 310.—«Estimándole (á Don Quijote) por hombre de valor y *de pelo en pecho*». IV, 399 (t).—*Hombre de pelo en pecho*: el que es fuerte y osado. (Academia.)

Pelón (Que no á un).—*Pelón*, terminación y forma de aumentativo con significación y fuerza de privativo. *Pelón* se llama al que no tiene *pelo;* como *rabón*, al que no tiene *rabo*. Metafóricamente se llama *pelón* al que carece de dinero ó lo tiene muy escaso. V, 12.

Pelota.—«Una demandada *bala*». «*Bala*» empezó por ser voz de la germanía, en la que significaba «*pelota* de hierro ó plomo». De aquí pasó al uso común, abandonándose el nombre de *pelota*, que antes se daba á las de los cañones y arcabuces, como se lee en nuestros escritores del siglo XVI. III, 141.

Pelota (En).—Quiere decir «únicamente con la ropa interior», y no «en carnes», que es la significación que se le da comunmente. II, 222.—Vease *Quedar en pelota*.

Pelota (Jugar á la).—*Pelota:* el juego que se hace con ella. (Academia.) La Academia también dice: *Jugar á la pelota:* frase metafórica. Traer á alguno engañado con razones, haciéndole ir y venir inútilmente ó andar de una parte á otra sin efecto. VI, 398 (t).

Peloteando otros libros.—*Pelotear:* verbo frecuentativo, y neutro, como lo son de ordinario los de esta clase. Jugar á la pelota por entretenimiento. Mas aquí se usa como activo. VI, 400.

Pelra, por *perla*, que dice Sancho en la segunda parte (IV, 389). II, 374.

Pellicer (D. Juan Antonio).—Su edición del *Quijote*. I, XXXVI (Prólogo), 90; IV, 26, 97; V, 415. Á veces disfrutó más de lo justo el trabajo de Bowle sin nombrarle. I, XXXVI (Prólogo).

Pena, culpa.—«Que de su *pena* se me dé á mí la *culpa*». Pudiera decirse también al revés: «que de su *culpa* se me dé á mí la *pena*»; y aun así estaría más natural y corriente la relación entre «*culpa*» y «*pena*», porque entonces significarían «delito» y «castigo»; pero en el texto, según se halla, «*pena*» no significa «castigo», sino «aflicción ó pesadumbre», que es la otra acepción que tiene. I, 305.

Pena (La) de azotes.—Hoy está abolido este género de castigo en todos los establecimientos de educación. V, 229.

Pena de la vida y pena de muerte.—Se dice con igual significación. IV, 380.

Pena de relapsos.—*Relapsos* se llamaba á los que después de castigados reincidían en delitos de que juzgaba el Santo Oficio: equivale á *reincidentes*, cuya pena es y debe ser mayor que la de los que delinquen por primera vez. II, 304.

Penado (Con un) golpe llegó (Don Quijote) *á la venta.*—Adjetivo felizmente aplicado y que explica bien la fatiga que producen los esfuerzos de quien puede poco. *Penado* y *penante* se dice de las vasijas que dan con dificultad y poco á poco, *con pena*, el líquido que contienen. «*Penante* búcaro» llama por ironía Don Quijote en la segunda parte (V, 172) á un artesoncillo de agua de fregar. II, 57.

Péndola.—Voz anticuada, por *pluma*, de donde se llamó *pendolista* al escribiente: el uso ha conservado el derivado, y olvidado el primitivo, como ha sucedido también en otros casos. *Empendolar*, por *emplumar*, se encuentra en las poesías del arcipreste de Hita. II, 198.—*Péñola* y *pénnola*, por *pluma*. V, 292; VI, 464.

Penélope.—«Por otra nueva y perseguida *Penélope*». Ejemplo que se pone ordinariamente de mujeres fieles al tálamo. Penélope, mujer de Ulises, rey de Itaca, durante la larga ausencia de su marido, que había ido con los demás reyes griegos á la guerra de Troya, resistió constantemente por espacio de muchos años á las importunas solicitacio-

nes de los que la recuestaban, según cuenta Homero. Sin embargo, no ha faltado quien diga que esta reputación no fué merecida, y que Homero, elogiando á Penélope, anduvo no menos injusto que Virgilio desacreditando á Dido. III, 60, 61.

Penitencia (La) de Beltenebrós.—La de Amadís de Gaula en la Peña Pobre, que quiso Don Quijote imitar en Sierramorena. II, 273-275.—Otros caballeros que quisieron imitarle en ella. II, 288, 289.—Véase *Peña Pobre*.

Pensamiento (Tan sin) mío.—Esto es, «tan sin pensar en mí»: acepción poco común de la palabra *pensamiento*. II, 382.—Ó tan ajenos de pensar en mí. (Pellicer.)

Pensar tu jumento.—*Pensar* significa «dar *pienso*», ó de comer, á los animales, que es una de las acepciones del verbo *pensar*. IV, 370, 371 (1).

Pentapolín Garamanta (Al valeroso).—En la designación de este nombre pudo tener parte alguna reminiscencia de Cervantes, nacida de la lectura del *Laberinto*, del poeta castellano Juan de Mena, en cuya copla 50 se encuentran los dos nombres de *Pentapolín* y de *Garamanta*. Poco antes llamó Don Quijote á Pentapolín emperador; al principio le había llamado rey; pero no debe buscarse consecuencia en personas como Don Quijote. II, 84.

Peña de Francia.—Monte muy elevado y muy frío, siete leguas de Ciudad-Rodrigo, en cuya cima cuentan que un francés llamado Simón Vela descubrió el año de 1434 una imagen de Nuestra Señora, en cuyo honor se edificó el mismo año una ermita, y tres después un convento de frailes dominicos. Lope de Vega, en la *Hermosura de Angélica*, dice:

Véase luego el monte y la distancia
De los franceses nobles defendida,
Que después se llamó Peña de Francia
Por los muchos que allí costó la vida;

La que es agora soberana estancia
De vuestra imagen, Reina esclarecida,
Llena de peregrinos y devotos.
Tallas, mortajas, cera, hierro y votos.

El convento, y otro que edificaron por el frío, quedaron abandonados y desiertos en tiempo de la guerra de la Independencia, durante la cual la piedad de los fieles de la Alberca tuvo oculta la imagen, y, pasada la cual, ésta ha vuelto donde estaba, y á repoblarse los conventos como anteriormente. IV, 416, 417.

Peña Pobre.—Según la descripción que se hace en la historia de Amadís de Gaula, la Peña Pobre era un islote á siete leguas de la costa en que se hallaba la Ínsula Firme. El retiro y penitencia de Amadís de Gaula, desdeñado de su señora Oriana, y resuelto á pasar en la obscuridad y olvido del mundo el resto de sus días, es uno de los incidentes de mayor importancia en su historia. Véanse las largas Notas para los pormenores: II, 20, 273, 284; III, 114.—«De la *Peña Pobre*»: así llama el cura burlescamente al paraje de Sierramorena donde quiso Don Quijote remedar con su penitencia los sucesos de la Peña Pobre que se refieren en la historia de Amadís de Gaula. III, 114.—Véase *Beltenebrós*.

Peña Rica.—Á pocas leguas dentro del mar, antes de llegar á las islas de Jersey y Guernesey, señalan las cartas el banco de la Peña Rica. II, 284.

Peor es meneallo.—Refrán que se tomó del arroz, que, estando al fuego, se pega; y se aplica á cualquier materia, cuando por tratarla se empeora. II, 133; III, 372 (1); IV, 218; V, 262.

Per signum crucis.—«Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje». La alusión procede de ser el rostro la parte principal donde se verifica el acto de persignar-

se. V, 84.—«El *per signum crucis*». Fuera del sentido recto que tiene como expresión latina, se toma, dice el *Diccionario Castellano*, «por la herida dada, ó señal hecha, en el rostro». En este sentido, que es el de este lugar, hace veces de un sustantivo castellanizado; como el cabo de *Finisterre*. (Pellicer.)

Perailes.—«Cuatro *perailes* de Segovia», etc.—*Perailes*: anagrama de «*pelaires*», que eran ciertos operarios de las fábricas de paños, llamados así porque trabajaban en ellos colgados al aire. I, 48; II, 56.

Peralbillo.—Lugar junto á Ciudad-Real, camino de Toledo, donde la Santa Hermandad hacía ajusticiar á los malhechores de los contornos. Quevedo, en la *Fortuna con seso*, llamó *Peralbillo de las bolsas* al estudio de un abogado ignorante y embrollón, porque en el estudio del letrado daban fin las bolsas de los litigantes, como en Peralbillo daban fin los ladrones y malhechores. V, 327.

Peras (Como) en tabaque.—*Tabaque*: cesto ó canastillo de mimbres. Se dice de las cosas que están colocadas y guardadas con esmero y aseo. V, 365.

Perchéles de Málaga, etc.—Especie de mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. I, 47.

Perder los estribos.—Es perder el equilibrio de la razón ó el juicio: metáfora tomada del jinete que, impelido por alguna causa violenta y extraordinaria, abandona los estribos y pierde con ellos el apoyo que necesitaba para tenerse con seguridad y firmeza á caballo. III, 429.

Perder los tragaderos.—Es «ser ahorcado»: así lo indica el galeote en metáfora picaresca. II, 204.

Perdigón manso.—Por la añadidura de «*manso*» se viene en conocimiento de que se habla de «perro perdiguero», y no de «pollo de perdiz», que es lo que ordinariamente significa «*perdigón*». IV, 279, 296 (t).

Perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios.—Alusión al «*Parcere subjectis et debellare superbos*» que Virgilio atribuyó al pueblo romano, y Don Quijote á los caballeros andantes. Esta inesperada salida de Don Quijote en aconsejar á D. Lorenzo que se haga caballero andante, es una de las más festivas y saladas de la fábula. Por lo demás, no está bien el régimen del verbo *perdonar*, porque «se perdonan las cosas» y «se perdona á las personas». Los verbos *supeditar* y *acocear* tienen distinto régimen que «*perdonar*» en el texto, y, para uniformarlos, hubiera convenido ponerlos todos en impersonal, así: «para enseñarle (á D. Lorenzo) cómo se ha de perdonar á los sujetos, y supeditar y acocear á los soberbios». «*Sujetos*» en castellano tampoco significa exactamente lo mismo que en latín, y estuviera mejor «sumisos» ó «rendidos». IV, 347.—«*Perdonar á los humildes y castigar á los soberbios*». Cervantes tradujo aquí un verso de la *Encida*, poniendo en boca de un pobre hidalgo manchego aquella magnífica bravata con que Anquises designó el destino del pueblo señor del mundo. También se hizo traducir á Sancho (aunque al revés): «*humilde con los soberbios y arrogante con los humildes*» (III, 323), sobre lo que hay allí Nota. Se halla traducido este verso aun con más exactitud en el cap. 18, segunda parte (IV, 347). IV, 167; VI, 68.

Peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando.—Véase la Nota sobre éstos: VI, 96.

Perendenga (Al entremés famoso de la).—Uno de los que serían más conocidos en tiempo de Cervantes, y de que no queda más memoria que la presente. IV, XII (Prólogo).—«Del romance del Cura». IV, 7, 193.

Pérez (Alonso).—Médico de Salamanca: su continuación de la *Diana*, de Jorge de Montemayor. I, 142.—[III, 84, 85 y n.]

Pérez (Fr. Andrés).—Su *Pícara Justina*, una imitación del *Pí-*

caro Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, que publicó bajo el nombre fingido del Licenciado Francisco López de Úbeda. VI, 203.—[III, 105.]

Pérez (Antonio).—Secretario de Felipe II y durante algún tiempo su ministro y favorito: de orden de su amo, preparó y dispuso el asesinato de Juan de Escobedo, criado y confidente de D. Juan de Austria. III, 154.—[III, 163-167.]

Pérez (Gonzalo).—Padre del precedente; secretario de Estado de Felipe II, y traductor de la *Odisea* y padre de un hijo, célebre por su favor y disfavor con el mismo monarca. III, 131.—[III, 163 y n.]

Pérez (Pero).—El cura: su grado era el de licenciado. Cervantes tuvo aquí, al parecer, intención de ridiculizar al cura de Argamasilla, como alumno de una de las universidades que llamaban menores, y solían ser el objeto del humor chistoso y picante de nuestros escritores. I, 8.

Pergenio.—Significa «traza, apariencia». Ahora decimos *pergeño*, mudanza conforme á la afinidad que en nuestra pronunciación y ortografía tiene el *n* seguido de vocal, con la *ñ*, sea al recibir las palabras de otra lengua, sea variando las ya recibidas en la nuestra. II, 158.

Perión de Gaula.—Uno de los hijos de Amadís: su aventura con la doncella Alquifa. Las expresiones de ésta á Perión son muy semejantes á las de Don Quijote al ventero: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero». I, 40, 41, 264.—Perión, hijo de D. Galaor y sobrino de Amadís de Gaula. I, 112, 264; IV, 18.—Perión de Gaula, rey de Gaula ó de Gales, padre de los tres famosos caballeros Amadís, Galaor y Florestán. IV, 18.

Perlas.—«Las solas fueran llamadas». Pellicer discurre que, hablándose aquí de perlas, acaso aludió Cervantes á la perla conocida con los nombres de *peregrina*, *huérfana*, ó

sola, que tuvieron los reyes de España entre otras preciosidades vinculadas en la Corona. Historia de dicha perla y de otra semejante. V, 398.

Perlas (De).—Véase *Hablar de perlas*.

Perlas en el muladar.—Véase *Letras, sin virtud, son perlas en el muladar*. IV, 281.

Perlerina (Clara).—Hija de Andrés Perlerino. «Que si pudiera pintar su gentileza». Sigue la pintura que tanto recreaba al gobernador y que tanta risa ha causado hasta ahora y causará en adelante mientras haya lectores del *Quijote*. Copió Capmany este pasaje hasta «su bondad y buena hechura» (V, 447-449), como un ejemplo de retrato personal burlesco. V, 447, 448.

Pero.—«Guardando *pero* las leyes de caballería». La conjunción «*pero*» en castellano es siempre la primera palabra de la oración ó frase en que se halla; y su posposición, cual aquí se ve, pudiera mirarse como italianismo, defecto de que presenta algunos ejemplos el *Quijote*, y que no fué extraño que se pegase algún tanto á nuestro autor por la lectura de los clásicos italianos, y más aún por su residencia en aquel país. III, 511.

Perogrullo (El profeta).—*Profecías de Perogrullo* se llamaban ciertas verdades que de puro claras era necedad el afirmarlas.—Quevedo refiere varias de ellas en la *Visita de los chistes:*

Muchas cosas nos dijeron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere:
Volaráse con las plumas,
Andaráse con los pies,
Serán seis, dos veces tres.

Á estas que entonces se llamaban *profecías*, llamamos ahora *verdades de Perogrullo*,

Que á la mano cerrada
Llamaba puño.

Según el autor de la *Pícara Justina*, citado por Bowle, Perogrullo hubo de ser asturiano. También se llaman *perogrulladas* las *verdades de Perogrullo*. VI, 281.

Perrillo (Las espadas del).—Se llamaban y llaman así, porque tienen por marca un perro pequeño grabado en la hoja. IV, 301.

Perro.—Dicterio vulgar con que solían motejarse mutuamente moros y cristianos. I, 203; III, 239; VI, 306.—«Por culpa del *galgo* de su autor (Cide Hamete)». I, 206.—Llámase *hideperro* á Cide Hamete. IV, 61.

Perro (Que no quiero) con cencerro.—Esto es, no quiero cosas que, aunque buenas y ventajosas, traen consigo otros inconvenientes, como lo sería llevar cencerro un perro destinado á guardar la casa contra los ladrones, ó el ganado contra los lobos. Así hablaba el hipócrita de Sancho, dando á entender que no quería la maleta con gravamen de su conciencia. II, 245.

Perros falderillos.—Comunes en los tiempos de Cervantes, como se ve por aquel pasaje del *Pícaro Guzmán de Alfarache* en que, ponderando lo esencial que era para las damas tener perros falderillos, dice «que así podrían pasar sin ellos, como un médico, sin guantes y sortija; un boticario, sin ajedrez, y un barbero, sin guitarra». VI, 362.

Persona, por «nadie».—«Sin que *persona* los viese». Si ahora se repitiese esta expresión, no faltaría quien la tachase de galicismo. Pero no fué aquí sólo donde la usó Cervantes: hállase también en sus novelas, en las que limó y acicaló el lenguaje más que en el *Quijote*. En la misma significación de «nadie» usaron la palabra *persona* otros escritores de aquel tiempo: varios ejemplos citados. Los que observan y estudian los orígenes, formación y progresos de los

dialectos nacidos de un idioma común, como son las lenguas castellana y francesa, no aplican con ligereza la nota de extranjeras á algunas palabras que pudieron ser comunes á ambas en los principios, aun cuando el discurso del tiempo y los caprichos del uso hayan introducido posteriormente algunas diferencias. I, 164, 165.—«En toda la sala no había *persona* de fuera, sino los criados de casa». II, 378.

Personas de extraordinaria robustez. II, 513.—Véase *Paredes (Diego García de)*.

Personas de nota, que tuvieron principios humildes.—Varios ejemplos: los de Otmán, quien fundó la casa otomana, del famoso Tamerlán, de Viriato, de los Médicis, de Hariadeno ó Cheredín Barbarroja, y muchos otros. III, 131, 161; IV, 111; V, 349.—Véase *Porquerizos*.

Pesadilla.—Un humor melancólico que aprieta el corazón con algún sueño horrible; como que se carga encima un negro, ó caemos en los cuernos de un toro. (Covarrubias.) Otras veces se decía «*la pesada*». II, 38.

Pesadumbre (La) de aquel desaforado golpe.—«*Pesadumbre*» es la «gravedad» ó «el peso material». En el día ha quedado reservada para la poesía esta acepción de la voz «*pesadumbre*», que en otra más común significa «molestia del ánimo». I, 189.

Pésame.—«De mis hijos y de mi mujer *me pesa*». Frase elíptica anticuada, aunque hermosa y digna de rehabilitarse: es como si se dijera: «*pésame* á causa de mis hijos y de mi mujer». En los antiguos romances del conde Alarcos y del conde Claros se halla el origen del nombre «*pésame*», que significa «la manifestación de la parte que se toma en el sentimiento ajeno», y se opone al «*plácame*», que significa «la parte que se toma en el placer ajeno», y es lo mismo que «congratulación ó enhorabuena». III, 370.

Pesce Colà.—Véase *Nicolás (El pejc)*.

Peso (Caerse alguna cosa de, ó por, su).—Véase *Caerse alguna cosa de, ó por, su peso.*

Petrales (Cascabeles en los).—«*Petral*», como si se dijera «*pectoral*», la correa ancha que, pasando por delante del pecho del caballo, está asida por sus dos extremidades á la silla, y la sostiene en las cuestas arriba. Era costumbre, según Covarrubias, colgar cascabeles de los petrales en las fiestas y regocijos. IV, 376.

Petrus Alphonsus (Pedro Alfonso).—Su *Disciplina clericalis.*—Sobre la antigüedad del cuento de la pastora Torralva: un poeta francés lo tradujo del latín, de Pedro Alfonso, judío converso de Huesca, en Aragón, médico del rey D. Alonso, que floreció por los años de 1100 y escribió una obra con el título de *Proverbiorum seu clericalis disciplinae libri tres*, de que existe, según D. Francisco Pérez Bayer, un ejemplar en la biblioteca del Escorial.—Diciendo, como dice, Pedro Alfonso en su proemio, que había tomado sus cuentos de los fabulistas árabes, todavía puede afirmarse que no para aquí la antigüedad del cuento de la pastora Torralva, y que su original primitivo y verdadero está en el océano, para nosotros desconocido, de la literatura oriental. II, 130, 131.

Petrus in cunctis.—Locución puramente latina con que se moteja al que aparenta saber de muchas cosas á un tiempo, sin tener conocimiento sólido de ninguna. (Academia.) Usada festivamente para denotar un erudito á la violeta. V, 99. —Véase *Erudito á la violeta.*

Picado (Cuando estaba) el molino.—Esto es, «cuando había buena disposición para ello». Metáfora tomada de los molinos de harina, que nunca muelen mejor que cuando está acabada de picar la piedra. VI, 421.

Pico de la lengua.—La punta ó extremidad de la lengua se llamó *pico*, por la semejanza con el de las aves. «*Pico*» se derivó evidentemente de «*beco*», palabra provincial, según Sue-

tonio, que ya entonces significaba entre los galos antiguos lo mismo que ahora entre los franceses modernos. II, 163.

Picota (Colgándoos yo de una).—«Horca hecha de piedra», dice Covarrubias, citado por Bowle. VI, 10.

Pie (Caminar á) y descalzo.—Se alegó frecuentemente en los romances antiguos castellanos para ponderar la fatiga y trabajo del caminante. V, 100, 101.—*Á pie y descalza* seguía la pastora Torralva á su desdeñoso Lope Ruiz en el cuento que se refirió en el cap. 20 de la primera parte (II, 126).

Pie (Con) de plomo.—Expresión metafórica, lo mismo que «con la sonda en la mano», de que usa también aquí la Duquesa. Una y otra se dicen de los que proceden en los negocios lentamente, con mucha precaución y prudencia. V, 161.

Pie (Con) derecho.—Con ventura, según Covarrubias, citado por Bowle. Expresión que debió tener su origen en la superstición que exigía no se empezase camino ni se emprendiese jornada «sin echar primero delante *el pie derecho*», como dice Pellicer en nota al cap. 58, y es de la misma especie que esta otra: «Dios le dé buena *manderecha*», sobre la cual se puso Nota en el cap. 22 (IV, 411) y también en los capítulos 58 y 62 (VI, 164, 293). VI, 433.—Véase *Manderecha*, etc.

Pie llano.—«Que si vuesa merced no afirma el *pie llano*». IV, 100 (t). *Á pie llano:* modo adverbial. Sin escalones.—Metafórico. Fácilmente, sin embarazo ni impedimento. (Academia.)

Pie y mano.—«Los dos regidores *á pie y mano á mano*». Nótese el juguete de *pie* y *mano*, que suelen mirarse como términos opuestos, según sucede en aquel refrán: «al villano dale el *pie* y se tomará la *mano*».—*Mano á mano:* en compañía, cuando es sólo de dos personas. V, 21.—«Si viene á *mano*, y aunque no venga sino al *pie*, aguachirle».—*Si*

viene á mano: expresión propia del estilo familiar. Quiere decir: «si se proporciona» ó «por lo más». Lo que se añade, «y aunque no venga sino al *pie*», es chiste de Sancho, que, estando contento y regocijado con su espuma, juega con la relación de inferioridad que hay del *pie* á la *mano*, según aquel refrán (citado arriba). IV, 384.—Véase *Mano*, etc.

Piedra (Con) blanca ó con negra.—Los antiguos romanos observaban la distinción de los días faustos é infaustos: en ciertas ocasiones señalaban los días felices con piedrecillas blancas, y con negras los funestos ó aciagos. IV, 172; VI, 298 (t).

Pierres (La historia de) y la linda Magalona.—Fué escrita á fines del siglo XII por Bernardo Treviez. El famoso Francisco Petrarca, según aseguran, corrigió y limó esta novela durante su residencia en Mompeller. III, 458; V, 300, 326. —Es evidente, por su mismo contexto, que la principal idea de esta aventura (la del caballo de madera Clavileño) de Don Quijote, se tomó de la *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza.* V, 307.

Pierres Papin.—«Caballero novel, y de nación francés». «*Caballero novel*» era el recién armado caballero, que no se había ilustrado aún por sus hechos, y no podía traer insignia en el escudo hasta que por su esfuerzo la ganase, como se dijo en el cap. 1.º (I, 24). II, 74.—Véase *Armas blancas.*

Pies (Echarse á los) para besarlos.—«*Besar las manos*» era antiguamente (como ahora) menor reverencia que *besar los pies.* Y así, cuando se presentó el Cid al rey D. Alonso, después de la toma de Valencia, habiéndose echado á sus pies, llegando con el rostro al suelo, le dijo el rey:

«*Levantad os en pie ya, Cid Campeador.*
Besad las manos, ca los pies no».

Sobre esto se pusieron dos ejemplos en la Nota al cap. 29 (II, 431). En tiempo de Carlomagno y de su hijo Luis el Benigno, los señores, al presentarse al monarca, le besaron los pies. Algunos más distinguidos le besaban las rodillas, como hoy hacen los cardenales con el papa. Las reinas besaban también las rodillas de sus maridos. V, 271.—Hoy, aunque no se profesa tanto respeto y deferencia á las damas como en los tiempos de la caballería, decimos que les *besamos los pies*, y se miraría como llaneza grosera decir que les *besamos las manos*, dejando esta expresión para los hombres. V, 119.—Véase *Besar la mano ó el pie.*

Pies (Á) juntillas.—«Pero él lo niega *á pies juntillas*».—Modo adverbial. Con los pies juntos, firmemente, con gran porfía y terquedad. (Academia.) VI, 80 (t).

Pies y no manos.—«Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen *pies y no manos*». Chiste de Cervantes. En el cap. 12 de esta segunda parte (IV, 212) se dice también que «Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina». V, 92.

Pieza.—«Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena *pieza* por el campo». «*Pieza*» viene de «*spatium*», como su correspondiente castellano «*espacio*», y se dice tanto del lugar como del tiempo. Aquí es de lugar; de tiempo, en el cap. 7.º de esta primera parte (I, 160), donde se dice del mago que se suponía haberse llevado los libros de Don Quijote: «á cabo de poca *pieza* salió volando por el tejado». En la misma significación lo usó el antiguo romance del marqués de Mantua:

«*Al cabo de una gran* pieza,
en pie se fué á levantar».

I, 84.

Pignata (pignatta).—Palabra italiana, que significa «olla,

cántaro».—«¿Ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata?*» Lenguaje obscuro. Quiso preguntar Don Quijote al traductor con quien hablaba, si habia encontrado, al escribir su traducción, que se nombrase alguna vez «*pignata*», como se ve por el progreso del diálogo. «*En su escritura*»: más bien debió decir «en su lectura». VI, 287.

Pinciano (El).—«Los refranes de Sancho Panza (dijo la Duquesa), puesto que son más que los del Comendador Griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias». Fernán Núñez de Guzmán fué llamado *el Pinciano*, por Valladolid su patria; *el Comendador*, porque lo era de la orden de Santiago, y *Griego*, por su doctrina en la lengua griega, que enseñó, primero en Alcalá y después en Salamanca. Juntó una numerosa colección de refranes que se imprimió después de su muerte, acaecida en el año de 1553. De otras colecciones de refranes se dió noticia en las Notas al cap. 21 de la primera parte (II, 146).—El P. Sarmiento, en sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, dice que los refranes del Comendador Griego pasan de seis mil: podrá verificarlo el curioso que tenga la paciencia que yo no tengo. V, 204.—Véanse *Comendador (El) Griego* y *Guzmán (Fernán Núñez de)*.

Pinganitos.—Nombre plural que sólo se usa en la frase «estar ó hallarse en *pinganitos*», que equivale á «estar en elevación ó en alta fortuna», sin que se pueda señalar el origen de la expresión ni de la voz.—Alguna otra palabra hay en castellano, que, á la manera de «*pinganitos*», nunca se emplea sola ni fuera de una cierta y determinada combinación. Así sucede con la voz «*ampo*», que nunca se usa sino para decir el «*ampo* de la nieve». Tales son las irregularidades y los caprichos del lenguaje. III, 369.—Véase *Ampo de la nieve*.

Pino (Como un) de oro.—*Pino de oro:* especie de adorno que llevaban antiguamente las mujeres en el tocado, y luego se trasladó á significar una «persona de disposición gentil y gallarda», como la del paje de quien se trata. VI, 36.

Pintiquiestra (A la reina), de quien se hace mención en *Amadís de Grecia*.—Fué reina de Sobradisa, mujer de Periön, hijo de D. Galaor y sobrino de Amadís de Gaula. I, 112.

Pique (No hay cosa donde no) y deje de meter su cucharada.—Esto es, de que no hable, de que no se meta á hablar. (Arrieta.) IV, 404 (t).

Píramo y Tisbe.—Sabida es la historia de estos dos desgraciados amantes, que con tanta ternura describió Ovidio en sus *Metamorfosis*. Esta fábula dió argumento á varias composiciones de poetas españoles. II, 257; IV, 343, 355.—III, 22, 23.

Pisa (El Dr. Francisco).—Sobre la mayor pureza del castellano que hablaban los toledanos: y cita la ordenanza del rey D. Alonso el Sabio. IV, 361.—Véase *Villalobos (Francisco López de)*.—[II, 24.]

Pistos (Dando) á su honra.—Esto es, alimentándose escasamente, ó como se alimenta al enfermo, á quien se da caldo ú otra sustancia líquida con un pistero y en muy cortas porciones. (Arrieta.)—«Miserable del bien nacido que va *dando pistos á su honra*, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos». V, 383 (t).

Pitima.—El emplasto que se pone al corazón para desahogarlo y alegrarlo, según Covarrubias, citado por Bowle, quien pone de ello un ejemplo tomado de la novela de Cervantes *El amante liberal*. VI, 158.

Pizarro (Francisco).—«No saber un hombre leer». Sabido es el pasaje del famoso Francisco Pizarro, conquistador del Perú, con su prisionero el inca Atabalipa, quien admirando justamente el arte de escribir, y habiéndose hecho estampar en la uña del dedo pulgar, por uno de los soldados

que le guardaban, el nombre de Dios, lo hizo leer á los que iban entrando sucesivamente; y no habiendo acertado á hacerlo Pizarro, infirió de aquí que el conocimiento de las letras no era, como lo había sospechado, una cualidad natural de los españoles, sino adquirida por el estudio, lo que le hizo desde entonces despreciar abiertamente á Pizarro, en cuyo ánimo no influyó poco esta conducta para acelerar la muerte de su prisionero. V, 362.

Pizmiento.—«Su negra y *pizmienta* caballería». «*Negra*» equivale á «malhadada, desventurada, funesta». «*Pizmienta*» significa también «negra», como si se dijera «del color de la pez», según observó Pellicer, citando un pasaje de nuestro antiguo poeta Gonzalo de Berceo, que á un día aciago le llamó *pecemento*, que viene á ser lo mismo que *pizmiento*. No me acuerdo de haber visto esta voz en ningún otro libro castellano. III, 142.—«*Pizmiento* amantado..... entreparecía»: palabras hermosas y significativas, que no me acuerdo de haber visto en ningún escrito anterior á Cervantes, y que probablemente son de invención suya. V, 251. —Véase *Negro*.

Placerdemicida.—Doncella de mucho ingenio y agudos dichos, confidenta de Carmesina en sus amores con Tirante. I, 135, 167; V, 426.

Plano (De).—«Confesó *de plano*».—Modo adverbial. Enteramente, clara y manifiestamente. (Academia.) V, 285 (1).

Plañideras.—También se llamaban «lloraderas ó *plañideras*» las mujeres que se alquilaban para acompañar á los entierros llorando, mesándose los cabellos y arañándose el rostro, cuando no había personas allegadas al difunto que lo hiciesen. IV, 130.—Véanse *Endechas, endechaderas* y *Lloraderas*.

Platero.—«Argentería de oro». Anomalía de la lengua castellana, en que también se dice *platero de oro*. Ya Covarrubias dice que *platero* es el oficial que labra la plata y el oro.

Esta «*argentería*» será lo que ahora se llama «bricho ó lantejuelas». Al platero se llamó antiguamente *orífice*, que corresponde al *orfèvre* francés. V, 218, 219.

Platicar.—«Lo que comunmente se *platica*»: quiere decir, «se *practica*, se hace». Nuestros antiguos escritores emplearon el verbo «*platicar*» en las dos acepciones de «hablar» y de «obrar», y aun el nombre «*plático*» le aplicaron exclusivamente á la significación de «experimentado»: ahora se llama «*práctico*». En este mismo capítulo (III, 28) dice después Anselmo que estaba determinado «de poner en *plática*», esto es, «de poner por obra», la prueba de que se trataba: ahora se diría «poner en *práctica*». Nosotros distinguimos constantemente entre «*platicar*», «hablar», y «*practicar*», «hacer, ejecutar». III, 24.—Más adelante, en el cap. 34 (III, 51), se dice que Camila tuvo á Leonela «por más *plática* en las cosas de amor, que ella decía»; y pocos renglones después, «apuróla si pasaban sus *pláticas* á más que serlo»: esto es, á mi parecer, «si pasaban sus *pláticas* (obras) á más que ser *pláticas* (palabras)». III, 51 (1).

Platir (El caballero).—*Crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del emperador Primaleón.* I, 115, 194. —Llevó también el nombre de caballero del Espejo. IV, 210.— I, 212.

Platón (Como aconsejaba).—He aquí el pasaje de su *República*, á que se refiere Cervantes: «Si se introdujese en nuestra ciudad uno de estos poetas expertos en el arte de variar las formas del lenguaje y de representar sin elección toda clase de papeles, perfumaríamos su cabeza y le despediríamos». V, 278.

Platonazo.—«Y Sancho dijo: aquel *platonazo* que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida». *Platonazo*: dos veces aumentativo: de *plato, platón*, y de *platón, platonazo*. V, 435.

Pleonasmos y repeticiones que abundan en el Quijote.—De to-

do el universo mundo. III, 6.—«Si yo me hallara posibilitado de poder». III, 510.—«La denominación de sus nombres». V, 267.—«Lo que más campeó en el campo de aquel banquete». VI, 100.—Otros ejemplos: IV, 357; VI, 364.—«Que él (Anselmo) le daría lugar y tiempo..... y asimismo le daría dineros y joyas que darla..... Aconsejóle que le diese músicas». He aquí repetido cuatro veces en breve espacio el verbo «*dar*», con el desaliño que ya se ha notado otras veces. III, 30.—«Dijo que había dicho muy bien el cura en decir» (III, 492): triple repetición de un mismo verbo en menos de una línea. III, 510.—«Y verla há por vista de ojos»: pleonasmo autorizado por el uso, para esforzar la expresión. Y es verdadero pleonasmo, porque ni puede *verse* sino por *vista*, ni la *vista* puede ser sino por los *ojos*.—Del mismo género es la expresión «de toda imposibilidad es imposible», de que usa Cervantes en el cap. 48 de la primera parte (III, 412). VI, 159, 160.—«Ejercitándose en el... ejercicio»: otra redundancia.—Es cierto que el uso autoriza alguna vez el pleonasmo, como «vivir vida alegre, morir mala muerte»; pero estos casos son raros. VI, 438.

Plinio.—Su *Historia natural*. IV, 289, 290, 410, 414.—La sentencia que se le atribuye de que «no hay libro tan malo que no tenga algo bueno». IV, 60; VI, 200.—[II, 481, n.

Pluma (La) es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos. IV, 282, 290 (t).

Plumas (Más de veinte).—Los españoles de Carlos V y Felipe II traían pluma en las gorras, como se ve por los retratos de aquel tiempo. III, 498.

Plutarco os dará mil Alejandros.—Plutarco, escritor griego, contemporáneo, según se cree, de Trajano, escribió varias obras, siendo la más voluminosa é importante las *Vidas paralelas* de personas ilustres griegas y romanas, entre

ellas las de muchos afamados capitanes de la antigüedad, que es lo que aquí se indica. I, LIII (Prólogo).

¡Pobreza (Oh), pobreza!—Exclamación de Benengeli, que copia Capmany en su *Teatro de la elocuencia española*, hasta «la hambre de su estómago» (V, 379-383), como ejemplo de oración y razonamiento. V, 379.

Pobreza (Segunda).—La de bolsillo, por oposición á la de espíritu, de la que se ha hablado anteriormente. Cervantes, en esta exclamación, tampoco se olvidó de sí al ponderar lo mucho que la pobreza mortifica á los que tienen humos de hidalgos y nacieron más aventajados de linaje que de bienes de fortuna. Sus expresiones, aunque mezcladas con rasgos de humor festivo, pintan los apuros de un honrado hidalgo, benemérito tanto de la patria como de las letras, que yacía en la escasez y la miseria. El estropeado de Lepanto, el autor del *Quijote*, estaba reducido á vivir de la liberalidad del conde de Lemos y de la caridad del arzobispo de Toledo. V, 381.

Poesía (La).—Cervantes sobre ella. La profanación de la poesía excitaba la bilis de nuestro autor, su amartelado aunque no muy feliz amante; ésta le movió á explicarse como se ve aquí en el coloquio de Don Quijote con el caballero del Verde Gabán, y ésta le inspiró la graciosa ficción que incluyó en su *Viaje al Parnaso* (cap. 2.º). IV, 283, 284.

Poetas (Los).—«Y, lo que sería peor, hacerse *poetas*». Cervantes había precedido á Quevedo en la idea de ridiculizar los vicios de los poetas en tono y forma de pragmática, como puede verse en las *Ordenanzas de Apolo*, insertas al fin del *Viaje al Parnaso*. I, 139, 140.—Los poetastros que abundaban en tiempo de Cervantes. IV, 283.—El poeta debe escribir en su idioma nativo. IV, 285, 286.—«Los tres *poetas* divinos» (Francisco de Figueroa, Francisco de Aldama y Hernando de Herrera). IV, 83.—Poetas laureados. IV, 339.—Intonsos poetas. IV, 403.—Poetas que celebra-

ron con nombres fingidos á sus propias damas. I, 138.

Policía.—«Ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su *policía*». El genio festivo de Cervantes no podía contenerse cuando se le ofrecían ocasiones de excitar la risa, aun con riesgo de que los censores delicados tachasen la materia de sus chistes. Verdad es que, como ya se ha observado en algún otro caso (II, 132), tuvo particular gracia para envolver en frases decentes ideas que no lo eran de suyo. «*Policía*» aquí no tiene que ver con nada público, según su primitiva acepción, y sólo significa «pulidez, cultura, buena educación», en cuyo sentido está redundante la expresión, y bastaría haber dicho «su limpieza». V, 378.

Policiano (Ángel).—Literato del siglo XV. Su epigrama en honor de Micael Verino, de que cita Cervantes un hemistiquio (*florentibus occidit annis*). V, 189, 190. Ángelo Policiano murió de amor. Aquejado de fiebre producida por esta pasión, se levantó del lecho, y al son de un laúd se puso á cantar una tristísima canción que había compuesto, y espiró cantándola, según dice Feijoo. VI, 379, 380.

Polidoro Virgilio.—Su *De rerum inventoribus*. III, 139; IV, 410; V, 6.—[III, 63, n.]

Políticas (En todas las naciones).—«*Políticas*» es lo mismo que «civilizadas», como ahora diríamos. IV, 285.

Polo (Gaspar Gil).—Su continuación de la *Diana*, de Jorge de Montemayor. I, 142.—[III, 85, n.]

Pólvora (La).—La primera mención del uso de la pólvora, en las historias españolas, es del año 1342, en que la emplearon los moros para defender la ciudad de Algeciras, sitiada á la sazón por el rey de Castilla D. Alonso el XI. I, 105.—El uso de la pólvora en la escopeta, ha hecho poner en olvido la cetrería. V, 114.

¿Polla? ¡mi padre! VI, 198.—Véase *¡Mi padre!*

Pollinos ó pollinas.—Digresión festiva sobre el sexo de las caballerías en que venían montadas las aldeanas. IV, 171.

Pon lo tuyo en concejo. (Sancho á su mujer.)—«*Concejo*» es la reunión de los vecinos de un pueblo. El marqués de Santillana, en su colección de refranes, puso el presente con alguna variación: «Pon tu hacienda en concejo; uno face blanco; otro, bermejo». También suele decirse: «otros, que es prieto». V, 245.—Véase *Concejo*.

Ponce (D. Pedro) de León, D. Diego Ramírez y otros.—Famosos caballeros en las fiestas de toros. IV, 309-313.—Véase *Toros (Las fiestas de)*.

Ponella tacha.—Sancho dice, elogiando á Quiteria: «No sino *ponella tacha* en el brío y en el talle», etc.—*Miren qué tacha*: expresión familiar con que se pondera la especial bondad ó calidad de alguna cosa, que con singularidad conduce para su estimación ó aprecio. (Academia.)—Otras veces «*tacha*» significa «falta, nota, defecto». IV, 389 (t).

Poner, por «apostar».—«Yo *pondré* que se vienen á resumir todas esas faltas», etc.: voz tomada del estilo de los jugadores. (Arrieta.) VI, 198 (t).

Poner como nuevo á alguno.—Frase metafórica. Maltratarle castigándolo ó reprendiéndolo; zaherirle con dicterios, denostarle con palabras afrentosas. (Academia.)—«Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase *la pusiese como nueva*». IV, 89 (t).—«No sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo *la pondré como nueva*». VI, 35 (t).—Ambos dichos, de Teresa Panza: el primero, á su marido, y el segundo, encontrándose con el cura y Sansón Carrasco.

Poner dolo en alguna cosa.—Frase. Interpretar maliciosamente alguna acción. (Academia.) IV, 12, 69 (textos).

Poner en aventura.—«No quise *poner* el negocio *en aventura*».—Frase anticuada que significa «aventurar, exponer á la suerte, poner en contingencia». III, 207.

Poner en cuentos.—Frase. Exponer á algún riesgo ó peligro.

Ponerse en cuentos: mezclarse en quimeras ó buscar desazones. (Academia.) IV, 97 (t).

Poner en olvido los Platires, los Tablantes, etc.—«*Poner en olvido*» no es aquí «olvidar», según lo que ordinariamente significa, sino «hacer olvidar». II, 114.

Poner en pico.—«Al momento lo fué á *poner en pico* á su señora la Duquesa»: á contárselo, á decírselo. (Arrieta.)—Frase metafórica y familiar. Parlar ó dar noticia de lo que sería mejor se callase. (Academia.) VI, 25.

Poner en pretina.—«Que yo *ponga en pretina* á más de un negociante».—«*Poner* ó *meter en pretina*» es obligar ó estrechar á alguno al cumplimiento de alguna cosa; á la manera que la *pretina*, tomada esta voz en sentido natural, ajusta la cintura. V, 445.

Poner en toldo y peana.—Es poner en paraje de elevación y autoridad, como si dijera «sobre tarima y bajo dosel». IV, 95.

Poner pies en polvorosa.—«*Puso los pies en polvorosa* y cogió las de Villadiego». Ya se ha dicho en otra parte (I, LXVI (Prólogo)), que «*polvorosa*» en germanía es la «calle», y «*poner pies en polvorosa*» «huir ó escaparse». Lo mismo significa «coger las de Villadiego ó las calzas de Villadiego»; expresión proverbial de origen desconocido, como lo son las más de su clase. I, LXVI (Prólogo); II, 158.—Véase *Villadiego (Coger las calzas de).*

Poner puertas al campo.—Ejemplo de cosa imposible, que ha pasado en proverbio. Con él indica Sancho que no puede precaverse la maledicencia, añadiendo que el mismo Dios no estuvo libre de ella. II, 279.

Poner sal en la mollera.—Expresión proverbial: infundir discreción, juicio, cordura. La sal indica la discreción, porque así como la sal sazona los manjares, la discreción sazona también las acciones y las palabras. «*Mollera*» es la parte superior de la cabeza humana, donde se supone que reside

el alma y, por consiguiente, el entendimiento. Habíase ya usado de esta expresión (hablando de Sancho) en el capítulo 7.º, primera parte (I, 162). III, 119.

Poner sobre la cabeza.—Es ceremonia y señal de respeto, que se observa con las cédulas ó diplomas de los reyes ó de los papas en ciertas ocasiones solemnes. II, 483; I, 119; V, 439 (textos.)

Ponerse al bordo, ponerse al bordo.—No son lo mismo: lo segundo es «embarcarse», y lo primero, «arrimarse al costado del bajel»: el artículo es quien produce la diferencia. III, 242.

Ponerse el sombrero delante de los reyes.—Es cubrirse de grande y tomar posesión de la grandeza. IV, 164.—Véanse *Almohadas* y *Tomar la almohada.*

Ponerse en caza.—Maniobrar un bajel para huir. Con la palabra «*caza*», que sólo significa ahora, en la frase náutica «*dar caza*», perseguir una embarcación á otra, haciendo fuerza de vela, ó á vela y remo, con toda diligencia para alcanzarla, en cuyo sentido la trae Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, parece, por este pasaje y por la frase «*ponerse en caza*», que se halla más abajo (VI, 304), que quiso significar Cervantes también la diligencia que hace para huir la embarcación perseguida, en cuya acepción es hoy desconocida y desusada; pero es probable fuese de uso común en la marina de tiempo de Cervantes, quien fué siempre oportuno y exacto en la aplicación de las voces náuticas, como se ha notado ya (VI, 301); y acaso esta autoridad bastó á la Academia Española para poner en su *Diccionario* la frase «*ponerse en caza*» en esta acepción, pues no recuerdo haberla oído ni visto en escritores antiguos. VI, 302, 303.

Ponto (Á las islas del).—Desde luego ocurre que es alusión al destierro de Ovidio; pero si lo fué, como parece, se hizo con la negligencia é inexactitud ordinaria de Cervantes.

Ovidio no fué desterrado á las islas, sino á las costas, del Ponto ó Mar Negro. IV, 289.

Pofen (No sino) y calóñenme.—Palabras anticuadas. «*Pofar*», que ahora significa «halagar» ó «acariciar», en lo antiguo significaba «manotear á otro ó darle palmadas con aire y señal de desprecio». «*Caloñar*» era «injuriar, ultrajar»; y es palabra muy usada en nuestros antiguos códigos legales. V, 364.

Por, para.—Véase *Para, por.*

Por el consiguiente.—La Duquesa (en su carta á Teresa) remeda el lenguaje de la gente rústica en este modismo aldeano, que equivale á «también» y cuyo uso se conserva entre los labradores. VI, 32.

Por la posta.—Sancho dijo á su mujer que, en siendo gobernador, enviaría á buscar á su hijo *por la posta;* expresión familiar, lo mismo que «al instante». IV, 98.

Por la virtud que Dios le dió.—Véase *Varilla de virtudes.*

Por sí ó por no.—Locución sumamente expresiva del estilo familiar: contiene una elipsis y equivale á «por si fuese, ó no, menester». IV, 229; VI, 447 (t).

Por su mal le nacieron alas á la hormiga.—Porque volando se las comen los pájaros. Refrán que contiene una bella imagen de los que, elevándose por la casualidad y ciega fortuna á una suerte superior á su mérito, hallan en ella la ruina que evitarían en la obscuridad. Este refrán, como otros, se funda en un error de historia natural. V, 181.

Por sus pasos contados y por contar.—*Por sus pasos contados:* modo adverbial. Por su orden ó curso regular. (Academia.) V, 93 (t).

Porcia.—Hija de Catón el de Útica y mujer de Marco Bruto: queriendo que su marido le descubriese el secreto de su conspiración contra César, para mostrarle que era superior al dolor y digna de su confianza, se hirió gravemente á su presencia. Después, cuando supo la muerte de su marido

en Filipos, quiso matarse, y, quitándole los medios sus amigos, se tragó unas ascuas, con lo cual murió. Epigrama por el poeta Marcial. III, 68, 69.

Porque, para que.—Véase *Para que, porque.*

Porquerizos.—El emperador Justino, el gran Tamorlán y otros, fueron pastores de puercos. V, 349.—Véase *Personas de mala que tuvieron principios humildes.*

Portante.—«El tal caballo..... lleva un *portante* por los aires sin tener alas». Es paso menudo y apresurado. V, 301.

Portazgo.—Un derecho ó impuesto. III, 332.—Véase *Alcabala*, etc.

Portugal.—Todas las probabilidades concurren á señalar en Portugal la cuna de los libros caballerescos españoles. I, 125, 126, 141.

Posaderas, posas.—«Señor, respondió Sancho (á su amo); yo no me puedo persuadir que los azotes de mis *posaderas* tengan que ver con los desencantos de los encantados». Sancho vuelve al tema de su respuesta á Merlín, á quien decía en el cap. 35 (V, 226): «yo no sé qué tienen que ver mis *posas* con los encantos». VI, 354.

Posaderas de fieltro se llaman las del mono, por lo duras y callosas que son. V, 28.

Posesión.—«Á tí te conozco y tengo en la misma *posesión* que él te tiene». «*Posesión*» es «concepto, reputación, predicamento»: acepción poco usada. III, 64.

Poso.—«Buen siglo hayan y buen *poso*». «*Siglo*», según se dijo en alguna Nota de la primera parte (III, 80), significa la «vida eterna», y «*poso*» es el descanso ó reposo de los difuntos, conforme á lo cual se cuenta después, que el cura del lugar del rico Camacho y de la hermosa Quiteria, al echar la bendición á Basilio, que al parecer iba á exhalar el último suspiro, pidió al cielo diese «buen *poso*» á su alma. (IV, 395.) La expresión incluye una especie de ré-

quiem aeternam; pero es irónica y equivalente á una maldición. IV, 356.—Véase *Siglo.*

Post tenebras spero lúcem.—Este emblema se ha tomado del libro de Job (Cap. 17, v. 12), y lo usó en las portadas de sus obras el impresor Juan de la Cuesta, que es quien publicó las primeras ediciones del *Quijote*, de las *Novelas*, del *Persiles* y tal vez de otras obras de Cervantes, poniéndola al rededor de un escudo dentro del cual se ve, puesto sobre una mano, un halcón que tiene la cabeza cubierta con el capirote, según se llevaba á esta especie de aves para la caza de cetrería, y debajo, un león durmiendo. VI, 367.

Postura.—«Y la *postura* de Don Quijote». «*Postura*» no significa en este lugar la actitud del cuerpo, sino la traza y arreos de nuestro hidalgo, y pudiera sospecharse que es error de imprenta, por «*apostura*», palabra que ya en nuestros primitivos escritores significaba el conjunto de la persona, su traje y adornos, y lo mismo en varios lugares del *Quijote*, donde se encuentra. Tómase en buena parte, y así, de Cardenio se dijo en el cap. 23 (II, 246) que era un «mancebo de gentil talle y *apostura*», y en el 37 (III, 121) se dijo del cautivo, que daba muestras «en su *apostura*» de ser persona de calidad.—Del mismo modo en el cap. 17 (II, 44) se figuraba Don Quijote que la hija del ventero era «la más *apuesta* y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se podía hallar». III, 259.—Véase *Apostura.*

Potencia (En) propincua.—«Está *en potencia propincua* de ser, los caballeros andantes, reyes y emperadores», *(está,* por *están?)* II, 12.—«..... de ser el mayor señor del mundo». V, 287.—Véase *Propincuo.*

Potro (El) de Córdoba.—Véase *Córdoba (El Potro de).*

Pozo Airón.—Este nombre se da á un pozo que hay en Granada y que se ha creído fué abierto por los moros con el objeto de dar salida y respiración á los gases subterráneos y precaver la violencia de los terremotos. Hay otro pozo

Airón, un lago que así se llama, en la provincia de Cuenca. IV, 238.

Pozos de nieve, para refrescar el agua.—Sobre la antigüedad del uso de enfriar el agua con nieve. Plinio cuenta positivamente que Nerón inventó resfriar el agua con nieve en garrafas de vidrio. IV, 413, 414; V, 403.

Predicar en desierto.—Expresión proverbial que alude á lo de «*vox clamantis in deserto*» del Evangelio, de donde hubo de tomarse. Es el «*surdis canere*» de los latinos. IV, 100.

Preguntanta.—Nótese la terminación en *a* de este verbal, que pertenece á la clase de las voces fácilmente formables de que se habló en otra Nota (IV, 243). Más abajo (VI, 280), hablándose de Sancho, se dice «*el preguntame*»: de suerte que en este capítulo se usan las dos terminaciones, masculina y femenina. Mas esta última era entonces nueva en castellano, porque antiguamente se decía «*la infante*», á diferencia del uso actual que admite las voces *infanta, comedianta* y otras, aunque no la que motiva la presente Nota. VI, 278.

Preguntar, pedir.—Abuso del verbo «*preguntar*». «*Preguntó* luego á Dorotea, le dijese», etc. No está bien «preguntar que se diga», sino «pedir que se diga». Quedando «*preguntó*», sería menester suprimir «le dijese». Igual observación se ha hecho ya en otra parte, donde se usó de la misma frase. III, 107, 124 (1); VI, 19.—«Á quien *preguntó* si le sabrían decir si en aquel lugar vivía», etc. Estaría mejor: «á quien *preguntó* si en aquel lugar vivía una mujer», etc. VI, 28.

Preste (El) Juan de las Indias.—El preste Juan de las Indias es un personaje proverbial, que anda en boca de todos, y nadie sabe á punto fijo quién fué, ni dónde fué, ni cuándo fué. En la Edad Media se creía que era un príncipe cristiano que reinaba en la parte oriental de Tartaria, en los confines del Catay. Después se creyó generalmente por algún tiempo, en Europa, que se había dado con él en Abi-

sinia.—Véanse las Notas: II, 14; III, 383; V, 389.—[I, 183.]

Prez.—«Habiendo..... ganado el *prez*».—Palabra derivada de la latina *pretium*, y se encuentra usada en nuestros poetas primitivos. I, 157.—Alguna vez se usó «*prez*» como femenino, aunque ordinariamente se usa como masculino. Significa «el honor, el lauro, el premio de alguna calidad ó acción loable, adquirido en competencia con otros». II, 432.

Primaleón.—El invencible caballero, hijo de Palmerín de Oliva. I, 124; II, 58.

Primo, por *primero.*—«Y al canto del gallo *primo*». Esto es, al primer canto del gallo, que es pasada la media noche. «*Primo*», que ahora decimos «*primero*», es adjetivo anticuado. Ahora no se usa sino pocas veces, y sólo en la terminación femenina. I, 240.—Alguna otra vez (V, 165) se llamó también, en el *Quijote*, «*pristino*» al estado de Dulcinea anterior á su encantamento. Una y otra son palabras latinas que se usan para ridiculizar por medio de la afectación el asunto. Es común decir «á *prima* noche».—Véase la Nota al cap. 29 (V, 99) sobre latinismos usados en el *Quijote*. V, 225-226.

Principalidad.—Palabra de la clase de las fácilmente formables, pero que no han obtenido la aceptación suficiente, en el tribunal del uso, para pasar al lenguaje común. Significa la calidad de la persona que es de linaje principal; como si dijéramos «nobleza, ilustre prosapia». II, 318.—«Entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su *principalidad*. IV, 137.

Prioste.—Lo mismo que *prior*, cabeza ó hermano mayor de cofradía. Sancho había sido también prioste en su lugar, como lo cuenta en el cap. 43 de la segunda parte (V, 363), y en el presente pasaje debiera recordarlo; pero se le olvidó á Sancho, ó por mejor decir se le olvidó á Cervantes según su costumbre. II, 187; IV, 245.—Véase *Mañidas de cofradía*.

Pro.—«En mucha *pro* de su fama».—Voz antigua que significa «utilidad ó provecho», de que se formó «*proeza*», hazaña, y que entra en la composición de «*prohombre*», persona principal ó de importancia. *Prohombre* llamó á Adán nuestro poeta Gonzalo de Berceo en el siglo XIII, y antes el autor del *Poema del Cid* había usado de la palabra «*pro*», unas veces como sustantivo, en significación de «provecho», y otras como adjetivo, en la de «honrado». Cervantes, en el texto presente, usó del nombre «*pro*» como masculino; el citado *Poema del Cid* le usó unas veces como masculino y otras como femenino. Continuó por largo tiempo la variedad; pero al fin prevaleció el género femenino. Conforme con esto, el uso actual ha dado la preferencia al género femenino en la expresión de «*buena pro le haga*», fórmula del remate en las subastas judiciales, y única ocasión en que se conserva la palabra «*pro*». II, 174, 175.—Véase *Prohombre*.

Proceder en infinito.—Frase. Seguir una serie de cosas que no tiene fin. (Academia.) VI, 381 (1).

Profecía (La) del Tajo.—La violencia atribuída á Rodrigo prestó asunto á la *Profecía del Tajo*, oda que compuso Fray Luis de León á imitación de la de Nereo en Horacio, y que es una de las composiciones que más honran nuestro Parnaso y que más se acercan á la sencillez y sublimidad de la lírica antigua. II, 367; III, 510.

Profecías que se hallan frecuentemente en los libros de caballerías.—La semejanza que se halla entre la del barbero en el enjaulamiento de Don Quijote, y la que encontró Amadís de Gaula al subir en compañía de Grasandor á la peña de la Doncella Encantadora. III, 348-351.—«No cobrarán su primera forma». Profecía del mismo jaez que otras muchas que se leen en los libros caballerescos. V, 290.

Profesión.—«Mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su *profesión*», etc. Expresión decente para significar lo que no lo es, como sucede aquí y en otros diferentes pasajes del *Quijote*. Antiguamente la palabra «*profesión*» significaba sólo la religiosa, según el autor del *Diálogo de las lenguas*, quien decía con gracia que «se habían alzado con ella los frailes», y deseaba se admitiese también en la acepción general de «oficio ú ejercicio, como lo usa (dice) el latín y el toscano». Los deseos del autor del *Diálogo* se cumplieron en el tiempo que medió hasta Cervantes, según se ve por el *Tesoro de la lengua castellana*, de D. Sebastián de Covarrubias, extendiéndose el sentido de la voz «*profesión*» desde la de las monjas hasta la de las rameras. I, 33.

Prohombre.—El que goza de especial consideración entre los de su clase. (Academia.) Persona principal ó de importancia. II, 174.—El doctor Zarco de Morales (véase la Nota) «debió de ser el *prohombre* del Toboso en su tiempo». V, 166.—Véase *Pro*.

Prólogos laudatorios.—La vanidad de los escritores del tiempo de Cervantes hacía preceder de ordinario en las impresiones de sus libros los elogios que mendigaban de sus aficionados. Cervantes, que moteja y ridiculiza este abuso, había incurrido en él en su *Galatea*, y contribuyó también muchas veces con sus composiciones á elogiar varios libros impresos de sus conocidos y amigos. I, XLVI, XLVIII (Prólogo).

Prometer, en el sentido de «protestar, asegurar».—«Yo te *prometo* y juro..... que no faltaron». VI, 78.

Prometer de, exceder de.—«*Prometió de* darle de cenar..... aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates». «*Prometer de*», régimen frecuente en Cervantes y antiguos escritores nuestros, de que todavía se conservan vestigios en el uso actual. Mas no es conforme á éste el régimen que se

da aquí al verbo «*exceder*». Se dice «*excederlos*», ó «*exceder-se de*». VI, 3.

Pronombres personales.—Sobre «*me*, *se*». «Adonde yo *me* sé». Es propiedad de nuestro idioma, especialmente en el estilo familiar (en que es rico sobre toda ponderación), reforzar el significado de los verbos con los pronombres personales, según sucede en el presente caso. Esta adición como que reconcentra la acción de los verbos y la ciñe con más fuerza al que habla ó al de quien se habla. Pudiera haberse contentado el barbero con decir «adonde yo sé», y nada se hubiera echado menos. La añadidura del pronombre indica que la acción del verbo es íntima y exclusiva, como si dijera «adonde yo sé y no sabe otro». Con igual verbo y modismo decía Ginés de Pasamonte en el cap. 22 (II, 210), que no era menester mucho para escribir lo que faltaba de su historia, «porque (decía) *me* lo sé de coro». Véase la Nota: III, 352, 353.—Varios ejemplos dados: «asno *se* es de la cuna á la mortaja», I, LXXI (Prólogo); «yo de mío *me* soy pacífico», I, 179 (t); «estábase*lo* mirando con mucho sosiego Don Quijote», I, 208 (t), y «estábase todo este tiempo Sancho..... mirando», etc., II, 85 (t); «ya *se* es ido el caballero», II, 180 (t); «la misma que ayer fuí, *me* soy hoy», III, 117 (t); «de que la señora reina *se* esté como *se* estaba», etc., III, 119 (t); «como quiera que yo *me* sea (dijo Don Quijote á maese Pedro), doy gracias al cielo», etc., V, 32 (t); y «¿Graciosico *me* sois?» decía Sancho á un mozo, rondando su ínsula, VI, 13 (t).—«Aunque yo no *me* lo veo». V, 236.—Sobre el «*la*» y «*le*»: «de dar*la* facultad..... para entrar á decir*le* su cuita». Véase un ejemplo de la ventaja que puede traer para la claridad el uso de «*la*» en el dativo del pronombre «*él*». El «dar*la*» es á la condesa; «decir*le*» es al duque. Alguna otra ventaja puede sacarse en la composición, cuando, juntándose dos verbos de distinto régimen, el uno de dativo y el otro de acusativo, pue-

den regir ambos el «*la*», no pudiendo de otra suerte reunirse. V, 254.—Sobre «*les*» y «*las*»: «Y así *les* dieron cuarto aparte, y *las* sirvieron como á forasteras». Uso promiscuo de «*les*» y «*las*» en dativo, autorizado por Cervantes. VI, 74. —«¿Qué gala, qué brío..... *le* enamoraron (á Altisidora)?» Ejemplo del pronombre «*le*» usado en acusativo femenino.—El uso no ha fijado enteramente los casos del pronombre «*él*», cual fuere de desear. Véase la larga Nota sobre éstos y otros, *ello*, *ella*, *ellas*, etc. VI, 169-172.

Propincuo.—Allegado, cercano, próximo. (Academia.) Palabra latina. Cervantes la usó dentro y fuera del *Quijote*. Lope de Vega quiso ridiculizarla como propia de la culta latiniparla, citando á un poeta manchego que dijo en su *Tarambaina* (todo es burlesco):

«*En viendo que el estío está* propincuo,
Por mi salud los damas desrelincuo».

II, 12; V, 98, 99, 287; VI, 367.—Véase *Potencia (En) propincua*.

Propósitos, propuestas.—«Á las desvergüenzas de sus *propósitos*». «*Propósito*» es disposición interior del ánimo, y por esto no le conviene la «desvergüenza», que no cabe sino en lo que se manifiesta exteriormente por palabras ó por acciones. Pudiera decirse «desvergüenza de sus *propuestas*», pero no «de sus *propósitos*»: éstos, para ser «*propuestas*», necesitan manifestarse con las palabras. II, 417.

Prosa (En) como en verso.—«Que la épica también puede escribirse *en prosa como en verso*».—Cervantes resolvió aquí la cuestión que se agitó un siglo después con ocasión del *Telémaco*, escrito en prosa por el arzobispo de Cambray; pero no fué opinión peculiar suya, sino de muchos literatos de su siglo.—Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*, dice: «no piense nadie que el verso hace á la poesía, ni la prosa á la historia; porque la historia de Tito Livio ó de Salustio, aunque se escribiese en verso, ni más ni

menos sería historia; y si la *Ilíada* de Homero se tradujese en prosa, ni más ni menos sería poesía». III, 392, 393.

Prosopopeya.—Palabra que en el estilo grave y sublime tiene muy distinta significación que en el familiar y burlesco. Allí significa una figura retórica; aquí, afectación de gravedad ceremoniosa y pausada. V, 252; V, 422 (1); VI, 68 (1).

Prueba (Á) y estilo.—«Porque entre moros no hay traslado á la parte, ni *á prueba y estilo*, como entre nosotros».—Expresión que, además del sentido recto jurídico, se dice metafóricamente por el que se tiene detenido sin despacharle en algún asunto. (Academia.) V, 52.—Véase *Traslado*.

Prueba (La) del vaso.—Véase *Vaso (La prueba del)*.

Prueba del vino (El cuento de la).—«Una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán».—Pellicer observó ya que Cervantes había insertado este cuento en uno de sus entremeses intitulado *Elección de los alcaldes de Daganzo*. IV, 231, 232.—Véanse *Barrocal (Juan)* y *Mojón*.

Pucherito.—«Y Sancho las recibió con *pucherito*».—La expresión de tristeza en los niños cuando fruncen los labios y sollozan para romper á llorar. (Academia.)—Porque hinchan los carrillejos á modo del puchero, que es ventricoso. (Arrieta.)—V, 373; VI, 454 (textos).

Puente (La ley de la).—«Una pregunta que un forastero le hizo (á Sancho el gobernador)». Casos semejantes á éste en la *Silva de varia lección*, de Pedro Mejía, y en la *Angélica*, de Luis Barahona de Soto. Tal vez los de Barahona excitarían la idea del de Cervantes. VI, 47, 48.

Puercos.—«Una manada de *puercos* (que sin perdón así se llaman)». La gente de poca cultura suele pedir perdón cuando tiene que nombrar esta clase de animales, que, con una expresión judáica ó mahomética, llamamos inmundos. Cervantes mofa aquí de semejante costumbre, así como la remeda en la segunda parte, cap. 45 (V, 417), donde dice

el ganadero: «esta mañana salía de este lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro *puercos*». I, 31.

Puerta (Á) cerrada.—«Mando toda mi herencia *á puerta cerrada* á Antonia Quijana, mi sobrina». Esto de «*á puerta cerrada*» quiere decir «á la sobrina sola», sin dar participación en la herencia á otra persona alguna, pues el dueño único de una casa puede cerrar su puerta á todos los demás. VI, 456.

Puertocarrero (D. Pedro).—Nombrado gobernador de la Goleta por D. Juan de Austria, la defendió con mucho valor hasta que los turcos la tomaron por asalto, quedando cautivo con los pocos soldados que sobrevivieron á la defensa. Tacháronle algunos de poca práctica é inteligencia en las reglas del arte militar; pero cumplió con las del honor, y, conducido á Constantinopla en la armada otomana, falleció durante la navegación, cerca del cabo de Maina en Morea. III, 167.

Puerto Lápice.—Las dos aventuras que aquí se mencionan como pertenecientes á la primera salida de Don Quijote, á saber: la de los molinos de viento y la del vizcaino, que es la de Puerto Lápice, se refieren después en el cap. 8.º (I, 174), y pertenecen, sin duda, á la segunda salida. Es inexcusable la distracción con que Cervantes confunde los sucesos de ambas. I, 29.—En lo antiguo, según la relación que de orden del rey D. Felipe II dieron el año de 1576, aquellas comarcas estuvieron pobladas de bosques, y, por consiguiente, hubo suficiente motivo para que Don Quijote las calificase de país propio para teatro de caballerías, en que se podían «meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras». I, 174.

Pulcela tierna.—«*Pulcela*» puede ser italianismo ó galicismo. Covarrubias trae «*Poncella*» como nombre de la de Orleans, diciendo que en francés significa «doncella». V, 399.

Pulci (Luis, Ludovico ó Luigi).—Su poema *Il Morgante Maggiore*, traducido del italiano por Jerónimo Auner, valenciano. I, 12, 117; II, 53; IV, 25.—Véase *Morgante (Il) Maggiore.*

Pulgar (Fernando de).—Sus *Claros varones de Castilla.* III, 465-467.—[I, 380-382.]

Pulgar (Hernán Pérez de).—Apellidado «el de las Hazañas», por las que ejecutó en la guerra y conquista de Granada.—Su *Vida de Gonzalo de Córdoba.* II, 511.—[I, 181-182.]

Pullas (Echar).—En el día se entiende comunmente por «*pulla*» un dicho agudo y picante de los que se usan entre gente ordinaria. En lo antiguo tuvo significación menos favorable. IV, 177.

Puñales.—Los de Sevilla y los de Génova. IV, 427.

Punta (Armado de) en blanco.—Quiere decir «con todas las piezas de una armadura completa, que le cubrían de los pies á la cabeza». En la aventura de la carreta de las Cortes de la Muerte se dice, en el cap. 11 (IV, 189), que entre los farsantes había «un caballero *armado de punta en blanco*», sólo que traía sombrero en lugar de morrión y celada. VI, 320.

Puntada (No dar).—«Lotario respondió que no pensaba más *darle puntada* en aquel negocio».—*No dar puntada:* no hacer ni decir cosa alguna: metáfora tomada de los sastres y costureras. III, 34.

Puntas y collar de hechicero.—«*Puntas*» eran guarniciones de randa ó encaje, que solían ponerse, unas veces en los pañuelos, como el que sirvió á Montesinos para limpiar el corazón de Durandarte, según se refiere en la parte segunda, cap. 23 (IV, 433), y otras, en las valonas, como en las de los diablos que Altisidora dijo haber visto jugando á la pelota á la puerta del infierno. (Cap. 70, segunda parte. VI, 398.) En la misma segunda parte, cap. 52 (VI, 81), cuenta Teresa Panza que su hija Sanchica «ganaba cada día ocho maravedís horros» haciendo *puntas* de randas: y del

cura Pero Pérez se dice también que tenía «sus *puntas y collares* de poeta». (Segunda parte, cap. 67. VI, 362.)—Por consiguiente, las «*puntas y collar*», que eran adornos de la persona, se toman irónicamente en el texto por «añadiduras y desperdicios» de hechicero. II, 200.—*Tener tan puntas y collar ó collares de alguna facultad ó ciencia:* frase. Saber algo de ellas. (Salvá.)

Punto (Sabir de).—«Y aun las *subía de punto*».—Frase. Crecer ó aumentarse alguna cosa. (Academia.) VI, 19 (t).

Puntos de la herida.—«Acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban». Son los *puntos de la herida*: expresión metafórica tomada de la costumbre de coser materialmente los cirujanos los labios de las heridas cuando eran largas, para conservarlos unidos y facilitar la cicatrización; y aun solía denotarse el tamaño de las heridas por el número de puntos que se necesitaban para cerrarse. Conforme á esto, en la novela de *Rinconete y Cortadillo* se cuenta aquel gracioso caso de la cuchillada de *catorce puntos* que, por precio de cincuenta ducados, había de darse á un mercader, y el ejecutor, calculando que cuchillada de aquel tamaño no cabía en la cara del amo, se la dió á un lacayo suyo que la tenía suficiente. IV, 3.

Quando cáput dólet, cætera membra dólent.—«Del dolor de la cabeza han de participar los miembros». Así lo dice Sancho, citando para ello á Don Quijote, y éste, con efecto, lo había dicho en el cap. 2.° anterior (IV, 35); pero lo había dicho en latín, *quando cáput dólet*, etc.; pero entonces dijo Sancho que no lo entendía, porque no entendía otra lengua que la suya. IV, 55.—Clemencín olvida que Don Quijote se lo explicó á Sancho, diciéndole: «quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen» (IV,

55), y la feliz memoria de Sancho retuvo esto, como retenía cuando oía á su amo, quien al fin le dice: «Socarrón sois, Sancho: á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla». (IV, 55, 56.)

Que, como un expletivo.—Uso excesivo de ello en el *Quijote*. «Y le preguntó *que* quién era», I, 40 (t); «le volvió á preguntar *que* cómo estaba», I, 92 (t); «y preguntándole *que* por qué le desnudaba», I, 184 (t), y numerosos ejemplos semejantes: I, 199, 259; II, 47, 244; III, 222 (textos).—«Á fe *que*..... *que* quizá..... *que* vuestra merced..... *que* se engañaba en lo que dice». Hubiera convenido que Cervantes suprimiese alguno de los muchos «*que*» que afean por su repetición el presente período. II, 149. (Es de observarse que esto fué dicho por Sancho, quien hablaría en modo rústico.)—Ejemplo del «*que*» repetido diez veces en cuatro ó cinco renglones. Verdad es que algunos de ellos son enteramente inútiles, porque no tienen oficio en la oración, y debieran haberse suprimido. V, 408.—«*Que* qué tenía». Repetición y cacofonía de mal sonido (¿puede haber cacofonía de *buen* sonido?), en que incurrió Cervantes en el discurso de esta obra, como se ha observado ya en Nota al cap. 4.° de la primera parte (I, 75). VI, 196.—*Que, de.* Hay en castellano, y lo mismo en los demás dialectos de la lengua latina, dos monosílabos que ocurren á cada paso: *que* y *de*. Véase la larga Nota sobre su uso frecuente y su importancia: I, 75, 76.—«¿*Qué* es la causa?» «*Qué*», por «*cuál*», es como se dice ordinariamente. VI, 166.—«*Que* con un par de pollos..... tendremos lo suficiente». «*Que*» está aquí en vez de «*porque*». El uso del «*que*» como conjunción, es notable en la lengua castellana. Me parece que se asemeja al *car* francés, ó al *nam* latino. Se usa mucho en el *Quijote* y en todos nuestros antiguos escritores. En el día se usa también, aunque poco. Este «*que*», usado así, tiene menos fuerza que el «*porque*». VI, 197.

Que á sus aventuras van.—«Destos que dicen las gentes, *que á sus aventuras van*».—Dos versos que deben pertenecer á algún romance antiguo. III, 459; IV, 275.

Que nunca sane Don Quijote.—He aquí bien retratada la insensatez con que se celebra y aun fomenta muchas veces por diversión el desvarío de los locos y de los borrachos; crueldad refinada en la cual no se fija bastantemente la atención, y que la razón y mucho más los principios religiosos exigen se cambie en respeto hacia los infelices que se hallan en tan miserable estado, y en caritativa solicitud para sacarlos de él, si nos fuese posible. Es preciso confesar que eclesiástico de casa de los Duques, á pesar de su inoportunidad, obraba y hablaba más conforme á razón y justicia. (V, 145.) VI, 331.

¿Qué peje pillamo (pigliamo, italiano)?—Dice Don Quijote, dirigiéndose al mozo, y queriendo decir, según Hinard: «*quel poisson prenons-nous et que doit-il nous avenir?*» V, 28.

Que parece que ahora la veo. (Sancho hablando de la pastora Torralva).—Con la misma expresión habló el pastor Pedro de la madre de Marcela en el cap. 12 de esta primera parte (I, 250). III, 126.

Que se sienta y no se diga.—D. Luis de Góngora jugó con este pensamiento en una de sus letrillas, en que dijo:

Manda amor, en su fatiga,
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.

En los villancicos del *Cancionero* de Fernando de Castillo, impresos en Sevilla en 1540, hay una (letrilla) de Juan de Estúñiga, que dice así:

Mi peligrosa pasión
Me castiga..... (esto es, *amonesta,*)
Que se sienta y no se diga.

Según Pellicer, la redondilla «*De la dulce mi enemiga*» se tradujo del original de Serafín Aquilano, que dice:

Dalla dolce mia nemica
Nasce un dubl ch'ettro non suole:
E fer più tormento vuole
Che ti senta é non ti dica.

Mas Luis Gálvez de Montalvo cita estos mismos versos de Aquilano como una de las imitaciones hechas por los poetas italianos de las redondillas castellanas. V, 277, 278.

Que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio. (Don Quijote á Sancho.) «*Que yo no estoy*, etc.: expresión proverbial que no recuerdo haber leido en otro autor anterior á Cervantes, y que es de particular gracia y oportunidad para el intento. Es cierto que el incidente de la apuesta de los labradores está sumamente bien razonado y hablado. VI, 346.

Quebrar los ojos.—«Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced..... yéndome á la corte..... para *quebrar los ojos* á mil envidiosos que ya tengo». (Carta de Teresa Panza á la Duquesa.) VI, 76 (1).—*Quebrar los ojos*: lo mismo que «*dar en ojos*», mortificar, causar envidia, dar un mal rato á otro con la propia prosperidad. (Arrieta.)—Frase familiar. Desplacer ó desagradar á alguno en lo que se conoce ser de su gusto. (Academia.)

Quebrarse la cabeza.—«¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza?» Esto es, «¿ó me propongo imposibilidades?»—Frase. Hacer ó solicitar alguna cosa con gran cuidado, diligencia ó empeño, ó buscarla con mucha solicitud, especialmente cuando es difícil ó imposible su logro. (Academia.) VI, 7 (1).

Quedar en pelota.—«Quedaron *en pelota*» es aquí quedar sólo con la ropa interior, pero no en cueros, significación que ordinariamente se da á «*quedar en pelota*». En el mismo sentido que en este pasaje, se dice en adelante (VI, 416), «*quedándose en pelota*». VI, 99.—«*Dejándole en pelota*», úni-

camente con la ropa interior y no en carnes. II, 222.—Véase *Pelota (En)*.

Quedar (No) á deber nada.—«Yo sé bien que *no* nos *quedamos á deber nada*». Frase metafórica. Corresponder alguno con el dicho ó las acciones á las que otro ha ejecutado con él. (Academia.) IV, 441 (t).

Quedó el visorrey de hacerlo así.—«*Quedó en hacerlo*» es como ahora diríamos. VI, 319.

Quemarse las cejas.—Frase metafórica y familiar con que se denota que alguno estudia mucho. (Academia.) III, 396 (t).

Querer, amar.—«Y los *amo* y los *quiero* mucho». Está mal guardada la gradación, porque es menos *querer* que *amar*; y así, debió decir: «y los *quiero* y los *amo* mucho». VI, 43. —Con la misma mala gradación se dijo en el capítulo 24, primera parte (II, 257): «Á esta Luscinda *amé*, *quise* y *adoré* desde mis tiernos y primeros años». — «Hasta que yo viese lo que Ricardo me *quería*»: en esta ocasión «*querer*» no es «*amar*», como en otras; «*quererme*» significa «desear de mí», ó «desear que yo hiciese». El relativo «*lo que*», y no el pronombre «*me*», es el objeto en que termina la acción del verbo. Lo contrario sucedería en la acepción de «*amar*»: el pronombre personal sería el objeto, y el relativo equivaldría al adverbio «*cuanto*». II, 259.

Quevedo y Villegas (Don Francisco de).—Secretario del duque de Osuna, virrey, primero, de Sicilia, y después, de Nápoles. II. 189.—Cervantes hizo de él especial y honorífica mención en su *Viaje al Parnaso*. IV (Dedicatoria), IV, 83; VI, 292.—Gran voto en materia de proverbios, expresiones proverbiales y cuentos viejos. III, 396.—Entre los españoles modernos ha sido usanza común atribuir los dichos ingeniosos á D. Francisco de Quevedo. II, 513.—Su pragmática contra los poetas en el *Gran Tacaño*. I, 139. —Ridiculizó en el mismo, con su acostumbrada dicacidad, á los escritores de comedias de Santos. III, 407.—Su

Epístola satírica, contra las costumbres de su tiempo, al conde-duque de Olivares. IV, 324.—Profesó á las dueñas igual afición que Cervantes. IV, 140; V, 192.—Usa de la expresión «*fer signum crucis*» en su *Vida del Gran Tacaño*. V, 84.—En *El entremetido, la dueña y el soplón*, uno de los opúsculos festivos de D. Francisco de Quevedo, se da á Platón el tratamiento de «vuestra diablidad» y «vuestra diablería». V, 181.—En el *Libro de todas las cosas* dijo que para hablar la lengua arábiga «no es menester más que ladrar, que es lengua de perros». VI, 307.—[II, 275, etc.]

Quien, como pronombre relativo.—«Un bálsamo de *quien* tengo la receta en la memoria». Mejor dicho estaría: «es un bálsamo *cuya* receta tengo en la memoria», porque el relativo «*quien*» se dice más comunmente de las personas que de las cosas. I, 215.—Cervantes solía no tener cuenta con esto, como sucede aquí: «Una alcuza..... de *quien* el ventero le hizo grata donación», y poco después (II, 50), donde dice: «la estera de enea sobre *quien* se había vuelto á echar». II, 49.—«Un aposento, de *quien* el huésped le dió la llave»: según el uso actual, se diría: «*cuya* llave le dió el huésped». VI, 196.—«En una parte de *quien* yo sola tengo noticia». He aquí otro de los casos en que usa Cervantes del pronombre relativo «*quien*» aplicado á cosas, que no suena bien, según el uso actual. VI, 310.—«Una sala baja, á *quien*», etc. Otro ejemplo de «*quien*», aplicado á cosas. VI, 417.—Sin embargo, el mismo Clemencín, en una de sus Notas (I, 258), dice: «porque se hablaba de la «*ocasión*», con *quien* debió necesariamente concertar el pronombre».

Quien.—Ejemplos bien marcados del uso del relativo «*quien*» en plural: «Donde se declara *quién* fueron los encantadores», etc. VI, 24.—«Las pastoras de *quien* hemos de ser amantes». VI, 358.

Quien, aplicado á Rocinante.—«Á *quien* Don Quijote enco-

mendó mucho». Falta el pronombre *«le»*: «*á quien* Don Quijote *le* encomendó mucho»; de otra suerte, parece que Rocinante era á quien se hacía el encargo.—Nótese al propio tiempo en este pasaje el uso del relativo *«quien»*, que es propio de personas, y aquí se aplica á un animal. II, 327. Y nótese también que en esta misma Nota dice Clemencín: «de otra suerte, parece que Rocinante era á *quien* se hacía el encargo».

Quien (Á) Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.—Refrán que enseña la resignación y conformidad que se debe tener con la voluntad de Dios en el repartimiento que su providencia hace de los bienes entre los demás. Lat. *Quod cuique obtigit, id quisque teneat.* (*Diccionario* grande de la Academia.) VI, 322.—Este refrán es citado otras dos veces por Don Quijote. III, 319; VI, 144 (textos).

Quien destaja no baraja.—Refrán que advierte que, para evitar quimeras y pleitos, conviene prevenir todos los lances al principio de algún negocio. (Academia.) IV, 120 (t).

Quien en l'arenal siembra, non trilla pegujares.—Antiguo refrán citado por el arcipreste de Hita. II, 146.—Véase *Pegujares*.—[III, 201, n.]

Quien (Que) llevaba tan atadas las manos, tuviese algún tanto suelta la lengua.—Así dijo Don Quijote al comisario, hablando de Ginés de Pasamonte, el galeote. Bella expresión, no menos por lo contorneado del período y lo perfecto del lenguaje, que por la benignidad y noble indulgencia del pensamiento. II, 211.

Quienquiera que seáis, rústicos dioses.—Invocación de Don Quijote, durante su penitencia en Sierramorena. II, 298.

Quiero el envite.—Metáfora tomada del juego del envite, y se dice así cuando se acepta éste. Aquí significa aceptar el convite. (Arrieta.)—*Envite:* apuesta que se hace en varios juegos de naipes y otros, parando, además de los tantos ordinarios, tanta cantidad á algún lance ó suerte.—Metafó

rico. Ofrecimiento de alguna cosa. (Academia.) VI, 350 (t).—Véanse *Envite* y *Tener el envite*.

Quijada (Gutierre), de cuya alcurnia yo decienda.—Ocurrencia casual, de que se aprovechó ingeniosa y oportunamente Cervantes al hacerse mención de Gutierre Quijada, cuyo apellido, según se dijo en el primer capítulo de la fábula (I, 4 y 18), atribuyeron algunos autores á Don Quijote.—Caballero castellano que vivió en el siglo XV.—Véanse las Notas: III, 461-464.

Quijana (Antonia).—Sobrina de Don Quijote y heredera de toda su hacienda. VI, 456.

Quijano (Alonso) el Bueno.—El verdadero nombre de Don Quijote. Si Cervantes quiso designar en su héroe algún original verdadero, lo que no es inverosímil, pudo tener éste el apellido de *Quijano*, y Cervantes se contentaría con indicarlo del modo que lo hizo. Si después lo expresó sin disimulo al fin de su obra, acaso sería por haber muerto en el intervalo de los diez años que mediaron entre la publicación de la primera y de la segunda parte. Esta sutil é ingeniosa conjetura es del erudito D. Ramón Cabrera. VI, 436, 451.—«Y como Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya (vida)», etc. ¿Qué lector, al llegar á este pasaje, no siente una cierta melancolía viendo acercarse el fin de su héroe? ¡Con qué tierna sensibilidad trazó Cervantes en este capítulo (74) los rasgos característicos de Alonso Quijano el Bueno! De aquí el interés que inspira al lector. Este efecto de la fábula es una prueba triunfante de su mérito y de la habilidad del fabulista, que, al través de los rasgos de locura de Don Quijote, ha sabido pintar diestramente y hacer amar á los lectores el carácter dulce, franco y sensato del honrado hidalgo de Argamasilla de Alba. VI, 445.

Quijote.—«Don *Quijote* de la Mancha». «*Quijote*» es la parte de la armadura que cubría el muslo, y pudo venir del fran-

cés *cuisse*. Cervantes escogió con oportunidad el nombre de su protagonista entre los de las piezas propias de la profesión caballeresca; y entre éstos dió la preferencia al de la terminación en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente á cosas ridículas y despreciables; como *librote*, *monigote*, *mazacote*. (Véase *Ote*.)—En lo de tomar el apellido del nombre de algún país, procedió Don Quijote muy conforme á la práctica comunmente observada en los libros de caballerías. I, 19.

Quijote (Don).—Sobre el título de la fábula. I, 200.—Sus méritos y defectos y su suma originalidad. I, XXXIII (Prólogo). —División de la obra en partes. I, 192, 309; II, 387.—Sin sujeción á plan alguno formado de antemano. I, XXVII (Prólogo).—La negligencia de Cervantes contribuye por otra parte á realzar más el mérito del libro. V, 234.—«Él creía que su obra no necesitaba de comento: mas no se juzgó del mismo modo en el mundo literario. I, XXV (Prólogo); IV, 62.—Sus inverosimilitudes. IV, 306; V, 404; VI, 323.—Anacronismos y faltas de exactitud. I, XXIX (Prólogo); IV, 288.—Numerosas ediciones del *Quijote* y su vasta popularidad. IV, 41-52, 63, 276.—El Doctor Bowle regaló á D. Juan Antonio Pellicer un ejemplar de la de 1608, y después lo adquirió D. Martín Navarrete y es el único de que tengo noticia. IV, 51.—Sobre la significación del título de *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, I, XLIV (Carta al duque de Béjar), 22; II, 22 (Epígrafe al capítulo 16, 1.ª parte); VI, 462 (t).—Excelencia del bosquejo del carácter de D. Quijote. VI, 448, 449.—Motivo y propósito de Cervantes en escribir la obra. I, 201; IV, 278; VI, 467.—Su argumento. I, XXVII (Prólogo).—Comedias de varios autores, cuyos asuntos se tomaron del *Quijote;* pero «La figura del *ingenioso hidalgo* siempre pierde cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla». (Don Leandro Fernández de Moratín.) III, 40, 354, 411; IV,

399, 400.—La duración de la fábula. III, 152.—La segunda parte, la mejor. IV, 76; V, 85.—Dos capítulos fingidos del *Quijote*, por algún alemán. VI, 296. [Véase una nota de M. Ticknor, en su *Historia*, II, 143.]—El final del *Quijote* adolece de flojedad y languidez. VI, 260.—Su inmortal autor, al acercarse al fin, hacia lo que el cisne, reanimando así de una manera sorprendente la acción desmayada y floja por sí misma. VI, 408, 445.—El carácter de Don Quijote, como un hombre, ó el de Alonso Quijano el Bueno. I, XXXII (Prólogo); II, 243; V, 374.—Sus varios apellidos, de *Quijada ó Quesada*, *Quijana*, y el verdadero de *Quijano*. I, 4, 91 (textos); VI, 436, 445, 451.—Avellaneda, en el primer capítulo de su *Quijote*, dijo que el nombre propio de éste era el de *Martín Quijada*, y aun quizá por esta razón se fijó aquí Cervantes en el apellido de *Quijano*, desechando los otros tres, entre los que había titubeado en los primeros capítulos de su obra. VI, 452.—«Como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero». Respecto al autor de la fábula del *Quijote*, hasta ocho poblaciones de España se han disputado la gloria de haberle dado nacimiento: Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Alcázar de San Juan, Esquivias, Consuegra y Alcalá de Henares. Esta última ha triunfado de sus competidores, y se halla ya en pacífica posesión de la palma. (Véase á Navarrete, *Vida de Cervantes*.) VI, 462. —Las muchas imperfecciones tipográficas de las ediciones primeras. II, 10.—Las dos partes de la obra comparadas: si cabe alguna duda, más bien caería la balanza del juicio á favor de la segunda. IV, 76.—La librería de Don Quijote. I, 103; II, 267; III, 389.—Don Quijote como poeta. II, 235 (t), 337, 338; V, 424; VI, 361, 372.—Sobre la poesía. IV, 283.—Dice que sabe «algún tanto del toscano». VI, 287.—Su falta aparente de sinceridad respecto á Dulcinea. II, 315.—«Mis amores y los suyos han sido siempre platónicos», II, 308 (t); «no la he visto cuatro

veces», II, 309; «no había visto en su vida á Dulcinea», IV, 156; V, 159.—«Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo». IV, 403.—Cervantes hizo á Don Quijote humano, afectuoso, sensible; y véase el origen del interés que la persona del hidalgo manchego inspira á los lectores de esta fábula. V, 374; VI, 445, 454.—Sobre su locura. VI, 448, 449.—Su traje. I, 3; IV, 325; V, 136.—Sabía «nadar como un ganso». V, 107.—Su desnudez en la descomunal batalla que tuvo con los cueros de vino. III, 75.—Sus varias hazañas; satisfaciendo agravios, etc. V, 148.—Su alocución á Rocinante, al darle libertad, quitándole el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas. II, 299.—«Propuso en su corazón de armarle (á Sancho) caballero». III, 308.—Descripción que hace Don Quijote del carácter de su escudero. IV, 386 (t); V, 168, 368.—Consejos que dió Don Quijote á Sancho antes que fuese á gobernar la ínsula. V, 343, 347-366; VI, 51.—«Véngote á azotar», dijo Don Quijote á Sancho á quien despertaba de un sueño profundo y grato. VI, 223.—Le suplicó encarecidamente, á bordo de la galera, que se diese azotes para acabar con el desencanto de Dulcinea: una de las salidas más graciosas que hay en el *Quijote*. VI, 301.—El discurso que dirigía á Sancho, alegando á Homero y Virgilio. Esta disertación académica de Don Quijote, pronunciada gravemente ante un pobre aldeano en las quebradas y derrumbaderos de Sierramorena, tiene mucho de cómico. II, 282.—Quiere que Sancho ponga mano á su espada para castigar á la canalla. II, 7.—Dos veces Don Quijote apalea á Sancho. II, 138, 467.—Elige el nombre de *Quijotiz* para sí, y el de *Pancino* para Sancho, para sus pastorales ejercicios. VI, 356, 438.—La edad de Don Quijote y de Sancho. I, 4 (t); IV, 385; V, 91, 172.—Don Quijote era hombre de poco sueño. II, 229; I, 4, 255; VI, 365 (textos).—«El rey mi suegro»: en este pasaje se olvida enteramente

de Dulcinea. II, 185.—Su carta á ella. II, 320.—El pobre hidalgo enjaulado. III, 354.—Amadís de Gaula, su modelo. II, 116, 283, 334; V, 378.—Su apóstrofe á Sancho dormido. IV, 370.—Su invocación á los «rústicos dioses» en Sierramorena. II, 298.—Sobre la libertad. VI, 157.—Bella descripción de los dos ejércitos. II, 80.—Discurso elocuente sobre la edad dorada, ó la «dichosa edad». I, 230-234; VI, 180.—Observaciones discretas que hizo Don Quijote á D. Diego de Miranda sobre el modo de tratar á los hijos. IV, 282 (t).—Sobre el matrimonio. IV, 356, 357.—Sobre la comedia del teatro y la de la vida humana, con la comparación, que introduce Sancho, de ésta con el juego del ajedrez. IV, 205, 206.—Las tres salidas de Don Quijote. IV, 1, 2.—Hubiera debido preferirse que fuese una sola la salida de Don Quijote, en lugar de las tres que hizo y que pudieran parecer tres acciones diferentes. I, XXVIII (Prólogo).—La fábula del *Quijote*, compuesta de sus tres salidas, viene á ser como una comedia con tres jornadas. IV, 132.—El testamento de Don Quijote. II, 135, 144; III, 354 (t); IV, 127; VI, 451.—Su muerte. VI, 461.—Epitafios. III, 533-539; VI, 463.

Quijote (Partes del).—Confusión en la división de ellas.—Negligencia y falta de plan con que se escribió el *Quijote*. Cervantes, acaso por imitar al libro de *Amadís de Gaula*, como conjeturó Bowle, subdividió el suyo en cuatro partes, pero sin interrumpir la serie de los capítulos; y así como las partes segunda, tercera y cuarta de *Amadís* empiezan en los capítulos 44, 65 y 82 de aquella historia, las del *Ingenioso Hidalgo* empiezan en los capítulos 9.º, 15 y 28. En la segunda parte del *Quijote* abandonó Cervantes la anterior división, ó porque no le pareció bien ó porque no tuvo presente lo que hizo en la primera. No pudo libro alguno hacerse menos de pensado. I, 192, 206.—(Esta Nota de Clemencín no me parece inteligible: lo es más la si-

guiente): Cervantes subdividió la primera parte de su *Quijote* en otras cuatro. La primera comprende hasta el capítulo 9.º (I, 192); la segunda, hasta el 15 (II, 1); la tercera, hasta el 28 (II, 387), y la cuarta, hasta la conclusión en el cap. 52 (III, 539). En la segunda parte del *Quijote* abandonó esta división, y no guardó otra que la de los capítulos desde el 1.º hasta el 74, que es el último (IV, 1, hasta VI, 468). II, 387.—Véase también la Nota de I, 309.—«La segunda parte de *Don Quijote*». Aquí «*parte*» se dijo por las «*partes*» ó papeles de la comedia. II, 520.—Véase *Segunda (La) parte de Don Quijote*.

Quimeristas.—«Y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y *quimeristas*».—En el día entendemos por «*quimerista*» lo mismo que «pendenciero». IV, 47.—La Academia da como uno de los sentidos de esta palabra: «sustantivo masculino. El amigo de ficciones y cosas quiméricas.»

Quínola (La) de sus años.—Sancho dice á la dueña Rodríguez: «pues no perderá vuesa merced *la quínola de sus años* por punto menos».—Metáfora tomada de cierto juego de naipes, en el que se dice «*hacer quínola*» cuando se tiene cierto número de cartas, cada una de su palo; y con la que Sancho da á entender á la dueña Rodríguez que, para hacer quínola en cuanto á vejez, ó llegar á los años de ésta, no le faltaría ninguno. (Arrieta.)—Juega aquí y travesea Sancho con las palabras *higa*, *madura* y *quínola*. V, 131, 191, 457.—Véase *Higa*.

Quintanar (Un ganadero del).—Por esta circunstancia bien pudiera ser Juan Haldudo, vecino del Quintanar, de quien se hizo mención en el cap. 4.º, primera parte (I, 72), pues, aunque allí se le llama labrador, se dice también que tenía ganado lanar. No ha faltado quien mire esta mención de los *perros del Quintanar* como un rasgo satírico contra los vecinos de aquel pueblo, donde, según tradición, estuvo

también Cervantes durante las odiosas comisiones que como ejecutor desempeñó en la Mancha y le produjeron los disgustos de que quiso desquitarse en el *Quijote*, como ya se indicó desde el mismo principio de la fábula. I, 72; VI, 447.—Véase *Haldudo (Juan), el Rico*.

Quintañona (La dueña).—Fué la medianera en los amores de Lanzarote y Ginebra. Lo común que era en España la lectura del libro de *Lanzarote* (que ahora no se encuentra), ocasionó el darse generalmente á todas las dueñas el nombre de *Quintañona*. I, 263 (1); II, 32; III, 457.

Quiñones (Suero de).—Éste fué un caballero leonés, que el año de 1434 celebró junto á la puente del río Orbigo unas solemnísimas justas que duraron treinta días.—El objeto de las justas fué pagar el rescate de la prisión en que estaba de su señora, y en cuya señal llevaba todos los jueves una argolla de hierro al cuello. El rescate concertado fueron trescientas lanzas rompidas por el asta, que habían de pagar él y otros nueve compañeros suyos justando con los aventureros que concurriesen. Concurrieron, con efecto, sesenta y ocho aventureros. Véanse las Notas: I, 157; II, 482; III, 149, 461-464.—Véase *Paso honroso de Suero de Quiñones*.—[I, 175.]

Quirieleisón de Montalbán, y su hermano Tomás.—Este nombre de Quirieleisón, dado á un caballero en la primera parte de *Tirante*, es tan ridículo como el de Melquisedec, que se da en la cuarta á un rey de Tremecén.—Ambos hermanos desafiaron á Tirante el Blanco. I, 134; IV, 101; V, 309.

Quiroga (D. Gaspar de), cardenal de Toledo.—Empezó por ser monaguillo de la capilla real, de donde, teniendo quince ó diez y seis años de edad, la reina Doña Juana le envió el de 1513 á estudiar á Salamanca, señalándole un real diario de asistencia. Así lo refiere D. Luis Zapata en su *Miscelánea manuscrita*, observando que el año de 1593 tenía «más de ducientos mill ducados de renta»: y añade que to-

davía cobraba el real, porque lo estimaba en más que todo cuanto tenía. III, 131.

¿Quis, talia fando,... temperet à lacrymis?—Virgilio, *Eneida*, libro 2.º, v. 6. V, 288.

Quitación.—El salario en dinero que se daba al criado, amén de la comida, para vestirse. También puede significar el «acto de quitar». Guzmán de Alfarache hablaba de la «moza ó ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona..... amiga de servir á hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, y que le den ración, y ella se tiene cuidado de la *quitación*, cuando halla la ocasión». V, 13.—Véase *Guzmán de Alfarache*.

Quitar.—Sus varias acepciones. «Y le pienso *quitar*»; aquí «*quitar*» es «desempeñar». II, 208.—«El ventero les *quitó* de aquella admiración»; aquí quiere decir «dar por quito, eximir, libertar». En la misma acepción se usó este verbo en el cap. 19 (II, 102), donde, informado Don Quijote de que el difunto que llevaban de Baeza á Segovia, había fallecido de enfermedad, decía: *quitado me ha* Nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte». III, 296.—Fuera de estas dos acepciones y la primitiva de «*quitar*», que es «arrebatar ó tomar por fuerza», todavía tiene la de «dejar ó abandonar», que alguno quizá tomaría á galicismo. II, 208.

Quitar mil canas.—«Con tanto gusto, que nos *quita mil canas*». *Quitar mil canas:* espresión metafórica. Quitar los síntomas de la vejez, restituir la robustez y alegría de la juventud á quien las ha perdido por la edad, lo que se suele conseguir muchas veces hasta cierto punto con las satisfacciones y placeres del ánimo. II, 508.

Quiteria, la hermosa novia, y el desposado que se llama Camacho el rico. IV, 352 (1).—Véanse *Bodas (Las) de Camacho* y *Pastor enamorado (La aventura del)*.

Quizá otro cantará con mejor plectro.—Las aventuras de Angélica, que había empezado á contar Boyardo en el *Orlando enamorado*, las continuó Ariosto en el *Orlando furioso*, hasta el canto 30, en que, después de referir el encuentro de Angelica y Medoro con el paladín cuando éste en su estado de locura atravesaba á España, dice así:

Quanto, Signor, ad Angelica avenga
Dopoi ch'usci di man del fuggitivo,
E come à ritornare in sua potenza
Tornasse e fosse nobile e ricco tempo,
E dell' India à Medor desse lo scettro,
Forse altri canterà con miglior plettro.

(*Orlando Furioso*, c. 30, est. 16.)

Aquí levanta Ariosto la mano de las cosas de Angelica, de las que no vuelve á hablar en lo restante de su poema, encomendándolas á quien las quisiere proseguir, como dice modestamente, *con mejor plectro*. Y Cervantes, sobradamente lisonjero con Luis Barahona y Lope de Vega, que continuaron la historia y aventuras de Angelica, añade que profetizó el Ariosto; pero los plectros de uno y otro, lejos de ser mejores, se quedaron muy atrás del que había pulsado la cítara del poeta de Ferrara. IV, 29, 30.—Cervantes cita este verso de Ariosto al fin de la primera parte. III, 539.—Véase *Forse altri canterà con miglior plettro*.

Rabel.—Instrumento músico que usaban los pastores en tiempo de Cervantes, y, según Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, constaba de tres cuerdas y se tañía con arquillo. I, 237.—Es un instrumento pastoril, pequeño y de hechura como la del laúd; da un sonido muy agudo. VI, 359.

Radamanto.—Rey de Licia, hijo de Júpiter y de Europa. Administró la justicia tan severa é imparcialmente, que después de su muerte se le creyó nombrado por la suerte juez de los infiernos con Eaco y Minos. VI, 382.

Ralea.—«Que la *ralea* de los buenos médicos, palmas y lauros merecen». «*Merecen*», por «*merece*». «*Ralea*» se toma en mal sentido, y no conviene á los buenos médicos; por lo que hubiera estado mejor este pasaje omitiendo las palabras «*la*» y «*de*», en cuyo caso se hallaba en su lugar el verbo «*merecen*». VI, 2.

Ramiro I (El rey Don).—Su privilegio. Observaciones en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*. VI, 167.—Véase *¡Santiago y cierra España!*—[II, 498.]

Rapador (Señor).—Don Quijote, picado de la calificación de «impertinente» que maese Nicolás parecía dar á su arbitrio, le zahiere ridiculizando su oficio y profesión de barbero. Y después, con el mismo intento, en el progreso de la conversación le llama *rapista*, por su oficio de rapar barbas (IV, 15).—Y luego, en este mismo capítulo, le llama «señor *bacía*» (IV, 20). IV, 7.

Rapaz, rapacería.—«Ésta ha sido una gran *rapacería*». «*Rapacería*», por «niñería»; de «*rapaz*», palabra de desprecio con que se suele designar á los niños. No veo el motivo de designar á los niños como «ladroncillos» ó rateros. Cómo de esas cosas hace sin razón el uso. VI, 22.—«Un *rapaz* ceguezuelo». *Rapaz*: el muchacho pequeño de edad. VI, 168.

Rastro.—Es el lugar público donde se matan las reses para el abasto del pueblo, así como «*carnicería*» es donde se vende la carne. IV, 374.—Véase *Carnicería*.

Rata por cantidad.—Es modo adverbial: significa lo mismo que «á prorrata, á proporción». II, 135; V, 88 (t).—Sancho dice á su amo: «y se descuente de mi salario *gata por cantidad*». Don Quijote respondió: «Sancho amigo, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata». Sancho dice «*gata*», por «*rata*», y Don Quijote juega con las dos palabras. «*Rata*» tiene dos acepciones: «prorrata» y «la hembra del ratón». (Academia.) IV, 122 (t).

Ratos (Los) que no rezan (que son muchos).—Expresión semejante á la del cap. 1.° de la primera parte (I, 4), donde se lee: «Los *ratos* que estaba ocioso (que eran los más del año)». V, 263.

Raudal de las ruedas.—«*Raudal*» era la corriente rápida y acelerada del agua, que, recogida en un canal estrecho, caminaba con más prisa y fuerza para mover las ruedas del molino. «*Raudo*», viene de «*rápido*», y «*raudal*», de «*raudo*». V, 105.

Raya (A).—«Y hícela (la Giralda) estar queda y *á raya*».—Lo que la hizo «estar queda y *á raya*» fué la circunstancia de no haber cambiado el viento «en más de una semana». IV, 236.—*A raya:* modo adverbial. Dentro de los justos límites. (Academia.)

Razón.—Usada en dos diferentes acepciones: «Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera *razón*. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla (la novela), por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto». «*Alguna*» concierta con «*razón*», que es la última palabra del precedente período. Allí significa lo mismo que «justo ó razonable»; aquí equivale á «frase ó discurso hablado», que es una de las acepciones de la palabra «*razón*»; de donde se dijo «*razonar*», que también significa «hablar». II, 524.

Razón, razones.—«Después de haber abominado, con muchas y eficaces *razones*, de los libros de caballerías». No está dicho con exactitud. «*Abominar*» pertenece á la voluntad; las «*razones*», al entendimiento. Se demuestra con las «*razones*»; se «*abomina*» con los afectos. Puede haber «*razones*» para «*abominar*»; pero no se «*abomina*» con ellas. Puede decirse «*abominar con razón*»; pero no «*con razones*»; la acepción de «*razón*» y «*razones*» es diversa en este caso: «*razón*» en singular significa el resultado de un acto del entendimiento; «*razones*» son los argumentos ó dis-

cursos con que se trata de demostrar alguna cosa. VI, 461.

Razón (La) de la sinrazón.—«*La razón de la sinrazón* que á mi razón se hace». Censura severa del estilo de Feliciano de Silva y otros autores de su tiempo, especialmente los poetas: varios ejemplos citados. El célebre D. Diego Hurtado de Mendoza había precedido á Cervantes en la censura de este estilo.—Es circunstancia reparable que Feliciano de Silva dedicó su *Crónica de D. Florisel* al duque de Béjar, bisabuelo del otro duque de Béjar á quien Cervantes dedicó su *Quijote*. I, 5-7.—«Tú, que con tantas sinrazones muestras la razón», etc. Olvidósele á Cervantes la burla que él mismo había hecho en el principio de su *Quijote* (I, 5, 6) de semejantes expresiones de Feliciano de Silva. Las presentes son del mismo gusto. I, 297.—«Y sin disculpa de la culpa». Viene á ser lo mismo que la «*razón de la sinrazón*» que ridiculiza el mismo Cervantes en Feliciano de Silva. Repítese más adelante la misma expresión en el cap. 51 (III, 503), donde se lee: «los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa». II, 407.—«No se venga tan mal». Remédase en este período el estilo de Feliciano de Silva, criticado en el primer capítulo del *Quijote*. III, 286.—Véase *Silva (Feliciano de)*.

Razón (Hacer la).—Frase. Corresponder á un brindis con otro brindis. (Academia.) «¿Qué corazón ha de haber tan de mármol, que no *haga la razón?*» V, 191 (t).

Re.—Una de las partículas en la lengua castellana, que sólo se usan en composición en otras palabras, como en «*repetir*», y en el «*remiente*» del texto, sólo que en esta ocasión se emplea en una voz de las que llamamos «fácilmente formables», propiedad de nuestro idioma que produce una singular riqueza, señaladamente en el estilo familiar. Por una de aquellas inconsecuencias que en esta materia suele admitir el uso, la partícula *re*, que comunmente aumenta y duplica, disminuye y atenúa otras veces, como sucede en *redolor*, *resentirse*, y otros. III, 312.—Véanse *Partículas* y *Redolor*.

Real.—«Almorzaron de las sobras del *real* del acémila que despojaron». *Real:* es campamento ó campo militar (*castra*, lat.); y se da este nombre á la acémila en que llevaban el repuesto de sus provisiones los clérigos que acompañaban al cuerpo muerto del cap. 19 (II, 105, 111), y que, según allí se dijo, estaba «bien bastecida de cosas de comer». II, 161, 231.

Real de á ocho.—Moneda de plata, llamada así porque valía ocho reales de plata. El valor del real de plata fué vario antes de los Reyes Católicos, que lo fijaron en 34 maravedís, equivalentes á 89 maravedís de los actuales, y venía á ser como el real de plata columnario. Por esta regla, el real de á ocho era igual en valor á nuestro peso duro. Todavía suele darse en algunas partes el nombre de *real de á ocho* al peso sencillo, moneda imaginaria que vale 15 reales de vellón. II, 152.—*Real de á cuatro:* mitad del real de á ocho, que fué el precio que Sancho asignó en el cap. 21 (II, 152) á la bacía condecorada con el título de yelmo de Mambrinó. II, 204.

Rebellín (En algún) ó caballero.—*Rebellín* y *caballero* son términos de fortificación: *rebellín* es obra exterior que cubre la cortina y la defiende; *caballero*, obra interior que se eleva más que el terraplén de la plaza y le domina. III, 187.—Véase *Caballero*.

Rebuzno (La aventura del). V, 20.—Sancho da una muestra graciosa de su suma habilidad en la ciencia de rebuznar. V, 80, 81 (textos).

Recado.—Prevención ó provisión de todo lo necesario para algún fin. (Academia.)—«Y verá el buen *recado* que ha hecho». III, 113 (t).—«Y con este buen *recado* volvió á ver lo que le quería». IV, 292 (t).

Redolor.—Un principio de dolor ó un dolor sordo. (Salvá.) III, 312.—Véase *Re.*

Redondillas.—Estancia de cuatro versos de á ocho sílabas, en que conciertan los consonantes primero y cuarto, tercero y segundo, y á veces alternados. (Academia.)—En las composiciones teatrales más antiguas, solían preferirse las *redondillas*, ó coplas de consonantes, al verso *octosílabo asonantado*, harto más propio para el diálogo cómico, que con el tiempo fué prevaleciendo en el drama. III, 23; V, 279, 280.—Véase *Es de vidrio la mujer.*—[I, 99 y n.]

Redropelo (Al).—Es lo mismo que «*retropelo*», pelo hacia atrás, por la transmutación, usual en castellano, de *t* en *d*. Equivale á «*contrapelo*»; quiere decir «violentamente», contra el orden regular de las cosas, como cuando en una piel se pasa la mano contra la dirección natural del pelo. IV, 205.

Reducille al gremio de su gracia.—«*Reducir al gremio de la Iglesia*» se dice de los descomulgados á quienes se levantan las censuras, y de los herejes y renegados que abjuran sus errores, y vuelven á ser admitidos á la comunión y sociedad de los fieles. III, 344.

Redundancias, pleonasmos y *repeticiones*, de que hay muchos ejemplos en el *Quijote*. III, 6, 30; V, 296; VI, 438.

Redúzgase al gremio de la discreción.—«*Redúzgase*» debe ser lo mismo que «*redúzcase*». III, 442 (t).

Reencuentros, encuentro.—«Del *reencuentro* de la muerte». «*Reencuentro*» no es lo mismo que «*encuentro*». El primero es el choque de dos cuerpos de tropas enemigas una con otra: sin este choque doble ó mutuo, indicado por la partícula *re*, no habría *reencuentro*, porque la persecución y rota de la tropa que huye, no puede llamarse «*reencuentro*». «*Encuentro*» es el choque no mutuo de una persona con otra, ó el acto de encontrar, que es lo que convenía en el pasaje del texto: lo que hay, acaso fué error de la imprenta. IV, 203. —«*Reencuentros* y batallas». III, 390 (t).

Refigurarle.—«Sancho le miró (á Ricote) con más atención y comenzó á *refigurarle*». Esto es, á reconocer, recordar, repasar la figura. VI, 98.

Refranes.—«*Refrán*» es lo mismo que «adagio». Los refranes castellanos son tan antiguos como la lengua. No hay lengua, viva ni muerta, que iguale á la nuestra en la copia de refranes. «Lo más puro castellano que tenemos son los refranes», decía el juicioso autor del *Diálogo de las lenguas*. II, 146, 147.—«Son sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia». III, 145 (t).—La colección del Comendador Griego, y las otras de que se dió noticia en las Notas al cap. 21, primera parte (II, 146, 147). V, 204.—Don Quijote dijo á Sancho, hablando de los refranes: «muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias». «*Disparates*». Pudo aludir aquí Cervantes á los de Juan del Encina. Otros poetas han hecho después composiciones de esta clase. V, 359.

Regatones.—Son los revendedores. Nuestras antiguas leyes los prohibían con mucho rigor, como si fuese posible ó útil que no los hubiese. «Ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república». Sancho, ó por mejor decir, Cervantes, cayó aquí en el error común de su siglo. VI, 62.

Regazo.—«En el *regazo* puesta la bolsa».—En latín, *gremium*. Es el espacio comprendido entre las rodillas y el vientre.

Conjugis infusus gremio per membra soporem.
(Virgil., *Eneida*, lib. 8.)

Pasaje no muy limpio, con perdón sea del señor Marón. V, 419.

Regímenes.—Observaciones importantes sobre éstos. «De la imitación que hizo á la penitencia». No es éste el régimen usual y corriente, porque decimos «imitación *de*» y no «imitación *á*». Así sucede por lo común en los nombres verbales en *on*, derivados de verbos activos; como *lección*, *educación*. Otros del mismo final y clase admiten el régimen

de los verbos á que pertenecen. Decimos «la preparación *para* la muerte», «la atención *á* los negocios». En los nombres de afectos, que no son verbales, se observan las variedades, ó, por mejor decir, los caprichos, del uso: porque se dice promiscuamente «el amor *de* la vida» ó «el amor *á* la vida», «el temor *de* la muerte» ó «el temor *á* la muerte»; pero sólo se dice «el cariño *á* la vida», el deseo *de* la muerte». II, 273.—«Dió del azote á su palafrán». El autor de las *Observaciones sobre el Quijote* tachó la presente expresión de poco castellana; pero en ésta, como en otras ocasiones, procedió con poco fundamento. «*Dar del azote*» se dice, como se dice también «*dar de las espuelas*», expresión usada ahora y siempre, desde los principios de nuestra lengua, según varios ejemplos citados. Paréceme que no puede quedar duda de que la frase «*dar del azote*» es natural y vecina de Castilla. II, 430, 431.—«*Se den de las astas*». Otra expresión proverbial que alude, según parece, á los retozos de los novillos ó de las cabras, y cuyo régimen es el mismo que el de las frases «*dar del azote*», «*dar de las espuelas*», de que hablamos en las Notas al cap. 29, primera parte (II, 430, 431). El régimen conforme al común y ordinario, sería «*darse con las astas*», pero en éste, como en otros casos, se ostenta la fuerza, ó, por mejor decir, la tiranía, del uso,

«*Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi*».

IV, 218.

Regimiento.—«Salió el *regimiento* del pueblo á recibirle». Esto es, el ayuntamiento, el cuerpo municipal, compuesto de regidores y encargado de regir las cosas de gobierno. V, 406.

Región (Alguna) de diablos.—«*Región*» parece error de imprenta, por «*legión*», voz de que se usa al mismo propósito que aquí, en otros pasajes del *Quijote*. V, 327.—«Una *legión* de demonios». II, 492 (t); III, 323.—«Una *legión* de diablos». V, 427 (t).

Regoldar, regüeldos.—«Y al *regoldar* dice erutar, y á los *regueldos*, erutaciones. Usaron el verbo «*regoldar*» Gabriel de Herrera y Fray Luis de Granada. «*Regueldos*» viene, al parecer, de «*regüelgos*» ó «*rehuelgos*». «*Reguelgo*» se deriva de «*huelgo*», aliento, respiración. V, 358.—Véase *Erutar*.

Regostóse la vieja á los bledos.—Sancho, irritado y temeroso, hablaba de prisa y no dijo más que la mitad del refrán, que entero es así: *Regostóse la vieja á los bledos, ni dejó verdes ni secos*. Quería decir Sancho, como á continuación lo explica, que los encantadores se habían aficionado y arregostado á mortificarle para remediar sus maleficios: que así lo habían hecho para el desencanto de Dulcinea, y lo hacían entonces con motivo de la fingida muerte de Altisidora.—*Regostarse:* palabra grandemente significativa, del estilo familiar, en el cual es mucho más rica la lengua castellana que en el sublime: es repetir la ejecución de alguna cosa, por el gusto ó provecho que de ello resulta; y la palabra, formada, según el *Diccionario* grande de la Academia, de la partícula *re* y del verbo *gustar*, con la corta inflexión de mudar la *u* en *o*. *Bledos* son una especie de berros. VI, 283.

Reinado (El), los cientos y la primera.—Son tres juegos de naipes, que se usaban en el tiempo de Cervantes. (Arrieta.) VI, 153.—Véase la Nota.

Reinaldos de Montalbán.—Uno de los doce Pares de Francia; rival de D. Roldán, que hace uno de los principales papeles en Ariosto, en los romances y en otros libros de entretenimiento, y que, sin embargo de esto, ni siquiera se nombra en la historia vulgar de Carlomagno, publicada por Nicolás de Piamonte, que todos hemos leído en nuestra niñez. I, 13, 117; IV, 25-28.—Véase *Espejo de Caballerías*.

Rejo.—Es vigor, fuerza, pujanza. IV, 223, 224.

Relente.—«¿Qué *relente* es ése?» «*Relente*» corresponde aquí á «lentitud, cachaza, pachorra, remanso». Esta última palabra ya usó Cervantes en el cap. 17 (IV, 304), y sobre la

que hay Nota. En el sentido recto y natural significa la humedad que se experimenta por la noche, y más aún por la madrugada, estando el tiempo sereno. Úsase esta misma palabra más adelante en el cap. 59 (VI, 198) en boca del ventero, á quien Sancho pedía huevos para cenar: «Por Dios que es gentil *relente* el que mi huésped tiene». VI, 85.—Véase *Remanso*.

Relinchos.—«Los cuales *relinchos* tomó..... por felicísimo agüero». Desde los relinchos del caballo de Darío, que le valieron la corona de Persia, y los del de Dionisio el Tirano, que le anunciaron la de Siracusa, los agoreros y supersticiosos tuvieron pretextos de considerar como importante y profético el lenguaje de los caballos; y no fué extraño que, á ejemplo suyo, nuestro Don Quijote interpretase favorablemente las sonoras y ruidosas interjecciones de Rocinante, que probablemente sólo indicarían la vaciedad del pesebre, y su deseo de que se repusiese el fenecido pienso. IV, 76.—«Comenzó á relinchar Rocinante y á suspirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los suspiros y rebuznos del rucio que los *relinchos* del rocín». Del agüero tomado de los relinchos de Rocinante se habló ya en el cap. 4.° (IV, 76); en éste se añade el que se tomó de los rebuznos del rucio, y se concluye con la graciosa burla que de todo ello hace Cervantes. IV, 134, y 133 (t).—«Como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas de tan poco momento». Habla aquí Don Quijote con mucho juicio en desprecio de estas preocupaciones vulgares; pero en el cap. 4.° (IV, 76) había tenido á felicísimo agüero los relinchos de su caballo. Volvió á hacer lo mismo en el cap. 8.° (IV, 133, 134), y en el 73 (VI, 434, 435) todavía juzga mal signo el encuentro de la liebre que vió al entrar en su aldea, seguida de perros y cazadores.

No es de admirar que Don Quijote, como loco, se contradijese alguna vez en sus opiniones. Tan inclinado es el hombre á lo maravilloso, que estas y otras muchas preocupaciones de la misma especie, comunes en lo antiguo, no han desaparecido del todo aun entre las naciones más cultas, á pesar de la civilización y espíritu de incredulidad de nuestros días. VI, 166.—Véase *Agüeros*.

Reloja.—«Los del pueblo de la *Reloja*». No sé á qué pueblo pudo darse este mote de la Reloja en tiempo de Cervantes. Habiendo hecho algunas diligencias para saberlo, sólo resultaron algunas sospechas de que podía ser alguno de los de tierra de León; pero en ella no queda memoria de tal nombre. Acaso sería la misma ciudad de León, pues se habla de «pueblos insignes», como poco después se expresa. V, 76.

Remanso.—«Y con gran flema y *remanso*».—Esta descripción y pintura de lo que hizo el león es admirable: no parece sino que se le está viendo. La palabra «*remanso*» es una metáfora feliz tomada del que forman las aguas corrientes detenidas por algún obstáculo, y grandemente significativa de lo que se intenta. Cervantes la usó otra vez en su comedia del *Rufián dichoso*, cuando, dando prisa Lagartija á Lugo porque le aguardaban, le dice: «¡Qué gentil *remanso* tienes!» (al fin del acto I). IV, 304.—Nuestro autor hizo aplicaciones originales de vocablos ya conocidos, enriqueciendo con nuevas acepciones el caudal del idioma castellano. Así sucede en el pasaje del texto («la *anchísima* presencia»), y así sucedió en el «*fementido* lecho» del camaranchón de la venta (II, 27). Lo mismo puede decirse del «*espumar* las gallinas» en las bodas de Camacho (IV, 376), del «*remanso*» con que el león volvió á echarse en la jaula después de haber enseñado sus traseras partes á Don Quijote (IV, 304), y del «*relente*» ó cachaza de que reconvenían á Sancho los burladores de la ínsula (VI, 85): pa-

labras todas nuevas en el sentido en que se las usa, pero hermosas y grandemente significativas de lo que se intenta. IV, 425.—«Estirarse todo el cuerpo». Lo mismo que hizo aquí Don Quijote, vino á hacer el león cuando le abrieron la jaula. III, 428.—Véase *Relente*.

Renca.—«No soy *renca* ni soy coja». (El canto de Altisidora.) —«*Renca*», de donde viene «*renquear*», es lo mismo que «descaderada, ó estropeada de las caderas». V, 400.

Renegadas (Cristianas).—«Suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos». De la costumbre de tomar los mahometanos por mujeres á cristianas renegadas, ofrecen repetidos ejemplos las memorias de Haedo, de Mármol y otras de aquel tiempo. El famoso Barbarroja estaba casado con una hija de Diego Gaitán, castellano de Gaeta, donde la cautivó el año de 1539.—Otros casos mencionados. III, 189.

Renegados.—Raza compuesta de la hez de todas las naciones, cuya ignorancia brutal y cuyas costumbres tan crueles como soeces, junto con el horrible tráfico de cautivos y los repetidos saqueos de los pueblos de nuestras costas del Mediterráneo, habían excitado en los españoles el odio mezclado de desprecio, que se deja ver en los escritos de Cervantes y de sus contemporáneos. Véanse las Notas largas: I, 204; III, 156, 192, 196.

Renglones (Entre).—Quiere decir «olvidadas». Alúdese á la costumbre de ponerse entre los renglones escritos lo que se olvidó al escribirlos. II, 164.—Véase *Entre renglones*.

Renta rentada.—Como si dijéramos «renta fija, conocida», amén de lo eventual ó derechos del oficio de sacristán, que son proporcionados al trabajo y á las circunstancias, como sucede en las campanas de los entierros, que, según dijo un discreto, *tántum válent, quántum sónant*. II, 348.

Reposo.—«Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y *reposo*». Bella y armoniosa expresión que corresponde grandemente á la idea que representa. «*Mover con reposo*»: véase cómo con palabras usuales se pueden formar frases originales y nuevas, que engalanan admirablemente el lenguaje. «*Reposo*» no es aquí quietud, sino movimiento despacioso y sosegado. V, 252.

Representaban una mala vista.—Parece más natural que el original de Cervantes dijese «*presentaban*». De lo que está delante se dice que se «*presenta*»; lo que se «*representa*» es lo ausente, y lo que aquí se veía, no lo estaba. V, 106.

Reprochador de voquibles.—«*Voquibles*», por «vocablos». (Arrieta.) «¿Otro *reprochador de voquibles* tenemos?», dijo Sancho á Sansón Carrasco. IV, 56.—«*Resuelto* has de decir, mujer, dijo Sancho» (en vez de «*revuelto*»). Hace aquí nuestro escudero el papel de censor culto y *reprochador de voquibles*, que antes había tildado en el bachiller Sansón (IV, 56).—El lector, si lo recuerda, no podrá menos de reirse; y se reirá más, si lo tiene presente, después, cuando en el capítulo 7.° (IV, 119) oiga á Sancho decir «*relucida*», por «*reducida*», y «*fócil*», por «*dócil*». IV, 97.

Reproche, reprochar.—En otra ocasión (I, 238) se trató de estas palabras y sus derivados, y se insinuó la frecuencia, y aun la causa de ella, con que se hallan en nuestros libros antiguos palabras comunes entonces á los dos idiomas francés y castellano, y ahora propias exclusivamente del primero. Las lenguas castellana y francesa, como nacidas de la latina, debieron tener más puntos de contacto y semejanza entre sí en los principios. I, 238; IV, 56.—Véase *Galicismos*.

República (La) literaria, de D. Diego de Saavedra.—Una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura. IV, 451.—Véase *Saavedra (D. Diego de)*.—[III, 217 y n.]

Requerir la espada.—Es ver si está pronta para servir, empuñándola y sacándola un tanto hacia fuera de la vaina: es

acción de quien se previene ó de quien amenaza. En otra ocasión, dijo nuestro autor de un valentón sevillano:

Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al sosayo, fuese, y no hubo nada.

IV, 294.

Requesones (La lluvia de los).—Expresión feliz, como otras del *Quijote*. IV, 305.—«Negros *requesones*, que tan blanco pusieron á su amo» (IV, 292): se llama, y no sin gracia, *negros* á los requesones (cosa tan opuesta á su color natural). IV, 326.

Resende (García de).—Su *Cancionero general* portugués. II, 415.—[I, 59, n.]

Resentirse.—«El primero que *se resintió* fué Sancho Panza». Nótese la significación del verbo *resentirse*, que aquí es lo mismo que «empezar á dar muestras materiales de dolor». En el día, también decimos «*resentirse* una pared, un edificio», cuando da señales de ruina, aunque no inmediata; pero generalmente «*resentirse*» pertenece en el uso común al afecto interior del ánimo. II, 5.—«Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que *se resintió*». «*Resentirse*» se toma aquí en buena parte, aunque de ordinario se toma en mala.—Lo mismo sucedió en el cap. 15 (II, 5), donde se refiere que, derribados amo y mozo en el suelo á manos de los yangüeses, «el primero que (después de idos éstos) *se resintió*, fué Sancho». II, 133. —«Y como en fin era de carne (Rocinante), aunque parecía de leño, no pudo dejar de *resentirse* y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias». III, 292 (t).

Residencia.—«Pídanmelo en *residencia*».—La cuenta que, según nuestras antiguas leyes, solía tomarse á los que salían de cargos graves é importantes. V, 440: V, 352; VI, 92 (textos).

Resolverse en.—«*Se resolvió en* lo que le estuvo peor». Este régimen de «*resolverse en*» estaba admitido en la era de Cervantes. Ahora decimos «*resolverse á*», cuando «*resolverse*» tiene una acepción moral que se refiere á la determinación de la voluntad; y «*resolverse en*» sólo se aplica á los objetos materiales que por causas físicas pasan á otro estado distinto del que tenían anteriormente. Más adelante, en este mismo capítulo (III, 60), se dice de Camila, que, según pensaba Anselmo, «*estaba resuelta en* matar á Lotario». III, 40.—«Y *en* esto *se resuelven* todos cuantos de su desgracia han sido los autores». ¿Qué es «*resolverse en* esto» los autores de la desgracia de Dulcinea? Comprendo que es lo mismo que «resumirse, convenir, venir á decir», ó cosa semejante: pero la expresión es obscura y poco feliz. V, 226; VI, 94.

Retablos.—«Un *retablo* de Melisendra». Entiéndese ordinariamente por «*retablo*» el conjunto de adornos que forman un altar, y suelen ser de madera. Antiguamente los retablos tenían frecuentemente varias divisiones ó compartimentos, en que había diversas pinturas, estatuas ó relieves. Dióse también el nombre de *retablos* á las colecciones de figurillas que llevaban en otro tiempo los titiriteros, y con que representaban algunas historias más ó menos conocidas del vulgo. De esta clase era el retablo de maese Pedro. Ya no se usan los retablos: sólo queda un remedo de ellos en los monos de los ciegos y en D. Cristóbal Polichinela, fingiendo y variando la voz el ciego ó su lazarillo. V, 27, 55, 56.

Reto.—Es acusación pública y solemne de alevosía, que el retador se ofrece á mantener por su persona en el campo: era acción propia de hidalgos y distinta del *desafío*, como llamamos ahora la provocación al duelo, que es acción privada y no es esencialmente injuriosa. «*Desafío*» ó «*desafiamiento*» significaba en lo antiguo otra cosa. V, 75, 151; VI, 70.—Véase *Desafío*.—[II, 308, n.]

Retretes.—«En los últimos *retretes* del secreto». En tiempo de Cervantes, «*retrete*» significaba el aposento pequeño y re-

cogido en la parte más secreta de la casa, á que ahora suele darse el nombre francés de *boudoir*, habiendo quedado el de «*retrete*» para las piezas destinadas á la clase más necesaria de limpieza. De este modo se ha envilecido la palabra «*retrete*» con perjuicio de la lengua, que no tiene otra que sustituirle; y lo mismo ha sucedido con «*bacín*» y otras. VI, 266.

Rétulos.—Véase *Rótulos.*

Rey (El) es mi gallo.—Este refrán que emplea aquí Sancho, y que se encuentra en la colección de los del Comendador, significa lo mismo que «al rey me atengo», aténgome al poder y á la riqueza, que es la intención de Sancho.—En el dialecto de la germanía, «*rey*» significa «gallo». IV, 383.—Véase *Gallo (El rey, fulano, es mi).*

Rey (Ni) ni roque.—Expresión proverbial, que probablemente tuvo su origen en el juego del ajedrez, donde el *rey* es la pieza principal, y el *roque*, ó la roca ó torre, una de las principales. Úsase dicha expresión para excluir todo género de personas, aun las de mayor consideración, como son las piezas del rey y del roque en el ajedrez. IV, 7; V, 25.

Rezar.—«El que el mandamiento *rezaba*». «*Rezaba*», lo mismo que «expresaba» en el lenguaje familiar, en el que el verbo «*rezar*» tiene otras significaciones diferentes de la de «recitar preces ú oraciones». III, 328.

Riarán (Islas de).—Uno de los principales parajes en Málaga, á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. Tomó su nombre de Garci López de Arriarán. I, 47.

Ricos-hombres.—Entre los propietarios ó hijodalgos, los más ricos se llamaron *caballeros;* y entre éstos, los más ricos y valientes, los que con estas dos circunstancias merecieron ó atrajeron de cualquier modo la atención ó favor del príncipe, se llamaron *ricos-hombres.* IV, 39.—Véase *Nobleza.*—[I, 28.]

Ricota.—Véase *Ana Félix.*

Ricote.—Padre de ella, tendero morisco y uno de los expulsados de España. VI, 98, 310, 314.

Rijoso.—Como derivado del latín *rixa*, debe significar «pendenciero».—Resta explicar esta voz de otra clase de inquietud, de que se habló en el cap. 15. primera parte (II, 2, 11) donde se dijo que Rocinante era «persona casta y poco *rijosa*». IV, 42.—«Tan manso y tan poco *rijoso*, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro». II, 2 (t).—«Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo». II, 11 (t).

Rimero.—Es la reunión ó conjunto de cosas colocadas ordenadamente unas sobre otras.—*Rimeros* de pan puede haberlos, pero no de montones de trigo, porque éstos, reunidos, nunca formarían más que un montón más ó menos grande.—Véase la Nota: IV, 374.

Rinconete y Cortadillo.—Novela de Cervantes, sobre toda ponderación, graciosa, y la mejor, sin duda, de él. I, 73; II, 523 (t); III, 362.—[II, 119, 121, 122, n.]

Ríos (D. Vicente de los).—Escritor cultísimo, se mostró jefe y cabeza de la escuela de adoradores del *Quijote*, en el *Análisis* que dispuso para que se publicase al frente de la edición hecha por la Academia Española el año 1780. I, XXII (Prólogo). Véanse las varias Notas: I, 23; II, 151, 242, 339, 480; III, 90, 152; V, 30, 88, 89, 117, 138, 176, 210, 249, 288, 314, 437, 442; VI, 74, 105, 129, 295, 327, 345, 410, 444, y muchas otras.—[II, 90, 148 (notas); III, 437.]

Ristre.—«Con la lanza en el *ristre*».—Pieza de hierro, á la derecha del peto, que se ve en las armaduras antiguas, y donde se fijaba el cabo de la manija de la lanza, para asegurarla. I, 173.

Rocinante.—«*Antes* y primero de todos los *rocines* del mundo». Quiere decir, que el nombre de «*Rocinante*», puesto por

Don Quijote á su caballo, indicaba que había sido *rocín antes*, y que continuaba siendo el *ante-rocín* ó primero y mayor rocín de todos los rocines del mundo. Ya se sabe que la palabra «*rocín*» significa comunmente un «caballo flaco, de mala figura y poco valor». I, 18.—«Que no te olvides de mi buen *Rocinante*». Caída inesperada, y tanto más graciosa, cuanto mayor ha sido el aparato y grandilocuencia de las expresiones que preceden. I, 28.—«Con tanta paciencia como su amo». Personaliza aquí burlescamente nuestro autor al caballo de su héroe, como lo hizo con el rucio en el cap. 30 de esta primera parte (II, 478) y lo hará en el cap. 55 de la segunda (VI, 121). III, 525.—«Cuya amistad dél (el rucio) y de *Rocinante* fué tan única», etc. IV, 209, 210; VI, 120, 195 (t).—Véase *Amistades ilustres*. —Sobre el galope ó trote de Rocinante. I, 173, 211 (textos); III, 517; IV, 254; V, 82.—Epigrama de Boileau sobre Rocinante:

«*Tel fut ce roi des bons chevaux,*
Rocinante, *la fleur des coursiers d'Ibérie,*
Qui trottant jour et nuit, et par monts et par vaux,
Galoppa, dit l'Histoire, une fois en sa vie».

IV, 255.

Rodaja de la Fortuna.—Conocido comunmente es el emblema de la rueda, aplicado á representar lo inconstante y voltario de la fortuna, la cual, á manera de rueda que da vueltas, tiene ensalzados y encima á los que poco después abate y coloca debajo. Por eso la frase de «*echar un clavo á la rueda de la Fortuna*» significa metafóricamente hacer durable ó perpetuo el estado de prosperidad, como lo sería el de aquellos que, estando en lo alto de la rueda de la Fortuna, clavasen ésta, y le quitasen así el movimiento. Sancho usó, en la primera parte, de la metáfora de la rueda de la Fortuna. «Bien veo, decía en el cap. 47 (III, 369), que es verdad lo que se dice por ahí, que la *rueda de la Fortuna*

anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo». IV, 359.

Rodela.—Don Quijote en su primera salida llevaba adarga; para la segunda se acomodó de una rodela. No se dice el motivo de la mudanza, que debió ser el mal estado de la adarga, de cuya antigüedad se hizo ya mención en el principio de la fábula (I, 2).—Se diferenciaban la adarga y la rodela en que la primera era de cuero; la segunda, de hierro; la primera tenía por dentro dos asas; la segunda, una; la primera era arma propia de jinete; la segunda, de infante. Esta última circunstancia contribuía á hacer más ridícula la armadura de Don Quijote, que ya sin esto lo era bastante. I, 163; II, 108.—«Embrazó su *adarga*». Cuando Don Quijote hizo su segunda salida, «se acomodó de una *rodela* que pidió prestada á un su amigo» (I, 163). Cubierto de la rodela peleó con los molinos de viento y con el vizcaíno; rodela llevaba en la aventura de los batanes y en la de los galeotes, y rodela tenía en la venta. Olvidósele todo esto á Cervantes; y aquí, al hacer Don Quijote la centinela de lo que juzgaba castillo, llevaba adarga, y con ella continúa el resto de la primera parte, como se ve en los capítulos 47 y 52, donde vuelve á hacerse mención de la misma. III, 295, 296.—Véase *Adarga*.

Rodrigo (El rey Don).—La violencia que hizo á la mujer ó hija del conde D. Julián, fué la causa de la pérdida de España. II, 367; III, 237.—Murió en la batalla de Guadalete, perdiendo en ella la vida y el reino. V, 183, 306.—Véanse *Profecía (La) del Tajo* y *Cava (La)*, etc.—[I, 6, 191, 193 y n., etc.]

Rodríguez (Doña) de Grijalba.—Es para mí caso nuevo el nombre de «*Rodríguez*» aplicado á la dueña de la Duquesa. ¿Lo haría Cervantes para más y más ridiculizarla? Donosísimo coloquio entre Sancho y la dueña. V, 127, 128.—La visita nocturna que hizo ésta á Don Quijote. V, 453-471

(textos).—La aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez. VI, 65.

Rodríguez (Juan) del Padrón.—Poeta que, de resultas de desengaños de amor, acabó por ser fraile dominico. I, 242.—[I, 167, 355, 396, 397.]

Roer los zancajos.—«Mujer de un gobernador eres: mira si te roerá nadie los zancajos». (Carta de Sancho, gobernador, á su mujer.)—Frase metafórica y familiar. Murmurar ó decir mal de alguno, censurando sus más leves y pequeñas faltas en ausencia suya. (Academia.) V, 243 (t).

Rogaciones.—Don Quijote imita á Amadís de Gaula en las «plegarias y *rogaciones*» que dirigió á Dulcinea al descender á la temerosa cueva de Montesinos. La palabra *rogaciones* es latina, y en castellano no tiene otro uso que denotar las preces eclesiásticas que se hacen con solemnidad en cierta estación del año por la conservación de los frutos de la tierra. IV, 416.

Rojas (Agustín de).—Su *Viaje entretenido*, libro magistral en la materia. III, 395.—[II, 440; III, 212.]

Rojas (D. Bernardo de Sandoval y).—Tío del famoso duque de Lerma, cardenal arzobispo de Toledo é inquisidor general. Uno de los eclesiásticos más doctos que ha tenido España. Favoreció y amparó en su vejez á nuestro Miguel de Cervantes, y murió muy anciano en Madrid el año de 1618. IV, XII (Prólogo).—Véase *Sandoval y Rojas (D. Bernardo de)*.

Roldán ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía).—Uno de los doce Pares, que dió con sus proezas, verdaderas ó supuestas, tanta materia á los poetas y fabulistas. Murió, según se refiere, á manos de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.—Véanse las Notas: I, 11, 158; II, 292, 329, 331; IV, 27; V, 163.

Roldán y Reinaldos.—La competencia de los amores de Angélica hizo enconados enemigos á los dos paladines Roldán y Reinaldos de Montalbán, que antes eran amigos, y sobre ello se combatieron crudamente á vista y presencia de la misma Angélica, como se refiere en el libro primero del *Orlando*, de Boyardo. I, 158.

Romadizado.—Es el que tiene obstruído el conducto nasal y, por consiguiente, torpe el olfato. «*Romadizado*» se dijo de «*romadizo*», y éste, de «*reuma*» (que es «fluxión»), palabra que pasó del griego al latín, y de aquí al castellano, como ha sucedido á otras varias de nuestro uso. «Tú debías de estar *romadizado*» (dijo Don Quijote á Sancho). II, 486.

Romance.—La lengua castellana. (Academia.) Hasta nuestros días guarda el idioma patrio el nombre de «*romance*», como derivado del romano, esto es, latino. V, 386.—«Hasta seis docenas de libros, cuáles de *romance* y cuáles de latín». IV, 279 (t).—[III, 400.]

Romances.—El origen del romance debe, sin duda alguna, acercarse mucho al de la misma lengua castellana: su nombre indica su edad. Véanse las largas Notas: V, 386-395. —Los caballeros andantes eran grandes trovadores y grandes músicos. II, 235-238; V, 422.—Romances de Cervantes. III, 157.

Romances ó libros de caballerías.—Petición de las Cortes contra ellos. I, XII, XIII y Nota (Prólogo).—Después de la publicación del *Quijote* no se imprimió de nuevo libro alguno de caballerías. I, XXI (Prólogo); VI, 467.—Lo general que era la afición á su lectura. Gustaban de ella no sólo los grandes señores, como los Duques; no sólo los hidalgos, como Don Quijote y Cardenio; no sólo las doncellas criadas con recogimiento, como Luscinda y Dorotea, sino también los venteros y los segadores. II, 508, 519.—La misma afición se notó en el emperador Carlos V. V, 120.—Sus desaforados disparates. III, 374, 383, 386-389, 430-441. —Sus autores disfrutaron de la mitología é historia primitiva griega. III, 449.

Romano.—Que el nombre de «*rumia*» ó «*romana*» equivalía desde tiempos muy antiguos entre los pueblos remotos de Oriente al de «cristiana», lo prueban los monumentos de la historia del siglo XII, en el cual los armenios daban el nombre de «*romanos*» á los griegos, y de aquí el nombre de «*Romania*» ó «*Romelia*» aplicado á los dominios europeos de los emperadores de Constantinopla—. Véase *Rumia (La Caba)*. III, 236.

Romero y palmero, son correlativos.—«*Romero*» es el que va á Tierra Santa; «*palmero*», el que viene de ella. Si el *palmero* es mahometano, será el que ha hecho el viaje á la Meca.—Véase la Nota al cap. 40, primera parte (III, 191), sobre la palabra *agi*, «romero ó peregrino». Este nombre quizá tenga alguna conexión con «*Tadmir*» ó «*Palmira*». Las palabras «*romero*» y «*romería*» se aplicaron en su origen á los que iban á visitar los santuarios de Roma; y de aquí hubieron de extenderse también á significar los que iban á visitar los Santos Lugares ú otros templos y ermitas fuera de su domicilio ordinario, que es lo que se llama «*ir en romería*». Llamarse *romeros*, no sólo á los que iban á Roma, sino á la Tierra Santa, es muy antiguo. V, 320.—El traje particular que llevaban. V, 320; VI, 110.

Romper lanzas.—«Como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á *romper lanzas*». Quiere decir que, mejorada la suerte, había comenzado á vencer obstáculos y dificultades. La expresión de «*romper lanzas*» tiene otras veces significación muy diversa, y se aplica á los que disputan y riñen entre sí. Ambas acepciones son metafóricas; pero la segunda es más conforme al sentido recto de la frase, que explica la acción de «justar», ó romperse las lanzas en los encuentros de los concurrentes á una justa. III, 336.

Roncesvalles (La caza ó rota de).—La derrota del ejército de Carlomagno en aquella memorable jornada, era uno de los

sucesos gloriosos que oían comunmente desde su infancia los españoles. IV, 158.—«*Roncesvalles*». Título diminuto, que pudo indicar el poema intitulado *El verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles*, compuesto por Francisco Garrido de Villena. También pudo aludir á la continuación de Ludovico Ariosto, por Nicolás de Espinosa. I, 124.—[I, 120, 219 y notas, etc.]

Rondilla de Granada.—No ha quedado vestigio en esta ciudad del sitio designado en el presente pasaje. I, 48.

Ropilla.—«Tu vestido será calza entera, *ropilla*», etc.—*Ropilla*: vestidura corta, con mangas y brahones, de quienes penden regularmente otras mangas sueltas ó perdidas, y se viste ajustadamente al medio cuerpo sobre el jubón. *(Diccionario de Autoridades.)* V, 361.

Ropón ducal.—Manto forrado de armiños, propio de la dignidad y jerarquía de duque. II, 188.

Roque Guinart.—Interesantes noticias sobre este bandolero célebre. Su verdadero nombre fué el de Pedro Rochaquinarda. «¡Oh valeroso *Roque!* cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren». VI, 229-233, 237, 239, 245-250, 428.—«¡Vive *Roque!*» Esta expresión se halla dos veces en la obra, y quizá se refiere á este bandido notorio. I, 75; IV, 179 (textos).—[II, 145].

Rosa (D. Francisco Martínez de la).—Su *Apéndice sobre la poesía épica española.*—Allí pueden ver los curiosos la crítica más racional y juiciosa que hasta ahora se ha escrito sobre la *Araucana*. I, 150.—Sobre el *Quijote*. IV, 400.

Rosario (El).—Créese comunmente que Pedro el Ermitaño, promotor de la primera cruzada á Tierra Santa, fué el que introdujo el uso de rezar por cuentas, lo que al principio se llamó *Salterio de la Virgen*, y después, *rosario*. II, 335.—Véase *Diez.*—[II, 366, n.]

Rótulos.—Solíase decir «*rétulo*» por «*rótulo*», como sucede en varios pasajes del *Quijote* y aún lo dice la gente rústica, na-

turalmente tenaz y apegada á los usos y vocablos antiguos. VI, 449.—«*Rótulos* de cátedras». No cupo bien en Sancho tener la noticia de los «*rétulos ó rótulos* de almagre», costumbre propia de las universidades, donde también se inscribían con grandes letras de almagra los *vítores* á los nuevos doctores, como generalmente en las ciudades populosas á los predicadores y demás personas á quienes se tributaban aplausos públicos. IV, 172.

Rotunda (La).—Templo circular que Marco Agripa, yerno del emperador Augusto, erigió y consagró en su tercer consulado á Júpiter Vengador y á todos los dioses, por lo que se le dió el nombre de *Panteón;* y es el monumento más hermoso que se conserva de la antigua grandeza romana. IV, 141.—Véase *Panteón.*

Rozagantes (Ropas).—«Ropa de las que llaman *rozagantes*». —En el *Diccionario de Autoridades* se dice que es «vestido largo, anchuroso, espléndido». Debe ser el que arrastra, ó talar; mas no encuentro su origen. V, 219.

Roznar.—«El oir *roznar* al rucio».—Es abreviatura de «*rebuznar*», y una y otra son palabras formadas por onomatopeya, esto es, por la semejanza ó analogía con el sonido que representan. V, 100.

Rubicón.—«¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el *Rubicón* á César?»—Dícelo al revés Don Quijote. Suetonio cuenta (acorde en esto con Plutarco) que se paró pensativo al llegar al puente del Rubicón, considerando el tamaño de la empresa que acometía, y que, en esta perplejidad, tuvo un agüero que lo decidió á pasar el río. «Vamos (dijo César) adonde nos llaman las señales de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos. Está echada la suerte.» IV. 144.

Rubión (Trigo).—Por el color encendido de sus granos. II, 483.—Véase *Trigos.*

Rúbrica.—«Mi *rúbrica*, que es lo mismo que firma».—La firma es el nombre escrito de mano propia: la rúbrica es el signo ó figura caprichosa que se añade al nombre, y es una especie de marca, como lo era el sello del anillo entre los antiguos, ó más bien un jeroglífico que indica, no el nombre de la persona, como la firma, sino la persona misma. Dijose «*firma*», del latino *firmare*, y «*rúbrica*», de *roborare:* uno y otro vienen á significar lo mismo. Como la rúbrica parece más difícil de contrahacer que las letras, se creyó que añadía mayor fuerza á la firma; y como la de los grandes señores debe ser más conocida, por esto, ó por no saber firmar de otro modo, ó por evitar la molestia cuando la multitud de los negocios y despachos daba ocasión á multiplicar las firmas, solía ponerse sólo la rúbrica. Don Quijote daba aquí importancia y autoridad á la suya, diciendo que equivalía á la firma, y que la excusaba. II, 323.—Sobre la rudeza general de los siglos en que se supone haber nacido y florecido la caballería: y de esta ignorancia hubo de nacer en las firmas ó suscripciones de los documentos el uso de las rúbricas.—Véase la Nota: II, 237.

Rucio (Caballo) rodado.—«*Rucio*» es mezclado de blanco con rojo ó negro; «*rodado*» se llama el caballo que tiene ciertas como manchas ó visos circulares, á manera de ruedas, en la piel. II, 149.

Rueda (Lope de).—Famoso representante que floreció por los años de 1560. IV, XII (Prólogo). De Lope de Rueda dice Cervantes en el prólogo de sus comedias, que éste (el del *bobo)* era uno de los papeles que hacía «con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse». IV, 65.—Artesano de Sevilla, y de oficio batihoja, se hizo actor y escritor dramático. Su reputación durante su vida fué muy grande, como lo prueba la circunstancia de que cuando murió, no obstante el haber ejercido una profesión tan desacreditada y poco honrosa como la de cómico, fué enterrado como hombre insigne entre los dos coros de la igle-

sia catedral de Córdoba. Cervantes y Lope de Vega le dieron el nombre de «padre del teatro español». (Ticknor.)—[II, 47-56.]

Ruedas (Que las) del carro de Apolo se habían quebrado.—Graciosa alusión á las ideas mitológicas sobre la generación del día y el carro del Sol, Febo ó Apolo, de donde cayó precipitado Faetonte. VI, 413.

Rufián desesperado.—El que quiera saber lo que es «*rufián*», puede consultar la novela de *Rinconete y Cortadillo*, ó la comedia del *Rufián dichoso*. Ambas son obras de Cervantes, y en ellas verá que «*rufián*» es no sólo alcahuete, no sólo ladrón, y encubridor de ladrones, sino también espadachín de oficio y asesino de alquiler, para servir á los que quieran emplearle. III, 63.—«Uno hace el *rufián*». Esto es, el papel de rufián: elipsis imitada del latín, donde se dice: *amicum agere*, hacer el papel de amigo. IV, 205.—[II, 49, n.]

Rufián (El) dichoso.—Una de las ocho comedias de Cervantes.—Analizar esta comedia sería escribir una sátira amarga contra Cervantes; y no hay que atribuirlo á la irreflexión ó impericia de su juventud, porque publicó las comedias al fin de su vida, diez años después de impreso el diálogo del canónigo y el cura. III, 413.—*El rufián dichoso* es un Don Juan Tenorio en crímenes y horrores; pero después se convierte y llega á ser un santo. Las oraciones devotas, que abundan en esta comedia, y sobre todo en la segunda jornada, y la especie de contrato legal para que el santo en sana salud transmita sus méritos á un pecador enfermo, son de esas cosas repugnantes en el teatro español, pero con las que se familiariza muy pronto todo aquel que le estudia con atención. Cervantes, en esta singularísima comedia, tiene cuidado de afirmar que lo que se va representando sucedió así realmente, y dice: «Todo esto fué verdad», «todo esto fué así», «así se cuenta en las histo

rias», etc. (Ticknor, traducción de Gayangos).—[II, 126, 127 y nota.]

Rufo (Juan Gutiérrez).—Su *Austriada*. Es una crónica, en verso, de D. Juan de Austria. Dijo el autor, al solicitar la licencia para la impresión, que había compuesto este poema por orden de D. Juan de Austria y por relaciones verdaderas que este príncipe le había proporcionado. I, 151; III, 155.—Véase *Tres y medio*.—[II, 496, 497 y nota.]

Rugel (Don) de Grecia, Daraida y Garaya.—Personajes de la crónica de D. Florisel de Niquea, escrita por Feliciano de Silva. II, 266.—Véase *Silva (Feliciano de)*.

Rugero.—«¿Quién más gallardo y más cortés que *Rugero*?» Se viene á los ojos la parte que tenía el *Orlando* de Ariosto en este discurso de Don Quijote. Verdaderamente, aunque Ariosto puso á su poema el nombre de *Orlando*, el héroe, ó persona principal, si bien se examina, es Rugero, especialmente en la parte posterior del poema. IV, 19.—Véase *Orlando furioso*.

Ruidera (Las lagunas de).—Véase *Lagunas (Las) de Ruidera*.

Rumía (La Caba).—Quiere decir «la mala mujer cristiana». El cabo que indica el texto será el Albatel ó el Caxines, los cuales forman en su intermedio un golfo que todavía se llama «de la Mala Mujer». Que el nombre de «*rumía*» ó «*romana*» equivalía desde tiempos muy antiguos entre los pueblos remotos del Oriente al de «cristiana», lo prueban los monumentos de la historia del siglo XII, en el cual los armenios daban el nombre de «*romanos*» á los griegos, y de aquí el nombre de «*Romanía*» ó «*Romelia*», aplicado á los dominios europeos de los emperadores de Constantinopla. Mas por lo que toca al cabo de la *Caba rumía*, dice Luis del Mármol, en su *Descripción del África*, que llamarle así es vulgaridad de los cristianos, que, poco instruídos de las cosas de los moros, dan este nombre á lo que ellos llaman *Cabor rumía* ó sepulcro romano, y se reduce á unas ruinas

antiquísimas, á levante de Sargel, junto á la punta de una sierra que entra en la mar, y los marineros llaman Campana de Tenez.—La Caba, por quien se dice que se perdió España y á quien también suele darse el nombre de Florinda (equivalente al de Zoraida), fué hija ó mujer del conde Don Julián, aquel que, según se cree vulgarmente, trajo á España los moros, que la conquistaron, capitaneados por Tarec y Muza, á principios del siglo VIII. Se cuenta que el conde lo hizo por vengar la fuerza que el rey D. Rodrigo hizo á aquella señora; la cual, si el caso fué cierto, más bien mereció el nombre de «desgraciada» que el de «mala», que le dió injustamente la posteridad. Un romance viejo, donde se dice que de la pérdida de España fueron causa dos personas, á saber, D. Rodrigo y Florinda, concluye así:

Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,
digan los hombres «la Caba»,
y los mujeres, «Rodrigo».

III, 236.—Véanse *Caba (La) Rumia, Romano* y *Profecía (La) del Tajo.*

Ruy Diaz de Vivar, el Campeador.—Véase *Cid (El) Ruy Diaz.*

S.—«Llevámoslas cubiertas porque no se desfloren». Aquí no se suprime la *s* del «*llevamos*» según el uso más corriente, aunque no exclusivo en esta parte. Pero siempre es preferible la supresión de la *s* en la segunda persona de plural, pues con ella se evita la dureza que resulta en la pronunciación de dos consonantes reunidas. VI, 159.

Saavedra Fajardo (D. Diego de).—Su *República literaria.* I, 119; II, 280; IV, 111, 286, 451; V, 157.—Sobre Ariosto. I, 119.—El *Quijote*, según la expresión de D. Diego de Saavedra hablando en su *República literaria* de la *Jerusalén* del Tasso, es una ara á que no se puede llegar sin mucho res-

peto y reverencia; pero éste tiene su término, y no es justo convertir las incorrecciones en reglas. II, 280.—La *República literaria*, una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura. IV, 451. —Véase *República (La) literaria.*— III, 217 y nota.]

Sabeo (Un olor).—«*Sabeo*», esto es, de Sabá, región de la Arabia Feliz, celebrada entre los poetas por el incienso y sustancias odoríferas que produce, y se quemaban en las solemnidades de los dioses. II, 485.—Véase *Olor (Un) sabeo.*

Sabidor (Tinario el).—«*Sabidor*» quiere decir encantador y mágico, como se ve frecuentemente en los libros caballerescos, y en este sentido el arcipreste de Hita llama *sabidor* á Virgilio, el cual tuvo reputación de nigromante entre los escritores de la Edad Media, por la descripción que hizo de los hechizos de Alfesibeo en la octava de sus églogas, atribuyéndose al poeta las ideas que éste había puesto en boca de sus pastores. II, 454.—Véase *Tinario el Sabidor.*

Sabogamas.—Traje señoril, de cuyo nombre puede deducirse que vino de Saboya á España. IV, 89.

Sacabuches (Espadas hechas).—Véase *Espadas (Hechas las) sacabuches.*

Sacado de gobernar un hato de cabras.—«*Sacado*» no es aquí lo que anuncia su formación, según la cual es supino del verbo «*sacar*», sino una especie de preposición que significa «fuera de», *praeter.* VI, 76.

Sacapotras (Un).—«Y no se ha de presumir que tan alta princesa (como la reina Madásima), se había de amancebar con un *sacapotras*». Véase la Nota: II, 269.—Véanse *Madásimas (Las)* y *Elisabad (El maestro).*

Sacar á la plaza, ó á plaza, alguna cosa.—Frase. Publicarla. (Academia.) IV, 280; VI, 218 (textos).

Sacar de borrador.—Frase metafórica. Vestir limpia y decentemente á alguna persona. (Academia.)—«Y si éste á quien la fortuna *sacó del borrador* de su bajeza». IV, 97 (t).

Sacar de harón ó de harona.—Es sacar del estado de pereza, avisar, dar prisa.—«*Harón*» significa «lerdo, perezoso, flojo»: parece derivado de «*haragán*». V, 230.

Sacar de los rastrojos.—«Y te la *saco de los rastrojos*»: alude Sancho á la costumbre de ir las muchachas pobres á espigar en los rastrojos por la siega. IV, 95.

Sacar de sus casillas á alguno.—Frase. Inquietarle, hacerle perder la paz, turbar su método de vida. (Academia.)—«Mucho me pesa, Sancho (dijo Don Quijote), que hayas dicho y digas que yo fuí el que *le saqué de tus casillas*, sabiendo que yo no me quedé en mis casas». Parece que Don Quijote juega con las dos palabras «*casillas*» y «*casas*». IV, 35 (1).

Sacar el pie del lodo.—Es sacar de apuros, sacar del estado de obscuridad y estrechez al de prosperidad y fortuna.—En el cap. 25 de la primera parte (II, 311) se emplea en el mismo sentido la expresión «*sacar la barba del lodo*». IV, 91.—Cervantes, en el *Viaje al Parnaso*, hablando con Mercurio; dice:

«*Muchos, señor, en la galera llevas,*
Que te podrán sacar el pie del lodo».

II, 311.

Sacar la barba del lodo.—Frase proverbial tomada de los que sacan á otro del atolladero en que se halla, y significa «sacar de apuros» á otra persona. II, 311; IV, 91.

Saco.—Es una vestidura vil de que usan los serranos y gente muy bárbara. (Covarrubias.) V, 158.

Saco la mía.—Según la traza de esta expresión, parece fórmula tomada de algún juego. ¿Podría ser del de calientamanos, al sacar la suya el que la tiene debajo? Sancho no tenía gana de oir cuentos, y prefería irse al arroyo á cebarse con libertad en la empanada y «hartarse por tres días». III, 493.—No entro yo en ese número, no se cuente conmigo, que yo á aquel arroyo me voy, etc. Metáfora toma-

da del juego, cuando el que se retira de él, saca su puesta, diciendo: *saco la mía*. (Arrieta.)

Sacre ó nebli.—Nombres de aves de rapiña que se adestraban para el ejercicio de la cetrería. V, 333.

Sacripante (Que tan caro le costó...).—Empieza aquí á prepararse la aventura de la bacía del barbero, que se referirá al cap. 21 (II, 147), y nos ha de proporcionar entonces y después muchos ratos de gusto y de risa. Allí se dará noticia circunstanciada del yelmo de Mambrino, que hace un papel importante en el *Orlando*: pero entretanto, es menester advertir que, ó Don Quijote por loco, ó Cervantes por distraído, atribuyeron malamente á este yelmo la desgracia de Sacripante. El desgraciado, según cuenta Ariosto (canto 18, est. 151 y sig.), fué Dardinel de Almonte, que murió peleando con Reinaldos de Montalbán, á quien había dado inútilmente en el yelmo que llevaba, y había ganado al rey Mambrino. I, 221; II, 147, 228, 300; IV, 71.—Véase *Mambrino (El yelmo de)*.

Sacripante ó Roldán.—Amantes desdeñados de Angélica, de quienes se dice que si fueran poetas hubieran jabonado, esto es, hablando familiar é irónicamente, satirizado y sacado á relucir sus manchas á la hija de Galafrón. IV, 31.—Véase *Angélica la Bella*.

Saetas (Sus) me zumban por los oídos.—La muerte que las leyes de la Santa Hermandad imponían á los malhechores, era de saeta, y la pena se ejecutaba en el campo, dejando allí los cadáveres atados al palo, para escarmiento de los que quisiesen imitarlos. El sonido de las saetas disparadas era el zumbido que á Sancho le parecía oir. La Reina Católica Doña Isabel dispuso que antes de asetear á los reos, se les diese garrote, para excusarles la prolongación del tormento. Covarrubias, en su *Tesoro*, atribuyó esta benigna disposición al emperador Carlos V: la confirmaría. II, 224; III, 316.

Sagitario.—«Ayer estuve en ella (la ínsula) gobernando á mi placer como un *sagitario*». ¡Rara comparación! Poco más ó menos como la del *girifalte*, en la carta de la Duquesa y en otros pasajes (VI, 32, 275).—«*Sagitario*» en germanía significa, según Juan Hidalgo en su *Diccionario*, «el que llevan azotando por las calles». Atendiendo al genio festivo de Cervantes, no sería de extrañar que, en ambas comparaciones de *girifalte* y *sagitario*, hubiese tenido presentes las significaciones que tienen estas dos palabras en la jerigonza germanesca. VI, 113.—«Zapateo como un *girifalte*». IV, 354; VI, 275 (t).—Véase *Girifalte*.

Sahumada, sahumerio.—«Del *sahumerio* os hago gracia», dijo Don Quijote al amo del muchacho Andrés; «dádselos en reales, que con eso me contento». «*Sahumada*» quiere decir «perfumada», en demostración de que se daba con alegría y buena voluntad. En la novela de *Rinconete y Cortadillo*, habiendo éste salteado la bolsa á un sacristán, le consolaba diciendo que con el tiempo podría ser que el ladrón se arrepintiese y «se la volviese sahumada». «El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante». I, 73.

Salamanca (La universidad de).—«Que soy bachiller por *Salamanca*, que no hay más que bachillear». Como quien dice: soy bachiller por Salamanca, que es el *non plus ultra* de los bachilleres. Así convenía que hablase Carrasco, como interesado personalmente en la gloria de la universidad. También fué su alumno Cervantes, quien, según se cree, estudió dos años en Salamanca, y habló de aquella universidad en el *Quijote* con mucho aprecio, contándola con las de París y Bolonia. IV, 118.—Bolonia, París y Salamanca fueron, desde el primer restablecimiento de las letras en los siglos XII y XIII, las tres universidades más célebres de la cristiandad. IV, 340.—Véase *Bolonia, París (Universidades de)*.—[I, 49, n., 315 y nota, 434.]

Salamanquesa.—«Como la *salamanquesa* en el fuego».—Alude á la preocupación vulgar de que la salamanquesa ó salamandra resiste, sin quemarse, el fuego: preocupación nacida, sin duda, de que cuando se encuentra en él este reptil despide un humor lácteo bastante abundante. V, 416.

Salidas (Las tres).—De tres sucesos consta la primera salida de Don Quijote: la llegada á la venta, donde se arma de caballero; el hallazgo de Juan Haldudo y su mozo, y el encuentro con los mercaderes toledanos. En los tres domina lo burlesco, según pide la naturaleza de la fábula, cuyo objeto es ridiculizar la profesión del héroe. En los dos primeros, Don Quijote, entonado y hueco con el buen suceso, se confirma más y más en su locura y propósito; en el último, no pudiendo dejar de confesar su desgracia, se consolaba, á estilo andantesco, con que la culpa había sido de su caballo. Esto en cuanto á Don Quijote: el lector se halla en una posición del todo distinta, y para él es materia de risa todo cuanto sucede al pobre caballero, tanto lo próspero como lo adverso. El *Ingenioso Hidalgo*, según la observación de D. Vicente de los Ríos, ofrece siempre dos aspectos en lo que refiere, uno para Don Quijote y otro para los lectores, á la manera de ciertos cuadros dispuestos de tal suerte, que, mirados de un lado, presentan distintas figuras que por el otro. Y este contraste, que es perpetuo en la fábula, debe mirarse como una de las principales fuentes del placer que causa su lectura. I, 102.—«La segunda salida de nuestro buen caballero». I, 154 (t).—«Tercera salida de Don Quijote».—Aunque pudiera parecer al pronto que las tres salidas de Don Quijote son tres acciones distintas, y que, por lo menos, interrumpen la unidad de la acción de la fábula, sin embargo, considerándolo bien, deben mirarse como meros incidentes del asunto principal. Todas ellas llevan consigo las apariencias y anuncios de que la acción continúa. La primera vuelta de Don Quijote á su aldea convertido en Baldovinos (I, 87) y Abindarráez (I, 92),

proporciona el saladísimo escrutinio de su librería, cuya influencia en el objeto de la fábula se viene á los ojos. Esta primera vuelta además era para proveerse de camisas, dinero y escudero, para continuar, es claro, la gloriosa profesión de la caballería. En la relación de la segunda vuelta, que no fué voluntaria, sino forzada, se encuentran ya anuncios de la tercera salida, y estos anuncios se confirman y agravan en la historia del descanso de Don Quijote en su casa: este descanso proporciona los coloquios entre el hidalgo, el cura, el barbero y el bachiller; el de Sancho y Teresa, que es de lo mejor de la fábula, y los principios y semillas del desenlace. ¿Cómo pudiera darse la acción por concluída? IV, 1, 2.—La fábula del *Quijote*, compuesta de sus tres salidas, viene á ser como una comedia con tres jornadas. Verdad es que no guardan mucha proporción entre sí las tres salidas, constando la primera de solos siete capítulos; que si los intermedios y descansos son necesarios en las representaciones dramáticas, no lo son en otros géneros de composición, porque el lector no los necesita como los representantes; y que acaso hubiera sido preferible que no hubiera sino una salida. Pero la triplicidad de las salidas no rompe la unidad de la acción: todas ellas contienen los sucesos y dificultades que forman, confirman y aumentan el enredo; y los dos descansos que median entre las tres salidas, proporcionan incidentes domésticos que, alternando con otros de diferente calidad, propios de los campos, soledades y despoblados, varían agradablemente la contextura de la fábula y contribuyen á hacer más natural y verosímil su desenlace. IV, 132.

Salir á los hocicos.—Véase *Hocico.*

Salir á plaza.—*Se divulguer, devenir public.* (Taboada.)—«Y pues que, en efecto, él *ha de salir á plaza*». III, 7 (t).—«Pero antes que *salga á la plaza* de vuestros oídos». V, 269 (t).—Véase *Sacar á la plaza.*

Salir al gallarín.—Véase *Gallarín.*

Salir con este secreto.—«Y así me ha sido posible *salir con este secreto*, como si de industria procurara decillo á todo el mundo». III, 7 (t).—Aquí, «*salir con*» es lo mismo que «guardar».—*Salir:* con la preposición *con* y algunos nombres, es lograr ó conseguir lo que los nombres significan. (Academia.)

Salir de madre.—Véase *Madre (Salir de).*

Salirse allá una cosa.—Frase metafórica y familiar. Venir á ser una cosa casi lo mismo que otra. (Academia.)—«Estéril ó estil, respondió Pedro, todo *se sale allá*». I, 236 (t).—«Y si Lucía, Lucinda; que *todo se sale allá*». VI, 442 (t).

Salpicón.—«*Salpicón* las más noches».—Nota Cervantes la mezquindad con que los hidalgos manchegos, aprovechando los restos de la carne de la comida, los convertían en salpicón para la cena.—«*Salpicón*» se dijo, como «carne *picada con sal*». I, 2.—Véase *Duelos y quebrantos.*

Salta tú, y dámela tú.—*Salta tú:* cierto juego de muchachos. (Salvá.) VI, 133 (t).

Saltaembarca.—«Una *saltaembarca* ó ropilla de lo mismo suelta». VI, 15.—«Con pasamanos, gregüescos y *saltaembarca*». VI, 234 (t).—La saltaembarca ó ropilla era una especie de chaqueta, ó chupa corta, como la que usan los marineros, y que por lo común se lleva suelta ó sin abotonar. (Arrieta.)

Saltear.—«Y *salteándosele* al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real». I, 201 (t).—Anticiparse sagazmente á otro en la compra de alguna cosa. (Academia.)—«¿*Saltear* de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados?»—*Saltear:* salir á los caminos y robar á los pasajeros. (Academia.) III, 320 (t).—Véase *Saltadas (Salteador de)*, etc.

Salvajes.—«Cuatro *salvajes*, todos vestidos de hiedra», que tiraban de un castillo en las bodas de Basilio.—«Cuatro

salvajes, vestidos todos de verde hiedra» fueron también los que traían el caballo Clavileño en la aventura de la condesa Trifaldi (V, 316). En los libros caballerescos es frecuente la mención de salvajes. IV, 379; V, 316.

Samaniego (D. Félix).—Desde el obispo de Mondoñedo, Don Antonio de Guevara, hasta D. Félix Samaniego, las provincias que se conocen con el nombre de Vizcaya, han producido escritores que se encuentran con razón entre los maestros del idioma castellano. I, 187.—[III, 307, 308 y nota.]

Sambenito.—Traje que se ponía á los penitenciados por el tribunal del Santo Oficio. Era una especie de capotillo ó escapulario amarillo con una cruz encarnada en forma de aspa. Según Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua castellana*, es abreviatura de *«saco bendito»*, y se llamó así por el saco ó cilicio bendito que en la antigua Iglesia solían dar los obispos á los penitentes. IV, 107.

Sanázaro (Jacobo).—Célebre poeta napolitano. Su *Arcadia*, primera novela pastoral de esta clase. I, 141, 146; II, 388; III, 504; VI, 355, 356, 446, 463.—Jacobo Sanázaro, poeta napolitano, imitador apasionado de Virgilio, uno de los que contribuyeron á ilustrar el renacimiento de las letras humanas en Italia, y de quien se ha hecho anteriormente mención en este COMENTARIO, á propósito de su *pastoral Arcadia*. Escribió en latín y en lengua vulgar, y fué el primero que introdujo asuntos piscatorios en las églogas, donde hasta entonces se habían usado exclusivamente los bucólicos. Su obra principal fué el poema latino *De partu Virginis*, fruto de su especial devoción á la madre de Dios. VI, 446.—[III, 5, n., 81.]

Sánchez (Miguel).—Á quien llamaron *el Divino*, autor dramático contemporáneo de Cervantes, muy celebrado por sus comedias, que se han perdido casi del todo. Su romance de *Gaiferos y Melisendra*. V, 47.—[II, 337 y n.]

Sanchico, Sanchica.—Habla aquí Teresa de sus dos hijos; el

varón, del mismo nombre que su padre, y la hembra, llamada aquí *Marisancha*, y en otras partes *Sanchica*, como suele suceder entre nosotros, donde es común suponerse y omitirse el nombre de María cuando es el primero, y expresarse sólo el segundo. IV, 88.

Sancho Bienaya (Las tendillas de).—Plaza muy antigua de tiendas en Toledo, que se nombraba de Sancho Minaya ó Bienaya. I, 63.—Véase *Tendillas (Las) de Sancho Bienaya*.

Sancho (Don) de Azpeitia.—El vizcaíno con quien Don Quijote tuvo la estupenda batalla. I, 203 (1), 211.—«Y como buen vizcaíno». Nunca se ha dicho que los vizcaínos tengan por lo ordinario grande habilidad y expedición para escribir el castellano. Pudiera sospecharse que la expresión es irónica, y que Cervantes se propuso continuar la burla que en el cap. 8.º de la primera parte (I, 186), había hecho de los vizcaínos en la persona de Don Sancho de Azpeitia. V, 444.—Véase *Vizcaínos*.

Sancho Panza.—«Un labrador de mediana edad, ignorante y crédulo en sumo grado, si bien de dulce y honrado carácter, glotón y embustero, egoísta é interesado, pero fiel á su señor; con bastante malicia para conocer de vez en cuando la extravagancia y locura de su amo, y unas veces festivo, otras malicioso en el modo de interpretarlas»... «En un principio le presenta como opuesto á Don Quijote, y es de creer que sólo aparece en la escena para hacer resaltar aún más las extravagancias y rarezas de su amo; hasta que, al llegar á la mitad de la primera parte (II, 110), comienza ya á decir uno de aquellos refranes que después forman el fondo de su conversación y carácter; y sólo al empezar la segunda ostenta aquella mezcla particular de agudeza y credulidad, de que da muestras en el gobierno de la ínsula Barataria; pintura magistral que completa aquella figura con todas sus proporciones grotescas, á la par que propias y convenientes». (Ticknor, traducción de Gayangos.)—Su

primer convenio con su amo. I, 162 (t).—Su fidelidad. II, 135.—Pincelada, digna de Cervantes, del carácter de Sancho. I, 165; II, 245.—Gran dormilón: «nunca conoció segundo sueño, porque el primero le duraba toda la noche». II, 222 (t), 228, 229; VI, 365 (t).—Su cobardía y su codicia. I, 223; II, 4, 144, 243, 308; IV, 86, 225, 247; V, 89, 195, 198, 209, 245, 318; VI, 112, 154, 410.—Su bellaquería, mezclada de sandez y de malicia. II, 245; V, 139.—Su deseo vehemente de hablar. II, 276; IV, 373.—Su codicia subordinada á la honradez. V, 231; VI, 112, 154.—«Era caritativo además». II, 204; V, 62 (textos); VI, 97.—Su simplicidad y agudeza; cualidades que realmente comprende el carácter de Sancho. VI, 404.—«Tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo». VI, 205, 359 (t); IV, 33; VI, 193 (textos).—«La parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce». VI, 264.—Buen bebedor. V, 190.—Sobre el sueño. VI, 367 (t).—Su credulidad. III, 80; V, 186.—Cogido en mentira y estrechado por la Duquesa, sale del paso por el camino que solía tomar su amo, el de «encantamento». V, 339.—Un mes en la corte. II, 188.—La mujer de Sancho, y sus varios nombres. I, 168, 169; III, 527; VI, 24.—El diálogo gracioso entre Sancho y Teresa: lo primero que le preguntó ella fué que si venía bueno el asno. III, 526.—Otra plática discreta y graciosa que pasó entre ellos. IV, 85 (t).—Dice Sancho de ella, «á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona». V, 31.—Piensa ponerle el nombre pastoral de «*Terzona*». VI, 358.—Sancho dormido. IV, 370.—Sus dudas é incredulidad acerca de la andante caballería. IV, 443.—«Prevaricador del buen lenguaje». III, 491; IV, 128; V, 102; VI, 360 (t).—«Esos Julios y Agostos», dice Sancho, equivocando los nombres de los emperadores con los de los meses del año. IV, 146.—Interpretación que dió á «*gramática*», llamándola «*grama*» y «*tica*». IV, 59 (t); V, 102.—Los caracteres del amo y el escudero, como los marcaba Sancho. VI, 208.—Lo que éste dice de sí mismo. IV, 139.—Su soliloquio, en que entra en cuentas consigo: es de los pasajes más agradables y sabrosos de la fábula. IV, 167.—Descripción que hace Don Quijote del carácter de su escudero. V, 168.—El manteamiento de Sancho. II, 57; ocurrencia que sintió Sancho sobremanera. III, 75, 545 (t).—«El muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza»: el primer refrán que la fábula del *Quijote* pone en boca de Sancho. II, 110.—El primer pasaje en que empieza á descubrir esta maña para ellos. II, 279.—Su número interminable. II, 110, 279; V, 186, 204, 364, 367.—El robo del rucio por Pasamonte, y el dolor de Sancho: aquí se le da al asno, por la primera vez en el *Quijote*, el nombre de rucio. II, 228-230.—El modo del hurto. IV, 70, 71; V, 68.—Negligencia de Cervantes acerca del robo. II, 242, 304.—Hallazgo del rucio. II, 479.—El primer encuentro de Sancho con la Duquesa. V, 115 (t).—Donosísimo coloquio entre él y la dueña. V, 127.—Suplica á la Duquesa «que se tuviese buena cuenta con su rucio». V, 191.—El lavatorio de Sancho por los mozos del castillo. V, 169.—El traje que había de llevar al gobierno. V, 346, 373.—Su irritación y cólera contra el Doctor Pedro Recio. V, 439.—El gobierno de Sancho, episodio principal de la segunda parte del *Quijote*. V, 471.—Sus sentencias judiciales. V, 410-420 (Notas y textos).—Su carta á Don Quijote. V, 57.—Su carta á Teresa. V, 241.—Su invención del encantamiento de Dulcinea. IV, 170; V, 105, 145.—El remedio prescrito por Merlin para desencantar á Dulcinea: «que Sancho se dé tres mil azotes y trecientos en ambas sus valientes posaderas al aire descubiertas». V, 225-238 (texto y Notas).—La burla del brutal asalto de la ínsula. VI, 88, 89.—Abrazó San-

cho al rucio en su gran pesadumbre, haciéndole un discurso doliente. VI, 89.—La inseparabilidad de ellos. II, 136 (t); V, 198; VI, 120.—Lamentaciones de Sancho, caído con el rucio en una honda y escurísima sima. VI, 21.—Al ir á azotarle Don Quijote, Sancho arremetió contra su amo, y dió con él en el suelo. VI, 223, 366.—De lo mal que le avino á Sancho la visita de las galeras. VI, 297.—Su «vuelo sin alas». VI, 300.—Endecha y lamentación de Sancho sobre su amo mal parado en la aventura de los disciplinantes. III, 519-523.—Discurso que Don Quijote dirigía á Sancho, alegando á Homero y Virgilio, con otros ejemplos semejantes. II, 108, 282; IV, 35, 123; V, 90; VI, 56.—Cervantes algunas veces hace hablar á Sancho con más pulidez de la que corresponde á su carácter: así como también en alguna ocasión le hizo más zafio y tosco de lo que correspondía á la idea que de él hizo formar su historiador. IV, 96, 97, 386; VI, 2, 168, 368, 456.—En dos distintas ocasiones dijo Sancho que sabía firmar: «Yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar», V, 241 (t), y «Bien sé firmar mi nombre», V, 363. Sin embargo, dice después: «Y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar». VI, 50.—Cuando muchacho, pastor de puercos, y después, algo hombrecillo, de gansos. II, 119; V, 90, 339, 349 (t).—Sancho, que acostumbra á hacer, siempre que se ofrece, profesión de su cobardía, se da aquí por medio hombre y no más. II, 4.—Dice á su amo, quien en su cólera le llamaba asno y bestia: «señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida». V, 91 (t).—Habla «de sus muchos y buenos servicios», habiendo servido á su amo dos días, no cabales. I, 217.—Piensa que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no

se han de quedar las suyas entre renglones. II, 164.—Sobre su espada, que unas veces se dice que la llevaba y otras que no. II, 8, 16; III, 517; IV, 246; VI, 163, 370.—En varias ocasiones hace alarde de ser «cristiano viejo». II, 135, 187 (t); III, 371 (t); IV, 80.—Una vez «mozo de labor» de Tomé (ó Bartolomé, IV, 42) Carrasco, padre del bachiller. V, 87, 90.—Su «cuento de la pastora Torralva». II, 124-131.—La situación embarazosa en que se hallaba Sancho de resultas de sus mentiras. IV, 153-157.—La pintura bellísima de Sancho, no pudiendo hallar la carta de Don Quijote á Dulcinea, ni la libranza polimesca. II, 344.—Admirable descripción de su contento cuando Don Quijote le habló de su posible casamiento con la princesa Micomicona. II, 463.—Su risa irresistible al descubrir la causa del ruido horrísono y espantable de los batanes, con lo que le costó á Sancho. II, 138.—«Á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él». II, 131.—La única vez en que se le da el sobrenombre de *Zancas*. I, 203.—Sus barbas. I, 184; II, 85.—Su salario. II, 135, 144; III, 354 (t); IV, 121, 127; V, 88, 89.—Las edades de Don Quijote y Sancho. I, 4, 284 (textos); IV, 385; V, 91, 172.—Sancho en Avellaneda es un bufón truhán, ó juglar, conforme á las costumbres de aquel tiempo. El Sancho de Cervantes pertenece á otra cuerda de ridículo más culto y delicado. VI, 205.—Sus meditaciones sobre la muerte: «Tan presto se va el cordero como el carnero», IV, 121; «Debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos», IV, 170; «Con igual pie pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres», IV, 386.—Su comparación de la vida humana con el juego de ajedrez. IV, 206 (t).—«¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced»: último razonamiento de Sancho en el *Quijote*, y tan gracioso como el que más. VI, 455.—Tenía razón el bachiller Sansón Carrasco en seña-

lar á Sancho el segundo lugar en la fábula del *Quijote*, y en ponderar sus donaires y gracias, que efectivamente son inimitables, y á las veces causan un placer que compite con el que producen las cosas de su amo. Pero cuando representan solos los dos en la escena, y señaladamente sus diálogos, excitan y levantan hasta el más alto punto el interés y placer de los lectores. Don Quijote decía (V, 167) que Sancho Panza era «uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante». IV, 58; III, 110. —En una Nota al cap. 23 de la primera parte (II, 245) se dijo que el carácter de Sancho constaba de codicia, miedo, bellaquería (pudiera añadirse: malicia, y al mismo tiempo sandez). En la segunda parte parece que varía algo, especialmente en el período de su gobierno; mas pudiera decirse que *honores mutant mores*. VI, 65.—[II, 140, 146.]

Sancho (El gobierno de).—Está sumamente embrollado todo lo que tiene relación con el tiempo que duró el gobierno de Sancho. Véase la Nota: VI, 92.

Sancho (La mujer de).—Véanse *Teresa Panza* y *Gutiérrez (María).*

Sandoval y Rojas (D. Bernardo de).—Véase *Rojas (D. Bernardo de Sandoval y).*

Sandoval y Rojas (D. Francisco de).—Valido de Felipe III.—Véase *Lerma (Duque de).*

San Ildefonso.—Colegio de niños en Madrid. V, 229.—Véase *Niños de la doctrina.*

Sanlúcar (Playa de).—Uno de los parajes de España que en tiempo de Cervantes eran más concurridos de vagabundos y gente perdida. I, 35, 48.

San Martín.—«Su *San Martín* se le llegará (al libro de Avellaneda) como á cada puerco». Con efecto, le llegó y pronto, quedando sepultado en el desprecio y el olvido, mientras el *Quijote* de Cervantes continúa siendo el embeleso y

las delicias de sus lectores. Es bien conocido el origen de esta expresión proverbial, debida á la época del año en que empieza la matanza, tan común entre los españoles, del animal doméstico cuya cecina es el ingrediente más esencial de nuestra olla ordinaria. VI, 295.

Sano de Castilla.—En el idioma de la germanía, según el *Vocabulario* de Juan Hidalgo, «*sano de Castilla*» significa «ladrón disimulado». I, 35.

Sansón Carrasco.—Véase *Carrasco (El bachiller Sansón).*

Sansueña.—«La ciudad de *Sansueña*, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza». No he podido averiguar el origen que tiene el darse este nombre á la ciudad de Zaragoza, como se hace en el presente capítulo. Todos los romances convienen en que Sansueña estaba en tierra de moros, mas ninguno dice que fuese Zaragoza. V, 44.—Quizá sería Toledo. Véase la Nota: VI, 124.

Santa (La) Hermandad.—Tribunal severísimo, establecido por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel el año de 1476 para perseguir, juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y que subsistía, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervantes. I, 212.—Véanse otras Notas: II, 215, 224; III, 316, 321, 331, 364; VI, 377.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Santa (La) Hermandad vieja de Toledo.—Así se llamaba para distinguirse de la nueva, que fué la que fundaron los Reyes Católicos á fines del siglo XV: la otra existía ya en el XIII con muchas facultades y privilegios. II, 40.

Santiago.—Véase *Diego (San) Matamoros.*

¡Santiago y cierra España!—Invocación cuyo uso es antiquísimo entre los españoles, especialmente en sus combates con los moros. En la batalla de Alcocer, según refiere el *Poema del Cid*, «Los moros laman Mafomat; los cristianos, Santiague».—«Desde la batalla de Clavijo, ganada por D. Ramiro I (dice Rodrigo Méndez de Silva), en que se vió

pelear á Santiago en un caballo blanco, quedó la devota costumbre de apellidarle en los acometimientos». Véase la Nota: VI, 167. IV, 78 (1).—*Santiago, y cierra, España:* proverbio militar de que usaban los españoles al entrar en las batallas. *Cerrar:* embestir, acometer: quiere, pues, decir: «Acomete, ¡oh España!, en nombre de tu patrón Santiago». (Pellicer.)

Santiguada (Para mi).—Expresión familiar anticuada, fórmula de juramento que se repite en otros pasajes del *Quijote*, y que se halla ya usada en el acto 1.º de la tragicomedia de *Celestina*. «*Santiguada*» es el acto de santiguarse, y «*para*» equivale á «*por*»; de suerte que «*para mi santiguada*» es lo mismo que «por la cruz con que me santiguo». I, 101.

Santiguar.—Hacer la señal de la cruz sobre alguno.—«Las bendiciones de las estacas». «*Bendecir* con ellas» es expresión semejante á la de «*santiguar* con un palo», ó «*persignar* con un alfanje», que se dice en el cap. 28 de la segunda parte (V, 84). II, 240.—«*Santiguarnos*», como era propio al acometer una empresa y en cualquier ocasión de peligro. V, 99.—Véase *Cruz (Hacerse la)*.

Santillana (Marqués de).—Su *Colección de refranes*. V, 97, 115, 245, 247; VI, 122, 364.—«En el reinado de Don Juan II, el marqués de Santillana recogió, á petición del monarca, hasta cien refranes métricos, y unos seiscientos más de aquellos que, según él, «se decían por las viejas tras el huego». (Ticknor.)—[III, 201.]

Santo Grial.—Dábase este nombre á un plato que se suponía haber servido á Josef de Arimatea para recoger la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo cuando le bajó de la cruz y le dió sepultura. Su historia.—Véase la larga Nota: III, 453-455.—[I, 199, n., 218.]

Sarao, se llamaba el baile de aparato entre gente rica y autorizada. V, 467; VI, 272.

Sardesco.—Asno pequeño, quizá porque lo son en Cerdeña. V, 72.

Sardinas arenques.—Comida propia de las costas de mar, donde la usa la gente pobre, y aun ésta suele arrojar las «cabezas», que ahora apetecía Don Quijote. II, 89.

Sargel.—Población situada sobre las ruinas de otra antigua romana en la costa de Berbería, veinte leguas á poniente de Argel. III, 208.

Sarmiento (El Padre).—Sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*. V, 204.—Véanse *Pinciano (El)* y *Comendador (El) Griego*, etc.— III, 209 y n.

Sarna, Sarra.—«Decid *Sarra*».—El pastor llamaba *Sarna* á la mujer de Abrahán, y Don Quijote le corregía este vocablo como ya le había corregido otros. Nosotros decimos *Sara*, pero en lo antiguo decían *Sarra*.—Sara vivió ciento diez años, y fué madre siendo ya muy vieja: de aquí vino la frase proverbial para ponderar la vejez de una mujer, diciéndose «*ser más vieja que Sarra*». La gente rústica, así como decía «*crisi*» y «*cestil*», por «*eclipse*» y «*estéril*», decía también «*Sarna*», por «*Sarra*». I, 249.—«Pero vos respondistes muy bien, porque vive más *sarna* que *Sarra*». Así es la verdad, porque Sara sólo vivió algo más de un siglo, pero la sarna ha vivido, vive y vivirá mientras haya sarnosos. I, 250.

Sastre (El) del Cantillo.—Refrán muy antiguo, que se encuentra entre los del marqués de Santillana, así: «*el aljayate del Cantillo, facia la costura y ponia el hilo*». Se usa para denotar á los que, además de hacer favor, ponen, para hacerlo, su trabajo ó dinero. Otros dicen «*el sastre del Campillo*». D. Francisco de Quevedo, gran voto en materia de proverbios, expresiones proverbiales y cuentos viejos, introdujo en su *Visita de los chistes* al *sastre del Campillo* altercando con Juan Ramos, otro personaje proverbial; pero nada dice que indique el origen de uno ni otro, el cual

es desconocido, como sucede casi siempre en todo lo que huele á proverbios ó refranes; y así, no hay por donde pueda juzgarse si es «*Campillo*» ó «*Cantillo*». III, 396.—Véase *Refranes*.

Sátiros, en los libros caballerescos. V, 316.

Sayago.—Es un territorio entre Zamora y Ciudad-Rodrigo. Sus habitantes son tan toscos en el vestir como en el hablar: su lenguaje es una especie de dialecto corrompido, y además desfigurado por la rústica pronunciación de los naturales. IV, 361; V, 158.

Sayagués.—El natural de Sayago y lo perteneciente á él.—Sancho opone el lenguaje sayagués al toledano, dando al uno por extremo de la rusticidad, y al otro por extremo de la cultura, aunque manifestando al mismo tiempo que en Toledo habría quien hablase mal. IV, 361; V, 158.

Sayo, saya.—Vestidos exteriores, aquél de hombres y éste de mujeres: vinieron del *sagum* latino, vestido militar exterior y ancho. II, 351; V, 158.

Scipio.—Véanse *Escipión* y *Cipión*.

Scoto, Scot, Escoto, Escotillo ó Escotino (Miguel).—Matemático, astrólogo ó nigromántico, mencionado, bajo estos varios nombres, por Dante, Bocacio y otros. Véase la Nota: VI, 267, 268.—Véase *Escotillo (Del famoso)*.

Se.—Pronombre, ó más bien partícula indeterminada, que hace el mismo oficio que el *on* francés: «*on dit*, se dice». —Entre las palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano, una fué la de «*home*» ú «*hombre*» sin artículo, que se usaba en ciertos casos para denotar una persona indeterminada. También se dijo «*ome*». Por ejemplo: «una piedra que relumbraba tanto que podría *hombre* ver de noche la su claridad á dos leguas y media»: y otros: «*ome* non vió tal», «como *ome* entra en el puerto». —Lo mismo hacían los franceses con la voz *hom* ú *homme*, uniéndola sin artículo á los verbos. De aquí vino el *on* francés, que, desnudo ya de la cualidad de nombre y reducido á partícula, pero conservando el énfasis de su significación primitiva, se une al presente del verbo impersonal y forma una especie de pasiva ficticia ó contrahecha: *on dit, dicitur*. IV, 57, 58.—Véase *On*.

Se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento.—Bella, aunque algo grosera, descripción, en la carta de Teresa á su marido, de la alegría de Sanchica al oir hablar de la elevación de su padre. VI, 79 (1).

Se me fueron á mi por alto.—Metáfora tomada del juego de la pelota, cuando por ir muy alta no la puede volver el que la espera. Se aplica al que no comprende ó no alcanza alguna cosa que le importa, por ser superior á su inteligencia. IV, 231.

Secretarios (Reales).—«Soy vizcaíno. Con esta añadidura dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador». Rasgo, al parecer, satírico, como indicó también Pellicer refiriendo los muchos secretarios, tanto del rey como de consejos y corporaciones superiores, vizcaínos de nacimiento ú origen, que hubo en tiempo de Carlos I y su hijo Felipe II. V, 440, 441.—III, 173, n.

Sedales.—Las fuentes y los *sedales* en brazos, muslos, piernas y hasta en el colodrillo, eran muy usados en tiempo de Cervantes, y lo fueron aun más en los años siguientes. Empleábanse unas veces para curar las enfermedades; otras, para precaverlas, y otras, «viciosamente, sólo por entrar en el uso» ó moda. Á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, le quitó el verdugo, al ejecutarle, una chapa de plata que le cubría una fuente. V, 469.—Véase *Fuentes*.

Segarme la gola.—«*Segar*», del latín *secare*.—Metafórico. Cortar de cualquier manera, y especialmente lo que sobresale ó está más alto; como «*segar* la cabeza, el cuello», etc.—Cortar con la hoz las mieses ó yerba. (Academia.) V, 291.

Segovia (Azoguejo de).—Plazuela del arrabal de Segovia, por donde pasa el famoso acueducto romano de aquella ciudad, que en ella es donde tiene su mayor elevación. «*Azoguejo*» es diminutivo de «*azogue*», palabra anticuada de origen árabe, que significa «plaza». Paréceme que «*azogue*» era equivalente de «*zoco*», que significa lo mismo: «*Zocodover*» es diminutivo de «*zoco*», y, según esto, son sinónimos «*Azoguejo*» y «*Zocodover*», plazuelas, aquélla, de Segovia, y ésta, de Toledo. Cuando Segovia era Segovia, y sus fábricas y riqueza atraían y alimentaban una población numerosa, el Azoguejo era el sitio donde solía concurrir la gente apicarada que aquí se indica, y que frecuentarían los pelaires de aquella ciudad, de quienes se habla después, en el cap. 17 (II, 56), como de «gente alegre, maleante y juguetona». I, 48.—Véase *Zocodover (La plaza de)*.

Seguidillas.—«Á quien ellos llamaban *seguidillas*». V, 280 (1).—Las *seguidillas*, ó, como en otra parte las nombra Cervantes (novela del *Celoso extremeño*), las «coplas de la *seguida*», que eran de moda en tiempo de nuestro autor y á las cuales elogia tanto, son una especie de poesía ó copla compuesta de cuatro versos asonantados, como la que se refiere en el cap. 24 de esta segunda parte (V, 11), que cantaba el paje que encontró Don Quijote en el camino, cuando iba á ver la cueva de Montesinos:

Á la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

(Arrieta.)

Segunda (La) parte de Don Quijote.—«Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huesped para hacer *la segunda parte de Don Quijote*». Esta «segunda parte» no es la de la fábula. Pellicer observó aquí oportunamente que «*parte*» se dijo por las «*partes*» ó papeles de la comedia, y que Dorotea, viendo la intensa afición del ventero á las cosas caballerescas, quiso significar que donde hace Don Quijote la *primera parte*, ó papel de primer galán, merecía el ventero hacer la *segunda parte*, ó papel de galán segundo. II, 520.

Segundar sus primeros devanços.—«*Segundar*», por «repetir», es verbo poco usado: ordinariamente se dice «*asegundar*»; pero sólo de los golpes. De ambos modos se encuentra en la historia de Don Belianís. En los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* empleó Cervantes el verbo «*segundar*» como verbo de estado en la acepción de «seguir». I, 162.

Segundo (El) autor desta obra.—Estas palabras y las anteriores indican que eran dos los autores de la historia primitiva de Don Quijote: uno, que, al llegar á la aventura del vizcaíno, la dejó á medio contar por falta de materiales, y otro, que no quiso creer que no los hubiese, y al cabo los encontró en la forma que se cuenta en el capítulo siguiente. Pero Cervantes escribía tan sin plan ni preparación, que en el capítulo inmediato dió por supuesto que el único autor había sido Cide Hamete Benengeli, á quien sigue traduciendo desde el principio de su segunda parte, que contiene la conclusión del suceso del vizcaíno, sin explicar por dónde había tenido y vuelto al castellano lo precedente. I, 191.—«Su primer autor Cide Hamete». Por estas palabras parecería que hubo dos autores de la historia original de Don Quijote, como lo parece también por otras que se notaron en el cap. 8.º de la primera parte (I, 191). V, 1.

Segura (Juan Lorenzo).—Autor del *Poema de Alejandro Magno:* puso «*motón*», por «*carnero*»; «*orage*», por «*temporal*»; «*pozón*», por «*ponzoña*»; «*afer*», por «*negocio*»; «*aprés*», por «*después*»; «*bastir*», por «*edificar*»; «*ren*», por «*nada*»; «*volunter*», por «*de buena gana*»; «*fol*», por «*loco*»; «*tost*», por «*presto*»; «*sages*», por «*sabios*»; «*tirar*», por «*sacar*». IV, 57.

Segura (Tan) como yo de la traición.—«*Tan segura*» quiere decir «tan ajena».—«*Segura*» tiene dos acepciones opuestas entre sí: en el lugar presente es «ajena ó ignorante»; en otras ocasiones, que son las más, significa «cierta y asegurada». Las circunstancias y la intención general del discurso determinan cuál es la acepción que le conviene á esta voz en cada caso. II, 369.—«Que, libre y *seguro* de tal acontecimiento, dormía». El suceso mostró que no estaba muy *libre* ni *seguro*: «ajeno» quiso decirse. III, 347.—«Yo *seguro*, respondió el cura, que la sobrina», etc. «*Seguro*», por «*aseguro*», y viene á ser lo mismo que «yo respondo de que el ama ó la sobrina nos lo cuenta después». Así se decía en tiempo de nuestro autor y aun mucho antes; pero otras veces se usaba este verbo como hoy lo usamos: «Yo te *aseguro*, dice después en este mismo capítulo Don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia». (IV, 43.) IV, 35.

Semidoncellas.—«Á este agujero se pusieron las dos *semidoncellas*»: ó doncellas por mitad; porque, en efecto, la una lo era y la otra no. (Arrieta.) III, 280 (t).

Semínimas.—«En contarnos las *semínimas* della». «*Semínimas*», voz tomada de la música. Notas que ocupan en el compás unos espacios muy pequeños, como lo indica la palabra. Quiere decir aquí: «las particularidades más menudas». V, 296.

Sempre (Jerónimo).—Su *Carolea*, libro de corto mérito. I, 154.—Véase *Carolea (La)*.—[II, 460, 461 y n.]

Senado.—«El *senado* de los oyentes». Se dice por burla, aplicando el nombre de «*senado*», que lleva consigo la idea de un consistorio autorizado y respetable de ancianos, á la reunión de Sancho, el primo, el paje y el arriero. La ocurrencia que sigue de Don Quijote es sumamente graciosa y verisímil. V, 60.

Sendas (Salteador de) y de carreras.—Es «*salteador de caminos*», y así lo explica el mismo Don Quijote, contestando á los cuadrilleros: «¿Saltear caminos llamáis al dar libertad á los encadenados?»—Entre las varias acepciones que tiene la palabra «*carrera*», una es la de «camino público», é indica que es de ruedas, como si se dijera: «camino de *carros* ó *carretero*». Úsanla muchas veces en esta acepción nuestros libros anteriores al siglo XVI. Por contraposición á «*carrera*», «*senda*» significa un camino estrecho, por donde los caminantes van uno á uno, *singuli*: también suele llamarse «camino de herradura» porque se anda en caballerías; y así, en «*sendas*» y «*carreras*» está comprendida toda suerte de caminos. «*Saltear*» viene probablemente de *saltus*, bosque, porque en ellos son más fáciles y más frecuentes los robos. III, 330.—«Al cabo de haber andado caminos y carreras». III, 342 (t).—Véanse *Carrera* y *Saltear*.

Sendos, sendas.—«Y encajaron *sendos* manojos de aliagas».—Es como si se hubiera dicho que uno de los muchachos alzó la cola del rucio y le puso un manojo de aliagas, y que el otro alzó la cola de Rocinante y le puso otro manojo de aliagas.—El adjetivo plural castellano «*sendos, das*», trae su origen de *singulos, las*, terminaciones masculina y femenina de acusativo del adjetivo plural latino *singuli, lae, la*, que tiene la misma significación que tuvo en sus días nuestro «*sendos*».—En un artículo publicado por el literato Don Ramón Cabrera en el *Diario Mercantil* de Cádiz, de 15 de febrero de 1829, sobre la significación y origen del adjetivo plural castellano «*sendos, das*», censura el abuso que por algunos literatos de nuestros días se ha hecho de este adjetivo, el cual, según su etimología y el uso de varios de nuestros escritores de nota, no tiene otro significado que el de «tantos por tantos, uno por cada uno, el suyo ó con el suyo, á cada uno ó en cada uno el suyo». VI, 257.—«*Sendos* paternostres y *sendas* avemarías». V, 326 (t).

Señero.—Véase *Solo y señero.*

Señor bueno.—Modo común de hablar á una persona desconocida, que todavía se usa en España, especialmente en los caminos, como es el caso del texto. «*Tío bueno*», «*tía buena*» se dice ordinariamente á las personas cuyo nombre se ignora, y que por su traza se conoce pertenecen á la clase común ó pobre. Á éstos se llaman «*tíos*», como á los mendigos «*hermanos*». VI, 346.—«Calle, *señor bueno*, replicó el cartero», etc. VI, 349 (1).

Señora (Oh) de mis acciones.—Ya se sabe que la invocación, primero de Dios y después de su señora, era el formulario propio de los caballeros andantes, que en ocasiones de peligro observaba religiosamente Don Quijote, conforme á la doctrina que sobre esta materia estableció en su conversación con Vivaldo (I, 273); bien que alguna vez se olvidaba de Dios y sólo se acordaba de Dulcinea, incurriendo en la misma distracción que incurrió Amadís de Gaula, cuando, al acometer la aventura de la Cámara defendida, invocó, sin acordarse de otra cosa, el favor y protección de su señora Oriana. Don Quijote imitó este descuido en la primera batalla con el arriero de la venta donde se armó caballero (I, 57): vuelve á imitarle en las «plegarias y rogaciones» que dirigió á Dulcinea al descender á la temerosa cueva de Montesinos. IV, 415, 416.

Señores de título.—«Hacer de *título* á su hijo».—Esto es, hacer *señor de título* á su hijo.—«*Señores de título*» son los que lo tienen de marqués ó conde, á cuya dignidad han acompañado diversas prerrogativas, según los tiempos. En el de Cervantes llevaba consigo la de tener jurisdicción y vasallos. III, 307.

Señorío, señoría.—«Que es el tercero cargo que hay en aquel *señorío*». Los tres cargos son gran visir, muftí y capitán bajá. «*Señorío*» es aquí lo mismo que «imperio».—Entre nuestros antiguos escritores se da el nombre de «*señoría*» á

los estados que no se gobiernan por reyes, sino por formas republicanas. Así decían «la *señoría* de Venecia, de Génova», etc. En este sentido, «*señoría*» decía oposición á «*señorío*». III, 177.

Señuelo (Como á) gustoso, etc.—«*Señuelo*» era una almohadilla con alas contrahechas, entre las cuales se ponía atada carne ó algún pájaro vivo para que se abatiese á comerlo el halcón que iba remontado: era voz propia de la cetrería. Por extensión, se dice, como aquí, de cualquier cosa que sirve de cebo y atractivo. Es uno de los motes, apodos ó nombres burlescos que solían darse á las alcahuetas, de que formó un largo catálogo el arcipreste de Hita en el *Castigo de las dueñas*. IV, 402.

Sepulcros (Los) de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos.—Véase la Nota: IV, 147.—Véanse *Manuales* y *Castillo de Santiangel*.

Sepúlveda (El Padre).—Monje del Escorial.—Véase *Apuntamientos manuscritos*. I, 138.

Ser, estar.—«Según voy de dolorido», por «según estoy». En efecto, el verbo «*ser*» atribuye una cualidad á la persona; mas el verbo «*estar*» indica la situación actual de la misma, y esto es lo que más bien hubo de querer expresar Cervantes. V, 268.

Ser para en uno.—Véase *Para en uno*.

Ser parte.—«Y sin *ser parte* su tío..... dió en irse al campo». Cuando se dice «*ser parte*», es menester expresar para qué. Aquí hubo de decirse: «y sin *ser parte* para estorbarlo su tío.... dió en irse al campo». I, 252.—*No ser parte en alguna cosa*: frase. No tener influjo en ella. (Academia.)

Serafín Aquilano.—«De la dulce mi enemiga».—Según Pellicer, esta redondilla se tradujo del original de Serafín Aquilano. Serafín Aquilano, llamado así porque era de Áquila, en el Abruzo, fué en su tiempo proclamado rival y vencedor del Petrarca. Los príncipes se lo disputaban. Fué lla-

mado sucesivamente á la corte de Nápoles, á las de Milán, Urbino y Mantua. Murió en 1500, de edad de treinta y cuatro años. Sus poesías se imprimieron infinitas veces hasta mitad del siglo XVI, y desde entonces se olvidaron. Cantaba con muy agradable voz sus versos, acompañándose con el laúd é improvisando al mismo tiempo. (Guinguené, *Hist. Lit. de Italia.)* V, 277.—*Séraphin Aquilano, mort à l'âge de trente-cinq ans, fut enterré à Sainte-Marie du Peuple, à Rome. On grava sur son tombeau ces trois vers, faits par Bernard Accolti d'Arezzo, surnommé l'«Unico Aretino»:*

«Qui giace Serafin: partirti hor puoi:
Sol d'haver visto il sasso che lo serra
Assai sei debitor alli occhi tuoi».

(*Nouvelle Biographie Générale:* V. AQUILANO [SÉRAPHIN].)

Sergas (Las) de Esplandián.—Véase *Esplandián (Las Sergas de).*

Sería descuido del impresor.—Excusa graciosísima de un error manifiesto. «Á eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya *sería descuido del impresor.* Así es, sin duda, dijo Sansón.» IV, 73.

Sermones.—«Al modo de Horacio».—Los de Horacio se llamaron *sermones,* porque se acercan al estilo y conversación familiar, que por lo común significa *sermo;* pero en castellano «*sermones*» es palabra consagrada exclusivamente á significar las composiciones de elocuencia sagrada destinadas á pronunciarse en el púlpito; y dudo mucho que se use en otra acepción, no siendo metafórica. IV, 289.—En el *Poema de Alejandro,* hablándose de la confusión de las 72 lenguas en la Torre de Babel, se dice:

«Metió Dios entrellos tan manna confusión,
Que olvidaron todos el natural sermón».

IV, 351.

Servir.—«Con más que la voluntad pudiera *servir* la que habéis mostrado tenerme», etc. «*Servir*», en esta acepción activa, es lo mismo que «pagar».—«No sé cómo *sirvamos* á Dios esta tan gran merced», escribía la Reina Católica Doña Isabel á su confesor D. Fray Hernando de Talavera, hablándole de la curación del rey su marido, que había sido herido á traición en Barcelona. II, 252.—«No se me caerán de la memoria las mercedes..... para gratificarlas, *servillas* y recompensallas como ellas merecen». III, 361 (1).

Setenas (Pagar con las).—«Con las *setenas*».—La voz «*setena*» no significa «*séptima* parte», sino, al revés, el «siete tantos». Es voz propia de nuestra Jurisprudencia, donde á veces se condena al que hizo el daño á la restitución del valor del daño, multiplicado por siete. Esta pena se encuentra ya aplicada en las leyes del Fuero Juzgo, donde suele dársele el nombre de «*siete* duplo», que equivale á «*séptuplo*». «*Pagar con las setenas*», aquí y en el uso común, es expresión metafórica tomada de lo judicial, y significa «pagar superabundantemente el perjuicio ú agravio que se hizo». I, 77.—«La lastamos mi señor y yo con las *setenas*». «*Lastar*» es «pagar»; derivado, según indica Covarrubias, del latino *luere.* IV, 274.—Véanse *Pagar, y Lastar, con las setenas.*

Sevilla (Compás de).—Dióse el nombre de «*Compás*» á un barrio de aquella ciudad donde estuvo antiguamente la mancebía, con otras casas de vecindad, habitadas de gentes de mal vivir. Á este barrio hubo de pertenecer la casa de Monipodio, que tan saladamente describió Cervantes.—Véase la Nota, y unos versos de Cervantes de su *Viaje al Parnaso.* I, 47, 48.

Sevilla (Iba á), donde estaba su marido, que pasaba á las Indias.—En los tiempos que siguieron al descubrimiento de América, Sevilla era el emporio del comercio de Ultramar, don-

de se hacían los acopios y cargamentos, y se disponían los viajes para aquellas regiones. Bien informado estaba de ello Cervantes, que residió en Sevilla algunos años y estuvo empleado en el ramo de provisiones para las armadas y flotas de Indias. Tuvo también el proyecto de pasar á ellas, y solicitó, aunque sin fruto, que se le confiriese uno de los cargos que había vacantes en las provincias de Costafirme y de Goatemala. ¿Quién sabe si Cervantes, que apuntó en el *Quijote* tantos sucesos suyos efectivos, al hablar aquí de una «señora vizcaína», cuyo marido «pasaba á las Indias con un muy honroso cargo», quiso aludir á algún rival dichoso en que concurriese esta circunstancia? I, 181.—«Lugar tan acomodado á hallar aventuras». Hubo de decirse irónicamente y por burlarse de Don Quijote, porque no había lugar menos acomodado que Sevilla para hallar las aventuras caballerescas que buscaba el paladín manchego. I, 308.—[II, 112-114, n., etc.]

Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.—Parece expresión de algún azotado, que después refería con desvergüenza lo sucedido. Como cosa de los romances germanescos de Quevedo ó Góngora.—«*Caballero*» se entiende en el borrico que se acostumbra en semejantes casos. V, 241. —«Dineros llevo, porque *si buenos azotes me daban, bien caballero me iba*».) (Sancho á Don Quijote.) Con estas mismas palabras empieza la carta de Sancho á su mujer en el cap. 36, segunda parte (V, 241). VI, 433.

Si ella resiste á esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre. (Anselmo á Lotario.)—La mayor que, según Ariosto, puede experimentar una mujer:

> «*Che quella che dall' oro e dall' argento*
> *Difende il cor, di pudicizia armato,*
> *Tra mille spade via più facilmente*
> *Difenderallo, e in mezzo al fuoco ardente*».
>
> (*Orlando Furioso*, Canto 43, est. 68.)

III, 33.—Sancho (el gobernador) dijo á la esforzada y no forzada: «hermana mía, si el mismo aliento y valer que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza». V, 419, 420 (texto).

¿Si en seco hago esto, qué hiciera en mojado?—Expresión que recuerda otra muy parecida del Evangelio. (*Quia si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* Lucam, c. 23, v. 31.) II, 294 (t. y Nota).

Si eres alma en pena.—«Que pues es mi profesión favorecer..... á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer..... á los menesterosos del otro mundo». Esta ocurrencia y extensión de los oficios de la caballería andante á favor de las ánimas del Purgatorio, tan propias de la ocasión y de la locura de Don Quijote, manifiestan la feliz y oportuna inventiva del fabulista, como se observó ya en la aventura de Doña Rodríguez (V, 456); VI, 127.—«Poco hará al caso que él esté en el otro mundo; que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga». III, 304 (t).

Si mi «fuí» tornase á «es».—«Está tan recibido, decía Lope de Vega en la justa poética de San Isidro, que las glosas de las justas tengan uno ó dos versos dificultosos, que no parece que lo son, si no los tienen». Si ésta es ley de las glosas, es menester reconocer que está bien observada en la redondilla que sirve de tema á la presente; pero se quebranta otra que debiera ser la primera de todas, á saber: que la redondilla dijese algo, y nada dice; que contuviese algún concepto, y no le contiene. El sentido queda pendiente, ó, por mejor decir, no hay ninguno, y la copla es *inanis sine mente sonus*. Los clásicos antiguos despreciaron, ó, por mejor decir, no conocieron las glosas, los ecos, los acrósticos, que no tienen otro mérito que la dificultad vencida, y que prueban más bien paciencia que ingenio.

IV, 336.—Á mí me ha parecido que «*Si mi «fué» tornase á «es»* venía á ser lo mismo que «si lo que fué, tornase á ser ó estar».

Si no, conmigo sois en la batalla.—Fórmula con que suelen concluir las amenazas de los caballeros andantes, y expresión de desafío, muy frecuente en sus historias. Usóla ya Don Quijote, en el cap. 19 de la primera parte (II, 98), con los que conducían el cuerpo muerto de Baeza á Segovia. V, 59.

Sicut érat in principio.—«Así es y así será, dijo D. Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sicut érat in principio*», etc.—Véase *Reducille al gremio de su gracia.*—El «*sicut érat in principio*» es tomado del *Gloria Patri*. Todo huele á eclesiástico en estas expresiones. III, 344.—«No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote; que parece que te vuelves al «*sicut érat*». Con estas palabras se indica que Sancho volvía á la maña de ensartar refranes, que tuvo desde el principio. La verdad es que, á pesar de las reprensiones de su amo, y de los consejos que éste le había dado antes que fuese al gobierno, no se había corregido del vicio de amontonar refranes á trochemoche, como se ve en todas las ocasiones posteriores en que habla. VI, 422.

Siempre.—Véase *Jamás.*

Sierpes (Las), dragones y culebras hacen mucho papel en las historias de los andantes. III, 430-441.—Véase *Romances ó libros de caballerías.*

Sierramorena.—Cordillera bien conocida, que separa la Mancha de las provincias de Andalucía. Los romanos la llamaron *Mons Marianus*, de donde acaso vino el nombre de «*morena*», si ya no se lo dieron los castellanos de la Edad Media cuando dividía la España árabe de la cristiana, así como llamaron «*moreno*» al color ordinario de la tez de los

moros. Y acaso también se llamó «*Sierramorena*» por el color obscuro que presentaba á los manchegos en el horizonte, por una razón semejante á la que hubo para los nombres de «*Selva Negra*» y de «*Montes Claros*». II, 223.—La parte de Sierramorena en que se hallaba Don Quijote, es conocida en la historia por haber sido el teatro de dos memorables batallas: la de las Navas, en el año de 1212, y la de Bailén, en el de 1808. El retiro y penitencia de nuestro hidalgo le ha dado otro género de celebridad. Ambas batallas se dieron no lejos del sitio que aquí se señala como diputado y escogido por Don Quijote para imitar á Amadís, y por Cervantes para ridiculizar la afición á los libros de este aventurero y demás andantes; y allí fueron vencidas tres grandes potencias que en distintas épocas tuvieron tiranizada á España: los moros, los franceses y la afición á las lecturas caballerescas. II, 297.—La Sierramorena, por sus breñas, por su despoblación, por sus latrocinios, por haber sido por mucho tiempo la línea de división de las Españas cristiana y árabe, pudo prestar motivos de ficciones agradables á la imaginación é inventiva de los escritores. IV, 409.—«Dijo (Don Quijote) que no debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama», etc. Esta mala fama de Sierramorena, que, según aquí se indica, era ya antigua, se ha perpetuado hasta nuestros días, y aun se ha hecho proverbial. Las nuevas poblaciones construídas en el reinado y de orden de Carlos III, han disminuído la soledad, y con ella la frecuencia é impunidad de los latrocinios. I, 309.

Siete (Las) Cabrillas.—«Y sucedió que íbamos por parte donde estaban *las Siete Cabrillas*». (Sancho á la Duquesa.)—Constelación formada de siete estrellas que se hallan juntas en el signo de Tauro, y en que, según la fábula, fueron transformadas las siete hijas de Atlante y de la ninfa

Pleyone por haber querido su padre descubrir los secretos de los dioses.—En la descripción de las Siete Cabrillas por Sancho, zahiere Cervantes, según Ríos, la aventura que cuenta Ariosto de Astolfo, cuando fué éste á la Luna sobre su Hipógrifo. V, 339.

Siglo.—La vida eterna de los difuntos.—«Por el *siglo* de mi madre», III, 80; «de lo que más quiere», IV, 229 (t); «de todos mis pasados», V, 297; «de tus pasados», VI, 154 (t). —«Buen *siglo* hayan y buen *poso*». IV, 356.—Véase *Poso.*

Signo ó sino (El) de la cruz.—Peleaba el duque Floriseo con el gigante Goliano, que guardaba la Rica Selva encantada; y viéndose en gran aprieto, «hizo de presto con el estoque y con su brazo una ✠; la cual, en siendo vista por el gigante, se le cayó la porra de las manos, y las armas de su persona, y dando crueles gritos se fué huyendo por la selva».—El mismo Floriseo entró en «el castillo de las Siete Venturas, haciendo *el sino de la* ✠ y encomendándose á su santo devoto» (San Bernardo). Esto no estorbó que quedase encantado. V, 455.

Signum crucis (Per).—Véase *Per signum crucis.*

Sigüenza (Graduado en).—Cervantes tuvo aquí, al parecer, intención de ridiculizar al cura de la Argamasilla, como alumno de una de las universidades que llamaban menores, y solían ser el objeto del humor chistoso y picante de nuestros escritores. Cervantes lo hizo aquí con la de Sigüenza, y en la segunda parte (V, 438) lo repitió con la de Osuna, donde se graduó el Dr. Pedro Recio de Tirteafuera, «médico insulano y gobernadoresco». I, 8.—«Y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna». Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las menores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8), y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salamanca (IV, 10). En el dia hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. En cambio, Tamayo de Vargas llamó á Cervantes «ingenio lego», y Avellaneda mostró despreciarle por indocto y falto de estudios académicos. La posteridad ha fallado este pleito, y sin apelación. V, 438.

Silencio (El mismo) guardaba silencio.—Expresión que alaba Ríos, pero que yo (observa Clemencín), por mi parte, hallo exagerada y conceptuosa. VI, 378.

Sileno (Aquel buen viejo).—Sileno, según la fábula, fué ayo ó pedagogo de Baco, á quien se llama con propiedad dios de la risa. I, 19.—Á quien, sepultado en vino y en sueño, según pinta Virgilio, ataron Cromis y Nasilo en una gruta: caso que se cita como parecido al de Don Quijote, enjaulado estando dormido. III, 347.

Silepsis.—«Infinita gente deseosos».—Ejemplo notable de la figura silepsis, que frecuentemente se comete con los nombres colectivos. VI, 305.—*Silepsis.* Gramática. Figura de la oración, que se comete cuando se suple lo que falta en ella de la parte más cercana, mudando el género, número, caso ó algún otro accidente, ó cuando se atiende más al sentido que á las palabras. (Academia.)

Siliceo (D. Juan Martínez).—«Premio justamente merecido». —Ejemplo fué de ello D. Juan Martínez Siliceo, quien, desde los principios más humildes y la más extremada pobreza, llegó por su piedad y sabiduría á ser colegial del Mayor de San Bartolomé de Salamanca, preceptor de Felipe II, obispo de Cartagena, arzobispo de Toledo y cardenal de la Iglesia romana. Murió en Valladolid el año de 1557. III, 131.—«Estando en Italia, escribió una breve disertación en prosa para leerse en ambas lenguas (la castellana y la latina), dirigida á probar á varios eruditos, amigos suyos en aquel país, que el castellano tenía más semejanza con el latín que el italiano». (Ticknor.)—(III, 401, n.)

Silo de bellaquerías.—«*Silo*», cueva subterránea y enjuta, pa-

ra guardar trigo. Los latinos dijeron *sirus*, tomándolo del griego, según se ve por los antiguos geopónicos (escritores de agricultura: Salvá). De aquí recibieron los castellanos primitivos este modo de conservar los granos, y la palabra «*silo*», que se halla ya en el Fuero Juzgo, traducido de orden del rey San Fernando. III, 343.

Silva (Feliciano de).—Su *Florisel de Niquea*. Censura de su estilo y de sus disparates. Véanse las Notas: I, 5-7; II, 266, 267; V, 399.—Véase *Razón (La) de la sinrazón*.—[I, 241.

Silvestre (Gregorio).—Campeón, con Cristóbal de Castillejo, de las redondillas y arte que entonces llamaron «castellana», se llamó á sí mismo *Silvano*, nombre que también le dieron sus amigos y contemporáneos. VI, 356.—«Gregorio Silvestre, portugués de nacimiento, pero que fué aún niño á España, donde residió y murió en 1570, es otro de los poetas que escribieron en el antiguo estilo y metro español. Á pesar de haber nacido en Portugal, Silvestre empleó en sus poesías una dicción pura y castiza; sus mejores composiciones son sin disputa las de la antigua escuela. Sus canciones deben ser colocadas entre las mejores que se han escrito en castellano». (Ticknor.)—[I, 465-67 y notas, etc.]

Silvoso Pirineo.—«*Silvoso*» se dijo, no por el silbo y ruido de los árboles movidos en las grandes alturas por el viento, que en todos los montes es lo mismo, sino por la espesura y abundancia de las selvas que visten el Pirineo. Aplicó la misma calidad al Apenino Ariosto, hablando del ejército del rey Agramante contra el emperador Carlos: «*Del* silvoso *Appenin tutte le piante*»; y Lope de Vega, en la comedia del *Bastardo Mudarra*, á un valle poblado de hayas:

> «*Yace en la falda deste monte un valle*
> Selvoso *de hayas, que á un solar dan nombre*».

II, 79, 80.

Silla á la jineta.—Dábase este nombre á la silla de montar con los arzones más altos; y lo decía Sancho para ponderar la ligereza con que la aldeana había pasado de un salto el arzón trasero, pudiendo, según su expresión, «enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano». (IV, 179.) IV, 183.

Silla de Babieca. III, 470.—Véase *Babieca*.

Silla (Una) de marfil.—«¿Qué el hacerle sentar sobre *una silla de marfil?*» No le ocurrió á Don Quijote materia más preciosa de que pudiese hacerse una silla, ó se acordó de las sillas curules de los magistrados romanos, que eran de marfil, ó del escaño del Cid, que, según dicen, era de la misma materia, ó de la silla, también de marfil, en que estaba sentada la infanta Floripes cenando con los caballeros de Carlomagno á quienes había sacado de la prisión en que los tenía su padre el almirante Balán. III, 480.—Véase *Escaño del Cid*.

Sillas. III, 32; IV, 164.—Véase *Estrado*.

Sillas de manos.—Las que en tiempo de Covarrubias, citado por Bowle, se llamaban «toldillos». V, 464.—«Con una *silla de manos*..... le llevaron (á Don Quijote) á la ciudad». VI, 329 (t).

Sima (La) de Cabra.—En la sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba, como á media legua de la población, se encuentra una boca de tres á cuatro varas de ancha y cinco á seis de larga, en que empieza la sima de Cabra, y sigue perpendicularmente con varias concavidades hondas á los lados. Dió estas noticias un hombre que el año de 1683, por disposición judicial, bajó pendiente de una cuerda á extraer un cadáver que habían arrojado á la sima los asesinos. D. Bartolomé Sánchez Feria, refiriéndose á las noticias del proceso, dijo que la sima tiene 143 varas de profundidad y que acaba en una especie de salón, en cuyo medio, debajo de la boca de la sima, hay un gran montón de tie-

rra y piedras que han ido arrojando los pasajeros. No hay noticia de que los naturales hayan visto salir fuego ni humo por la boca de la sima de Cabra, aunque suelen decir que es una boca del infierno. Hicieron mención de la sima de Cabra, Vicente Espinel en las *Relaciones del escudero*, y Luis Vélez de Guevara en el *Diablo Cojuelo*. Cervantes la hizo también en las *Ordenanzas de los poetas* que añadió al *Viaje al Parnaso;* y en ellas se prescribe que á «los niños llorones ó traviesos se les amenace con que viene un mal poeta, que los echará en la *sima de Cabra* ó en el *pozo Airón*». (Véase *Pozo Airón.)* IV, 237, 238.

Simas.—«Cayeron él (Sancho) y el rucio en una honda y escurísima *sima*».—Á propósito de *simas*, dice Lope de Vega en el canto 2.° de *Angélica:*

> *«Bien puede ser que tradiciones mientan;*
> *Pero de antiguas cuevas en España*
> *Cosas notables y inauditas cuentan*
> *Que la opinión vulgar siempre acompaña.*
> *Toledo y Salamanca la acrecientan;*
> *Pero si la primera historia engaña,*
> *La cueva de Toledo en sus ruïnas*
> *Señales muestra de memoria dinas».*

Lo de Salamanca debe referirse á la cueva de San Patricio. VI, 118.

Simón Forte, Clauquel Torrellas.—«Yo soy Claudia Jerónima, hija de *Simón Forte*, tu singular amigo, y enemigo particular de *Clauquel Torrellas*».—Hay en Cataluña dos familias ilustres que llevan una el apellido *Simó* y otra el de *Forte*, de las cuales pudo formar aquí Cervantes el nombre de «*Simón Forte*». La casa de Torrellas es una de las distinguidas en la misma provincia, y consta la existencia de un Ramón Torrellas á fines del siglo XVI ó principios del XVII. No sucede así respecto á la de Clauquel. VI, 235.

Simple discreto.—Háblase del papel del *simple discreto*, en lo que al pronto parece que hay contradicción, porque la simpleza lleva consigo la necedad y la bobería; pero el que en tiempo de Cervantes hacía en las tablas el papel del *bobo* ó *simple* (que de ambos modos se le llamaba), necesitaba de mucho talento para desempeñarle, porque, como dijo en otro lugar Don Quijote (IV, 64), «la más discreta figura de la comedia es el bobo». Aquella expresión explica la presente. IV, 206.—Véanse *Bobo (El)* y *Rueda (Lope de).*

Simples (Más) que curiosos.—Pudiera parecer al pronto que entre «*simples*» y «*curiosos*» no hay la contradicción que este modo de hablar supone; pero la hay realmente. Los *simples* y crédulos tuvieron por milagro lo que veían: si fueran *curiosos*, hubieran investigado antes la verdad, y encontrado que no era milagro, sino industria y maña. IV, 365.

Simulacro de la honestidad.—«Bastaron á hacer creer á Anselmo que tenía en Camila un *simulacro de la honestidad*».—Y ciertamente era *simulacro*. Pero no se puso aquí esta voz en la significación, que le es más propia, de «imagen» ó «apariencia» fingida, sino en la de «modelo y dechado» verdadero y digno de imitarse. III, 69.

Sin daño de Barras.—Sin perjuicio de tercero. V, 336.—Véase *Barras (Sin daño de).*

Sin par.—«La *sin par* Dulcinea». «*Sin par*» es dictado que daban frecuentemente á sus damas los caballeros andantes en sus historias. Hízose con particularidad en la de Amadís de Gaula, donde se dice que el rey «Lisuarte traía consigo á Brisena, su mujer, y una hija que en ella ovo cuando en Denamarca moraba, que Oriana avía nombre, la más fermosa criatura que nunca se vió: tanto, que ésta fué la que «*sin par*» se llamó, porque en su tiempo ninguna ovo que igual le fuese». Los demás autores caballerescos imitaron al del libro de *Amadís*, y Cervantes remedó á todos. I, 81.—«Envíanos al *sin par* Clavileño». Como si

dijéramos: «la *sin par* Oriana», «la *sin par* Dulcinea». El mayordomo siempre es el mismo. V, 314.

Sin que me le apalee.—Véase *Apalee (Sin que me le)*.

Sin responderle palabra alguna.—«Y se dejaba besar (el rucio) y acariciar de Sancho *sin responderle palabra alguna*». Frialdad que no se espera, y hace reir. II, 479.—La misma expresión del texto se repite en la aventura de la sima donde cayó Sancho al volver de su gobierno de la Ínsula Barataria al palacio de los Duques. «Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba *sin responderle palabra alguna*». (IV, 121.)—Bowle copia el pasaje de *Orlando inamorato*, de Mateo Boyardo, que pudo servir en esto de original á Cervantes, y Pellicer, el mismo pasaje en la traducción de Francisco Garrido de Villena. El conde Orlando había encontrado sin jinete al caballo Bayardo, y, hablándole como si fuese persona racional, le preguntaba con instancia por su amo:

> «*Así el conde al caballo preguntaba,*
> *Y no le respondió porque no hablaba*».

VI, 121.—«Y la cabeza (encantada) le respondió sin mover los labios». Frialdad como otras que se han notado en sus lugares respectivos. VI, 278.

Sin ser oído ni visto.—«Y, cogiendo á Don Quijote en brazos *sin ser oído ni visto*».—Quiere decir, «con mucha presteza», con tal velocidad, que no hay lugar para verlo ni oirlo. V, 125.

Sinabafas (Criadas entre) y holandas.—«*Sinabafa*» era una tela muy delgada, según D. Sebastián de Covarrubias. «*Holanda*» es todavía en el uso actual nombre de un lienzo muy fino, usado para ropa blanca de gentes ricas y acomodadas. Y así lo era también en el siglo XV, en que Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, confesor de la reina Doña Isabel, en un opúsculo «contra la demasía de vestir y calzar», hablaba de los excesos «en las *holandas* é finas bretañas é otros lienzos costosos». II, 11, 12.

Siniestro.—Suele significar «desgraciado, infausto». VI, 411. —Véase *Buena manderecha*.

Sino.—«El cual respondió con no menos, *sino* con mucha más gallardía».—El orden no está bien. Debiera decir: «no con menos, sino con mucha más gallardía». La partícula «*sino*» exige que la preceda en su debido lugar otra á quien se refiera; y tiene tal fuerza esta colocación, que, si se altera, cambia y destruye el sentido, como sucede en la expresión presente, la cual equivale á esta otra: «respondió con igual, *si no* con mucha más gallardía», donde desaparece la contrariedad que debe haber entre «*menos*» y «*mucha más*». La negación debe recaer, no sobre el «*menos*», sino sobre el «*con menos*». II, 204.

Sinónimos.—D. Miguel Casiri, en su *Biblioteca escurialense*, ponderando la abundancia de la lengua arábiga, dice que tiene cincuenta voces para significar los *ojos*, ochenta para la *miel*, doscientas para la *serpiente*, quinientas para el *león*, y más de mil para la *espada*. La latina no es tan abundante. En castellano tenemos diez y siete (mencionados) y acaso otros que no me ocurren. Pero todas estas palabras en rigor no significan una misma cosa, porque los sinónimos son raros en todos los idiomas, y las palabras á que vulgarmente se suele dar este nombre, tienen por lo común diferencias y acepciones que las distinguen entre sí. Véase la Nota para las varias acepciones de las voces que significan *espada*. III, 73, 74.

Sinrazón.—Véase *Razón (La) de la sinrazón*.

Sirgo.—«De oro, *sirgo* y perlas contextas y tejidas». «*Sirgo*», palabra derivada del latino *sericum*, que muchos creen que era el nombre de nuestra seda entre los antiguos. IV, 138.—*Sirgo:* la seda torcida, tela hecha ó labrada de seda. (Academia.)

Sirtes, Escilas, Caribdis.—Bancos y escollos de las costas de África é Italia, que los poetas pintaron como muy temibles á los navegantes: significan aquí generalmente cualesquier peligros. III, 130.

Sis.—Sobre el género de nombres terminando en *sis*, como *frasis*, *basis*, *antifrasis*, etc. III, 325.—Véase *Frasis*.

Sobradisa.—«El reino de Dinamarca ó el de *Sobradisa*».—Reinos de que se hace mención varias veces en la historia de Amadís de Gaula. Su hermano D. Galaor llegó á ser rey de Sobradisa por su casamiento con la hermosa Briolanja. El nombre de Sobradisa tiene un aspecto de burlesco, y viene tan al propósito de lo que intenta persuadir Don Quijote, que á algunos lectores que no tenian noticia anterior de él por la lectura del *Amadís*, les ha ocurrido que era de la invención de Cervantes. Pero si no tuvo el mérito de la invención, no puede negársele el de la oportunidad. I, 223.—Véase *Galaor*.—Abiseos, usurpador del reino de Sobradisa: tenía su capital del mismo nombre. II, 275, 431.

Sobre mí la capa cuando llueva.—Chiste del labrador que, como si se tratase de asunto grave, iba, según parece, á decir que corrían de su cuenta ó que tomaba sobre sí las resultas de su consejo, ó la responsabilidad, como ahora se diría. VI, 348.

Sobre mí si lo errare.—Aconsejaba Sancho á sus oyentes que se conformasen con lo que dijese Don Quijote como inteligente y práctico en la materia, añadiendo: «y *sobre mí si lo errare*»; quiere decir: «yo salgo fiador ó responsable de que no lo yerran». V, 80.

Sobre modo.—«Contestó *sobre modo*».—Modo adverbial tomado del latín, que no es de uso común, pero muy significativo, y del que se valió Cervantes otras dos veces en esta segunda parte. También se halla en sus *Novelas*. VI, 432. —«En una sala baja, fresquísima *sobre modo*». IV, 428 (t).

—«Y ella (la Duquesa), alegre *sobre modo*». V, 423 (t).

Sobresaltos (Los) que me dió el corazón.—«*Sobresaltos*» es impropio. Del corazón no se dice que da *sobresaltos*, sino *saltos*; y así se lee más adelante en el cap. 42 de esta primera parte (III, 260): «El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le *dió saltos* el corazón y barruntos de que aquél era su hermano», etc. II, 377.

Socaliñado de pajes (El vituperoso y abatido género dueñesco,). —*Socaliñar:* sacar á uno con artificio y maña alguna cosa que no está obligado á dar. (Academia.) V, 312.

Socapa (Á).—«Elena no iba de muy mala gana, porque se reía *á socapa* y á lo socarrón». Esto es, á hurtadillas, encubiertamente. (Arrieta.) VI, 418 (t).

Soga de Teseo.—Es lo que se llama comunmente el «hilo de Ariadna», que ésta dió, según refiere la fábula, á su amante Teseo, para que, atándolo á la entrada del laberinto de Creta, pudiese volver á salir,

Coeca regens filo vestigia,

que dijo Virgilio.—Á fines del cap. 25 (II, 326) hablándose de este mismo hilo, equivocó Cervantes á Perseo con Teseo. Aquí está bien. III, 422.—«Á imitación del hilo del laberinto de Perseo». La semejanza de los dos nombres de «Perseo» y «Teseo» ocasionó el error con que Cervantes puso uno por otro. El Dr. Bowle, que no pudo menos de advertir el error, quiso, al parecer, paliarlo, diciendo que Cervantes aludió á cierto pasaje de las *Metamorfosis*, de Ovidio (lib. IV, al fin), en que Perseo cuenta que penetró por lugares extraviados y horrorosos hasta la morada de las Gorgónidas, donde cortó la cabeza á Medusa, que estaba dormida; pero en lo de Perseo no hubo *hilo* ni *laberinto*, cuya mención no puede dejar duda de que se habla aquí del suceso de Teseo. Y que fué, no ignorancia, sino descuido de Cervantes, se ve por la expresión del ca-

pítulo 48 de esta primera parte (III, 422), en que el mismo Don Quijote, que aquí habla del *laberinto de Perseo*, le dice á Sancho que los encantadores habrían tomado ciertas formas «para ponerte (le dice) en un laberinto de imaginaciones que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la *soga de Teseo*». Véase el resto de la Nota: II, 326.

Sol (Aun hay sol en las bardas.—Expresión metafórica tomada de cuando, al ponerse el sol por las tardes, sus rayos, levantándose progresivamente, van dando sólo en los puntos elevados del suelo. Se indica que, aunque hay ya menos tiempo, todavía queda el suficiente para hacer alguna cosa. IV, 59.

Solapa (De).—«He visto que no nos escucha nadie *de solapa*». Esto es, encubierto ó escondido de propósito, para escuchar. (Arrieta.) V, 178 (1).

Solazarse.—«Dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo *se estaban solazando*».—Palabra noble y hermosa, hija del latino *solatium*, de que un uso injusto ha privado á nuestro idioma, ó desterrándola entre las anticuadas, ó envileciéndola (lo que es aún peor) con una significación baja y picaresca. I, 31.

Solisdán.—Su soneto á Don Quijote de la Mancha. No encuentro semejante nombre en los libros caballerescos, y así, lo considero invención de Cervantes, que quiso poner en su boca este soneto de lenguaje viejo y anticuado. I, LXX (Prólogo).

Sólito.—«Recibid, señora, con vuestro *sólito* agrado al señor Don Quijote de la Mancha».—Pudiera ocurrir que «*sólito*» era arcaísmo, y que Cervantes lo ponía en boca de Don Diego de Miranda como propio del estilo caballeresco, donde es frecuente el uso de los arcaísmos, y usándolo D. Diego por la noticia que ya tenía del pie de que cojeaba su huésped. Pero antes había contado D. Diego (IV, 279) que «los libros de caballerías aun no habían entrado por los umbrales de sus puertas».—«*Sólito*» no debe calificarse de

arcaísmo, sino de italianismo, como otros del *Quijote* (Véase la Nota: V, 292), tanto más que la misma palabra se halla usada una y otra vez en la novela de *Rinconete y Cortadillo*, donde no tiene lugar la conjetura. En castellano decimos «*insólito*», y es uno de los vocablos negativos cuyos primitivos no son de nuestro idioma, como sucede en «*invicto*» y otros muchos. IV, 321.

Solo y señero.—«Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, *solas y señeras*».—En las ediciones tanto antiguas como modernas del *Quijote*, se había leído siempre «*solas y señoras*» hasta que lo corrigió con mucho acierto D. Juan Antonio Pellicer, poniendo en la suya «*solas y señeras*». Con efecto, nada significaba aquí «*señoras*»; y «*señeras*», que equivale á «*singulares*», de cuya palabra pudo derivarse, se encuentra en otras obras de Cervantes, en el *Persiles*, y en la novela de la *Gitanilla*, donde se refiere que el gitano fingido Andrés, «por más que le dijeron, quiso ser ladrón *solo y señero*», esto es, «solo y sin compañía». En la misma significación se halla «*señéro*» en los documentos más antiguos de nuestra lengua. La Academia Española adoptó esta enmienda en su edición de 1819. I, 233.

Solón y Licurgo.—Véase *Licurgo y Solón*.

Son (Sin esperar) de trompeta ni otra señal que los avisase:

«*Senza che tromba ò segno altro accennasse*»

(*Orlando Furioso*, c. 33, est. 79.)

como dijo Ariosto al describir el combate que tuvieron Gradaso y Reinaldos junto á la fuente, sobre cuál de los dos había de quedar por dueño de la espada Durindana y del caballo Bayarte. La misma expresión se repite en el cap. 64 de esta segunda parte (VI, 325), al contarse la segunda batalla de Don Quijote con el bachiller, convertido ya en el caballero de la Blanca Luna. IV, 253, 254.

Sonetos.—El soneto es, entre las composiciones métricas breves, la más difícil. Boileau dijo en su *Arte poética:*

Un sonnet sans défauts vaut seul un long poème;
Mais en vain mille auteurs y pensent arriver,
Et cet heureux Phénix est encore à trouver.

Góngora, aunque no tan severo como Boileau, creyó que un poeta no puede pasar de hacer uno bueno, y dijo en una letrilla:

Que se emplee, el que es discreto,
En hacer un buen soneto,
Bien puede ser.
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
No puede ser.

Sin embargo, el mismo Góngora hizo muchos, Lope de Vega publicó muchísimos; pero entre todos hay muy pocos buenos. Cervantes verificó la regla que dió Góngora en su letrilla: hizo un soneto bueno, que fué el del túmulo de Felipe II, y que con razón llamó «honra principal de sus escritos» en el *Viaje al Parnaso*; mas de allí no pasó. —Según la opinión más acreditada entre los literatos, el soneto se inventó en Sicilia corriendo el siglo XII. En el XIII recibió forma más fija y leyes más severas en el continente de Italia; y Petrarca compuso más de trescientos en el XIV. Finalmente, se encuentran ya sonetos castellanos desde el marqués de Santillana D. Íñigo López de Mendoza, que murió el año de 1458, á principios del reinado de D. Enrique IV. IV, 345.—Sonetos dirigidos á Don Quijote, Dulcinea, Sancho, Rocinante, etc. I, LXII-LXX (Prólogo).—Varios sonetos en el *Quijote*. II, 359; III, 46, 47, 172, 173.—Véase *Centones*.—[I, 337 y n., etc.]

Sopa (Para) de arroyo y tente bonete, no hay arma defensiva en el mundo.—«*Sopa de arroyo*», significa «guijarro», por los que hay ordinariamente en los arroyos, donde, revueltos con el agua turbia en ocasión de avenidas, parecen *sopas*. «*Tente bonete*», expresión citada por Quevedo en el *Cuento de cuentos*, es «con empeño, tesón, porfía». Uno y otro pertenecen al estilo familiar. IV, 201.—«*Sopa de arroyo*». Metafórica y vulgarmente se llamaban así las piedras ó cantos, como asimismo «*tente bonete*», y «*lágrimas de Moisén*». En la comedia *Selvagia* dice el criado Carduel: «¡Ay! no nos envíen por colación algunas *lágrimas de Moisén* ú *sopas de arroyo*». (Pellicer.)—*Sopa de arroyo*: familiar. La piedra suelta ó guijarro. (Academia.)

Sopistas.—«Que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman «*andar á la sopa*». Como aquel hidalgo pobretón de quien cuenta Quevedo en el *Gran Tacaño*, que pedía ración doble en la portería de San Jerónimo para una familia necesitada, y luego sorbía con gran valor detrás de la puerta. Esta manera sórdida de seguir la carrera de las letras, que era tan común en tiempo de Cervantes, apenas es ya conocida en el nuestro. Llamábanse estos estudiantes «*sopistas*», por la sopa que les daban á la puerta de los conventos, y también «*brodistas*», por el brodio ó bodrio de que se alimentaban. Posible es que este mísero recurso haya servido una ú otra vez para fomentar el ingenio y los talentos; pero es sin duda, que ha producido innumerables sujetos ineptos, y que ha privado de infinitos brazos á la agricultura y á las artes, donde tampoco son inútiles ni el ingenio ni los talentos. III, 129.—Véanse *Andar á la sopa* y *Brodistas*.

Sortija (Correr).—«*Sortija*», juego ecuestre en el cual el jinete intenta, durante la carrera, enfilar con su vara una sortija pendiente en una cinta. VI, 285.

Solaermitaño.—«Una *solaermitaño* que en la ermita hallaron».

—La tenienta de ermitaño. (Arrieta.) V, 8, 10 (t).—Véase *Menos mal hace el hipócrita que se finge bueno*, etc.

SS (Las cuatro) que dicen que han de tener los buenos enamorados: sabio, solo, solícito y secreto. III, 50.—Véase *Lágrimas (Las) de Angélica*.

Stultórum infinitus est númerus.—El texto latino que se cita y dice que «es infinito el número de los tontos», es del libro del Eclesiastés, cap. 1.°, v. 15. Con él trata el bachiller de tontos á los que gustan del *Quijote*; y esto es, ó bufonada de Carrasco, ó modestia, no muy oportuna, á la verdad, ni sincera, de Cervantes. IV, 69.

Subir de punto.—Frase. Crecer ó aumentarse alguna cosa. (Academia.)—«Tan gran perfección de hermosura, que no la pudo *subir* más *de punto* la naturaleza. V, 274 (t).—«Y aun las *subía de punto*». VI, 19 (t).

Sudar el hopo.—«Y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos *ha de sudar el hopo*». «*Hopo*» es nombre que se da en especial á la peluda y larga cola de la zorra; y se dice que le «*suda el hopo*» al que trabaja con afán y fatiga, como le sucede á este animal cuando huye con todo su esfuerzo, para evitar que le alcancen los perros. I, 212.—«*Sudar el hopo*» es frase familiar, que se usa para dar á entender que cuesta mucho afán y trabajo el conseguir ó ejecutar alguna cosa. (Arrieta.)

Sudar los dientes.—«Que á fe que primero que le vuelva á mi poder, me *han de sudar los dientes*». La acción de sudar no conviene á los dientes, y pudiera sospecharse que hay vicio en el texto: á no ser que con la dificultad de «*sudar los dientes*» se quisiese ponderar la de recobrar el mono. V, 61.

Suelos (Por esos).—«Que anda lo de mi marido *por esos suelos*, (dijo la huéspeda cuando arremetió al barbero), que es vergüenza; digo el peine que solía yo colgar de mi buena cola». II, 507 (t).—*Por el suelo* ó *por los suelos:* modo adverbial con que se explica el desprecio con que se trata

alguna cosa, ó el estado abatido en que se halla. (Academia.)

Sueño (Bien haya el que inventó el).—«No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y *bien haya el que inventó el sueño;* capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sólo una cosa mala tiene el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces.» Con efecto, es demasiado ingenioso y culto el lenguaje de Sancho en esta ocasión, como en algunas otras de la fábula (véanse las Notas: IV, 96, 97; VI, 2, 168); y tanto, que desdice notablemente del carácter señalado á nuestro escudero. Cotéjese este lugar con los otros de «*voquibles*» y «*fácil*», (IV, 56, 119), y se verá que no pueden atribuirse á una misma persona. Verdad es que en el segundo de los dos pasajes hubo exageración, atribuyéndose á Sancho una rusticidad que no le era propia. Cervantes, sin duda, echó de ver esta desigualdad de lenguaje, y quiso prevenir y anticiparse al lector para desarmarle y disminuir el cargo poniéndolo en boca de Don Quijote. («No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote», etc. IV, 119). VI, 367, 8 (t), 368.

Sueño (Segundo).—«Don Quijote despertó á las voces». Es la única vez, en todo el discurso de la fábula, que Don Quijote despierta después que Sancho. Éste era dormilón: «nunca conoció *segundo sueño*», porque el primero le duraba toda la noche (VI, 365), y «tenía por costumbre dor-

mir cuatro ó cinco horas las siestas del verano» (V, 176). «Duerme tú», le decía su amo en la aventura de los batanes, «duerme tú, que naciste para dormir». (II, 122.)—Don Quijote era de poco sueño; y así debía suceder siendo lóco. Antes de emprender el ejercicio de la vida caballeresca, se le pasaban de claro en claro las noches leyendo (I, 10); después solía emplearlas entreteniéndose en sabrosas memorias de su señora (I, 255); y cuando dormía, satisfacía á la naturaleza con el primer sueño, sin dar lugar al segundo. (VI, 365.) II, 229.

Sueños (Relaciones de).—La aventura de la cueva de Montesinos es, entre todas las del *Quijote*, donde más lució la inventiva de Cervantes. El encuentro de Dulcinea encantada en la cueva de Montesinos, estaba enlazado con los sucesos anteriores de la visita del Toboso y la maliciosa ficción de Sancho, y es el fundamento y la clave, digámoslo así, de los restantes trámites de la fábula. Es un incidente fecundo en consecuencias y aplicaciones, que viene á ser el núcleo principal de lo que forma el enredo y el desenlace de la acción hasta el fin de la segunda parte. La felicísima ocurrencia de haber colocado la relación de la aventura en un sueño de Don Quijote, quita toda clase de inverosimilitud á las particularidades. Los épicos antiguos hicieron intervenir á los dioses en los casos á que no alcanzaba lo humano; en los libros caballerescos se asignaron estas funciones á los encantadores y nigromantes; Cervantes suplió estos medios por el del sueño, que salva absolutamente lo inverosímil, porque nada lo es pasando entre sueños. Es verdad que Don Quijote refiere que, después de dormirse en la cueva, despertó, y que, despierto ya, vió á Dulcinea y cuanto refiere de la cueva; pero el lector ve claramente que el despertar fué soñado, y así también lo demuestra el estado en que sacaron á Don Quijote de la sima, y el trabajo que después de sacarle costó el

despertarlo. Don Quijote lo creyó de buena fe, como loco, y en adelante hizo del desencanto de su señora el objeto de sus deseos y esperanzas.—Muchos escritores antiguos y modernos tuvieron el pensamiento de reducir sus producciones á la relación de un sueño. Así lo hizo Tulio en el de Escipión, donde, bajo la forma fugaz de un diálogo soñado, agitó las cuestiones más importantes de la filosofía. La *Divina Comedia* del Dante, los *Triunfos* del Petrarca, el *Corbacho* de Bocacio, son también relaciones de sueños. Entre nosotros, D. Francisco de Quevedo usó de este mismo artificio en sus opúsculos intitulados *La visita de los chistes*, *La casa de los locos de amor* y *El sueño de las calaveras*, y lo mismo D. Diego de Saavedra en su *República literaria*, una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura: pero ninguno aventajó á Cervantes en la oportunidad de emplear este medio para conciliar lo falso con lo verosímil en el progreso de su fábula. En toda ella no hay aventura mejor imaginada, ni que más claramente manifieste los quilates del ingenio de su inmortal autor. Se aprovechó Cervantes de las antiguas hablillas creídas vulgarmente en el país de su héroe; las amalgamó con las noticias de los romances, también antiguos, que andaban en boca de todos sobre Montesinos, sobre Durandarte y los amores de éste con Belerma; combinó estas circunstancias del error y del capricho con las reales y físicas del nacimiento del Guadiana, de las lagunas de donde nace, de su desaparición y segundo nacimiento, de la calidad de sus aguas y pesca; añadió, de la fértil y florida vena de su ingenio, la existencia, no mencionada en los romances y consejas populares, del escudero Guadiana, de la dueña Ruidera, sus sobrinas é hijas; la transformación de aquél en río y de éstas en lagunas; hizo intervenir en estos sucesos á Merlín, reputado padre de la magia en la opinión del vulgo europeo; acumuló con suma

gracia y oportunidad á estas transmutaciones la de Dulcinea; y de todos estos elementos, aglomerando lo natural, lo histórico, lo ridículo y lo caballeresco, formó la aventura más feliz y más poética del *Quijote*. IV, 451, 452.

Suizo y *esguízaro*.—«En alemán ó en tudesco».—Debió ser «en alemán ó tudesco». Como el texto lo dice, indica cosas distintas; mas no lo son en castellano «alemán» y «tudesco»; como tampoco «*suizo*» y «*esguízaro*». VI, 100.—Véase *Alemán, tudesco*.

Sujeto, por «asunto».—«El *sujeto* que ofrecían».—Así se dijo también en el cap. 25, donde, hablando de los poetas que celebran bajo nombres supuestos á sus damas, dice Don Quijote: «las más se las fingen por *sujeto* á sus versos». (II, 317.) Y el mismo canónigo, en el cap. 48 siguiente, «¿Qué mayor disparate, dice, puede ser, en el *sujeto* que tratamos, que salir un niño», etc. (III, 402.) Y no fué solo Cervantes el escritor de nota que usó de la palabra «*sujeto*» en esta acepción; bien que no es la más común que tiene en castellano, donde más frecuentemente significa la «persona». Sirva esto de prevención para el caso que á algún lector le ocurra la duda de si el «*sujeto*» del texto es galicismo ó italianismo. III, 390.

Súmulas de Villalpando.—Gaspar Cardillo de Villalpando, teólogo que se distinguió en el concilio de Trento por su saber y elocuencia, fué natural de Segovia, colegial de San Ildefonso, beneficiado de Fuentelsaz y canónigo de Alcalá. Compuso con arreglo á las ideas recibidas comunmente en su tiempo, y publicó en Alcalá el año de 1557, la *Suma de las súmulas*, dedicada á la universidad, la cual dispuso que éste fuese el libro por donde se estudiase la dialéctica en sus escuelas. Cervantes, como natural de Alcalá, donde vino al mundo el año de 1547, diez antes de la publicación de las *Súmulas*, debía estar bien informado de estas particularidades. III, 365.

Superchería.—«La *superchería* está descubierta». «*Superchería*» es el artificio y dolo que da ventaja indebida á alguno de los combatientes. La ventaja en la presente ocasión era la desproporción del número. V, 83.

Superlativarse.—«Á pesar de que ésta y otras no pueden *superlativarse*»: permítaseme el uso de esta voz en obsequio de la claridad. (Clemencín.) V, 3.

Supersticiones.—Véase *Agüeros*.

Supersuperlativos.—«*Muy sabrosísimo* queso». La reunión de la partícula «*muy*» con el superlativo, que se advierte aquí, está desterrada de nuestro uso actual, pero estuvo admitida en el antiguo. Muchos ejemplos citados. Obsérvese que la lengua castellana en su primera edad no tuvo superlativos. En nuestros libros y romances viejos la partícula «*muy*», añadida al positivo, esforzaba entonces su significación todo lo posible. Después vinieron los superlativos castellanos propiamente dichos, que nuestro idioma heredó de su madre la lengua latina. III, 507, 508.—«Doy por *bien empleadísima*». Cuando se quiere esforzar la significación de algún adjetivo y elevarle á superlativo por medio de alguna partícula, se hace superlativa á ésta, y no se toca al adjetivo. Así, se dice «tiempo *malísimamente empleado*», y no «*mal empleadísimo*»; «plaza *valentísimamente defendida*», y no «*valientemente defendidísima*». Conforme á esta analogía, las personas cultas nunca juntan el superlativo con la partícula «*muy*», á pesar de que ésta y otras no pueden superlativarse. V, 3.—«Decid lo que *quisieredísimis*». Era propio de la feliz inventiva de Cervantes exagerar á lo sumo el ridículo con esta aplicación de la forma superlativa, no sólo á los nombres, como «*cuita*», «*mancha*», «*escudero*», «*Quijote*» y «*dueña*», sino también á un verbo, como «*quisiéredes*». V, 270.

Sus.—«Ea, *sus*, salgan mis caballeros». «*Sus*», interjección nacida del latino *sursum*, «arriba», que igualmente se usó

en el francés antiguo, de lo que hay ejemplos en la historia de Tristán. Del mismo origen vino el adverbio castellano «*suso*», que también significa «arriba», y es correlativo de «*ayuso*», «abajo». Gonzalo de Berceo, en los *Signos del juicio*, hablando de los cuerpos de los bienaventurados, dice:

«*Volarán suso el yuso á todo su talento*».

Estas dos voces se hallan ya hace tiempo anticuadas; pero se conservaron alguna vez, cuando dos sitios de igual nombre, estando inmediatos, necesitaban distinguirse por su situación, como sucedió con el monasterio de San Millán de *Suso*, donde se crió el mencionado Gonzalo de Berceo, y se llamó así para distinguirse del monasterio de San Millán de *Ayuso*. II, 167, 168.

Sustantivos.—«Un pastor *cabrerizo*..... el cual pastor ó *cabrerizo*». Aquí se ve usada la palabra «*cabrerizo*» en dos acepciones diferentes; la primera vez, como adjetivo, y la segunda, como sustantivo. Hay varios ejemplos de sustantivos que empezaron por ser adjetivos, y que el uso trasladó después á aquella clase; como «*medias*» (calzado de las piernas), que al principio fueron «*medias calzas*». Lo mismo sucedió en «*soldado*», «*comida*», y otros nombres semejantes. II, 124.—«Una de las *guardas*». «*Guarda*» es nombre femenino cuando significa «observancia»; como cuando decimos «la *guarda* de los mandamientos»; pero cuando significa «el guardador» ó «el que guarda», el uso actual le ha señalado el género masculino, lo mismo que á otros que con la terminación en *a* reunen la circunstancia de pertenecer al sexo viril. Véanse las Notas: II, 192; I, 232; III, 138, 262; IV, 405; V, 442.—El sexo de lo significado ha dado ocasión y margen para la novedad; pero cuando no hay este motivo, el uso es absolutamente caprichoso en la asignación de los géneros de los nombres acabados

en *a*: también los hay femeninos acabados en *o*, como «*mano*». II, 193.

Ta, ta, dijo Sancho.—Parece la misma interjección, y por de contado tiene las mismas letras, que la latina *atat*, usada varias veces por Plauto y Terencio. Indica la sorpresa del que viene á caer en alguna cosa, comprendiendo lo que no entendía antes. II, 309.—«*Ta, ta*, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo». IV, 295 (t).

Tabarca.—Pueblo marítimo de Berbería, veinte leguas á levante de Bona. III, 168.

Tabla Redonda (Caballeros de la).—«Como el rey Artús era valentísimo, así deseaba que los suyos lo fuesen; y cuando podía haber alguno que fuese tal, teníale consigo en la corte, y á él y á los otros de su manera asentábalos á comer en una *tabla y mesa redonda*, porque cada uno fuese primero y postrero, no habiendo en la mesa principio ni fin. Cuando el rey andaba en las guerras, con él se ejercitaban sus caballeros; y cuando guerras no había (por hacelles excusar toda ociosidad), haciales experimentar en diversos ejercicios, por donde les dieron el nombre de caballeros errantes. Fueron principales entre éstos Tristán de Leonís, Lanzarote, Galbán, Troyano y Galerzo». (Antonio de Obregón.) El constructor de la tabla ó mesa redonda, según se cuenta en la historia de Tristán, fué el sabio Merlín. En cada asiento aparecía escrito el nombre del caballero para quien era, sin cuya circunstancia nadie podía sentarse: el sucesor debía aventajarse en valentía al que le había precedido. Ya vimos en otra Nota (I, 94) que los romances antiguos castellanos hicieron mención de la *Tabla Redonda*, aplicándola á los doce Pares de Francia. Véase la Nota: I, 261, 262.—Véase *Doce (Los) Pares de Francia*.

Tablados (Quebrantar), ó bofordar.—Véase *Bofordar, ó quebrantar tablados*.

Tablante de Ricamonte (La historia de).—II, 30.

Tablas.—El juego de las tablas, á que estaba jugando Don Gaiferos, era, según todas las señas, lo que ahora llamamos «chaquete». V, 46.—Véase *Chaquete.*

Tagarinos.—Las noticias de Luis del Mármol y del P. Haedo están conformes con las de Cervantes en llamar *tagarinos* á los moros procedentes de las provincias de la corona de Aragón, y *mudéjares* á los de la provincia de Castilla. III, 209.—Véanse *Mudéjares* y *Elches.*

Tagarninas y pirnétanos.—«Escudero *de agua y lana*». «*De agua y lana*», expresión familiar, que equivale á «de poco valor é importancia», cual se supondría que lo era la persona que no bebiese más que agua y no vistiese sino lana; ó que, como se dice más abajo (IV, 229), tuviese «hecho el estómago á *tagarninas y pirnétanos*», esto es, acostumbrado á mantenerse de yerbas y frutas del campo. «*Tagarnina*» es lo mismo que «cardillo», y «*pirnétano*», «pera silvestre». IV, 228.—Véase *Agua (De) y lana.*

Tahalí.—«Ciñóse su buena espada, que pendía de un *tahalí* de lobos marinos. El nombre de «*tahalí*» es de construcción arábiga, é indica el origen morisco de lo que significa. De las pieles de lobos marinos solían hacerse cintos. IV, 325.

Tajo (El) dorado.—Epiteto que los poetas, tanto antiguos como modernos, dieron á este río. Cervantes fué también de los apasionados del Tajo, como lo mostró aquí y en otros pasajes de sus obras; pero no todos los poetas lo fueron. IV, 436.—«Ninfa del *dorado Tajo*, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas». Alusión al pasaje de Garcilaso, que ya se hizo otra vez en el cap. 8.° de esta segunda parte (IV, 137), donde hay Nota sobre ello. Por lo demás, Garcilaso no usó la palabra «*sirgo*». V, 453.

Tal.—Usado como un verdadero sustantivo neutro, como en el pasaje (VI, 163) «bendito sea Dios, que *tal* me ha dejado ver con mis propios ojos». III, 16.—Otro ejemplo: «¿Es posible que *tal* hay en el mundo.....» IV, 450.—«*Nora en tal*». Dícese así por no decir «*enhoramala*», lo que hubiera sido una falta de respeto en Sancho, hablando con su amo. Pero me parece que debiera decirse: «en hora *tal*», ó «nora *tal*», porque el toque está en substituir «*tal*» á «*mala*», y nunca se dice ni puede decirse «nora en *mala*». En el uso común se dice «voto á *tal*», por no decir «voto á Dios», y de ello hay ejemplos en la presente fábula. «Eso no, voto á *tal*, respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle como tenía de costumbre)» (II, 269); «Voto á *tal* (y arrojóle redondo), que no me den á entender», etc., decía uno de los criados de D. Luis (III, 320). «*Tal*» es un comodín para esta y otras semejantes ocasiones en que se quiere evitar una palabra chocante, ofensiva ó puerca. «Lo envió á la *tal*» se suele decir, por «lo envió al cuerno», ó cosa peor. VI, 274, 275.

Tal como buena.—«Ya te la hubiera dado *tal como buena*»: esto es, «*tal como buena* paga». *Buena paga:* la persona que prontamente y sin dificultad paga lo que debe ó lo que se libra contra él. (Academia.) VI, 409 (t).—Véase *Buena paga.*

Tal por cual.—«Y aunque dijesen, dijo Sanchica, los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «mirad la *tal por cual*». Expresión de desprecio, que equivale á ser una cosa «de poco más ó menos», ó «indigna». (Academia.) VI, 41 (t).

Talante.—Voz anticuada, que se halla con mucha frecuencia en los libros de caballería. Quiere decir «modo ó manera de ejecutar alguna cosa; semblante, disposición personal, estado ó calidad de las cosas, voluntad y gusto». Se deriva de *talentum*, que, según Ducange en su *Glosario*, es: *animi decretum, voluntas, cupiditas, florentinis et hispanis* «talento», etc. Á mediados del siglo XIV, no estaba aún fijada la significación de esta voz, y se decía «*talento*» ó «*taliento*»,

como se ve en el *Poema de Alejandro* y en los de Berceo (véase la Nota *Sus*), ó «*talant*», «*talente*» y «*talento*», cuyas tres palabras se encuentran en las poesías del arcipreste de Hita. «*Talent*», en el antiguo francés, se usó, lo mismo que en castellano, por «voluntad»; y en el *Tristán* francés se halla «*mal talent*», por «mala voluntad». Prueba de la comunicación de ambas lenguas, mayor cuanto más cerca de su origen, como sucede á las líneas convergentes, en los ángulos. En el cáp. 2.º, parte primera de esta obra (I, 32), se dice «con gentil *talante*». Y en la página 33 (I, 33): «Ni mostredes mal *talante*»: donde equivale esta palabra á «semblante ó disposición personal». «Buen *talante*» se halla en el cap. 44 (III, 304). V, 257.—«Disponga de mí á su *talante*», esto es, á su voluntad. I, 20.—«De muy buen grado y de mejor *talante*». Viniendo á significar lo mismo «*grado*» y «*talante*», no se ve cómo lo uno puede ser mejor que lo otro. V, 318.—«El caballero de la Blanca Luna, que de tan mal *talante* había dejado á Don Quijote». Aquí, «*talante*» equivale á «estado ó condición». VI, 329 (t).—«De mala voluntad». Decimos comunmente de los que manifiestan disgusto y desabrimiento, que están «de mal *talante*»; y ya se sabe que «*talante*» en el primitivo castellano era lo mismo que «voluntad». III, 424.

Talavera (Arcipreste de).—Véase *Corbacho (El).*

Talnica.—El nombre de «*Talnica*» que el esclavo Uchalí da á su querida, es casi anagrama del de la mujer de Cervantes (Doña *Catalina* Palacios, I, 149). III, 157.

Talle.—«Que yo veo esta tierra de *talle* que no han de faltar en ellas muchas y muy milagrosas aventuras». *Talle*: metafórico. Forma, figura, hechura, disposición física ó moral. (Academia.) IV, 203 (t).

Tameji, ameji.—«*¿Tameji*, cristiano, *tameji?*» Que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? III, 220.—«*Ameji*, cristiano, *ameji*»: vete, cristiano, vete. III, 222.

Tamerlán.—Iguales principios (por ser pastor y bandolero), poco más ó menos, se atribuyen al famoso Tamerlán. IV, 111.—La embajada que le envió á él el rey D. Enrique el Enfermo, á principios del siglo XV. I, 47.—Los embajadores lo vieron jugar al ajedrez. V, 45.

Tan agudo ingenio.—Hizo aquí Cervantes, por boca de Cardenio, el elogio de la invención de su *Quijote*: elogio merecido, sin duda; pero siempre algo disonante en la pluma del inventor. II, 479.—Sin embargo, ejemplos hay de lo mismo entre otros autores célebres. Á la conclusión del famoso discurso de *Jeanie Deans* á la reina Carolina, en la *Heart of Mid-Lothian*, dijo Su Majestad al duque de Argyle: «Esto es elocuencia». Y nunca se tachó á Walter Scott de egoísta.

¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? Pues sabed, etc.—Dijo Sancho á Maritornes, hablando del caballero aventurero. Es para reir, el modo de que habla ya Sancho y el trastorno que en su caletre había producido el contagio de la manía caballeresca. Así lo echaron de ver también el cura y el barbero, como se contará en el cap. 26 (II, 347), cuando encontraron á Sancho, que iba desde Sierramorena á llevar la embajada de Don Quijote para Dulcinea, y, al oir sus sandeces y desvaríos, «se admiraron, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras él el juicio de aquel pobre hombre». II, 24.

Tanda y tunda azotesca.—Juega aquí Cervantes con palabras de diversa significación, que sólo se distinguen en una letra. Especie de travesura, que, usada con sobriedad, engalana el lenguaje familiar. V, 470.—Véase *Azotesca.*—*Tanda:* cantidad, especialmente de azotes ó golpes. *Tunda:* metafórico. Castigo riguroso que se da á alguno, de palos, azotes, etc. (Academia.)

Tansilo (Luis).—Poeta napolitano, que escribió el poema de

las *Lágrimas de San Pedro*, en reparación de otro muy libre que escribió cuando joven con el título de *Vendimiador*. Véase la Nota sobre su vida. Murió por los años de 1570. Dicen que gastó Tansilo más de veinticuatro años en la composición de su poema, el cual no se publicó hasta después de su muerte. La versión de la estancia que se pone á continuación, será traducción del mismo Cervantes. III, 14, 15.—«Las *Lágrimas* de Tansilo gozaron el honor de ser traducidas al castellano seis veces por diferentes ingenios». (Ticknor.)—[III, 87 y n.]

Tántalo, Sisífo, Ticio, etc.—Mencionados en la canción de Grisóstomo.—Reúnense aquí los malvados más famosos que, según los poetas, eran atormentados en los infiernos. Grisóstomo hace aquí uso de la mitología pagana, como si la creyese; y en verdad que la situación en que se le supone, no era para creer ni para fingir que se creen cuentos ni patrañas. Si su canción fuese toda de fuego, esta fría é inoportuna erudición bastara para apagarlo. I, 298.

Tantas largas.—Véase *Largas (Tantas)*.

Tantica.—«Si vuestra señoría (el Duque) fuese servido de darme una *tantica* parte del cielo, aunque no fuese más de media legua», etc. Esta palabra «*tantica*» lleva consigo la idea de que el que habla señala con su mano alguna cosa, ó parte muy pequeña de ésta: idea cuyo contraste con la de que esta parte del cielo tuviese la extensión de *media legua*, es uno de los rasgos característicos de la socarronería de Sancho mezclada con su simplicidad. V, 344.

Tanto.—El adverbio «*tanto*», cuando precede al adjetivo á quien modifica, se sincopa, y sólo se dice «*tan*», á semejanza de lo que sucede con el adjetivo «*grande*» cuando precede al nombre con quien concierta. VI, 3.

Tanto más cuanto.—«¿Dónde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en *tanto más cuanto* me habéis de dar cada mes porque

os sirva?» —*Tanto más cuanto:* modo adverbial que se usa en las compras y ventas, para ajustar ó convenir en el precio ó estimación de alguna cosa. (Academia.)—Tiene mucha gracia esta reconvención hecha á Sancho, que ni sabía leer, ni había visto en su vida más que lo que permitía ver el oficio de pastor de cerdos y gansos (II, 119; V, 349), y después, de mozo de labor de Tomé Carrasco (V, 87). Y no tiene menos gracia el desafío hecho poco después á Sancho á que halle en el *mare mágnum* de las historias caballerescas, escudero que hubiere «dicho ni pensado» lo que él había dicho. Tan difícil era que Sancho hallase lo «dicho», como lo «pensado». V, 90.

Tanto que mejor.—Tanto mejor. V, 123 (1).

Tantum pellis et ossa fuit.—D. Juan Bowle observó ya que el «*pellis et ossa*», que se aplicó al caballo de Gonela, viene de Plauto, que en su comedia *Aulularia* usó de esta expresión para ponderar lo flaco que estaba el cordero, y aun añadió que se le clareaba la piel y se le veían las tripas. I, 16.

Tañer.—«En manos está el pandero, que le sabrán bien *tañer*».—Este refrán está ya en la colección del marqués de Santillana, así: «en manos está el pandero, de quien lo sabrá *tañer*».—«*Tañer*» es verbo irregular que carece de la primera persona del presente de indicativo, que en otro tiempo tuvo, según se ve por el *Cancionero general* de Lisboa del año de 1517, donde dice una letrilla de Alonso Fernández de Almeida:

«Tango vos, el mi pandero,
Tango vos, y pienso en al».

IV, 415.

Tapia (Andrés de).—Fué uno de los capitanes de Cortés elogiado por los escritores primitivos de Indias, de que se hace mención especial en la *Historia de la conquista de Nueva España*, escrita por D. Antonio de Solís. IV, 278.

Taprobana.—La isla de Ceilán.—Véase *Trapobana.*

Tarasca.—Armazón de serpiente monstruosa, que en tiempos pasados precedía con otras figuras alegóricas á la procesión del Corpus, y llevaba la boca abierta, por donde sus portadores recibían la luz, y las cosas de comer que solían arrojarles los concurrentes, y eran frecuentemente guindas, como fruta propia de la estación. De la holgura con que entraban por la enorme boca, y de la presteza con que las arrebataban los de adentro, nació la locución de «*echar guindas á la tarasca*», para denotar la facilidad y prontitud con que se hacen las cosas cuando sobran medios para ejecutarla. De la ciudad de Argel se dijo en la novela de *Persiles y Sigismunda*, que era «gomia y *tarasca* de todas las riberas del mar Mediterráneo», porque era donde iban á parar las presas de hombres y riquezas que sus piratas continuamente hacían en las aguas y costas del Mediterráneo. III, 166.—Véase *Gomia.*—[II, 250 y n., 359.]

Tarde piache.—Respondió Sancho Panza al doctor Recio, «quien le había prometido de enmendarse, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere».—Proverbio que significa «el que no habló con tiempo». (Covarrubias, voz *Piar.*) VI, 91.—Alude al cuento tan sabido de aquel que, tomando unos huevos pasados por agua, se sorbió uno huero y ya con pollo, al cual oyó piar cuando ya iba pasando por el tragadero abajo, y entonces, no queriendo ó no pudiendo volverle, dijo con mucha calma: *tarde piache;* esto es, *tarde piaste.*—Aquí quiere decir: «hablaste tarde». (Arrieta.)

Tarfe (D. Álvaro).—Caballero granadino, mencionado también en el *Quijote* de Avellaneda, y que, según éste, iba á las justas de Zaragoza en obsequio y por mandado de una dama á quien galanteaba. V, 211; VI, 107, 400, 423, 424, 425, 430.

Tarpeya.—«Como otro desapiadado Nero», etc.—Bien sabido es que Nerón hizo poner fuego á Roma, y que mientras miraba las llamas desde la torre llamada de Mecenas, se entretenía en cantar, á la manera de los histriones, el incendio de Troya; tomándose de esta ruina pretexto para perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes se dió por autores del daño. Á este asunto se hizo el romance que empieza:

«*Mira Nero, de Tarpeya,*
Á Roma cómo se ardía;
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía».

(Cita de Pellicer.)

Cítose este romance á otro propósito en el de Altisidora (V, 399), y se encuentra en nuestras antiguas colecciones de romances. I, 101, 102.—«No mires, de tu *Tarpeya*, este incendio que me abrasa, Nerón manchego del mundo», etc. (Romance de Altisidora.) Suetonio, refiriendo el incendio de Roma por Nerón (suceso á que aluden estos versos), dice que aquel príncipe lo estuvo mirando desde la torre llamada de Mecenas, la cual, según la relación que hizo Tácito de este suceso, debió estar en el palacio del mismo Nerón. El nombre de «*Tarpeya*» se daba á la roca ó risco de que eran arrojados los traidores, desde los tiempos antiguos de Roma. La ocasión de haber dado aquí Altisidora el nombre de «*Tarpeya*» á la torre de donde miró Nerón el incendio, pudo ser aquel pasaje de la historia de Don Belianís, que cita Bowle en sus anotaciones: «¡oh cruel espectáculo! no fué tan malo el que miraba Nero de la Torre *Tarpeya*», etc.; ó bien alude al romance cuyos versos siguientes canta Sempronio en la primera escena del acto primero de la *Celestina: Mira Nero, de Tarpeya*, etc.—Estos cuatro versos se repiten en el cap. 8.º de la tercera parte de *Don Florisel de Niquea*, por Feliciano de Silva, en boca de una doncella que los cantaba al son de un harpa. En la

comedia *Roma abrasada*, de Lope de Vega, está, al parecer, entero el mismo romance, que acaba por estos versos:

«Siete días con sus noches
arde la ciudad divina,
consumiendo las riquezas
que costaron tantas vidas».

V, 399.—«Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía». Alusión al romance antiguo: *«Mira Nero, de Tarpeya»* etc. Esto se dijo de Sancho, que miraba á Ricote y sus compañeros, bebiendo. VI, 101.—Véase *Nerón*.

Tárraga (Francisco de).—Su *Enemiga favorable*. III, 400.—Véase *Enemiga (La) favorable*.—[II, 296, 301 y notas.]

Tártagos.—Yerba que purga violentamente, causando ansias y congojas á quien la toma. De aquí viene darse el nombre de «tártagos» á las angustias y sustos, que, siendo muy grandes, como en esta ocasión los de Sancho, pudieron llamarse mortales. IV, 198.

Tartesios (Los) campos.—Tarteso fué ciudad antigua de la Bética, que, según unos, estuvo en la ensenada de Gibraltar; según otros, en Tarifa; según otros, en Cádiz. Los autores latinos llamaron *Tartesia* á la región occidental de la Bética, y en el mismo sentido usa Cervantes de esta voz. II, 78.—*Bética*: hoy Andalucía. (Academia.)—[III, 378, n.]

Tasso (Torcuato).—Cervantes elogió á Torcuato Tasso, así en su *Viaje al Parnaso* como en el *Persiles*. VI, 290.

Tate, tate, folloncicos, etc.—Versos tomados de un romance antiguo, que se han citado ya en una Nota al cap. 49, primera parte (III, 466). VI; 464.

T. E.—D. Valentín Foronda, autor de notas muy embozadas y capciosas al *Quijote*, escritas en forma de cartas, entre los años de 1793 y 1799, las publicó en Londres el año de 1807 con título de *Observaciones sobre algunos puntos del Quijote*, ocultándose bajo las iniciales *T. E.* I, 232.

305; II, 220, 416, 430, 449; III, 31, 114, 426, 428; IV, 184, 242; V, 376; VI, 35, 208, 319.—Véase *Foronda (Don Valentín)*.

Teatro (El).—Autos en las iglesias. I, 248; IV, 192, 195, 196.—Felipe IV, muy aficionado al teatro. IV, 200.

Teatro (El) español.—Veánse las largas Notas sobre los abusos del teatro español. III, 402, 416-419; IV, VIII, IX (Prólogo); VI, 176.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Tebas.—«Aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas», etc.—En la mención de la ciudad de las cien puertas, Cervantes equivocó á Tebas de Beocia, patria de Baco, con Tebas de Egipto, que fué la ciudad de las cien puertas ó *Hecatómpilos*, como la llamaron los antiguos por esta circunstancia. II, 19.

Tejo.—«Cuál de *tejo* y cuál de ciprés».—*Tejo*: árbol silvestre, á cuyas exhalaciones y ambiente se atribuyen propiedades malignas.

«Sic tua Cyrneas fugiant examina taxos»,

le decía un pastor á otro en Virgilio (Égloga 9.ª); y, según Plinio (lib. 16, cap. 10), fué opinión de algunos, que de *taxos* se dijo *toxicum*, de donde el castellano «tósigo». Del ciprés se habló en otra Nota de este capítulo (I, 256). I, 285.

Tela (Pasar la).—«Bien parece un caballero armado de resplandecientes armas *pasar la tela* en alegres justas delante de las damas». IV, 310, 311 (t).—Acaso en el original se leería «*pasear la tela*». La *tela* era un sitio cerrado, y dispuesto para fiestas y lides públicas, y otros espectáculos, como justas, torneos y juegos de cañas y sortija. La de Madrid estaba fuera de la puerta de Segovia, entre ella y el río, al Norte de la puente, cuyo nombre y espacio se conserva todavía. (Pellicer.)

Tela (Por) de cedazo.—«¡Y cuán ciego es aquel que no ve *por*

tela de cedazo!—Ciegos son, con efecto, ó muy cortos de vista, los que no ven, cuando los obstáculos para ver son tan pequeños como los que ofrece la interposición de una tela de cedazo. Don Quijote daba á entender al barbero, que le entendía. IV, 15.

Tembleque.—«Que volváis presto de *Tembleque*». Tuvo particular gracia este dicho del eclesiástico, á quien lo prohija Cervantes á pesar de la ojeriza que le profesaba; y con razón lo recomienda D. Vicente de los Ríos como una expresión proverbial que se usaría discreta y oportunamente con los de conversación pesada y enojosa. V, 143.—«Que había ido por aquel tiempo á segar á *Tembleque*». V, 142 (t).—Es, con efecto, *Tembleque* tierra de tanta mies y de tanto pan, que necesitaba de segadores forasteros. (Pellicer.)

Temeroso.—«La voz *temerosa*».—«*Temerosa*» no está en la acepción, que otras veces tiene, de «tímida ó atemorizada», sino de «temible ó atemorizadora». Poco antes se dijo en el mismo sentido «el *temeroso* lago» (III, 472).—El adjetivo «*temeroso*», aplicado á personas, significa el temor que padecen, y aplicado á cosas, el temor que infunden. III, 474.

Tendillas (Las) de Sancho Bienaya.—Según el doctor Pisa en su *Historia de Toledo*, hubo en aquella ciudad una plaza muy antigua de tiendas, que se nombraba de Sancho Minaya ó Bienaya. Es sumamente verosímil que este apellido es el patronímico árabe «*Benhaya*» ó «*Ben Yahia*», «hijo de Yahia», que pudo conservarse entre los muzárabes; y con efecto, el doctor Salazar de Mendoza, en su libro del *Origen de las dignidades de Castilla*, hace mención de la familia de los Benhayas de Toledo. Pellicer discurre que acaso dió nombre á aquella plazuela Sancho Benhaya, que con otros toledanos sirvió de testigo en un privilegio despachado en Madrid por el rey D. Alonso VIII el año

de 1193 á favor de diferentes vecinos de Jumella. I, 63, 64.—Véase *Sancho Bienaya.*

Tener ánimo de, y para.—«Y no *tuvo ánimo de* decir nones».—«*Tener ánimo de*» es tener intención ó propósito de hacer alguna cosa: «*tener ánimo para*» es tener valor y resolución para ejecutarla. Esto último es lo que quiso decir el guarda. El uso actual favorece más á la claridad y exactitud del discurso: materia que, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está más afinada en el día, que lo estuvo entonces. II, 196.—«No *tuve ánimo*, ó no se me acordó, *de* reñir á mi doncella». «No *tuve ánimo para*» es lo que quiso decir Dorotea, y lo que significa el pasaje. II, 409.

Tener compañía, por «*acompañar*».—«Que le habéis de *tener compañía* en la jaula».—El que no conociese bien nuestra lengua, tal vez acusaría esta frase de galicismo, como también la de «*meter á la espada*», «*meter á fuego y sangre*», y otras de este género, que suelen hallarse en nuestros buenos libros, y de que hemos hablado en algunas ocasiones anteriormente. III, 371.

Tener el envite.—«*Tuvo* el bachiller *el envite*».—Metáfora tomada del juego. Lo que sigue es un hermoso ejemplo de narración rápida, y no es el único que ofrece el *Quijote*. IV, 70.—*Envite:* metafórico. Ofrecimiento de alguna cosa. (Academia.)—«*Tuvo el envite*», esto es, lo aceptó. Metáfora tomada del juego del embite (envite), en el cual se dice «*tener el embite*» cuando se admite el que hace en contrario. (Arrieta.)—«*Quiero el envite;* dijo Sancho á Tosilos, quien desenvainó su calabaza *de lo caro*». VI, 350 (t).—Véanse *Envite* y *Quiero el envite.*

Tener (El) y el no tener.—«Dos linajes solos hay en el mundo (dijo Sancho), como decía una agüela mía; que son *el tener y el no tener*, aunque ella al del *tener* se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso

al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado».

«*Et genus et virtus, nisi cum re, vilior alga est*»,

dijo Horacio en sus *Sátiras* (lib. II, sat. 5.ª); y en el libro de la *Pícara Justina* se lee: «algún buen voto ha habido de que en España y aun en todo el mundo no hay sino solos dos linajes; el uno se llama *tener*, y el otro, *no tener*». Esto es lo que repetía la abuela de Sancho, según contaba su nieto: y debió haber desde antiguo muchas viejas de su opinión, porque en la *Colección de los refranes que dicen las viejas tras el huego*, y recogió en el siglo XV el marqués de Santillana, se encuentra el de «*tanto vales cuanto has*», que envuelve la misma sentencia de Sancho en el período precedente. Fernán Pérez de Guzmán escribía también por entonces en las *Generaciones y semblanzas:* «en este tiempo aquel es más noble que es más rico». Es visto que la opinión de Sancho era más antigua que su abuela: digámoslo mejor; es tan antigua en el mundo como la división de lo «tuyo» y «mío». IV, 384.—Véase *Linajes (Dos) en el mundo*.

Tener mano y cabida con alguno.—Frase metafórica. Tener influjo, poder y valimiento con él. (Academia.)—Sancho dice que los buenos tendrán con él *mano y concavidad:* quería decir «*mano y cabida*». V, 186.

Tener puesto ya en sal al gigante.—Es haberle ya vencido y muerto, tomando la semejanza de los cerdos domésticos, á los que se pone en sal después de la matanza. Sancho, todo lleno de gozo, amontona fórmulas y expresiones proverbiales para expresarlo. III, 78.

Tener que ver una persona ó cosa con otra.—Frase. Haber entre ellas alguna relación ó conexión. (Academia.)—«Avísame si el mayordomo que está contigo, tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste». No es verosímil que, constándole á Don Quijote que Sancho no sabía leer y que se había de valer de ministerio ajeno para enterarse de su carta, le escribiese sobre este punto; mucho más, estando con Sancho el mayordomo de la sospecha. VI, 55, 56.—Á Clemencín se le olvida, en esta, como en muchas otras ocasiones, que Don Quijote fué loco.

Tener una cosa en la uña.—Frase metafórica. Saber alguna cosa muy bien, y tener muy pronta su especie. (Academia.) —«Y *tiene* (Don Quijote) todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, *en la uña*». Así dijo Sancho, hablando de su amo. V, 80 (t).

Tenerlas (No) todas consigo.—Frase. *No llevarlas todas contigo:* frase familiar con que se denota el recelo ó temor que alguno tiene ó con que va á ejecutar alguna cosa. (Academia.)—«Pasmóse Sancho en viéndolas (la gran multitud de lumbres), y Don Quijote *no las tuvo todas consigo*». II, 95 (t).—«*No las tuvo todas consigo* Don Quijote, que también se estremeció», etc. VI, 301 (t).

Tenérselas tiesas.—«Pero él (Sancho) *se las tenía tiesas* á todos». —*Tenerlas tiesas:* frase familiar. Mantenerse firme contra alguno en contienda, disputa ó instancia. (Academia.)—Se mantenía firme, hacía frente á todos, aunque tonto y tosco. (Arricta.)

Tenía una cara como una bendición.—Véanse *Bendición* y *Grisóstomo*.

Tenorio (Jofre).—«*El diablo está en Cantillana*». Expresión proverbial nacida de la calificación de «*diablo*» que se hubo de dar á alguna persona que residió ó estuvo en Cantillana, y se dice de los pueblos donde hay disturbios y enredos.—Gonzalo de Oviedo, en sus *Quincenas*, cree que esta expresión se dijo por un capitán de la parcialidad del almirante de Castilla Jofre Tenorio, que durante las turbulencias de la minoría de Alonso XI recorría las cercanías de

Sevilla «haciendo muchos males y desafueros», y porque ejercía especialmente sus depredaciones en Cantillana, los arrieros y caminantes se alejaban de aquel camino, y acostumbraban á decir: «Vámonos por otra parte, que *está el diablo en Cantillana*».—Véase la Nota para otras citaciones, referentes al maestre D. Juan Pacheco, y á Hernando de Cantillana, por quien se dijo el refrán de *«el diablo está en Cantillana»*. Una comedia de Luis Vélez de Guevara tiene este refrán por título. VI, 5, 6.—Véase *Cantillana (El diablo está en)*.—[II, 324, 325 y n.]

Tente en buenas.—Esto es, «mantente en las buenas palabras ó expresiones que acabas de decir»: elipsis como otras que autoriza el uso. IV, 386.

Terceras (Oliscan á).—*«Tercera»* es «alcahueta». V, 299.—Véase *Oliscan á terceras.*

Tercería (A hacer alguna).—Las dueñas tenían fama de que solían ejercitar este oficio, como aquellas de quien habla *Guzmán de Alfarache*, el que, refiriendo la solicitud de un galán para tratar con una mujer hermosa, dice «que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas; que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las más castas mujeres; que por mejorarse de monjiles y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten..... castidad que no manchen..... maldad con que no salgan». V, 456.

Tercio.—El maese de campo mandaba un tercio, que entre nosotros era un cuerpo de infantería, parecido á la legión romana. III, 263.

Tercio (Mejorado en) y quinto.—Palabras forenses usadas en los testamentos. Expresan lo más que puede dejar el testador á su heredero de sus bienes, de cuyo *quinto* ó quinta parte puede disponer á su arbitrio si tuviese hijos ú otros descendientes legítimos. En cuanto al *tercio* ó tercera

parte, puede adjudicarla á quien prefiera de ellos; y finalmente, puede disponer de éste á su voluntad si le heredasen sus padres ó cualquiera de sus ascendientes legítimos, llamados por la ley á falta de descendientes. De aquí ha nacido esta locución metafórica, con que se expresa la mayor ventaja posible en cualquiera cosa. V, 309.—«Y puso su jumento á las mil lindezas, dejándolo *mejorado en tercio y quinto*». II, 161 (t).—«Hemos de salir *mejorados en tercio y quinto* en fama y en hacienda». V, 136 (t).

Terciopelo de treinta pelos.—Terciopelo: tela de seda, velluda, que regularmente se hace de tres pelos. (Academia.)—Sancho, describiendo el vestido de boda de la novia Quiteria, dice: «y la palmilla verde de Cuenca es *terciopelo de treinta pelos*». IV, 389 (t).

Teresa Panza.—Mujer de Sancho. Las primeras ediciones, inclusa la primitiva de 1615, hecha á la vista del mismo Cervantes, y todas las siguientes, pusieron *«Teresa Sancha»*. Y no fué este error, como otros, efecto de una distracción pasajera del autor, porque la misma Teresa se da el apellido de *«Sancha»* al fin del capítulo (VI, 45), indicando que lo toma del nombre de su marido. Por manera que no sé si hizo bien en corregirlo Pellicer, y después, á ejemplo suyo, la Academia en su edición de 1819. VI, 24.—Su carta á la Duquesa, á quien da Teresa en ésta el tratamiento de «á vuestra pomposidad». VI, 75, 78.—Su carta á Sancho, su marido. VI, 78.—Dijo éste que el nombre pastoral de *«Teresona»* «le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene». VI, 358, 442.—«Y Sancho Panza (dijo Sansón Carrasco), si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de *«Teresaina»*. VI, 442.—Véase *Gutiérrez (Mari)*.

Terliz.—De *«lizos»*, se dijo *«terliz»*, como «hecho con *tres lizos*». III, 392.—Véase *Lizos.*

Terminaciones de voces.—Notas importantes. La terminación

en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente á cosas ridículas y despreciables, como *librote*, *monigote*, *mazacote* y *Quijote*. I, 19.—Las voces terminando en *or*, como *vencedor*, el que vence; *continuador*, el que continúa: otras en *able* y en *ible*, que denotan derecho á la acción del verbo, ó posibilidad de ella, como *admirable*, digno de admiración; *factible*, posible de hacer: otras hay que acaban en *ero*, é indican facilidad, como *llevadero*, fácil de llevar; *hacedero*, fácil de hacer. Otras observaciones sobre los verbales que acaban en *ante*, *ente*, *ado*, *ido*, como *participante*, *naciente*, *amado*, *oído*. I, 246.—Sobre la terminación en *illo*. II, 4.—Sobre las palabras que acaban en *ón*. «*Lanzón*», á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza*, á la manera que «*ratón*» significa también una cosa menor que *rata*, y que «*rabón*» indica un animal de *poco rabo* ó *sin rabo*. «*Pelón*» se llama al «que no tiene *pelo*». Son vocablos con terminación y forma de aumentativos, y significado y fuerza de diminutivos. II, 51; III, 280; V, 12.—La terminación en *ez* indica «hijo», como *Fernández, Fernandi filius; Sánchez, Sanctii filius; Yáñez, Joannis filius; Martínez, Martini filius; Márquez, Marci filius; Ximénez, Simonis filius:* este último era el apellido de Judas, de lo que no puede dudarse, según el Evangelio; y *Pérez*, hijo de Pedro. II, 429; VI, 17.—La terminación en *uno*, que indica vileza y desprecio, como *hombruno*, *cabruno*, *chotuno*, *perruno*, de donde «*perruna*», el pan de ínfima calidad que se destina para los perros. II, 489.—Los diminutivos que acaban en *ezno* denotan ordinariamente animales, como *lobezno*, cachorro de lobo, etc. III, 118; V, 59.—Sobre las terminaciones en *ismo*, *uelo*, *uela*. III, 341; V, 18.—La terminación en *ero* también denota lugar, como en *desembarcadero*, *granero*, etc. III, 165.—«*Platonazo*», dos veces aumentativo; de «*plato*», «*platón*», y de «*platón*», «*platonazo*». V, 435.—*Tordesillesco*: de Tordesillas, de donde se decía

natural Avellaneda. Es adjetivo de desprecio, como *caballeresco*, *grotesco*, etc. VI, 465, 466.—La lengua castellana es rica en esta parte más que ninguna de las conocidas: forma diminutivos de todos los nombres y con diferentes terminaciones. Según éstas, unos pertenecen al estilo familiar, otros tienen entrada en el sublime; unos ultrajan, y otros acarician. Lo propio viene á suceder con los aumentativos, los cuales, según su terminación, suelen envolver la expresión de aprecio ó desprecio, y á veces también de ironía. III, 118.—En el idioma castellano las terminaciones suelen tener relación con las ideas que las palabras representan, y aun con los afectos de los que las usan. V, 58.

Término ultramarino.—«Para lo cual se les da *término ultramarino*».—Forense. El que se concede para la prueba que debe hacerse en Ultramar. (Academia.) I, 130 (t).

Termodonte.—«Las famosas y frescas riberas del claro *Termodonte*».—Río de Capadocia, que desemboca en el Ponto Euxino y riega la región que se suponía habitada por las amazonas. Tanto por esta circunstancia como por la mención que suele hacerse de aquellas guerreras en los libros caballerescos, fué mucho que no se le ocurrió á Don Quijote contarlas entre las tropas que seguían al furibundo Alifanfarón. II, 76.

Terrado (Un) de nuestra prisión.—En los países meridionales, donde no nieva ó nieva muy rara vez, y donde la suavidad del clima y la escasez de lluvias excusan la necesidad de tejado, suelen cubrirse las casas con una capa de tierra, por lo común pizarrosa, á que se da un ligero declivio, de modo que pueda andarse cómodamente por encima: á esto llaman «*terrado*». Á veces se embaldosa el piso, y se llama «*azotea*». III, 187.

Tesoro de duende.—«Los *tesoros* de los caballeros andantes son como los de los *duendes*.—«*Tesoro de duende*» es «la ha-

cienda que toda se consume y se deshace sin saber en qué se ha gastado», según Covarrubias, copiado por Bowle, quien cita igualmente el pasaje de Fedro:

«*Carbones ut ajunt pro thesauro invenimus*».

(Libro V, fáb. 6.ª)

VI, 353.

Tesoro de varias poesías.—Por Pedro de Padilla. I, 147; V, 54.—Véase *Padilla (Pedro de).*—[III, 6, n.]

Tesoro (El) de Venecia.—«Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio (de los azotes), *el tesoro de Venecia*, las minas del Potosí, fueran poco para pagarte».—*El tesoro de Venecia* era el verbigracia de la riqueza. Y con efecto, Venecia era tan rica que mantenía escuadras y se las tenía tiesas al Gran Turco. Véase la Nota: VI, 410, 411.

Testa.—«Nos hubiera derribado las *testas*».—Palabra italiana en esta acepción de «cabeza». En castellano se dice «*testa* de ferro», «*testa* coronada», «*testarudo*», «*testera* del coche». V, 294.

Testamento de Amor.—Antonio de Lofraso concluye su obra *Los diez libros de Fortuna de Amor*, que publicó en Barcelona el año de 1573, con una composición intitulada *Testamento de Amor*, que consta de 168 versos en 56 tercetos: todos versos acrósticos. I, 143; IV, 82.—M. Ticknor dice: «No recordamos que Cervantes tratase tan duramente á ningún poeta, como á Lofrasso, en su *Viaje al Parnaso*». —Véanse *Fortuna de Amor* y *Lofraso (Antonio de).*—[III, 86 y n.]

Tíbar (El oro de).—«Los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia».—Por esta indicación parece que se habla del oro en polvo del río Tíbar, que Cervantes hubo

de suponer equivocadamente que corre por la Arabia Feliz. Y á lo mismo aludiría lo que dijo en el cap. 16 (II, 34), del «lucidísimo oro de Arabia», hablando de los cabellos de Maritornes; pero Tíbar es río de África, que va á parar en su costa occidental al Océano Atlántico. II, 76.—Véase otra Nota sobre el río Tíbar y su oro: V, 282.

Tiempo (Á) cuando Don Quijote volvía las riendas, etc.—No decimos ahora «*á tiempo cuando*», sino «*á tiempo que*».—Garcés, en su *Fundamento del vigor de la lengua castellana*, pone este ejemplo para mostrar el uso que puede hacerse de la partícula «*cuando*»; pero en esta ocasión, como en otras, quiso convertir los defectos en reglas. VI, 323.

Tiempo (Sin dar) al tiempo de sus muertes.—*Dar tiempo al tiempo:* frase. Esperar la oportunidad ó coyuntura para hacer alguna cosa. (Academia.) III, 139 (t).

Tienda.—«Las cuales (las galeras), abatiendo las tiendas», etc.—La palabra «*tienda*» significa en este pasaje «el toldo ó la cubierta de lona que, en forma de barraca, se ponía en las galeras para resguardarse su tripulación del sol ó de la lluvia». Á la maniobra ó acción de formar la tienda se llama «*hacer tienda*», y á la de quitarla, «*abatir tienda*». En el capítulo 63 se usa la frase «*abatieron tienda*» (VI, 297), y luego esta otra: «*hacer tienda*» (VI, 299). En forma semejante se hacen las «*tiendas* de campaña» para servir de alojamiento á los soldados en el campo, especialmente en tiempo de guerra, y entonces la frase «*abatir tienda*» significa «levantar el campo». Covarrubias dice que por ser forasteros los que traen vituallas y mercancías á las ferias y á los mercados, suelen usar de estas tiendas ó enramadas, y de ahí se llamaron «*tiendas*» las casas de mercería ó tabernas, habiéndose extendido ya este nombre á todas las oficinas donde se vende alguna cosa. VI, 253, 254.

Timbrio, Febo, etc.—«*Timbrio* aquí, *Febo* allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música,

tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones», etc.

«*Pater est Tymbraeus Apollo*».
(Virgil., *Geórg.*, lib. 4.º)

Timbrio ó Timbreo: todos son dictados de Apolo. *Tirador*, por las flechas con que mató á los hijos de Niobe, y á Anfión, que quería expugnar su templo; *médico*, por inventor de la medicina y padre de Esculapio; *inventor de la música*, por la cítara, etc. V, 403.—«Siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones». El Sol, hablando vulgarmente, siempre está saliendo y poniéndose; saliendo para unos y poniéndose para otros. Por consiguiente, puede decirse que nunca se pone, porque siempre luce para unos ó para otros. V, 404.—«Con cuya ayuda el hombre engendra al hombre». Porque sin el Sol no habría producción periódica ni, por consiguiente, hombres. V, 404.

Timoneda (Juan de).—Su libro de cuentos ó novelas, intitulado el *Patrañuelo*. II, 296.—[III, 132, 133 y notas.]

Tinacrio el Sabidor.—Véase *Sabidor (Tinacrio el)*.

Tinelo.—Comedor de familia en las casas grandes y opulentas, donde la abundancia de criados y dependientes obliga á que coman y cenen en comunidad. III, 125; V, 12.

Tío bueno, tía buena.—Se dice ordinariamente á las personas cuyo nombre se ignora y que por su traza se conoce pertenecen á la clase común ó pobre. VI, 346.—Véase *Señor bueno*.

Tiopepyo (Juan).—Tío de Ana Félix, hija de Ricote. VI, 112 (t), 309.

Tiraboschi.—Censura lo demasiado ingenioso del *Pastor Fido*, y concluye observando que el poema del *Aminta* es más sobrio de adornos, más natural y más pastoril. VI, 291.

Tiramira (Con una) de malos nombres.—*Tiramira:* la lista, cáfila ó retahila de malos nombres ó apodos. (Arrieta.)—Se

usa frecuentemente por «serie continuada de muchas cosas seguidas ó añadidas unas á otras». (Academia.) V, 231 (t).

Tirándoles (Y) á caballero.—Esto es, tirando de paraje más alto. «*Caballero*» es voz de fortificación, que lleva consigo la idea de superioridad ó altura mayor, como es la del jinete, que va á caballo, sobre los peones que lo rodean. III, 165.—Véase *Caballero*.

Tirante el Blanco.—«*Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*». «Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos». Tirante el Blanco se llamó así por su padre, que era señor de la Marca de Tirania, y por su madre Blanca, hija del duque de Bretaña. En el título de su historia castellana, impresa en Valladolid el año de 1511 por Diego de Gudiel, se le llama «el esforzado é invencible caballero Tirante el Blanco de Roca Salada, caballero de la Garrotera, el cual por su alta caballería alcanzó á ser príncipe y César del imperio de Grecia».—Anteriormente se había impreso la misma historia en lengua lemosina en Valencia el año de 1490, y de ella hay un ejemplar, único que se conoce, en la biblioteca de la Sapiencia de Roma.—Juan Martorell, caballero valenciano, fué el autor del *Tirante* lemosín, y lo dedicó á Don Fernando de Portugal. La obra se empezó en 1460, según se expresa en la dedicatoria. En ésta dice Martorell que el original de *Tirante* estaba en inglés, y que él lo tradujo, á ruego de aquel príncipe, al portugués, y luego al valenciano, para que sus paisanos pudiesen disfrutarlo. Véase la larga Nota sobre las muchas traducciones, en varias lenguas, de la obra, y sobre su raridad: I, 132-134.—Otras notas: I, 134-137, 222; IV, 101; V, 426.—Véanse *Cailús (El conde)*, *Gudiel (Diego de)* y *Martorell (Juan)*.—[I, 207, n., 297, 298 y nota.]

Tirar.—«Y vió *tirar* en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla», etc. (Don Quijote, en la imprenta de Barcelona.)—«*Tirar*», entre impresores, es sacar la hoja ó pliego de la prensa después de impresa en el molde; y «*componer*» es juntar las letras ó caracteres que se van sacando de los respectivos nichos de la caja, donde están por separado todas y cada una de ellas, y con que se forma el texto que se ha de imprimir. (Arrieta.) VI, 286 (t).

Tirar la barra.—«Y cuando el amigo *tirase* tanto *la barra*», etc.—Frase metafórica. Poner el esfuerzo posible, ó insistir con tesón en hacer ó conseguir alguna cosa. (Academia.) III, 11 (t).

Tirarse.—No es siempre «arrojarse»: muchas veces es solamente «quitarse ó apartarse de un sitio», como sucede aquí (en el romance de Melisendra): «*tiróse* de la ventana». V, 55.

Tiro (A) de ballesta.—«Y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler *á tiro de ballesta*». Esto es, «á larga distancia».—Otras veces se dice «*á tiro de escopeta*».—En la parte segunda del *Quijote*, cap. 5.º (IV, 85): «llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría *á tiro de ballesta*».—En esta primera parte, cap. 21 (II, 188): «Si no te las rapas (las barbas) á navaja cada dos días por lo menos, *á tiro de escopeta* se echará de ver lo que eres». I, 202.

Tirón (De un).—«Y durmió *de un tirón*, como dicen, más de seis horas».—Modo adverbial. De una vez, de un golpe. (Academia.) VI, 448 (t).

Tirteafuera.—«*Tiratafuera*», aldea de Almodóvar del Campo, orden y campo de Calatrava en el reino de Toledo. Tiene ciento y setenta vecinos, y minas de plata y plomo. «*Tirte*» es síncope de «*tírate*»; como «*guarte*», de «*guárdate*». «*Tirarse á fuera*» es «retirarse, apartarse, huir», cuya significación nada indica favorable al pueblo, sea por la calidad de su terreno, ó por la índole de sus habitantes. Más adelante se dice: «Alborotóse el doctor (Pedro Recio) viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer *tirteafuera* de la sala». (V, 440.) Véase esta Nota por otras citaciones y observaciones. V, 437.—«Con la de Osuna, donde se graduó el Dr. Pedro Recio de *Tirteafuera*, médico insulano y gobernadoresco». I, 8.—Una de sus aldeas (de la villa de Almodóvar) era *Tirteafuera*. II, 250.—«¿Otro *Tirteafuera* tenemos? dijo Sancho..... que sé muy bien á Miguel Turra». V, 446 (t).—Véanse *Almodóvar (Villa de)* y *Miguel Turra*.

Titeres.—Véase *Retablo*.

Titón ó Titono.—«Del celoso marido». Titón ó Titono, marido de la Aurora, obtuvo por mediación de su mujer el don de la «inmortalidad», según refiere la fábula; pero no habiendo recibido el de la «juventud», llegó á tan extrema y molesta vejez, que recibió como un favor del cielo el ser convertido en cigarra. Desde entonces hubieron de ser los viejos, habladores perpetuos y gárrulos. No encuentro en los poetas, que llamasen «*celoso*» á Titón, á pesar de que los descuidos de la Aurora con Céfalo y el gigante Astreo le dieron sobrado motivo para serlo. Pero así lo llamó aquí Cervantes, y también su contemporáneo y amigo López Maldonado en la égloga 2.ª de su *Cancionero*. I, 26, 27.

Título (Hacer de) á su hijo. III, 307.—Véase *Señores de título*.

Títulos.—«Vuestra altivez y grandeza». (Sancho á una de las tres labradoras.) Tratamientos ridículos de invención de Sancho, como otros que se verán después en la relación de las aventuras de casa de los Duques. IV, 176.—«Vuestra gran celsitud». En este primer encuentro del caballero de los Leones con la Duquesa, multiplicó y varió Cervantes los tratamientos que le prodigaba la oficiosa cortesía de amo y escudero. Su «hermosura, grandeza, alteza, celsitud», Don Quijote; su «grandeza, altanería, fermosura y

señoría», Sancho. Los de Don Quijote son más entonados y caballerescos; los de Sancho, más desiguales, escuderiles y ridículos. En adelante veremos otros de no menos novedad y chiste. V, 123.—Acababa de decir la Duquesa que Sancho era «muy discreto», y sigue Sancho: «discretos días viva vuestra santidad». Es evidente que Cervantes quiso poner en boca de sus personajes tratamientos extravagantes que hicieran reir, como los que notamos en el capítulo anterior (V, 123).—En el cap. 32 (V, 164), trata Don Quijote á los Duques de «magnitudes»; en el 44 (V, 376), usa de los títulos de «altitud, excelencia y grandeza»; y en el 52 se dan á la Duquesa los de «grandeza, señoría, merced, excelencia, alteza y pomposidad», todo sin salir de una carta (la de Teresa Panza á la Duquesa, VI, 75-78). V, 140, 141.—«Vuestra altanería». Uno de los tratamientos ridículos que daba Sancho á la Duquesa, según se observó anteriormente (IV, 176), y tanto más ridículo, cuanto «altanería» es también nombre que unas veces significa «caza de cetrería», y otras «altivez y soberbia». V, 181.—«Señor indomable». Epíteto y título ridículos, propios del carácter bufonesco y socarrón del mayordomo convertido en condesa: lo mismo que lo de «cinco mil leguas, dos más ó menos», que dice poco más abajo. La Trifaldi vuelve siempre al tema del estilo burlesco propio de su carácter, como el autor lo notará fácilmente. V, 300.—En *El entremetido, la dueña y el soplón*, uno de los opúsculos festivos de D. Francisco de Quevedo, se da á Plutón el tratamiento de «vuestra diabledad» y «vuestra diablería». V, 181.—Véase *Don*.

Tizona.—«Apenas puse mano á mi *tizona*». Habla aquí Sancho de su espada, á la que llama *tizona*, por alusión á una de las del Cid Campeador Ruy Díaz de Vivar. II, 16.—La «Ardiente Espada» tomó el nombre de su color, que era bermejo como una brasa. Este nombre realmente es el

mismo que el de la espada *Tizón* del Cid: *tizón y brasa* todo viene á ser uno. II, 63.—Véanse *Colada (La)* y *Ardiente Espada*, etc.

Toboso (El).—Villa antigua de la Mancha, de la orden de Santiago, situada entre las de Miguel Esteban y Mota del Cuervo. En una relación que sus vecinos dieron el año de 1576 de orden del rey D. Felipe II, dijeron que el nombre le venía de las muchas *tobas* ó piedras ligeras y como esponjosas que se encuentran en su territorio. Su principal industria era entonces, y aun continúa siéndolo, la de hacer tinajas, y de esto se hará mérito oportunamente en el *Quijote*. No ha faltado quien diga que la prisión donde nuestro autor concibió el plan de su obra, fué en el Toboso. Pero este nombre suena infinitas veces en el *Quijote*, y de consiguiente no fué el pueblo «de cuyo nombre no quiso acordarse» Cervantes, como se dijo expresamente al principio (I, 1). I, 21.—Nota semejante: IV, 153.—Según la tradición referida por Navarrete, experimentó Cervantes mal trato en el Toboso por un chiste picante dirigido á una mujer, cuyos parientes é interesados se ofendieron. IV, 168.—Véanse también las Notas: III, 521; V, 165.—«En su mismo traje». No puede dudarse que éste es rasgo mordaz y satírico contra los vecinos del Toboso. Su población contaba un gran número de moriscos, los cuales generalmente eran moros de corazón, aunque no lo eran en el traje: por esto se dice que Dulcinea «no había visto moro alguno, así como él es, en su mismo traje», indicando que los había visto en traje diverso. Conforme á las respuestas que los peritos nombrados por el pueblo dieron á las preguntas que se les hicieron de orden del rey D. Felipe II el año de 1575, y á otras noticias recogidas por Pellicer, el lugar del Toboso, que en el año de 1468 tenía solos 140 vecinos, contaba ya 900 en el año de 1575, y á fines del siglo subían á 1.200. La causa principal del aumento fué la

afluencia de los moriscos, que, obligados á salir del reino de Granada de resultas de su levantamiento en el año de 1569, y á internarse en Castilla, se habían avecindado en el Toboso, cuya población, según el testimonio de los mencionados peritos, antes se componía sólo de cristianos viejos. II, 332.—Es claro que cuando en el texto se dice que «Dulcinea es principal, bien nacida y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos», se habla irónica y malignamente; mucho más si se atiende á lo que contestaron los vecinos del Toboso á las preguntas hechas de orden del rey, diciendo que la mayor parte de la población era de moriscos, y que no había nobles, caballeros ni hidalgos. V, 165, 198.—«Vais á la ciudad del *Toboso*». He aquí al Toboso convertido en *ciudad* por Don Quijote, como si se tratase de Londres, de París, de Constantinopla, de Trapisonda ó de alguna corte de las princesas que había leído en sus desalmados libros. II, 216.—«La gran ciudad del *Toboso*». IV, 132 (t).—«¡Oh *tobosescas* tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!» «¡Oh dulces prendas!»: versos de Garcilaso en el décimo de sus sonetos, que empieza así:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!»

Garcilaso los tomó de Virgilio, cuando Dido, á vista de las armas y prendas de Eneas, su fugitivo amante, y próxima ya á la muerte, exclamaba:

«Dulces exuviae dum fata Deusque sinebant».

Las «dulces prendas» eran las tinajas del Toboso que tenía á la vista Don Quijote, y cuya fábrica era en tiempo de Cervantes, y continúa siendo en el nuestro, la principal industria de los habitantes de dicho pueblo. Las tinajas le renovaron las memorias de la princesa tobosesca «Dulcinea, dulce prenda», añade Don Quijote, «de mi mayor amargura», jugando con la contraposición de «*Dulcinea*», «*dulce*» y «*amargura*». IV, 320, 321.—Los vecinos del Toboso suelen tener la debilidad de ofenderse por la mención de Dulcinea. Si Cervantes fuera profeta hubiera podido agregar el Toboso al pueblo del rebuzno. V, 77. —Argamasilla de Alba y el Toboso fueron las patrias de los principales personajes de la fábula, y los objetos del festivo humor de Cervantes. Á su tiempo diremos los motivos que pudieron influir en la elección del Toboso, así como aquí se han indicado los relativos á la Argamasilla. I, 2.

Tocadores (Los tres).—«Llévaste *tres tocadores*» (dijo Altisidora de Don Quijote). VI, 152 (t).—«*Los tres tocadores* si llevo» (dijo Sancho). VI, 154.—«*Los tocadores* volveré». Parece por esto que hubieron de restituirse los *tocadores*; mas no fué así, puesto que luego se los quitaron á Sancho los bandoleros de Roque Guinart (VI, 240). VI, 155.—«Dióme (Altisidora) *los tres tocadores* que sabes» (dijo Don Quijote á Sancho). Esto no es así. Cuando Altisidora echó en cara á Don Quijote que se llevaba los tres tocadores (VI, 152), no tenía éste noticia de tales *tocadores*, ni de que se hallasen en poder de Sancho, á quien mandó, luego que lo supo, que los devolviese, sin que se hable más de ellos hasta que los bandoleros de Roque Guinart se los quitaron á Sancho (VI, 240), restituyéndoselos luego de orden de su capitán. VI, 353.—«*Tocadores*», que aquí se llaman «paños de tocar», y serían al modo de los pañuelos que ahora suele llevar en la cabeza la gente del campo. IV, 377.—Véase *Paños de tocar*.

Tocar.—«Con sus paños de *tocar* labrados de varios colores de fina seda».—«*Tocar*» es adornar la cabeza, como «*tocado*» el adorno de la cabeza; uno y otro vocablo derivado

de «*toca*». IV, 377.—«Sin *tocarse* ni calzarse». «*Tocarse*» es componerse ó adornarse la cabeza. Viene de «*toca*». VI, 28.

Tocar con la mano.—«*Tocara* por lo menos *con la mano* que», etc.—Frase metafórica. Examinar ó experimentar. (Salvá.)—Figurado: *S'assurer par soi-même.* (Taboada.) V, 258 (t).—Véase *Mano.*

Tocar una tecla.—«Pero el lector está advertido, y no una vez sola, de que Don Quijote, no *tocándole la tecla* de la caballería, discurría en todo con bonísimo entendimiento». (Nota de Clemencin.)—*Tocar una tecla*: frase familiar. Mover de intento y cuidadosamente algún asunto ó especie. (Academia.) IV, 288.

Tocar (No) al pelo, ó al pelo de la ropa.—Frase. No hacer á uno el más leve daño ú ofensa ni de hecho ni de palabra. (Academia.)—«Prometióselo Don Quijote (á Sancho), y juró por vida de sus pensamientos *no tocarle en el pelo de la ropa*, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese». VI, 226 (t).—«Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de *no tocarme* jamás *al pelo del sayo*, no que al de mis carnes». VI, 367 (t).

Tocas.—«Una saya y unas *tocas*». «*Toca*» ó «*tocas*» es traje ó adorno de cabeza que usan las monjas y que antiguamente solían traer las mujeres españolas, especialmente las casadas y viudas. II, 351.

Tocinos.—«Donde no hay *tocinos* no hay estacas». Ó Sancho, ó Cervantes, ó el impresor, estropearon este refrán. Ordinariamente se dice «adonde se piensa que hay *tocinos*, no hay estacas», como lo dice Sancho en el cap. 55 de esta segunda parte (VI, 130), y se aplica á las personas que tienen crédito de ricas, y carecen aun de lo necesario: con la misma sentencia había dicho Sancho en el cap. 25 de la primera parte (II, 279): «muchos piensan que hay *tocinos*,

y no hay estacas». Otras veces se dice: «no siempre hay *tocinos* donde hay estacas»: se aplica á las esperanzas infundadas ó fallidas, y lo alegó Sancho hablando con su amo, en el cap. 65 (VI, 333), después de su vencimiento en Barcelona. Otra vez dice Sancho á su mujer en el cap. 73 (VI, 437): «muchas veces donde hay estacas no hay *tocinos*». Todos son guisados que hizo Sancho del verdadero refrán, que dice: «Do pensáis que hay *tocinos*, no hay estacas». «*Tocino*» es el lardo ó carne gorda del cerdo; también se llaman «*tocino*» los témpanos ó medias canales del cerdo, que se salan y guardan para el consumo doméstico. En lo antiguo se dió también el nombre de «*tocinos*» á los cerdos vivos, como lo indica el refrán, y aquel pasaje de la *Gran conquista de Ultramar*, en que se cuenta que Ancelino ofreció al caballero del Cisne que le enviaría «quinientas vacas é mil carneros é *tocinos*». IV, 165, 166.

Toldillos.—Véase *Sillas de manos.*

Toledo.—«Ventillas de *Toledo*». Debieron ser las que había fuera de la población, en sus inmediaciones. I, 49.—«Alcaná de *Toledo*». En la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache* se hace mención del Alcaná de Toledo, como de lugar de tiendas, y, con efecto, parece, según los que lo entienden, que «*alcaná*» es voz derivada del hebreo, y que significa «feria ó mercado». I, 197.—«Á un sedero». Nadie ignora lo floreciente que en tiempos antiguos estuvo en Toledo el ramo de sederías, conforme á lo cual, en el cap. 4.° (I, 79), se hizo mención de unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. I, 198.—«Pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara». Indica Cervantes la multitud que había en Toledo de familias originarias de judíos. La aljama hebrea de Toledo había sido famosa: de ella salió el célebre Abén Ezra, que, según las noticias de D. José Rodríguez en su *Biblioteca rabínica española*, hubo de ser el primero ó uno de los primeros tra-

ductores castellanos de los libros sagrados. De las cosas de los conversos de Toledo y de las persecuciones que padecieron en diferentes épocas, pudiera hacerse una larga historia. Los apasionados á aquella ciudad quieren decir que los judíos que la habitaban en tiempo de Tiberio, desaprobaron la muerte que sus hermanos en Jerusalén procuraron á Nuestro Señor Jesucristo. I, 199.—«Bonete colorado toledano». Covarrubias hace mención de los bonetes de lana y aguja que se fabricaban en Toledo y se extraían en gran cantidad para fuera de España. De Toledo sería el «bonetillo colorado y grasiento» del ventero, que se menciona en el cap. 35 de la primera parte (III, 75) en la batalla de Don Quijote con los cueros de vino tinto. IV, 3. —«Las espadas del perrillo». Las más famosas eran las de Toledo, donde hubo muchos fabricantes de gran crédito. IV, 301, 302.—En tiempo de Cervantes se celebraban los membrillos de Toledo; y así se dice en su comedia la *Entretenida* (jornada 1.ª):

> «*Sé cierto que decir puedo,*
> *Y mil veces referillo,*
> *Espada, mujer, membrillo*
> *Á toda ley, de* Toledo».

V, 437.—«La cueva encantada de *Toledo*», de que se habla en el poema de *Celidón de Iberia* (cantos 20 y 38). V, 110.—«No hay para qué obligar al sayagués á que hable como un toledano». Sancho opone el lenguaje sayagués al toledano, dando al uno por extremo de la rusticidad y al otro por extremo de la cultura, aunque manifestando al mismo tiempo que en Toledo habría quien hablase mal. El licenciado lo confirma, observando que las verduleras y los menestrales no podían hablar tan bien como la gente que pasaba el tiempo paseando en el claustro de la catedral, siendo todos toledanos. Toledo ha conservado, y con

razón, hasta nuestros días el crédito de su buen lenguaje, y yo en mi niñez he oído hablar de extranjeros que habían preferido venir á Toledo á aprender el castellano. El claustro de la escuela mayor, punto de concurrencia para la clase de personas acomodadas é instruídas de la ciudad, debió ser la mejor escuela; y con efecto, el habla del canónigo de Toledo que interviene en los últimos incidentes de la primera parte del *Quijote* (III, 364-525), es un modelo de pureza, urbanidad y cultura. IV, 361, 362.—M. Ticknor cita de la *Historia de Tobías*, poema por Caudivilla Santarén, 1615, el canto XI, donde, hablando de Toledo, dice:

> «*Entre otros muchos bienes y favores*
> *Quel soberano Dios hizo á esta gente,*
> *Fué darle la facundia y los primores*
> *De hablar su castellano castamente.*
> *Y assí por justa ley de emperadores,*
> *Se ordenó que, si alguno, estando ausente,*
> *Sobre qualquier vocablo porfiasse,*
> *Quel que se usa en* Toledo *guardasse*».
>
> (Vol. II, 24, n.)

[II, 24 y notas.]

Tólogo.—Sancho estropeaba la palabra «*teólogo*». «El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es *tólogo*» (V, 80), al modo que en una ocasión anterior estropeó «*teología*», diciendo «*tología*»: «Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras *tologías*». IV, 387 (t).

Tolomeo.—«El cómputo de *Ptolomeo*, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe». Sus tablas se escribieron entre los años 100 y 200 de la era cristiana: en ellas se fijaron ya las situaciones, combinando las longitudes y latitudes, y su autor fué justamente mirado como el príncipe de los geógrafos durante muchos siglos. III, 384; V, 102, 329.

Tolomeos (Los).—Se apoderaron de Egipto, después de la muerte de Alejandro Magno, donde reinaron hasta Cleopatra. IV, 111.—Véase *Faraones (Los) y Tolomeos.*

Tomar el camino en las manos.—«Y *tomó el camino en las manos*, como suele decirse».—Esto es, echó á andar. (Arrieta.) II, 503 (t).

Tomar el pulso.—«Habían *tomado el pulso* á la tal aventura». Metáfora tomada de la medicina y aplicada con mucha oportunidad á este pasaje, en que se pinta con viveza el estudio que habían hecho los Duques de todos los pormenores de esta fingida aventura para dirigirla con acierto. V, 273.—«*Toma* con discreción *el pulso* á lo que pudiere valer tu oficio». (De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza.) V, 356 (t).—*Tomar el pulso*: frase metafórica. Tantear y examinar el estado ó disposición de alguna cosa para poder gobernarse en ella. (Academia.)

Tomar la almohada.—En la relación de la fiesta que el conde-duque de Olivares dió en la noche de San Juan del año 1631 al rey Felipe IV y su corte, se ve que la reina, las infantas y sus damas estaban sentadas en cojines. Y de esto quedan aún vestigios en el primer recibo que las reinas hacen á las mujeres de los grandes de España, sentándose éstas en un cojín: de donde se llama á esta ceremonia «*tomar la almohada*», y equivale á ponerse sus maridos el sombrero delante de los reyes, que es cubrirse de grandes y tomar posesión de la grandeza. IV, 164.—Véase *Ponerse el sombrero delante de los reyes.*

Tomar la mano.—«*Tomó* el cura *la mano*».—Expresión figurada, que significa anticiparse á otro en la conversación, como aquí lo hizo el cura, anticipándose á Dorotea antes de que confirmase nuevamente el desacierto de suponer puerto de mar á Osuna. Se dice también que «*toma la mano*» el que empieza á hablar, porque se anticipa á los demás.—Asimismo, en el juego, «*ser mano*» es ser el primero

á quien toca jugar. II, 459.—«*Tomó* primero *la mano* Cardenio, diciendo», etc. II, 421 (t).—«Ella *tomó la mano*». Entre las muchas significaciones que en nuestro idioma tiene la palabra «*mano*», y las frases figuradas en cuya composición entra, «*tomar la mano*» es «empezar», como «*dar de mano*» es «concluir». III, 217.—Véase *Mano.*

Tomar la ocasión por la melena.—Véase *Ocasión (Tomar la) por la melena.*

Tomar las riendas de los palafrenes de las damas.—Obsequio que se hacía ordinariamente á las damas que iban á caballo.—Véase la Nota: V, 195.

Tomar un púlpito en las manos.—«Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo *tomar un púlpito en las manos*, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas».—Alude á lo que se refirió dos capítulos antes: «Dígote, Sancho (son palabras de Don Quijote), que si, como tienes buen natural, tuvieras discreción, pudieras *tomar un púlpito en la mano*, y irte por ese mundo predicando lindezas». (IV, 386.)—Del mismo Don Quijote había dicho su sobrina en los primeros capítulos de esta segunda parte (IV, 109), «que si fuese menester, en una necesidad *podría subir en un púlpito*, ó irse á predicar por esas calles».—Sancho ya le había dicho en la primera parte que «más bueno era para *predicador* que para caballero andante». (II, 90, 349.) IV, 404.

Tomarse con alguno.—«No sino *tómese conmigo* la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva» (dijo Teresa). —*Tomarse con alguno:* frase. Reñir ó tener contienda ó cuestión con él. (Academia.) VI, 35 (t).

Tomillas (Los hechos del conde).—Tampoco he visto este libro.—En el romance antiguo del conde Grimaltos y su hijo Montesinos, que empieza: «Cata Francia, Montesinos», cuenta Grimaltos que el rey le mandó desterrar, por la lengua maldiciente de Tomillas; y á consecuencia el hijo

pide permiso al padre para pasar á París á ganar sueldo del rey, si quiere dárselo,

Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal.

En otros pasajes de los romances de Montesinos, se habla de D. Tomillas, y siempre como de un malvado. II, 30. —[I, 218, n.]

Tomo (Y menos).—Como si dijera «y menos importancia». En el cap. 46 anterior (III, 336), hablándose de los disturbios y confusión de la venta, se dijo: «sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y *de más tomo*, restaba que los criados de D. Luis se contentasen», etc. III, 498.

Topografía (La) de Argel, por D. Diego de Haedo, arzobispo de Palermo en Sicilia.—Esta obra, como de autor coetáneo y respetable, contiene relaciones importantes y noticias curiosas, de que frecuentemente ocurrirá hacer uso para ilustrar la historia que sigue del capitán cautivo. III, 120, 121.—Véase *Haedo (D. Diego de).*—«*La historia y topographia de Argel*, por Diego de Haedo (Valladolid, 1612, fol.), obra en que se hace larga mención de Cervantes, y que, sin embargo, ha sido poco consultada para escribir de él, hasta que Sarmiento la usó en 1752». (Ticknor.)—[II, 96, 238, notas.]

Toquiblanca y antojuna.—«Una dueña *toquiblanca*, larga *y antojuna*».—Voces formadas festiva y oportunamente por Cervantes, siguiendo en esto la índole de nuestra lengua, que permite estos ensanches con tanto aumento de su riqueza. Esto de «*dueña larga*», será «larga de ropa»: «Una reverendísima dueña con unas tocas blancas, repulgadas y luengas que la cubrían y enmantaban desde los pies á la cabeza», como poco más arriba se dijo (V, 454). V, 459.—*Toquiblanca*: adjetivo femenino caprichoso. La que lleva tocas blancas. *Antojuna:* adjetivo caprichoso. La que lleva anteojos. (Salvá.)

Toraquís (Dos).—«*Toraquí*» parece lo mismo que «*torquí*» ó «*turquí*». Según la analogía con otras voces castellanas tomadas del arábigo y acabadas en *i*, debió decirse «*toraquíes*»; como «*alhelíes, jabalíes, granadíes, zaquizamíes*». (Véase la Nota: III, 188.) VI, 303.

Tordesillas (Vecino de).—El autor del supuesto *Quijote* se calificó á sí mismo, no de vecino, sino sólo de «natural de Tordesillas». Cervantes lo equivocó con su distracción ordinaria, sustituyendo á «*natural*», «*vecino*»; pero corrigió su equivocación en los capítulos 70 y 72 (VI, 400, 430), donde llamó «*natural de Tordesillas*» al fingido Avellaneda. VI, 294. 466.

Tordesillesco.—De Tordesillas, de donde se decía natural Avellaneda. Es adjetivo de desprecio; como *caballeresco, grotesco*, etc. VI, 465, 466.

Tormento de la garrucha.—Uno de los modos que inventó el ingenio de los hombres para atormentarse unos á otros. En él, aprisionado con grillos el reo, y con una ó más pesas, era y se mantenía colgado, durante más ó menos tiempo á arbitrio del juez, por medio de una garrucha, de donde esta clase de tortura hubo de tomar nombre. III, 292. —Véase *Torturas.*

Tormento de toca.—En el cual, atado el reo al potro, se le introducía en la boca una tira de tocas ó gasa, y, por medio de esta tan ingeniosa como cruel invención, se le forzaba á tragar cierta cantidad de jarros de agua, cuyo número y cabida se ponía por diligencia en los autos. II, 195, 196.—Véanse *Canario (Por), Cantar en el ansia* y *Torturas.*—«Tragos de tormento». Con relación al *tormento de toca* decía Don Quijote á Sancho que con sus refranes le daba «tragos de tormento.» V, 364.

Torneos y justas.—Tres son los ejercicios que Don Quijote

menciona en su discurso como propios de caballeros cortesanos, y que compara y pospone á los oficios y trabajos de los andantes: «alancear toros, concertar justas y mantener torneos». (IV, 314.)—Véanse las varias Notas: I, 156, 157; IV, 314-316, 406; VI, 135-138.—Véase *Justas y torneos*.

Toros (Las fiestas de).—Véanse las largas Notas sobre éstas: IV, 309-313.—«Que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes».—Cervantes «en esto censura justísimamente la barbaridad de las gentes, que aun en nuestros días no se divierten en las fiestas de toros si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias». (Ríos, *Amílisis*, párr. 254.) VI, 147.

Toros (Los) de Guisando.—Se llamaron «valientes» por lo «grandes», según una expresión familiar.—Son cuatro bultos de piedra berroqueña, que hay en una viña del monasterio de jerónimos de Guisando, en el obispado de Ávila, entre Cadalso y Cebreros. Están en fila mirando á poniente, y tan desfigurados que apenas se puede conocer si fueron toros ú otra clase de animales: el uno está caído. Cuentan que en los plintos tuvieron inscripciones, de las cuales queda una, y ésa ilegible. El sitio de los toros de Guisando es célebre en nuestra historia por haberse hecho en él el ajuste en que el rey D. Enrique IV de Castilla reconoció por heredera á su hermana la princesa Doña Isabel, con exclusión de su hija Doña Juana, apellidada la Beltraneja. En otros varios lugares de aquella parte interior de España se encuentran bultos grandes antiguos de toros, terneros y jabalíes.—Otros monumentos semejantes mencionados.—Nuestros literatos se han fatigado vanamente hasta ahora por averiguar la ocasión y objeto de estas antiguallas, asunto oportuno de hablillas y rumores populares, que el ingenioso Cervantes aprovechó, igualmente que otros semejantes, como elementos adecuados para sus ficciones. IV, 236, 237, 409.

Torquemada (Antonio de).—Historia del invencible caballero D. Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, que vino á ser emperador de Constantinopla. Barcelona, en casa de Claudio Bornat, impresor y librero, año de 1564.—Consta de tres libros, y al fin del tercero se ofrece el cuarto. El impresor dedicó la obra al rey D. Felipe II; pero el autor fué Antonio de Torquemada, secretario del conde de Benavente, que escribió también el *Jardín de flores*, de que hace aquí memoria Cervantes, y los *Coloquios satíricos*, que se imprimieron en Mondoñedo el año de 1553.—Véase la Nota larga (I, 113). I, 113; IV, 25, 89; V, 135, 281, 331; VI, 15, 16.—Véase *Olivante (Don) de Laura*.—[II, 205, 206 y nota.]

Torralva (La historia del licenciado).—El famoso mágico del tiempo de los Reyes Católicos, á quien alude Don Quijote cuando, montado en Clavileño, recorre las regiones del aire.—Véase la Nota: V, 329-332.—[II, 461, 462, n.]

Torralva (El cuento de la pastora).—«Este pastor andaba enamorado de *Torralva*». Aquí deja ya Sancho el método reduplicativo de contar su conseja, sin embargo de que acaba de decir que no sabe otro, y la cuenta como quería su amo. El lector pudiera con fundamento reconvenir á Sancho de su inconsecuencia, y la respuesta tocaba á Cervantes. II, 125.—«Una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo». En verdad que no era nueva, sino muy vieja en el mundo. D. Juan Bowle, en sus anotaciones, observó que este cuento se leía en el número 30 del libro intitulado *Cento novelle antiche*, y copió parte de él en demostración de que había servido de original á Cervantes. Con efecto, Francisco Sansovino, queriendo, al parecer, imitar el *Decamerón* de Bocacio, publicó *Cento novelle scelte*, que se imprimieron en Venecia el año de 1575.

Al fin se añadieron las *Cento novelle antiche*, y en la XXXI se lee el caso que cita Bowle, y que en el fondo y sustancia es muy semejante al de la pastora Torralva. D. Juan Antonio Pellicer extendió las noticias de Bowle, traduciendo el cuento italiano, y afirmando que Cervantes «lo varió y mejoró tanto, que lo hizo suyo». En esta parte no estoy de acuerdo con Pellicer. Cervantes varió el cuento, mudó los nombres y escena de los actores, pero le quitó lo principal, que es la oportunidad y el chiste, que los lectores del *Quijote* buscan en él y no encuentran.—Otras observaciones sobre la mayor antigüedad todavía del cuento de la pastora Torralva, cuyo original primitivo y verdadero está en el océano, para nosotros desconocido, de la literatura oriental. II, 129-131.—Otras Notas: II, 454; VI, 349.

Torre de Nona.—Nombre de una cárcel de Roma. V, 330, 332.

Torres encantadas, de los libros caballerescos. III, 381-383.

Torreznos con huevos.—En la Mancha se llamaba «*merced de Dios*» á los huevos y torreznos fritos con miel, por ser un recurso barato y fácil, propio para obsequiar á los huéspedes que vienen inesperadamente, como sucedió á Teresa Panza con el paje. VI, 37.—Véase *Merced de Dios*.

Tortas y pan pintado.—«De manera que el molimiento de las estacas fué *tortas y pan pintado*». Expresión proverbial, que se aplica á los casos en que los males, comparados con otros mayores, pueden considerarse como bienes, así como las tortas y pan hecho con adornos y esmero pueden mirarse como regalos respecto del pan común y ordinario. Llámase «*pintar el pan*» imprimir en él, antes de cocerse, ciertas figurillas y labores con molde. Usóse ya desde antiguo en castellano la metáfora del texto. II, 46.—La expresión se hallará repetida en otros pasajes del *Quijote*. IV, 42 (t), 87, 298 (t); VI, 88, 299, 373 (t).

Torturas.—Véase *Tormento de la garrucha*, uno de los modos

que inventó el ingenio de los hombres para atormentarse unos á otros. Otra tortura se llamaba «*del potro*», que era un caballete, en latín *equuleo* («*potro*», «*caballete*» y «*equúleo*», todo significa lo mismo). Allí se daba el tormento de *toca* ó el de *mancuerda*, que era el más común en los últimos tiempos hasta el nuestro.—Véase *Tormento de toca*.—Del de *toca* ó *agua* hemos hablado en otro lugar (II, 195).—Véanse *Canario (Por)* y *Cantar en el ansia*.—En el de *mancuerda*, se desnudaba al reo, se le ataba al potro, y se le daban más ó menos garrotes ó vueltas de cordel en piernas, muslos, espinillas ó brazos. «*Estrapada*» se llamaba cada vuelta de cuerda, y «*trampazo*» la última y más aflictiva. Esta operación, cuando no confesaba el reo, duraba regularmente hora y cuarto, como se verificó en el tormento dado á D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, duque de Híjar, en el año de 1648, uno de los casos y capítulos más notables de esta triste historia. El motivo fueron las sospechas de que intentaba proclamarse rey de Aragón; y el ejemplo reciente del duque de Braganza, que se había alzado con Portugal, no dejaría de contribuir á la severidad y dureza con que fué tratado el de Híjar. Una de las ligaduras se rompió, porque el juez mandó apretarla más, creyendo que no lo hacía bastante el verdugo. Concluído el tormento sin confesión, hubo que llevar al duque en unas angarillas á su cama, y se desmayó al curarlo. Finalmente, fué condenado á cárcel perpetua en León, donde murió el año de 1664, y á la hora de su fallecimiento escribió al rey, protestando su inocencia y citándole para el tribunal divino. El rey murió el año siguiente, y en otros tiempos se le hubiera apellidado quizá «*el Emplazado*». Y volviendo á las noticias sobre la tortura, todavía se ha visto en nuestros tiempos atormentar á los reos cruzando con ingeniosa crueldad los grillos, á lo que llamaban «*salto de trucha*». Á otros se aplicaban los *perrillos*, invención moderna, que

eran unas barretas de hierro que cogían y apretaban á una los pulgares de las dos manos. Declinando ya el siglo último, D. Alonso de Acebedo escribió una memoria declamando vehementemente contra el uso de la tortura y proponiendo su abolición. Publicóse esta memoria el año de 1770, y luego la refutó con mucho calor D. Pedro de Castro, imprimiendo en el año de 1778 su *Defensa de la tortura;* contienda que ofrece la anomalía de estar la causa de la lenidad defendida por un seglar é impugnada por un sacerdote. Á todo ha puesto fin la prohibición absoluta de apremios y cuestión de tormento establecida por la real cédula de 25 de julio de 1814, y por la noble expresión del rey, que en una visita de la cárcel de Villa, hecha el año de 1817, viendo casualmente el potro, mandó quemarlo, «para que no quede, dijo, en lo sucesivo, ni aun idea de semejante infernal máquina». III, 292, 293.

Tosilos.—El lacayo gascón, á quien pusieron el Duque y la Duquesa en lugar del mozo que no quiso tener por suegra á Doña Rodríguez. VI, 94.—«De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote y el lacayo *Tosilos*». Como la batalla no se verificó, está dicho con verdad y con gracia lo de «*nunca vista*», que ordinariamente significa otra cosa. VI, 134.—Lleva un pliego de cartas del Duque al virrey, y su encuentro con Don Quijote y Sancho. VI, 349, 350 (textos).

Tostado (El).—Es el nombre que se da comunmente á Don Alonso de Madrigal, obispo de Ávila, que floreció en el reinado de D. Juan el II de Castilla con fama del hombre más docto y el escritor más laborioso entre los españoles de su siglo. Murió de poca edad el año de 1450. La comparación con las obras del Tostado (que se hace en el texto) es de uso general en España para denotar los libros abultados y voluminosos. IV, 64.—El año de 1601 visitó el rey (Felipe III) los colegios mayores (de Salamanca), y en el de

San Bartolomé se quitó la gorra para ver las obras originales del Tostado, se mantuvo sin ella mientras las estuvo mirando, y la misma demostración hizo con su retrato. IV, 281.—Véase *Madrigal (D. Alonso de).*

Trabacuentas.—Metafórico. Disensiones, controversias ó disputas. (Academia.) Diciendo «*trabacuentas*», excusado es añadir «*de disgusto*», porque «*trabacuenta*» se toma siempre en mala parte. Expresión de Sancho en su carta á su amo. VI, 60.

Trabajos (Los) de Persiles y Sigismunda.—Su dedicatoria, que Cervantes, estando para morir, después ya de recibida la Extremaunción, dirigió al conde de Lemos. I, 150; IV (Dedicatoria).

Trabajos (Los) de Hércules.—Por D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, «nigromante», según el vulgo, y según Juan de Mena,

«*Honra de España y del siglo presente*».

IV, 41, 234.—Véase *Villena (Marqués de).*—[I, 327-328 y nota.]

Trabuco.—«Como con un *trabuco*». «*Trabuco*» no significa aquí lo que ahora entendemos por esta voz, que es una escopeta corta de mucho calibre, sino una máquina militar de la Edad Media, con que se lanzaban piedras en defensa y ofensa de las fortalezas. I, 253.

Tracia (D. Cirongilio de).—Historia de D. Cirongilio de Tracia, por Bernardo de Vargas, Sevilla, 1545.—Yo no he logrado ver esta historia á pesar de las diligencias que he practicado para conseguirlo. II, 510, 518.

Tracista.—«El cura, que era gran *tracista*».—Quiere decir, inventor ingenioso de arbitrios. «Todos me tenían por travieso y *tracista*», se lee en la parte primera de *Guzmán de Alfarache.* II, 442.

Traducciones y traductores.—Sobre la traducción del *Orlando*

de Ariosto por el capitán D. Jerónimo Jiménez de Urrea. I, 120-122.—Observaciones generales sobre traducciones y traductores. VI, 286-291.—[II, 479-480 n.]

Traerme la mano por el cerro.—Como á las caballerías, para halagarlas y amansarlas, de donde se tomó la metáfora. V, 232.—*Cerro:* el cuello ó pescuezo del animal. (Academia.)

Trages de tormento.—Con relación al tormento de toca, decía Don Quijote á Sancho que con sus refranes le daba *trages de tormento*. V, 364.—Véanse *Tormento de toca* y *Torturas*.

Traídas (Aquellas) y llevadas.—Las dos mozas «del partido» de la venta. En la novela de *Rinconete y Cortadillo*, dijo Cervantes de unos alpargates viejos, que estaban *tan traídos como llevados*»; y lo mismo suele decirse en general de las ropas que están deslucidas ó deterioradas por el uso. Cervantes lo aplicó con propiedad á objetos manoseados y puercos en quienes concurría además la circunstancia de *traídos y llevados* por los arrieros á Sevilla, como antes se dijo. La riqueza y opulencia de aquella ciudad, mayor en aquella época que en otra alguna, ocasionaba la afluencia de este género de podridas y pestíferas mercancías. I, 37.

Traje de Don Quijote.—«Vistióse Don Quijote». Por diferentes pasajes de la fábula, se ven las piezas de que se componía el vestido de Don Quijote, pero especialmente por la relación de su estancia en casa de D. Diego de Miranda. (IV, 322). Allí se quedó nuestro hidalgo en *valones*, que ahora llamamos «pantalones», jubón de camuza todo bisunto con la mugre de las armas, cuello sencillo ó valona sin almidón y sin randas, borceguíes datilados, zapatos encerados y un herreruelo de paño pardo que vuelve á salir en el cap. 71 (VI, 416) para abrigar á Sancho, sudoriento, según él decía, de resultas de los azotes. Al fin del capítulo 45 de la primera parte (III, 330), se dice que traía sayo con collar, que sería el jubón mencionado arriba; y

antes, en el cap. 22 (II, 221), se había hablado de una ropilla que llevaba sobre las armas y le quitaron los galeotes. En el presente capítulo se le presenta con gregüescos ó calzones estrechos, el jubón de camuza y la montera de raso verde que le dieron las doncellas de la Duquesa: esta montera será la que se nombra después en el capítulo 46 (V, 421); sólo que ésta era de terciopelo guarnecida de pasamanos de plata; pero Cervantes no se acordó que antes había dicho que era de raso. Finalmente, en el capítulo 44 (V, 379) veremos que traía medias verdes y que tenía de repuesto unas botas de camino. No hablemos de la camisa, de la cual se hizo mención en la batalla de los cueros, y que no era muy cumplida, según allí se dice: y no sería sola, puesto que, conforme á los consejos del ventero su padrino, se proveyó de ellas ya para su segunda salida, y no las olvidaría para la tercera. Vestido ya Don Quijote, se echó á cuestas el mantón de escarlata para pasar á la sala en que lo aguardaban los Duques, como lo hizo Amadís de Gaula en el castillo ó palacio de Grovenesa, donde, dejando las armas en una cámara á que lo llevaron, tornó cubierto con su manto á la sala en que lo atendían. Ridícula figura sería la de Don Quijote, seco, alto, tendido, con sus quijadas hundidas, su jubón mugriento, mantón de escarlata y montera verde. V, 136, 137.—Otras Notas: I, 3; IV, 325.

Trajes en tiempos antiguos.—Los de los caballeros. IV, 39.—Los cuellos, golillas, lechuguillas, etc. IV, 323.—Los vestidos de boda. IV, 389.—Los trajes escénicos ó del teatro. IV, 194.—Véanse las otras Notas: I, 3; V, 219, 351; VI, 15.

Trama.—«Si tejieron la *trama* de su lamentable historia», etc. La *trama* no se teje, como ni tampoco la *urdimbre*. Esto sólo se dice de la *tela*. VI, 240.

Trapa, trapa, aparta, aparta.—De «*trapa, trapa*», que signi-

fica el ruido confuso de voces y pisadas de mucha gente, pudo venir «*trápala*». Covarrubias trae este cantarcico sayagués:

«*Asomaos á ese huraco,*
Cara de prata;
Correré yo el mi caballo
La trápala, trápala».

De este cantar se hizo ya mención en Nota al capítulo 19 (IV, 361); VI, 252.—Grupo y repetición de palabras, para despejar el lugar y llamar la atención del concurso. (Pellicer.)

Trapisonda.—«Imaginábase el pobre (Don Quijote) ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de *Trapisonda*».—Ciudad situada en la costa meridional del Mar Negro y capital del imperio de este nombre, que fué una de las cuatro partes en que se dividió el Imperio Griego por los años de 1220, á saber: Constantinopla, Tesalónica, Trapisonda y Nicea. Véase la Nota: I, 14.—También se habla de esto en las Notas á los capítulos 13 y 49 (I, 269; III, 429).

Trapobana.—Los antiguos llamaron «*Taprobana*», no «*Trapobana*», á la isla de Ceilán. Apenas fué conocida hasta los tiempos de Alejandro Magno, en que se supo con certeza que era isla. En el imperio de Claudio, vinieron de ella embajadores á Roma, y se aumentaron las noticias sobre aquella región, como refiere Plinio. II, 66.—Otras Notas: I, 166; V, 273.—«Taprobana, *que ora he Ceilão*». (*Os Lusiadas*, canto X, est. 107.)—«*And utmost Indian isle* Taprobane». (Milton, *Paradise Regained*, Book IV, line 75.)

Trasegar.—«*Trasegando* en sus estómagos las entrañas de las vasijas». Se dice «*trasegar á*», y no «*trasegar en*», y así lo indica la naturaleza y oficio de las dos partículas. VI, 101.—*Trasegar:* mudar el licor de una vasija en otra; como se

hace con la cosecha del vino, que se muda de las cubas á las tinajas. (Academia.)

Trasformaciones mágicas.—«La sierpe se volvió en un viejo anciano». Varios ejemplos citados de semejantes trasformaciones por medio de magia. II, 518.

Traslado.—«Porque entre moros no hay *traslado* á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros».—*Traslado.* Forense. La comunicación que se da á una de las partes que litigan, de las pretensiones ó alegatos de la otra. *Á prueba y estése*: expresión que, además del sentido recto jurídico, se dice metafóricamente por el que se tiene detenido sin despacharle en algún asunto. (Academia.)—Causas despachadas por el cadí «sin autos, demandas ni respuestas». V, 52.—Véase *Prueba (Á) y estése.*

Traspiés (Echar ó dar).—Frase metafórica. Vivir con poco recato, ó descuidarse en materia de honestidad ú otra semejante. (Academia.)—«Las cuales (las criadas) cuando ven á las amas *echar traspiés*, no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan». Esto se dijo de Leonela, la doncella de Camila. III, 51 (t).

Trasposiciones de voces.—Por ejemplo: «Esta del corazón profunda llaga».—Trasposición muy parecida á la que ridiculiza Lope en la *Gatomaquia:*

«*En una de fregar cayó caldera:*
(Trasposición *se llama esta figura*)».

I, 297.—Otros ejemplos se hallarán en las siguientes Notas: I, 251; II, 99, 230; III, 212; IV, 356, 393; V, 319, 377, 448, 462; VI, 132, 384-386, y quizá en otros muchos lugares. Verdad es que el idioma nada pierde en esta clase de trasposiciones, cuando no son sobradamente duras ó no ofenden mucho al oído, al uso ó á la claridad. I, 158.—Trasposiciones de letras; como «*imaginaldo*» y «*veldo*», por «*imaginadlo*» y «*vedlo*», palabras de difícil pronuncia-

ción, que nuestros antiguos solían suavizar alterando el orden de las letras en la forma que muestra el texto. II, 373; IV, 388.—Véase *Metátesis*.

Trasquilar.—«Van por lana y vuelven *trasquilados*». Refrán antiquísimo: se aplica á los que, pensando sacar de algún negocio utilidad y provecho, en lugar de ello reciben daño y perjuicio. Véase la Nota sobre «*trasquilar*», ó cortar el cabello, como pena impuesta por afrenta á los delincuentes, ó señal de profesión monástica. I, 161.—«*Trasquilar* á cruces». Era cortar el pelo sin orden, cruzándose las tijeras, como antiguamente se hacía con los reos. V, 173.

Traste.—Véase *Dar al traste*.

Trastrigo (Pan de).—Debe ser cosa fuera de sazón, inoportuna, irregular. VI, 358.—Véase *Buscar pan de trastrigo*.

Trastulo.—«El inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo *trastulo*». *Trastullo* es voz italiana que significa «entretenimiento ó recreo»; y así, en el *Orlando* de Ariosto, profetizando la sabia Melisa á la doncella Bradamante los claros hechos de sus descendientes, al describir las inclinaciones marciales de uno de ellos, le decía:

> «*Sarà di questo il pueril trastullo*
> *Sudar nel ferro è travagliarsi in guerra*»;
> (*Orlando Furioso*, c. III, est. 42.)

pero aquí significa «bufón ó regocijador».—Véase la Nota: IV, 125.

Trece (En sus), en sus catorce.—Véase *Estarse en sus trece, en sus catorce*.

Trechel.—Véase *Trigos*.

Treinta.—«*Treinta* mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse *treinta* mil veces de millares, si el cielo no lo remedia». Pase la expresión del texto por ponderación del pobre caballero de la Triste Figura. IV, 276.—Véase *Ediciones del «Quijote»*.

Trenza (En) y en cabello.—«Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, *en trenza y en cabello*»; esto es, sin más adornos en la cabeza que las trenzas de sus mismos cabellos. (Discurso de Don Quijote sobre la Edad dorada.)

Tres y medio.—«Los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino *tres y medio*». Ardua empresa sería designar ahora, ya después de más de dos siglos, quiénes eran estos autores privilegiados que el nuestro quiso indicar como Príncipes de la poesía española. El erudito D. Gregorio Mayáns, en la *Vida* que escribió *de Cervantes*, pensó que los tres eran D. Alonso de Ercilla, autor de la *Araucana*, Juan Rufo, jurado de Córdoba, autor de la *Austriada*, y el capitán Cristóbal de Virués, del *Monserrate*. Fúndase en que, en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, dijo el cura de estos tres libros, que eran «los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense, añadió, como las más ricas prendas de poesía que tiene España» (I, 152). En el «*medio*», añadido á los tres, conjetura Mayáns que pudo Cervantes designarse á sí mismo modestamente por «*medio* poeta», puesto que en el cap. 23 de la primera parte (II, 235), hablándose de un soneto suyo, le había calificado de razonable poeta Don Quijote.—Véase el resto de la Nota por algunos reparos de Clemencín. IV, 82.—Véanse *Ercilla (D. Alonso de)*, *Rufo (Juan)* y *Virués (Cristóbal de)*.

Trifaldi (La aventura de la condesa).—V, 239, 253, 335. Un mayordomo del Duque había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido. V, 371. —Este episodio es sumamente caballeresco, y tomado de las entrañas mismas de una profesión destinada principalísimamente á la defensa de viudas y doncellas. Son innumerables en los libros de caballerías los casos semejantes á

éste. Fuera de alguna que otra pequeña inverosimilitud, el suceso es de los más agradables y apropiados al objeto de la fábula del *Quijote*. V, 342.—Véase *Dueña (La) Dolorida*, alias *la condesa Trifaldi*.

Trifaldín.—Escudero de la condesa Trifaldi. Es muy común en los libros de caballerías caminar las dueñas con escuderos. El examen é investigación sobre la etimología de este nombre, hará ver la feliz elección que de él hizo Cervantes para el contrahecho escudero de la condesa Trifaldi. Esta palabra se deriva de *trufa* y *trufari*, voces de la baja latinidad. «*Trufa, trupha, truffa, fraus, nequitia, jocus*», de que tomaron origen las palabras «*trufador, trufín*», traidor, falso, truhán, burlador; «*truferia*», burla, de que usó Gonzalo de Berceo en su poema de los milagros de nuestra Señora, y en cuyas palabras se encuentra el origen y raíz del verbo «*truhar*». «*Trufa, trufferia*» son palabras italianas que corresponden á «*inganno, furberia*». «*Truffer*», palabra francesa, usada en los avisos que dió San Luis á su hijo al morir, que refiere Joinville, significa «*tromper en jouant, railler*».

> «*S' ebbero un tempo in urta è in gran dispetto*
> *Per* Truffaldin; *che fora lungo à dire*».
>
> (*Orlando Furioso*, cant. 31, oct. 41.)

De aquí pudo tomar Cervantes el nombre de «*Trifaldín*». El «*trufaldino*» italiano parece diminutivo. V, 252, 253.

Trigos.—«*Candeal..... trechel..... rubión*». «*Trigo candeal*» se llama por la candidez ó blancura de su harina; «*rubión*», por el color encendido de sus granos; «*trechel*», según Covarrubias, quiere decir «*trujillano*», por sembrarse comunmente en tierra de Trujillo. Nuestro Gabriel de Herrera elogia esta clase de cereal, en el libro 1.º de su *Agricultura*, por ser de mucho peso y producto. Notorio es el gran número que hay

de variedades de trigos, y la diversidad de sus nombres según las diferentes provincias. II, 483.

Trinchante.—Véase *Maestresala*.

Trinidad de Gaeta.—«Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la *Trinidad de Gaeta*». Templo y monasterio de este título, fundado por el rey D. Fernando de Aragón en Gaeta, ciudad marítima del reino de Nápoles, que, viéndose desde alta mar, suele motivar las invocaciones de los navegantes. No estaba Sancho en el caso de tener esta noticia: pero sí lo estaba Cervantes, que había navegado por aquel mar, y no advirtió la impropiedad con que se pone la expresión en boca del labriego de la Argamasilla. IV, 417.—«Ea, pues, dijo Sancho; Dios me ayude y la santísima *Trinidad de Gaeta*». Fórmula de devoción propia de Sancho, quien ya la había usado cuando, al tiempo de bajar su amo á la cueva de Montesinos (IV, 416, 417), «echándole su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la *Trinidad de Gaeta*». Siendo Gaeta puerto de gran tráfico, no fué extraño que la devoción á este santuario se extendiese á otras naciones, y penetrase hasta la Mancha y hasta Sancho. V, 322.—Ambas notas son de Clemencín, y parece que, escribiendo la última, no se acordó de lo que había dicho respecto de Sancho en la anterior.

Tripas.—Entre los refranes citados por Sancho hay dos: «más vale al que Dios ayuda que el que mucho madruga», y «*tripas* llevan pies, que no pies *tripas*». (V, 203.) El primero indica que importan más los auxilios de Dios que las diligencias humanas; el otro significa que la fatiga, especialmente la del caminante, no se puede soportar sin el competente alimento. Don Quijote había dicho en el cap. 2.º de la primera parte (I, 38), que «el trabajo y peso de las armas no se podía llevar sin el gobierno de las *tripas*». Ambos refranes, que están estropeados en todas las ediciones,

se han restablecido en la presente. En el cap. 47 de esta segunda parte (V, 444), decía Sancho: «si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque *tripas* llevan corazón, que no corazón *tripas*». V, 204.

Triquete (A cada), ó á cada triquitraque.—Lo mismo que «á cada paso, á cada momento». «*Triquete*» es abreviatura de «*triquitraque*». Es una de las expresiones proverbiales del estilo familiar, que incluyó en su *Cuento de cuentos* D. Francisco de Quevedo. Dícese más comunmente «*á cada triquitraque*», voz tomada, al parecer, del sonido que hacen y repiten con continuación los dados en el tablero al jugar al chaquete. De donde también llaman á este juego *trictrac* los franceses. IV, 330; V, 188.

Tristán de Leonís.—Uno de los caballeros de la Tabla Redonda. Sus amores con la reina Iseo. La aventura de la Bebida amorosa, que dió ocasión forzosa é inevitable á sus largos y desgraciados amores. Véanse las Notas: I, 115; II, 203, 235, 289, 292; III, 455; V, 429.—[I, 218.]

Triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos.—¡Con qué habilidad contrapone Cervantes lo despreciable del objeto y las fuerzas y travesuras del Amor; el rendimiento de un lacayo tosco y majadero, con el poderío de aquel dios á quien decía en la *Eneida* la madre de las gracias y de los placeres!:

> «*Nate, meae vires, mea magna potentia solus;*
> *Nate, Patris summi qui tela typhoea temnis,*
> *Ad te confugio, et supplex tua numina posco*».
>
> (Lib. I, v. 668 y siguientes.)

VI, 143.

Triunfo.—«Al *triunfo* envidado».—Juego de cartas conocido ya en Castilla á principios del siglo XVI: ahora le llaman «*burro*», juego insipidísimo, á que la calidad del envite puede dar algo qué de interés. V, 203.—Un juego de naipes, llamado así porque, después de dar tres cartas á cada jugador, de las que restan se saca otra que es la del triunfo. (Arrieta.)

Trochemoche (A).—«Y no ponga *á trochemoche* lo primero que le viene al magín».—Es lo mismo que «sin orden ni concierto». Covarrubias cree que esta locución se tomó de los que hacen leña *tronchando* y *desmochando* los árboles sin dejar guía y pendón, como previenen las leyes de la corta. IV, 60; V, 147.—«Pero cargar y ensartar refranes *á trochemoche*, hace la plática desmayada y baja». V, 359 (1); VI, 422.

Trofeo (Un).—«Y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un *trofeo*».—El trofeo solía ser un árbol al que cortaban las ramas, colgando del tronco y de sus codillos las armas y despojos del enemigo vencido y puesto en fuga en aquel paraje. Otras veces se erigían trofeos de un modo más sólido y costoso. Aquí no hubo batalla ni despojos, y por consiguiente no pudo haber trofeo, y ni hablarse de ello sino festivamente y de burlas. Dijose que era costumbre antigua de los griegos, y se dijo bien, porque fué costumbre peculiar de ellos, y hasta después de mucho tiempo no la imitaron los romanos. V, 82.—Fué costumbre muy usada, dice Covarrubias, poner el vencedor en el mismo lugar donde alcanzó victoria del enemigo alguna señal para memoria de ella, la cual los griegos llamaron «*trofeo*». (Arrieta.)

Trompójelas.—«Castígame mi madre, y yo *trompójelas*».—Don Quijote citó este refrán á Sancho, después de haberle dicho: «encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano».—«Refrán que reprende á los que, advertidos de una falta, incurren sin enmienda en ella frecuentemente, ó por descuido, ó buscando ocasiones libres de censura». (*Diccionario de Autoridades*, artículo *Trompar.*) V, 359; VI,

363 (t).—«Esto es: hago el mismo caso que del castigo y amenazas de su madre hace el muchacho del trompo, que le hace dar vueltas y no sabe dejarlo de la mano. Mallara, cap. 6.°, v. 76.» (Arrieta.)

Troncoso.—Manuel Faria dice, en la *Europa portuguesa*, que las novelas de su paisano Troncoso fueron las primeras que se escribieron en España. IV, x (Prólogo).

Tronchón (El queso de).—«Que se aventajaba á los *de Tronchón*».—Mucho tuvo que andar el queso manchego para aventajarse al de Tronchón. VI, 81, 350 (t).

Trovadores.—«Que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes *trovadores* y grandes músicos». «*Trovadores*» quiere decir «inventores», y es nombre que se dedicó y aún se aplica á los poetas provenzales, que florecieron en la Edad Media. De romances y coplas cantados por caballeros se habla largamente en esta Nota: II, 235-238; V, 422.

Troya (Aquí fué).—«Al salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo: *aquí fué Troya*», etc.

> «*Litora tunc patriae lacrymans portusque relinquo,*
> *Et campos ubi Troia fuit*».
>
> (*Eneida*, lib. 3.°, v. 10 y 11.)

De aquí hubo de nacer la expresión del texto.—En el capítulo 29 (V, 107) se dijo: «si no fuera por los molineros que se arrojaron al agua y los sacaron en peso á entrambos (Don Quijote y Sancho), *allí había sido Troya* para los dos». El Diccionario pone artículo de *Aquí fué Troya*, y dice que es frase de la cual se usa para dar á entender que sólo han quedado las ruinas y señales de alguna gran población ó edificio, ó para indicar algún acontecimiento desgraciado ó ruidoso.—Á este modo, cuando Roldán supo de los villanos el gatuperio que le había hecho Angélica la

Bella, exclamaba en la comedia de Lope de Vega, *Angélica en el Catay*:

> «*¡Oh fieras alamedas,*
> *Oh vítulos infames y malditos,*
> *Oh fuentes á mirar sus gustos quedas,*
> *Testigos de sus besos y delitos;*
> *Oh yedra vil que este olmo verde enredas,*
> *Oh troncos de libelos míos escritos!*
> *Todos os rasgaré con estas manos;*
> Aquí fué Troya. *¿Qué miráis, villanos?*
>
> (Acto 2.°)

VI, 341.

Troyana (La Crónica).—Escrita por un siciliano en el siglo XIII. III, 451.

Trozos escogidos del «Quijote».—Copiados por D. Antonio de Capmany en su *Teatro de la elocuencia española*, como ejemplos notables de hermosura y lenguaje. III, 482, 506; IV, 16.

Trujamán, trujimán ó truchimán.—Palabra tomada, según parece, del árabe, que significa «intérprete». Es el mismo nombre que «*dragomán*», como ahora se llaman los interpretes en la Puerta y corte otomana. V, 42.

Tuera.—«En su comparación son dulces las *tueras*», etc. Es el fruto de la coloquíntida, calabacilla sumamente amarga. V, 287.

Tulia.—Hija de Servio Tulio, rey de Roma, y mujer de Tarquino el Soberbio, hizo que su coche ó carrocin pasase por encima del cadáver de su padre, que á instigación suya había sido asesinado para que su marido reinase.—Cervantes la llama «hija» de Tarquino. I, 302.

Tulio.—«Según le parece á *Tulio*, espejo de la vida humana».—Cervantes cita aquí un pasaje de Cicerón, aunque con poca exactitud según su costumbre. III, 401.—Véase *Espejo de la vida humana*.

Turbio (De) en turbio.—«Se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias *de turbio en turbio*». «Pasar las noches de claro en claro», ó pasar en claro las noches, ya se entiende que es no dormir en toda ella; mas «pasar los dias *de turbio en turbio*», no se entiende tan bien; á no ser que quiera decir que los pasaba durmiendo ó en la oscuridad, y de consiguiente en turbio, por estar cansado de tanto leer y velar de noche. (Arrieta.)—*De claro en claro:* modo adverbial metafórico. Sin dormir. *De turbio en turbio:* expresión festiva y contrapuesta á la de «de claro en claro». Dormitando durante el día por haber pasado la noche en vela. (Salvá.) I, 10 (1).

Turcos (La bajada de los).—«Que *el Turco bajaba* con una poderosa armada».—Por espacio de casi un siglo, desde mediados del siglo XVI, los proyectos y empresas marítimas de los turcos eran materia ordinaria de las conversaciones públicas. El estado de guerra perpetua hacía frecuentes las inquietudes que los preparativos de los infieles inspiraban en las costas de España é Italia, á que inmediatamente seguía el cuidado en proveer especialmente las de Nápoles y Sicilia, y la isla de Malta, como puntos avanzados y más próximos al peligro. Por eso Juan Cortés de Tolosa, en su *Lazarillo de Manzanares*, impreso el año de 1620, para ponderar el temor que se tenía á una suegra, la llama «mujer más temida que *la bajada del turco*».—Nuestro Cervantes, despidiéndose de las Gradas de San Felipe el Real (mentidero de Madrid en su tiempo) al emprender su viaje al Parnaso, decía:

> «*Á Dios de San Felipe el gran pasco,*
> *Donde si* baja *ó* sube el turco *galgo,*
> *Como en gaceta de Venecia leo*».

IV, 4, 5.

Turpín ó Tilpín (Juan).—«El verdadero historiador *Turpín*».

—Turpín ha llegado á ser el verbigracia de los embusteros. Fué un arzobispo de Reims que vivió en tiempo de Carlomagno; y dos siglos después, se escribió bajo su nombre una historia de los hechos de aquel príncipe en dos libros llenos de cuentos y mentiras. Por la común reputación de embustero llama irónicamente Cervantes á Turpín «*verdadero historiador*», imitando en esto á Ariosto, que con la misma ironía le llamó «*verace*»:

> «*Scrive Turpin, verace in questo loco*».
> (Cant. 30, est. 49.)

Para indicar que una cosa era mentira, se decía que la afirmaba Turpín.—Véanse las siguientes Notas: I, 118; III, 433, 458, 467-469; IV, 19, 20, 221, 278; V, 44, 48. —[I, 197.]

Úbeda (Por los cerros de).—«Ir *por los cerros de Úbeda*», según Covarrubias en su *Tesoro*, se dice del que no lleva camino en lo que dice, y procede por términos remotos y desproporcionados.—El origen de esta expresión proverbial es desconocido, como lo es generalmente el de los refranes y locuciones de su clase. La presente se aplica, según dijo Covarrubias, á las cosas que van descaminadas y fuera de los términos razonables, como lo iría el que dejase el camino llano, prefiriendo el de los cerros y terrenos desiguales. La mención de los de Úbeda puede indicar que allí ó cerca de allí tuvo la expresión su nacimiento. V, 179, 359. —Se dice de cosas disparatadas que no vienen á cuento. VI, 154.—Véase *Ir por los cerros de Úbeda*.

Uchalí.—«El *Uchalí*, rey de Argel, atrevido y venturoso corsario» (anticuado: corsario: Salvá).—El Uchalí, como dirá el cautivo en el capítulo siguiente, era calabrés, y, según las noticias de Haedo, nació de padres pobres en Licastelli, el año de 1508. Cautivado en su juventud, anduvo co-

mo esclavo muchos años al remo, hasta que renegó, y por esto fué conocido por el nombre de «*Aluch Alí*», «que en turquesco (dice Haedo) quiere decir «*renegado Alí*», porque lo que nosotros llamamos «*renegado*» y los moros «*elche*», llaman los turcos «*aluch*». De aquí, corrompido el nombre, le llamaron vulgarmente los cristianos «*Uchalí*» ú «*Ochalí*». Sirvió en adelante con fidelidad á los turcos. Se distinguió en varias ocasiones y después asistió en la batalla de Lepanto, donde mandó con inteligencia y valor el ala izquierda de la escuadra otomana. El año de 1568 fué promovido Uchalí al reino de Argel. Dícese que en algún tiempo el papa San Pío V hizo diligencias para reducirle al gremio de la Iglesia, y que para ello le ofrecía formarle un principado en Italia. El terror que su nombre infundía entre los cristianos, ocasionó la frecuente mención que de él se hace en los romances que el vulgo español cantaba ú oía cantar á los ciegos. Cervantes hizo justicia á la humanidad y prendas morales del Uchalí.—Véanse las Notas para otros muchos pormenores: III, 156-160, 169, 175-178, 182.

Ufanidad.—«Con la alegría, contento y *ufanidad* que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo».—«*Ufano*» equivale á «engreído»: es más que «contento» y menos que «arrogante»; pero se toma siempre en mala parte. De «*ufano*» hubieron de formarse los nombre de «*ufanía*» y «*ufanidad*». De «*ufano*» se derivó también el verbo «*ufanarse*», de que usó ya Cervantes en el cap. 14 (IV, 239) de esta segunda parte, cuando el caballero de los Espejos (ó del Bosque) decía que de lo que más se preciaba y «*ufanaba*» era de haber vencido á Don Quijote. En nuestro uso actual sólo ha quedado la matriz «*ufano*», y todos sus hijos han perecido. IV, 270.

Ulises, Eneas, Aquiles, Héctor, Sinón, Euríalo, Alejandro, Cé-

sar, Trajano, Zópiro y *Catón*.—«Las astucias de *Ulises*, la piedad de *Eneas*», etc.—Sus propiedades características. III, 391.

Ultimadamente.—Adverbio de poco uso, pero á quien no puede negarse carta de naturaleza en Castilla, teniéndola el adjetivo «*ultimado*» por testimonio de Ambrosio Morales, Alonso López Pinciano y otros escritores. III, 281.

Un lugar de hasta mil vecinos.—M. Sorel, citado por Pellicer, dice que no es verisímil que los vecinos de un lugar de tanta población recibiesen seriamente por su gobernador al rústico y labriego Sancho Panza. Mas añade Pellicer que los vecinos estaban advertidos de que el gobierno y el gobernador eran cosa de burla. No hay duda que el episodio de este gobierno burlesco de Sancho es sumamente inverisímil en un país civilizado; pero Cervantes supo compensar esta inverisimilitud con tantas sales y gracias, que no está en manos del lector dejar de perdonarle con gusto. V, 404.

Una por una.—«Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo (á la hermosa Ana Félix): *una por una* vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento».—Modo adverbial digno de notarse, que significa «en todo caso, ciertamente, con efecto, de hecho», en contraposición á «*uno por otro*», que envuelve la idea de falsedad: significación que cuadra perfectamente á esta expresión en todos los casos que la encuentro usada en el *Quijote*. (II, 305, 469; IV, 155; VI, 332, 339, 398.)—Véase la Nota por otros ejemplos. VI, 315.

Único.—«Famoso y *único* poeta castellano».—«*Único* poeta» no quiere decir que los demás no lo son: «*único*» equivale aquí á «singular», en cuya acepción usaron de esta voz varios buenos escritores; y aun Cervantes, en el cap. 6.º de la primera parte (I, 144), le empleó como superlativo, cuando dijo de la *Fortuna de Amor* de Lofraso que era «el mejor y

el más *único* libro»; pero cuando «*único*» significa «exclusivamente, solo», su significación es absoluta, y no admite diminución ni aumento, porque lo que es *único*, no puede ser más ni menos *único*. Lo propio sucede en «*triangular*», «*eterno*», «*primero*», «*segundo*» y otros vocablos semejantes. IV, 30.—«De los más *únicos* pintores». «*Único*» es de los adjetivos que no admiten aumento ni diminución, ni comparativo ni superlativo, porque lo que es único no puede ser más ni menos *único*, así como en «*primero*», «*segundo*», «*circular*», «*triangular*» y otros, no cabe tampoco *más* ni *menos*. El uso y la costumbre va en esta parte de acuerdo con la razón; y ni con una ni con otra se conformó Cervantes en este pasaje y en el del cap. 6.º (I, 144), donde dijo que el libro de la *Fortuna de Amor*, de Antonio de Lofraso, era el «mejor y el más *único* de los de su género». II, 282.

Unidades de tiempo y lugar y de acción (Infracciones de las).—«Errores de todo punto inexcusables».—Parecía natural que habiéndose censurado las infracciones de las unidades de tiempo y lugar, no se omitiesen las que son contra la de acción.—Véanse las Notas: III, 402, 406-410.—[II, 65, 329 y n.; III, 42, n.]

Universidades las más célebres.—Bolonia, París y Salamanca fueron desde el primer restablecimiento de las letras, en los siglos XII y XIII, las tres universidades más célebres de la cristiandad, á las que el concilio general de Viena, tenido el año de 1312, añadió la de Oxford.—Véase la Nota larga sobre universidades y academias antiguas: IV, 340-342; VI, 420.—Véanse *Atenas*, *Bolonia*, *París* y *Salamanca*.—[I, 314, 315, etc.]

Universidades literarias (Los grados de las).—«Y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna».—Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las menores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8) y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salamanca (IV, 10). En el día hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. En cambio, Tamayo de Vargas llamó á Cervantes «ingenio lego» (III, 467), y Avellaneda mostró despreciarle por indocto y falto de estudios académicos. La posteridad ha fallado este pleito, y sin apelación. V, 438, 439.

Universo (De todo el) mundo.—«*Todo*» y «*universo*» forman un pleonasmo vicioso si se conserva «*mundo*»; pero no si se suprime esta última palabra y queda solamente «*de todo el universo*».—«*Universo*» significa una cosa cuando es sustantivo y otra cuando es adjetivo. En este último caso es sinónimo de «*todo*». «Vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre *de todo el universo mundo*». III, 6.

Uno.—Como terminación de voces, indicando vileza y desprecio; como *hombruno*, etc.—«Por más señas era el queso *ovejuno*». II, 489.—Véase *Terminación de voces*.

Uno, otro.—Como nombres del género neutro. III, 15-18.—Véase *Otro*.

Uno por otro.—Envuelve la idea de falsedad. VI, 315.—Véase *Una por una*.

Untar.—«Si tuviera yo esos veinte ducados..... *hubiera untado* con ellos la péndola (pluma) del escribano». «*Untado*» es lo mismo que «comprado ó corrompido con dinero»; metáfora tomada del que *unta* con aceite ó sebo la rueda para que corra más á su gusto. Á esta semejanza, facilita el dinero las cosas, por lo cual suele dársele el nombre de «*unto de Méjico*». II, 198.—«Que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de *untar* las mías». VI, 408 (1).—*Untar las manos* á una persona, ó á un juez, es sobornarle, ganarle con dádivas ó dineros. (Arrieta.)

Uñas de vaca.—«Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos *uñas de vaca* que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen *uñas de vaca*».—Es el pie ó mano de vaca ó buey; si es de ternera se la llama «*mano*». El uso es quien ha establecido estas anomalías. (Arrieta.) VI, 198 (1).

Urbina (Diego de).—Natural de la ciudad de Guadalajara: se distinguió en la batalla de Lepanto, siendo capitán de la compañía en que servía nuestro autor, y pertenecía al tercio de D. Miguel de Moncada. Cervantes quiso que quedase en el *Quijote* esta honrosa memoria de su capitán, y quizá quiso también perpetuar la de su alférez en la relación del cautivo; pero el transcurso del tiempo ha hecho imposible esta averiguación, que hubiera sido fácil á sus contemporáneos. III, 151.

Urganda, la encantadora.—Fué singular amiga de Amadís de Gaula.—Véanse las Notas sobre ella: I, LVII (Prólogo), 99, 100; II, 283; III, 290.—Alquife (su marido) y Urganda. V, 211-215.

Urraca (La infanta Doña).—Su padre, Don Fernando I, rey de Castilla, repartiendo los reinos entre sus hijos, no le dejaba nada á ella. IV, 94.

Urrea (El capitán D. Jerónimo Jiménez de).—Su traducción métrica del *Orlando* de Ariosto, de los años 1556, 1558. La censura que aquí hace Cervantes de esta traducción, es sobradamente benigna. I, 120-122; VI, 289.—[II, 479-480, n.]

Usque (Amicus) ad aras.—«Que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios».—El dicho fué de Pericles á un amigo suyo, pidiéndole éste que en cierta causa judicial jurase á su favor en falso. Cuéntalo Plutarco en su opúsculo intitulado *De la mala vergüenza*. III, 10, 11.

Uva (Hecho una).—Véase *Hecho una uva*.

Vaca (La) de la boda.—Dícese de la persona que sirve de diversión á los que concurren á ella, y, por extensión, del sujeto á quien todos acuden en sus urgencias. Así el Diccionario. Y añade Arrieta: ó la persona que hace los gastos: metáfora tomada, sin duda, de la vaca que se mata para el gasto de la boda, y de la cual comen todos los convidados y asistentes á ella. VI, 389.

Val (En el) de las estacas.—Modo festivo de designar el sitio donde amo y mozo fueron derribados y molidos á palos por las estacas de los yangüeses. Alúdese en ello al romance viejo que empezaba: *Por el val de las estacas*. II, 43.

Valdés (Juan).—Autor del *Diálogo de las lenguas*, que tanto se cita en estas Notas, y cuyo voto es muy respetable en materia de lenguaje. I, 109; II, 304; IV, 285.—Sobre traducciones: gradúa de gran temeridad la empresa de traducir de una lengua á otra el que no es muy diestro en ambas. VI, 289.—M. Ticknor dice: «Pero la mejor obra en prosa didáctica del período que estamos examinando, aunque desconocida y no publicada hasta dos siglos después, es la que se anuncia con el modesto título de *Diálogo de las lenguas*, obra en cualquier tiempo muy recomendable por la natural sencillez de su estilo y pureza de dicción, pero más aún en una época de escolástica y trabajosa elocuencia. «Escribo, dice su autor, como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir; y dígolo cuanto más llanamente me es posible; porque, á mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación».» (Traducción de Gayangos.)—II, 19; III, 459, etc.]

Vale.—Voz latina, usada en castellano para despedirse en estilo cortesano y familiar, y significa «Dios te dé salud». (Academia.) I, LVI (Prólogo); VI, 468 (1).

Valer una ciudad.—Expresión con que se solía ponderar el valor de alguna cosa, muy usada en los romances antiguos

y libros caballerescos. Véanse los ejemplos: III, 479, 480. —«Aunque me diesen de añadidura *una ciudad*». V, 168.

Valera (Diego de).—Uno de los caballeros de que hace mención Fernando de Pulgar, fué doncel ó paje del rey Don Juan el II. III, 466.—Su *Crónica abreviada de España*, que dedicó á la Reina Católica. III, 477.—[I, 167, 322 y n.]

Valientes.—«Los *valientes* toros de Guisando» (cuatro bultos de piedra).—Se llamarían «*valientes*» por lo «grandes», según una expresión familiar. IV, 236.—Véase *Toros de Guisando*.

Valones, valonas.—«En *valones* y en jubón», esto es, con la ropa interior, ó «en farseto», según la expresión que se lee en el cap. 21 de la primera parte (II, 169). «*Valones*» eran «calzones» á la flamenca, que solían ser anchos, y se llamarían «*valones*» por haber venido la moda de los estados *valones* ó de Flandes, así como vino la de los cuellos llamados «*valonas*» y la de los sombreros terciados «*á la valona*», de que se hablará en la aventura de Claudia Jerónima: «con sombrero terciado *á la valona*» (VI, 234). Llamábanse «*valonas*» las provincias de los Países Bajos, y «*valones*» á sus habitantes. IV, 322, 323.—«El cuello era *valona* á lo estudiantil». IV, 323.—«Con *valonas* guarnecidas con puntas de randas flamencas». VI, 398 (1); V, 136.

Valor.—«Cada día descubro en vos *valores*». «*Valor*» en este lugar no es la «fortaleza que arrostra los peligros», sino «calidad ó prenda apreciable». Viene á ser como «*valía*», palabra casi anticuada, que equivale á «precio», y carece de plural, como también le sucede á «*valor*» cuando significa la «fortaleza».—*Á las valías:* modo adverbial. Al mayor precio de los frutos en todo el año. (Academia.) II, 364.—«Su bondad y *valor*». Se habla de Camila. «*Valor*» es aquí lo que una persona vale por sus prendas, y la estimación que por ellas merece: viene á ser lo que ahora llamamos

«mérito». III, 5.—«Como el *valor* de D. Luis merecía». —«*Valor*» no significa aquí la calidad de «*valiente*», sino de «apreciable», así como de una joya se dice que tiene mucho ó poco *valor*. III, 326.

Valladolid.—Felipe III trasladó la corte á Valladolid en 1601, y aquí se mantuvo hasta el año de 1606, en que se volvió á establecer de nuevo en Madrid. III, 275.—Véase *Madrid*.

Vamba ó Wamba (El rey).—«En tiempo del *rey Wamba*».—Rey visigodo que reinó en España desde el año 672 hasta el de 680, y se señaló por su valor y demás virtudes. Todavía se usa entre nosotros esta expresión para denotar en general una época muy antigua. II, 352.—«Sacaron al labrador *Wamba*».—Mariana cuenta, en su *Historia de España*, que, habiéndose rebelado contra el rey Wamba su general Paulo, éste le envió á desafiar, llenándole de injurias. «Destos baldones (continúa) y destas parcialidades, según yo entiendo, procedió la fama del vulgo, que hace á Wamba villano, y que subió al cetro y corona del arado y de la azada; mas sin falta es manifiesto yerro: que, á la verdad, fué y nació de la más principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad». V, 182, 183.—También hay otra Nota: I, 161.

Vamos, vais.—«Como nos *vamos*».—«*Vamos*» es subjuntivo, abreviatura ó síncope de «*vayamos*»; y así se encuentra en nuestros antiguos escritores, á la manera que se decía también «*vais*», sincopado, por «*vayáis*», según se observó en las Notas á la novela de *El curioso impertinente* (III, 87). III, 195.

Vandalia, Andalucía.—«*Vandalia*» es Andalucía. El arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en su *Historia de España*, dijo que se llamó «*Vandalia*», por los *vándalos*, que con otros pueblos bárbaros del Norte invadieron á España en el siglo V y se establecieron en la parte meridional de

la Península; y de «*Vandalia*» formaron los árabes el nombre de «*Andalucía*», que extendieron á toda la España que dominaban, y que después de la reconquista por los cristianos quedó reducida otra vez á la parte que cae al sur de Sierramorena. Entre los poetas modernos se ha designado muchas veces á Andalucía con el nombre de «*Vandalia*». IV, 233, 234.

Vargas (Garci Pérez de).—Véase *Garci Pérez de Vargas.*

Vargas (D. Tomás Tamayo de).—Véase *Vida de Diego García de Paredes.* II, 515.—Llamó á Cervantes «ingenio lego». III, 467; V, 439.—Véase *Universidades literarias (Los grados de las).*—[I, 455; III, 183, notas.]

Vargas (Diego Pérez de).—«*Vargas y Machuca*»: habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y *machacó* tantos moros, que le quedó por sobrenombre *Machuca*, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante *Vargas y Machuca*». Esta batalla fué la de Jerez contra los moros, reinando D. Fernando III el Santo. Diego Pérez de Vargas era toledano, como dice la *Crónica general*, y de este suceso se hizo un romance antiguo que se lee en las colecciones de esta clase de poesías. I, 175; II, 429.—[II, 229, n.]

Variado.—«Fuente de jaspe *variado*». «*Variado*», es decir, manchado de diferentes colores; adjetivo correspondiente al latino *variegatus*, ó más bien á *versicolor*, como el jaspe lo es comunmente; y aun por eso se llama «jaspeada» la superficie que está pintada con listas ó manchas irregulares de colores diversos. Es acepción menos común que las otras en que suele usarse «*variado*», y en que equivale á «diferenciado», mudado, hecho de otra manera, compuesto de partes diversas entre sí. En ésta se usa después dentro del mismo período, cuando se dice que las conchas de las almejas y caracoles con los pedazos de cristal y contra-

hechas esmeraldas «hacen una *variada* labor». III, 476.

Varilla de virtudes.—«Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre».—«*Por la virtud que Dios le dió*». La hija de la ventera, que aplicó esta expresión al propósito de la caballería andante, habría oído en su niñez, como todos hemos oído en la nuestra, los cuentos en que interviene la *varilla de virtudes*, y en que los dueños de la varilla usan de esta especie de fórmula ó conjuro para pedirle, *por la virtud que Dios le dió*, que ejecute algún prodigio. La varilla de virtudes fué conocida ya como cosa proverbial entre los romanos, que la llamaban *virgula divina* y le atribuían propiedades mágicas, como la de hacer aparecer los manjares que se quería, de lo que hace mención Cicerón en el libro 1.° de los *Oficios* (cap. 44). Por medio de su vara hizo Moisés las verdaderas maravillas que obró en Egipto; para remedarlas, los magos de Faraón usaron de varas en sus encantos: al contacto de la varilla de Circe atribuyeron Virgilio y Ovidio las transformaciones de hombres en animales (*Eneida*, libro 7.°; *Metamorfosis*, lib. 14): con la varilla de virtudes vencieron los encantos de la isla de Armida los guerreros que fueron á buscar á Reinaldos (Tasso, *Jerusal.*, c. 15. est. 49), y de aquí se derivó, sin duda, la costumbre de pintar en los libros caballerescos á los magos y encantadores con varilla, como instrumento propio de su profesión. III, 303.—«Dime, cabeza, *por la virtud que en tu cuerpo encierras*». Fórmula semejante á la otra: «varilla de virtudes, *por la virtud que Dios te dió*». VI, 276.

Varones (Claros) de Castilla.—Véase *Pulgar (Fernando del).*

Vaso (La prueba del).—Para indicar á los maridos si sus mujeres les eran infieles. Dos son los cuentos del *Orlando furioso* á que en el presente lugar alude Cervantes. En el caso que las mujeres fueran infieles á sus maridos, al que iba á beber del vino se le derramaba por el pecho:

«*Chi la moglie ha pudica, lee con quello;*
Ma non vi può già ber chi l' ha puttana;
Ch'l vin, quando lo crede in bocca porre,
Tutto si sparge, e fuor nel petto scorre».
(*Orlando furioso*, c, 43, est. 28.)

Véanse las Notas: III, 18, 27.—«La copa ó bebida amorosa». III, 288, 456.—Véanse *Tristán de Leonís* y *Copa (La) encantada*.

Vecilla Castellanos (Pedro de la). I, 155.—Véase *León de España*.

Vega (Bernardo de la). I, 144.—Véase *Pastor de Iberia*.

Vega (Garcilaso de la).—Véase *Garcilaso de la Vega*.

Vega (Lope de).—Sacerdote y familiar del Santo Oficio. IV, VII (Prólogo).—Sus relaciones con Cervantes. I, XLVIII, L, LIV (Prólogo); II, 316; III, 414-417; IV, VII (Prólogo). —En su *Ilustre fregona* tomó el asunto, igualmente que el título, de una de las novelas de Cervantes. II, 357.—De la escena del ventero y Sancho, cap. 59, segunda parte, hubo de tomar Lope de Vega gran parte de la idea de su entremés del *Remediador*, que representó el famoso actor Juan Rana. VI, 199.—Sus *Baños de Argel*. III, 198-200. —Su *Arte nuevo de hacer comedias*. III, 395; IV, 342.—Su *Ingratitud vengada*. III, 398, 417; V, 233, 397.—Censurado por Cervantes, y sus comedias por el Consejo de Castilla. III, 398; IV, VIII (Prólogo).—En la apología de los defectos que se le imputaban, dice:

«*Y escribo por el arte que inventaron*
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto».

III, 395.—Sobre el escribir los poetas en su propia lengua. IV, 285.—Su reputación y popularidad inmensa.

III, 414.—Dió insignes muestras de su fecundidad poética en uno de los doscientos sonetos, impreso en la primera parte de sus *Rimas humanas*, el cual (el 195) se halla escrito en español, latín, italiano y portugués, y no hay dos versos seguidos en una misma lengua. VI, 403.—En una Nota anterior se dice, que «Lope de Vega hizo un soneto, entre los impresos en la primera parte de sus *Rimas humanas*, compuesto de versos de siete poetas, á saber: Ariosto, Camoens, Petrarca, Tasso, Horacio, Serafín Aquilano y Boscán» (y Garcilaso?). VI, 381. (Quizá es lo mismo que el antedicho; pero el soneto poligloto de Lope de Vega que yo he visto, tiene dos versos seguidos (el 3.° y 4.°) en una misma lengua, la italiana, y un poeta más, Garcilaso [*].)—Su *Remedio de la desdicha*. I, 93.—Sus *For-*

(*) Este soneto se halla en las *Rimas humanas* de Lope de Vega (Número 171). Hay otro semejante en la misma colección, que comienza *Sit, o senate Hyperio, nec dissimilis*, y á él se refieren las Notas (VI, 381, 403) arriba mencionadas.

SONETO POLIGLOTO.

(El asunto parece ser la meditación á que se entrega en su retiro un soldado guerrero y cortesano sobre las vanidades y fluctuaciones de la vida.)

Le donne, i cavalier, le arme, gli amori. AR.
En dulces juegos, en placer contino. CAM.
Fuggir, per più non esser pellegrino. PET.
Ma tu nel cielo infra i beati chori. TAS.

Dulce et decorum est pro patria mori. HOR.
Sírvame amor, fortuna, el mio destino. SER.
Ni es mucho, en tanto mal, ser aduino. BOS.
Seguendo l' ire, e i giovenil furori. AR.

Satis beatus unicis Sabinis. HOR.
Parlo in rima altyer, e di dolcezza ignude. PET.
Deste passado bem, que nunca fora. CAM.

No hay bien que en mal no se convierta y mude. DAV.
Nec prata canis albicant pruinis. HOR.
La vita fugge, e non si arresta un hora. PET.

Los anteriores versos están tomados de los siguientes poetas:

ARIOSTO, canto I, estancia 1.ª
CAMOENS, canto IX, est. 87.
PETRARCA, canción XLV.

tunas de Diana. I, 108.—Su *Hermosura de Angélica*. I, 153.—Su soneto ridiculizando la culta latiniparla de su tiempo. I, 187.—El *Cardenal de Belén*. III, 408.—Su *Roma abrasada*. V, 399.—Su *Noche de San Juan*. VI, 260.—«*Belisa*», dama que Lope de Vega celebra en su *Arcadia*, es anagrama del nombre de su primera mujer Doña Isabel de Urbina. II, 316; VI, 441.—Dos veces casado. IV, XIII (Prólogo).—Sus versos justos y generosos en su *Laurel de*

TASSO, canto I, est. 2.ª
HORACIO, oda II, lib. III.
SERAFÍN, epístola III.
BOSCÁN, soneto que comienza:

«*Atento estaba el vivo pensamiento*».

ARIOSTO, 3.º verso de la 1.ª estancia.
HORACIO, oda XVIII, lib. II.
PETRARCA, canción XXVI.
CAMOENS, soneto XXII.
GARCILASO, égloga al virrey de Nápoles, canción que comienza:

«*Después que me dejaste, nunca paces*».

HORACIO, oda IV, lib. I.
PETRARCA, soneto CCXXXI.

SONNET FROM LOPE DE VEGA.

Brave knights, fair women, war, love's wild desire,
In calm enjoyment now, content and free,
I shun; no more a wanderer to be
Save there, above, amid the Heavenly choir.

'Tis sweet and glorious for one's land t'expire;
Love, fate and fortune push on urgently;
Nor is it strange if, in the conflict, we
Look forth prophetic, fed by youthful fire.

Content within my quiet Sabine farm,
I sing, in rugged rhyme, both rude and bare
Of that passed good, which, would it never were!

There is no good but may be changed to harm:
(*) *Nor do hoar frosts the fields long whiten o'er;*
Life flees, and doth not stay its course one hour.

C. F. B.

(*) Este verso, tal como se halla en el soneto original, resulta obscuro. Su sentido es evidentemente:

Nor is there bad but may result in good.

Apolo, donde celebró la manquedad de Cervantes. IV, VI (Prólogo), 345.—En sus *eco-versos* fué quizá su intención hacer alguna parodia ó imitación burlesca de los de Cervantes. II, 358.—Observaciones sobre sus comedias. III, 402.—Asombra la fecundidad de la pluma de Lope. III, 416.—La reputación y aprecio general de Lope llegó á tal punto, que, para decir que una cosa era buena, se decía que era *de Lope*.—Á la vista de Lope, celebrado y rico, favorecido y aun mimado constantemente por la fortuna, no fué extraño que Cervantes, despreciado, pobre, perseguido siempre de su mala estrella, abrigase en su corazón algún movimiento de despecho. III, 414, 415; IV, VII (Prólogo).—Individuo de la *Academia Selvaje* en Madrid, llamada así porque se celebraba en casa de D. Francisco de Silva. VI, 421.—Véase *Lope de Vega*.—[Véase el *Índice* de Ticknor.]

Vega Casar (Francisco de la).—Famoso nadador. IV, 332.—Véase *Peje ó Pez Nicolás*.

Veinticuatro.—«Que me viva el *veinticuatro* mi señor». VI, XII (Prólogo).—«*Veinticuatros* en Sevilla, Granada y Córdoba vale lo mismo que «regidor» en Castilla; y llamábanse así los veinticuatro regidores de número de dichas ciudades, á que quedaron reducidos los treinta y seis por el rey D. Alonso XI, de donde les quedó el nombre de «*veinticuatros*». (Arrieta.)

Velar las armas en capilla.—«*En la capilla* deste vuestro castillo *velaré las armas*». Conforme al espíritu general del tiempo y de los países en que floreció la caballería, su profesión estaba ligada íntimamente con la del cristianismo. El rey Minandro decía á la doncella que le pedía armase caballero á Policisne: «ninguno puede por ley de caballería ser armado, sin antes velar en una iglesia sus armas». Véase la larga Nota, para citaciones y pormenores.—Cervantes remedando las ceremonias de la recepción de la ca-

ballería del modo que aquí se ve en el discurso de la relación presente, haciendo del corral capilla; de la pila del pozo, altar; del libro de paja y cebada, manual; del ventero, maestre; de las rameras, caballeros asistentes, y de las bestias de los arrieros, capítulo, imprimió á todo un sello de ridiculez, que sin duda alguna estuvo muy lejos de su intención. I, 43-46.

Velasco.—«El gran D. Bernardino de *Velasco*, conde de Salazar, á quien dió Su Majestad cargo de nuestra expulsión».—El elogio que se hace aquí del conde de Salazar me parece harto impropio en boca de uno de los moriscos expulsados por su diligencia. Pellicer dice que el conde era mal agestado y más todavía su mujer: sobre lo que dijo el conde de Villamediana en un manuscrito de la Biblioteca Real, que cita:

«Al de Salazar ayer
Mirarse al espejo vi,
Perdiéndose el miedo á sí
Para ver á su mujer».

Resulta de todo lo dicho, que D. Bernardino de Velasco era el hombre de corazón más duro y de rostro más feo que en su tiempo hubo en estos reinos. Pocas y muy pocas veces habita alma hermosa en cuerpo extremadamente feo, de lo que tengo larga experiencia.—Véanse las interesantes Notas sobre la expulsión de los moriscos de España: VI, 337-340.

Velasco (Gregorio Hernández de).—Tradujo al castellano el poema latino *De partu Virginis*, de Sanázaro, y también tradujo á Virgilio.—Lo que dice de él Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. VI, 446.

Velázquez (D. Diego).—Dos cuadros de él que existen en el Real Museo de Pinturas. II, 173.

Vello.—«Hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el *vello* y á pulir las cejas». «*Vello*», el pelo del-

gado que nace al hombre por el cuerpo, distinto del cabello. (Covarrubias.) Viene de la voz latina *vellus*, «vellón». —V, 299.

Ven, muerte, tan escondida.—El autor primitivo de esta redondilla fué el comendador Escribá en el *Cancionero general* de Valencia de 1511. Tráela Böhl en el tomo I de la *Floresta de rimas antiguas* (Núm. 184). Böhl trae también una canción, tomada del *Romancero general* de 1604, que comienza con el mismo verso (Núm. 198). Lope de Vega en sus *Rimas sacras* glosó esta redondilla á lo divino. V, 278-279. —«*Amor, cuando yo pienso*». Este madrigal contiene el mismo pensamiento. VI, 372.—I, 264, n.

Vencida (Ir de).—Véase *Ir alguno de vencida.*

Venecia (El tesoro de).—Véase *Tesoro (El) de Venecia.*

Vengo, pues, y tomo, y qué hago (dijo Sancho á la Duquesa): «sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas», etc.—«*Vengo, pues, y tomo, y qué hago*». Expresión familiarísima del vulgo, que se encuentra, como otras muchas de su clase, en el *Cuento de cuentos*, de Quevedo. (Folio 178.) V, 340.

Véngote á azotar, Sancho.—Bello anuncio para uno á quien se le corta un sueño profundo y grato, presentándole en su lugar la imagen de la inminente azotaina. ¿Qué lector será el que no se ría? VI, 223.

Veni, vidi, vici.—Véase *Llegué, vila, y vencila.*

Venir á mano, ó no venir sino al pie.—«Las (ollas) de Basilio serán, *si viene á mano*, y aunque *no venga sino al pie*, aguachirle». «*Si viene á mano*», expresión propia del estilo familiar, quiere decir «si se proporciona, ó por lo más». Lo que se añade, «*y aunque no venga sino al pie*», es chiste de Sancho, que, estando contento y regocijado con su espuma, juega con la relación de inferioridad que hay del *pie* á la *mano*, según aquel refrán, «al villano dale el pie y se toma-

rá la mano». «*Aguachirle*» es «cosa sin fundamento ni sustancia», porque «*aguachirle*» es «aguapié», licor vinoso que se hace echando agua en el orujo de la uva después de exprimida, ó el vino que se hace de uvas silvestres, cuyo zumo se llama «*chirle*». Quevedo, en la *Visita de los chistes*, llamó «caballeros *chirles*» á los caballeros sin hacienda, que, con sacar la bigotera, el molde para el cuello, la bula y su sombra, mudaban de casa. IV, 384.—*Venirle á alguno á la mano, ó á las manos alguna cosa:* frase metafórica. Lograrla sin solicitarla. *Si viene á mano:* expresión metafórica. Acaso, por ventura, tal vez. (Academia.)—Véase la Nota al texto: «Los dos regidores *á pie* y *mano á mano*». —V, 21.

Ventaja (Alguna).—«*Ventaja*» es el sobresueldo ó ayuda de costa sobre el sueldo ordinario: expresión propia de la milicia. V, 12.—Véase *Aventajados*.

Ventanas.—«Más eran agujeros que *ventanas*».—Los mahometanos no gustan de que sean muchas ni fáciles las comunicaciones desde afuera con lo interior de las casas. Algo había habido de esto en España antes, y no mucho antes, de la época de nuestro autor. Ya vivía éste cuando falleció Pedro Mejía, cronista de Carlos V, el cual en sus *Diálogos*, impresos á mediados de aquel siglo, dice que en Sevilla «todos labran ya á la calle, y de diez años á esta parte se han hecho más ventanas y rejas á ella que en los treinta de antes». III, 187, 276.

Venteril.—Lo que pertenece á la venta ó es propio de ella. (Salvá.)—«Su *venteril* y limitada cena». I, 40 (t).—«Agradeciéndole con *venteriles* razones sus ofrecimientos». II, 26 (t).

Venteros.—«Que aunque *ventero*, soy cristiano».—Mala opinión tenía de su profesión el ventero, cuando hallaba algo de incompatibilidad entre ella y la de cristiano. Cervantes se burla aguda y graciosamente de los venteros de su tiempo, que, se ve por las memorias coetáneas, solían ser gitanos ó moriscos. Hay quien opina que los de ahora son muy parecidos á los de entonces. II, 524.—«El *ventero*, que era de la cuadrilla». Sobre el alistamiento venteril en las cuadrillas de la Hermandad. III, 321.—«Venderme á mí el gato por liebre». Proverbio contra los que engañan desfigurando las cosas, y dando una por otra. Covarrubias atribuye á los venteros de su tiempo la maña de vender á los pasajeros *gato* por *liebre*, y *asno adobado* por *ternera*. V, 64.

Ventillas de Toledo.—Paraje á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. I, 49.

Ventrera.—Faja que ciñe y aprieta el vientre. VI, 228.

Venturoso.—«*Venturoso* aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo».—¡Bello concepto y bello período, y qué propio de la estrecha y desgraciada situación de Cervantes! VI, 158.

Ver (Venir á) á la mira y á la maravilla.—Teresa dijo al paje, hablando de las bellotas: «que por gordas las pueden *venir á ver á la mira y á la maravilla*». Esto es, á mirarlas y maravillarse de verlas. (Arrieta.) VI, 34 (t).

Ver la suya uno.—Frase familiar que se usa para denotar que se le ha presentado alguna ocasión ó coyuntura favorable para efectuar alguna cosa. (Academia.)—«Y cuando *vea la suya*, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran». III, 193 (t).

Ver (No) la hora.—Frase que se usa para denotar el gran deseo que uno tiene de que llegue el momento de que se haga ó verifique alguna cosa. (Academia.) «*No veía la hora* Don Quijote de verse á caballo». I, 66 (t).—«*No veía* (Anselmo) *la hora* en que Lotario despertase». III, 32 (t).—«Y ya *no veía la hora* de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía». III, 223 (t).

Ver (No) por tela de cedazo.—Véase *Tela (Por) de cedazo.*

Verbales (Nombres) ó participios, en castellano.—Los participios de las lenguas antiguas eran unos verbales que, reuniendo la fuerza y acción del verbo á las flexibles formas de los nombres, encerraban en una palabra una frase. Importantes observaciones. Véanse las varias Notas: I, 75, 245; II, 91; III, 301; IV, 145, 243, 304; V, 312, 417; VI, 142, 194.

Verbos (Observaciones sobre los). II, 55, 314; III, 3, 52, 352; IV, 254; VI, 407.—Es propiedad de todo verbo activo poderse usar como neutro en sentido general y abstracto. II, 55, 314; III, 359.—Los verbos derivados de nombres suelen añadir comunmente al principio la letra *a;* como «*acuchillar*», de «*cuchilla*», etc. II, 148, 271; VI, 37.

Verdugado.—Fray Hernando de Talavera, en su opúsculo «*contra la demasía de vestir y de calzar*», declama contra la inmodestia de este vestido, al que llama «traje descomulgado, de caderas y verdugos». VI, 40.—Véanse *Guardainfantes* y *Enaguas (Diccionario* de la Academia).

Vericuetos.—«Sin traerme por *vericuetos* y encrucijadas». «*Vericuetos*», dice Covarrubias, es vocablo bárbaro, pero usado en el reino de Toledo: son los lugares ásperos, con altibajos y quiebras, con sendas y caminos angostos. «*Encrucijadas*» son los parajes donde se cruzan ó atraviesan varias sendas ó caminos, y es fácil perderse en ellos por no haber ninguno recto. (Arrieta.) IV, 86 (t).

Verino (Miguel).—Miguel Verini fué hijo de Ugolino Verini, grande amigo del filósofo platónico Marsilio Ficino, que floreció en la época, tan brillante para las letras, de los príncipes de la casa de Médicis. Miguel heredó de su padre la gracia de versificar en lengua latina, en que compuso una colección de dísticos que contiene máximas y reglas muy juiciosas acerca de las costumbres de los niños. Murió de edad de 17 años en el de 1483. Véase el resto de la Nota. V, 189.

Veros azules (Las armas de los).—«*Veros*», figuras de blasón, como copas ó vasos, que se expresan siempre en los escudos con azul y plata; esto es, veros azules en campos de plata, ó veros de plata en campo azul. El texto de Cervantes va conforme á esta regla. II, 75.

Versado (Más) en desdichas que en versos.—Juguete de mal gusto, fundado en la relación material de las dos palabras «*versado*» y «*versos*». El libro de que se trata es la primera parte de la *Galatea*, novela pastoril en verso y prosa, primera producción del ingenio de Cervantes, impresa en el año de 1584. La segunda parte no llegó á ver la luz pública. Su autor habla aquí de su obra por boca del cura con una modestia que templa y desarma á la crítica. I, 149.

Versos cortados ó truncados.—«*Si de llegarte á los buenos*».—Pellicer afirma que Cervantes fué el inventor de estos versos cortados en los finales, y que le imitó después el autor de la *Pícara Justina*. Lope de Vega puso en su entremés del *Poeta* un soneto en versos cortados, que empieza así: «*Hermosa cara, no os vendáis barat-*». Góngora hizo también versos de esta clase, que, sean de quien fueren, no son más que un juguete sin belleza ni mérito particular. I, LVII (Prólogo); IV, 281.

Vestido de cuerdo y desnudo de loco.—Expresión feliz, antítesis ingeniosa de Cervantes: «*desnudo de loco*», por contraposición á «*vestido de cuerdo*», quiere decir: sin aquellos harapos, ó sin aquellos trajes, que durante su curación suelen llevar los locos en los hospitales. IV, 12.

Vestidos.—Se presenta en esta Nota el cuadro comparativo del lujo en los vestidos introducido en el siglo de Cervantes, con la sencillez y austeridad anteriores en esta parte. Véase la Nota: VI, 15, 16.—Los vestidos ó trajes escénicos del teatro. IV, 194.

Vestiglos.—Véase *Endriagos.*

Viaje al Parnaso.—Poema de Cervantes, en que nuestro au-

tor, al acercarse á la costa de Grecia y divisar el golfo de Lepanto, dice:

«Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trajo á mi memoria
Del heroico Don Juan la heroica hazaña,
Donde, con alta de soldados gloria
Y con propio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria».

III, 154; IV, 83.—Véase *Tres y medio*.—[II, 123 y n.]

Viajes por encantamento, en nubes, en carros de dragones, etc.—De estos y otros modos de caminar tenía ejemplos Don Quijote en los anales de la caballería. Véanse las largas Notas: III, 356-358; V, 95-97, 329-332.

Vicente de la Roca.—Uno de los amantes de Leandra: venía de «las Italias»: modo de hablar rústico y pastoril, de que hay ejemplos en nuestros libros. III, 497.—Véase *Italias (Venir de, ó ir á, las)*.

Vicente (D.) de los Ríos.—Véase *Ríos (D. Vicente de los)*.

Vicente Gil.—Dramático portugués. Su comedia de *Amadís de Gaula*. I, 110.—[II, 42 y n.]

Vidal (Pedro) y Menécrates.—Dos locos que pertenecieron á la misma cofradía que Don Quijote. I, 15.—Véase *Menécrates y Pedro Vidal*.

Vido, por «*vió*».—Anticuado. (Salvá.)—«Cuando le *vido* tan al vivo». VI, 161 (t).

Viedma (Ruy Pérez de).—El capitán cautivo. III, 262 (t).—Su hermano Juan Pérez de Viedma, el oidor. III, 260 (t).—Doña Clara de Viedma, hija del oidor. III, 269 (t).

Viejo (De).—«Que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero *de viejo* que no presuma de alzar una figura». V, 37 (t).—*Tener alguna cosa de viejo:* frase. Tenerla por costumbre antigua, especialmente cuando es mala. (Academia.)

Viejos.—El caso de los dos viejos del báculo con los diez escudos de oro. V, 415.

Viga (La), rey de las ranas.—«Vienen á ser como la *viga, rey de las ranas*, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella». (Carta de Don Quijote á Sancho, gobernador.) Alude á la fábula bien conocida de cuando las ranas pidieron rey á Júpiter, y éste arrojó al estanque una viga, que al pronto las espantó, y á poco, pasado su terror, les sirvió de estercolero. VI, 54.

Vihuela.—En lo antiguo era distinto de «*guitarra*», y había vihuelas de mano y de arco. Viene de «*vida*», como «*guitarra*», de «*cítara*». Ahora en el uso común significan lo mismo «*vihuela*» y «*guitarra*». V, 423.

Vilhán.—La opinión más común de España, en tiempo de Cervantes, era que el inventor de los naipes había sido un tal Vilhán, que unos hicieron español y otros extranjero. Véase la Nota para más noticias de él, y por unos versos que escribió Juan de la Cueva acerca de él en el poema que trata de *Los inventores de las cosas*. V, 4, 5.

Villadiego (Coger las calzas de).—Véase *Poner pies en polvorosa*.

Villahermosa (Los duques de).—D. Juan Antonio Pellicer, combinando con su acostumbrada erudición las circunstancias de lugar y de tiempo que se expresan en el *Quijote*, con las noticias históricas, conjetura que Cervantes designó en estos sucesos á D. Carlos de Borja y Doña María de Aragón, duques de Villahermosa, y que el castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras como allí acaecieron, fué el palacio de Buenavía, que edificó el duque Don Juan de Aragón, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola, residencia ordinaria de los señores de aquel estado. Esta conjetura, si bien es plausible, no pasa de conjetura. V, 117, 405.

Villalobos (Francisco López de).—Sobre el buen lenguaje de Toledo: él prefiere el de la corte. IV, 361, 362.—Véase *Toledo*.—[II, 24.]

Villalpando (Gaspar Cardillo de). III, 365.—Véase *Súmulas de Villalpando.*

Villancicos para la noche del Nacimiento.—«*Villancico*» se deriva de «*villano*», rústico, campestre, con alusión á los festejos de los pastores de Belén, como quien dice «canciones pastoriles», y tales son, con efecto, las que suelen oirse en el oficio de nochebuena. I, 248.—[I, 249 y n.]

Villanueva (El Padre).—Su *Viaje literario á las iglesias de España.* V, 405, 406; VI, 232.—[III, 186, n.]

Villarroel (Juan).—«Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores». Esto no es natural ni propio en boca de un hidalgo de la Argamasilla, que no podía tener experiencia en la materia; y se ve claro que quien habla no es Don Quijote, sino Cervantes, el cual, según este pasaje y la respuesta que sigue del traductor, parece que no tenía olvidado lo que le sucedió con el librero Juan Villarroel cuando le vendió el privilegio de imprimir su comedia, según cuentan los historiadores de su vida. VI, 293.

Villaviciosa (Joseph de).—Su poema burlesco de la *Mosquea*, que contiene los siguientes versos acerca de Turpín:

> *«Hoy se despiertan las verdades puras*
> *Del profundo letargo y duro sueño*
> *De las prisiones del olvido escuras:*
> *Hoy, á la luz de la verdad, enseño*
> *La historia á quien dió principio y fin*
> *La pluma arzobispal de Don Turpín».*
>
> (C. I, est. 7.)

I, 118.—M. Ticknor, hablando de la *Mosquea*, dice que «tiene toda la originalidad que puede exigirse de un poema de su clase: el plan está bien meditado, la distribución de la materia es acertada, y, á pesar de que se extiende hasta doce cantos, la curiosidad del lector se mantiene viva hasta el fin». (Traducción de Gayangos.)—[II, 493.]

Villegas (Alonso de).—Su comedia *Selvagia*, composición escrita á imitación de la *Celestina*: fué autor también del *Flos Sanctorum*, ó *Vidas de los Santos*, libro muy conocido. V, 230.—[I, 241, 242, n.]

Villegas (Antonio de).—Su *Inventario*, que publicó en Medina del Campo el año de 1565. I, 93.—[I, 464, 465; III, 129-132 y notas.]

Villena (D. Enrique de Aragón, marqués de).—*Nigromante*, según el vulgo, y, según Juan de Mena, *honra de España y del siglo presente*, escribió un libro con el título de *Los doce trabajos de Hércules, aplicados á los doce estados del mundo*: libro que, según el P. Méndez, en su *Tipografía española*, se imprimió por primera vez en Zamora el año de 1483. IV, 41.—[I, 323-329 y nota.]

Villena (Francisco Garrido de).—Su desaliñada traducción del *Orlando* de Boyardo. I, 118, 158.—Su *Rosamiflor*. I, 124.—[II, 481, 482, n.]

Vino de lo caro.—«Pidiéronle *de lo caro*»: en esta expresión se entiende «*vino*».—«Pedir vino *de lo caro*» supone que lo hay de dos clases, caro y barato, lo cual sería más propio de la venta que de la ermita. V, 10.—«Á la taberna *de lo caro*». Quiere decir «á la taberna del vino mejor, y por lo tanto más caro». VI, 348.—Poco después, en el mismo capítulo, el lacayo Tosilos, recomendando el vino que llevaba en la calabaza, dice que era «*de lo caro*». (VI, 350.)

Vinos de fama.—«¿Este vino es de Ciudad Real?».—Debió ser vino de que gustase mucho Cervantes, pues en la novela del *Licenciado Vidriera*, citando entre los vinos de fama los de Madrigal, Coca, Alaejos, Esquivias, Alanís, Caralla, Guadalcanal, la Membrilla, Rivadavia y Descarga-María, nombra también el de la «imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa».—Pero el vino de más común celebridad, al parecer, era el de San Martín de Valdeiglesias, que con cierto énfasis solía llamarse «*vino del Santo*»,

y era el verbigracia de los buenos vinos. Véase la Nota por varias citaciones.—Pellicer sobre el presente lugar del texto nombra otros vinos afamados de España á mediados del siglo XVI, y entre los de la Mancha cita al de Valdepeñas, que es el de mayor reputación en el día. IV, 230. —Véase *Ciudad Real*.

Vireno (Cruel).—«*Vireno*», duque de Zelandia, abandonó en una isla desierta á Olimpia, hija del conde de Holanda, su amante y su bienhechora. De esto habla largamente Ariosto en los cantos IX y X de su *Orlando*, donde se recuerda la fábula de Ariadna abandonada por Teseo. Las aventuras de Vireno y Olimpia dieron asunto á varias composiciones de nuestros *Romanceros*.—Bowle, en sus anotaciones al *Quijote*, después de citar á Ariosto, inserta íntegra la canción de Vireno y Olimpia, contenida en el *Cancionero* de Flores. Es menester confesar que esta mezcla de Vireno, Eneas y Barrabás tiene singular ridiculez. VI, 151, 152.

Virgilio.—«Y no le tuviera bueno Augusto César».—Sabido es qué Virgilio al morir mandó que se quemase su *Eneida*, porque no había acabado de limarla; pero sus testamentarios y amigos Tuca y Vario no lo consintieron, apoyados en la voluntad de Augusto, que tampoco quiso que se cumpliese una disposición que tan funesta y lamentable hubiera sido para las letras. I, 288; II, 242.—Tuvo reputación de nigromante entre los escritores de la Edad Media por la descripción que hizo de los hechizos de Alfesibeo en la octava de sus églogas, atribuyéndose al poeta las ideas que éste había puesto en boca de sus pastores. II, 454; III, 294.

Virgilio (Polidoro).—Véase *Polidoro Virgilio*.

Viriato, César, Aníbal, Alejandro, Fernán González, Cid, Gonzalo Fernández, Diego García de Paredes, Garci Pérez de Vargas, Garcilaso y *Manuel de León.*—«Un *Viriato* tuvo Lusitania, un *César* Roma», etc.—Véanse las Notas sobre éstos: III, 442-445.

Virote (Mirar por el).—Véase *Mire (Y) por el virote*.

Virués (Cristóbal de).—Su poema el *Monserrate*. I, 151.—Asistió á la batalla de Lepanto, y hablando de ella en el canto 4.° de su *Monserrate*, decía:

> «*¡Oh, si á mi pluma concediera el cielo*
> *En esto lo que en vella á mi persona!*
> *¡Oh, si así como ví la gran batalla,*
> *Supiera describilla yo y cantalla!*»

III, 155.—Mayáns, en su *Vida de Cervantes*, pensó que el capitán Cristóbal de Virués era uno de los autores privilegiados que nuestro autor quiso indicar como príncipes de la poesía española. IV, 82.—Véase *Tres y medio*.—II, 64-66, 474, 475, n., etc.]

Vislumbres.—«Y en las *vislumbres*».—Usamos de esta palabra cuando las cosas apenas se ven, ó se ven á medias, y de aquí se deduce que en la composición de este nombre no entra el latín *bis*, como dijo D. Gregorio Garcés, sino *vix*. Al revés sucede en la palabra «*bizcocho*», hablándose del de mar, como ya se ha observado en otra ocasión (II, 209). II, 378.

Vítor.—Á los que brillaban en los ejercicios literarios, y aun muchas veces á los predicadores, solía obsequiarse escribiendo su nombre con letras abultadas en los parajes públicos, y poniendo encima «*Vítor*». Con alusión á estas costumbres, en el entremés de los *Órganos*, de Lope de Vega, habiendo ganado el sacristán Serijo á su compañero Mochales en las oposiciones, falla el cura:

> «*Serijo*, «vítor», *y Mochales*, «cola».

IV, 363.—Véanse *Cola* y *Llevar el primero*.—II, 444, 446, notas.]

Vituperoso.—«Amparo del *vituperoso* y abatido género due-

fiesco».—La formación de este adjetivo, hijo de la arbitrariedad del uso, es contraria á la analogía, según la cual los verbales en *oso* se diferencian de los verbales en *ado* é *ido;* como «*odioso*», de «*odiado*»; «*temeroso*», de «*temido*»; «*amoroso*», de «*amado*».—Los verbales en *ado* é *ido* indican que los sustantivos á quienes acompañan, sufren ó son el objeto de la acción del verbo; los en *oso*, que tienen disposición á ejercerla ó á sufrirla. V, 312.

Viuda (La) Reposada.—Nodriza que había sido de Carmesina; pero, ciegamente enamorada de Tirante, trata de indisponerlo con Carmesina y á Carmesina con él por medio de las más pérfidas y atroces calumnias; hasta que, viendo ya próxima á descubrirse su maldad, toma un veneno y muere. I, 135.

Vivaldo.—Su plática con Don Quijote acerca de la profesión de la caballería andante. I, 258-285 (textos).

Vizcaínos.—«Así te matas como estás ahí *vizcaíno*».—Los vizcaínos y su lenguaje fueron repetidas veces el objeto del festivo humor de Cervantes. Quevedo y Lope de Vega también los ridiculizaron.—Véanse dos citaciones: I, 186, 187.—«Porque sé leer y escribir y soy *vizcaíno*..... bien podéis ser secretario del mismo emperador».—Rasgo, al parecer, satírico, como indicó también Pellicer refiriendo los muchos secretarios, tanto del Rey como de Consejos y corporaciones superiores, vizcaínos de nacimiento ú origen, que hubo en tiempo de Carlos I y su hijo Felipe II. Véase la Nota: V, 440, 441.—«Y vos, como buen secretario y como buen *vizcaíno*». Nunca se ha dicho que los vizcaínos tengan por lo ordinario grande habilidad y expedición para escribir el castellano. Pudiera sospecharse que la expresión es irónica y que Cervantes se propuso continuar la burla que en el cap. 8.° de la primera parte (I, 186) había hecho de los vizcaínos en la persona de D. Sancho de Azpeitia (y I, 203). V, 444.—Todo esto es cosa de burlas.

Desde el obispo de Mondoñedo D. Antonio de Guevara hasta D. Félix Samaniego, las provincias que se conocen con el nombre común de Vizcaya, han producido escritores que se cuentan con razón entre los maestros del idioma castellano. I, 187.—Véase *Sancho (Don) de Azpeitia.*

Voces nuevas.—Cervantes enriqueció la lengua castellana con un gran número de voces nuevas ó poco comunes antes de él, la mayor parte felices, significativas y armoniosas, como se ha dicho, y que el uso ha adoptado con predilección desde entonces. V, 358.—Véanse también las Notas: IV, 424; V, 357.

Volar (Como).—«Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, *como volar*».—Expresión con que se pondera la dificultad de alguna cosa: especialmente se usa para rechazar la proposición de alguno. (Salvá.) V, 375 (1).—«Así me quede en éste, ni admita otro gobierno,..... sino *volar* al cielo sin alas». VI, 91 (1).

Volar la ribera.—«Y así, dijo el cura al barbero: vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á *volar la ribera*».—Expresión de la cetrería, que significa andar de ribera en ribera, buscando y levantando las aves. Aquí es metafórica, é indica que Don Quijote el día menos pensado volvería á sus andanzas y á la vida vagante de los aventureros. IV, 34.

Volatería (La) de Sancho Panza.—«*Volatería*» se dijo por los vuelos de Sancho en la manta, «bajando y subiendo por el aire con la gracia y presteza» que se describió en la narración del suceso (II, 57). III, 345.—Véanse *Alcancía* y *Cetrería.*

Volcarse, por «*revolcarse*».—«Se comenzó á volcar por la tierra».—Hay gran diferencia entre ambos vocablos. «*Volcarse*» se dice de las cosas inanimadas; «*revolcarse*» se puede decir de los vivientes: el primero es «caer en tierra lo que se mueve»; el segundo es «volverse repetidas veces el

caído de un lado á otro»; el primero es verbo de estado y á las veces también activo; el segundo no es uno ni otro, sino recíproco. Acaso la supresión de la partícula *re* fué error de imprenta, como en este y otros casos semejantes puede sospecharse. I, 89.

Voltaire, sobre Corneille.—Clemencín concluye sus Notas, diciendo: «Por lo demás, á los que nos tachen de nimiamente severos, diremos con Voltaire», etc. Véase la Nota: VI, 469.

Voluntad.—«La conclusión de nuestras *voluntades*, que tardase».—Faltan evidentemente para completar el sentido las palabras «*de lo*»: «No tardaría más la conclusión de nuestras *voluntades*, *de lo* que tardase mi padre en hablar al suyo».—«*Voluntad*» no es aquí la «facultad de querer», sino «lo mismo que se quiere»: equivale á «deseo, propósito». En este sentido, las disposiciones de un testamento se llaman «*últimas voluntades*», expresión que alguno quizá, menos instruído en nuestro idioma, calificaría de galicismo. II, 369.—«Cuando una persona está de mala *voluntad*». Decimos comunmente de los que manifiestan disgusto y desabrimiento, que están de «*mal talante*»; y ya se sabe que «*talante*» en el primitivo castellano era lo mismo que «*voluntad*». III, 424.—Véase *Talante*.

Volver á acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía.—«Dando señal de *volver á acompañarle*».—Esta clase de obsequio, que consistía en «acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía» á quienes se quería manifestar deferencia, fué común entre los romanos, y lo era también en tiempo de Cervantes, como se ve por este pasaje y por varios escritos de su tiempo, señaladamente por el papel de los *Catarriberas*, escrito por D. Diego de Mendoza (V, 13), donde se describe el afán con que los pretendientes madrugaban para acompañar al Presidente al Consejo, volverle á su casa, y tener cuidado, si quería salir á

alguna otra parte, de aguardarle y acompañarle. V, 465. —«Los años pasados (dijo Sancho) estuve un mes en la corte y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande (el duque de Osuna?), un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo». II, 189 (t).—Véase *Catarriberas*.—[II, 189.]

Volver, ó convertir, en.—«Se le *había vuelto en* yelmo».—En el cap. 37 (III, 110, 116) se decía de la princesa Micomicona, que «se *había vuelto en* una particular doncella». Este régimen no es ya de uso: ahora diríamos que la bacía «se *había vuelto* yelmo», ó que «se *había convertido en* yelmo»; y que la princesa «se *había vuelto* una doncella particular» ó «*convertido en* una dama particular», como anteriormente había dicho Sancho en aquel capítulo (III, 113). III, 316, 317.

Vos y *tú.*—«En casa *os* la mostraré».—Nuestro escudero, alborozado y lleno de las ideas de lo que tiene que decir á su mujer, le habla unas veces de «*vos*» y otras de «*tú*». Esto indica que el tratamiento de «*vos*» no siempre arguía superioridad en quien lo daba; pero era de más ceremonia que el de «*tú*», aunque no llegaba al de «*vuesa merced*», que era ya decididamente de consideración y respeto. No era mucho el que gastaba Sancho con su *ósilo* (I, 168), cuando, para manifestarle que no era extraño que no entendiese sus anuncios, le decía que «no era la miel para la boca del asno». III, 527.—«De echarnos un «*vos*» nuestras señoras». —El «*vos*» sustancialmente es el tratamiento de «*tú*», porque, al cabo, «*vos*» es el mismo pronombre «*tú*», en plural. Este tratamiento venía á ser un medio entre el «*tú*» y el «*vuestra merced*». Entonces, como ahora, el «*tú*» denotaba, ó una gran superioridad en quien lo daba, como cuando se dirigía á criados ó á personas de baja esfera, como Don Quijote á Sancho, ó indica también superioridad y cariño,

como de padres á hijos, ó sólo cariño y gran familiaridad, como entre hermanos, esposos y amigos. Así, en la novela de *El curioso impertinente* se llaman de «*tú*» los dos amigos Anselmo y Lotario. El tratamiento de «*vuestra merced*» era común de cortesía y consideración entre iguales, y aun de respeto hacia los superiores; así como ahora su abreviatura «*usted*», que le ha sustituído, indica poca ó ninguna familiaridad entre los que usan de él. Pero el tratamiento de «*vos*», suprimido ya del todo por nuestros usos actuales, denotaba generalmente en tiempo de Cervantes la inferioridad de aquel á quien se dirigía, y aun por eso dijo Covarrubias que «no todas veces era bien recibido con su término honesto y común á todos». En el cap. 5.º del libro primero del *Persiles* se lee el pesado lance que Antonio tuvo con un caballero, paisano suyo, que le trató de «*vos*», y por aquella relación parece que sólo tenían derecho para usarlo respecto de personas decentes é hidalgas los que disfrutaban para sí el tratamiento de «*señoría*». De todo lo cual se deduce que el «*vos*», cuando no era recíproco, era humillante, si no injurioso. Últimamente, el «*vos*», sin indicar superioridad, á veces excluía la familiaridad, como se infiere de lo que se dice en el cap. 51, primera parte (III, 50), del soldado Vicente de la Roca..... «que con una no vista arrogancia hablaba de «*vos*» á sus iguales y á los mismos que le conocían».—Los reyes y los infantes de Castilla trataban á los grandes de «*vos*» reinando Felipe IV. Los deudos de la Casa real, aunque gozasen de las prerrogativas de infante, les daban precisamente «*señoría*».—Véase la Nota para más citaciones y ejemplos: V, 313, 314.—Véanse también otras dos Notas: IV, 98, 160.—Véase *Vuestra merced*.

Voto á tal, voto á Dios, por vida de tal, cuerpo de tal, etc.—Expresiones de juramento, enfado y amenaza. I, LIV (Prólogo); II, 218, 269; III, 320 (1); IV, 8, 176.—«*Voto á Rus*». V, 29.—«*Voto al sol*». V, 439.—«*Voto á tal*, Don Patán». V, 450.—«*Nora en tal*». VI, 275.—Véanse las Notas.—Véanse *Cuerpo de tal* y *Tal*.

Vuelo (El) sin alas de Sancho.—Este vuelo de Sancho no era cosa nueva, ni existente sólo en la imaginación de Cervantes. La misma burla hizo á Estebanillo González el duque de Medina de las Torres en la galera en que ambos navegaban desde Nápoles á España, como lo cuenta aquel juglar en el tomo II, cap. 4.º, pág. 172. VI, 300.

Vuestra merced (Usted, Vmd., Vd. ó V.)—Modo de tratamiento decididamente de consideración y respeto. III, 527; V, 313.—Véase *Vos* y *tú*.

Vulcano.—«El dios de las herrerías para el dios de las batallas».—Don Quijote habló con equivocación del yelmo que suponía hecho y forjado por Vulcano para Marte. Las armas fabricadas por el dios de los herreros, que menciona la fábula, son las que á ruego de sus madres hizo para Memnón, hijo de la Aurora, para Aquiles, hijo de Tetis, y para Eneas, hijo de Venus. Vulcano no fabricó para Marte otra cosa que una red de hierro, tan sutil como las telarañas, con la que le hizo la pesada burla que Demodoco cantó al son de la cítara en la *Odisea* (lib. 8). II, 154, 155. —«Si, como son hechas (las redes) de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte». La red que, según la fábula, fabricó Vulcano era de diamante. Así Higino, citado por Bowle, y parece que Cervantes hubo de ignorar esta circunstancia, pues, sabiéndola, debió decir: «si fueran de durísimos diamantes, como aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte». Fué mucho que no le ocurrió á Don Quijote citar la aventura de Astolfo cuando á orillas del Nilo llegó adonde Caligorante tenía tendida la red con que cogía á cuantos pasaban. Cuenta Ariosto que ésta era la mis-

ma red con que Vulcano había cogido á Venus y á Marte *(Orlando furioso*, canto 15).—Véase la Nota para más pormenores. VI, 174, 175.

Wamba (El rey).—Véase *Vamba* ó *Wamba (El rey).*

X.—«La *X* no le cuadra, porque es letra áspera» (el abecedario amoroso de Leonela).—Reducido entre nosotros el oficio de esta letra á ser mera cifra de la *c* y *s*, no queda ya pretexto para llamarla áspera: ni en tiempos antiguos se la podía llamar así sin alguna limitación, porque solía alternar con la *s*, como en «*xilguero*» y «*silguero*», «*Ximón*» y «*Simón*», siendo sabido que cuando llevan *x* las palabras castellanas derivadas del latín, sus primitivas tienen *s*, como se verifica en «*passer*» y «*páxaro*», «*sapo*» y «*xabón*», «*simius*» y «*ximio*», «*vesica*» y «*vexiga*», «*tósigo*» y «*toxicum*». Esto aun cuando la *x* conservaba la pronunciación gutural; pero otras veces conservó el sonido suave, como en «*máximo*» y en «*próximo*», por «cercano», y generalmente cuando la *x* no era la primera letra de la sílaba; como en «*examen, exceso, axioma, exequias, oxte, moxte*». Finalmente, en el tiempo mismo que solía pronunciarse la *x* guturalmente, las personas que se preciaban de oído delicado, pretendían que su sonido no era tan profundo y áspero como el de la *j*. III, 51.

Xanto.—«Las dulces aguas del famoso *Xanto*».—Río de Troya, celebrado por Homero y Virgilio, que fluye del monte Ida, y es el mismo que el Escamandro. II, 76.

Xerifes.—Es notorio que entre los mahometanos no hay más nobleza de extracción ó de nacimiento que la de los descendientes de Mahoma, que lo son por Fátima, única hija que tuvo y casó con el califa Alí, uno de sus sucesores. Éstos gozan del privilegio de llevar el turbante verde, y llevan el nombre de «*xerifes*». III, 176.

Xo, que te estrego.—«*Xo*», interjección con que se detiene y aquieta á las caballerías, así como se las excita á andar, con el «*arre*». Debe escribirse «*xo*», y no «*jo*», que se pronuncia de otro modo. El antiguo refrán «*xo, que te estriego*» se halla ya en la colección del marqués de Santillana, y sindica á los que se niegan á recibir el bien que se les quiere hacer, á manera de la bestia que resiste los halagos de quien la rasca. En boca de nuestra labriega es irónico, y tilda la importunidad del obsequio con que se la detenía. IV, 177.—Véase *Jo.*

Y.—«*Y* aunque Don Quijote se la tenía», etc., etc.—La repetición de la conjunción «*y*», usada con oportunidad, suele tener gracia en castellano; pero no sucede esto aquí, donde la repetición produce la languidez y el arrastramiento, digámoslo así, del discurso. No parece sino que Cervantes pensaba concluir en cada coma el período, y que ocurriéndole entonces otra cosa, la iba añadiendo sin más enlace que la conjunción, á semejanza de los «*y porqués*» de nuestros antiguos leguleyos. V, 470.

Y así fuera en cuanto á Don Quijote.—«Esta extraña visión (de los encamisados) á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo, *y así fuera en cuanto á Don Quijote*, que», etc.—Expresión inútil y aun sin sentido. Pudiera creerse que en el original se quedaron sin borrar por distracción ó por olvido algunas palabras de las que el escritor tuvo intención de suprimir. II, 97. (Al autor de este ÍNDICE le parece que todo sería claro, si se leyera: «*y así fuera en cuanto á Don Quijote*, si éste fuese otro que él»).

Y darle.—«Que con decir «somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno», se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, *y darle*».—

Expresión ó fórmula del estilo familiar, con que se reprende la tenacidad ó repetición de algún defecto. Otras veces se dice *«y dale que le darás»*. VI, 22.—Parece que esta última parte de la sentencia viene á ser lo mismo que «y no gemidicos y lloramicos *sin término*».

Yangüeses (Unos arrieros).—Del distrito de Yanguas, de la provincia de la Rioja, entre Logroño y Santo Domingo de la Calzada. (Arrieta.) II, 3 (t).

Yantar.—«Cualquiera *yantaría* yo».—«*Yantar*» es «comer»: y al mismo tiempo es nombre, y significa con especialidad «cierta contribución que antiguamente se pagaba á los reyes por razón de provisiones para sus viajes». Como verbo y como nombre ocurre con frecuencia en nuestras crónicas, códigos y poesías primitivas. Propiamente significaba «desayuno», *jentaculum*, como dice Covarrubias: y aquí bien podía usarlo con oportunidad Don Quijote, «como aquel que en todo el día no se había desayunado» (I, 36). I, 38.

Yelmo.—Era la armadura completa de la cabeza: en francés, *heaulme*, de donde se deriva. III, 313.—Véase *Mambrino (El yelmo de)*.

Yo y este hombre.—Ahora se miraría como de mala educación decir *«yo y éste»*, y se dice *«éste y yo»*.—Entre los romanos la costumbre era contraria á la nuestra: decían *ego et hic*; y, á la verdad, parece este uso más conforme á la razón. V, 410.

Zaharrón.—Véanse *Botarga* y *Moharracho*.

Zahorí.—Sancho dice de su señor, «que es *zahorí* de las historias».—Descubridor, investigador ó averiguador. (Arrieta.) V, 128 (t).

Zalá.—Es la oración ó preces religiosas usadas entre los discípulos del Alcorán. III, 194, 209, 210.

Zalema.—Covarrubias dice que «hacer *zalemas*» es hacer reverencia afectadamente.—«*Zalema*» se derivó, al parecer, de «*zalá*», que es la oración ó preces religiosas entre los mahometanos, por las contorsiones y gestos afectuosos con que las acompañan: y de aquí «*zalamería*», demostración exagerada de blandura y cariño, y «*zalamero*», el que acostumbra hacerlas. Véase la Nota: III, 189; V, 418.—Véase *More turquesco*.

Zamarro de dos pelos.—Quiere decir vestido de pieles que han sido ya esquiladas, las que, por haber perdido de este modo su primitivo pelo fino y suave, lo tienen ordinario y áspero. VI, 90.

Zamora (No se ganó) en un hora.—Refrán con que se significa, según el Diccionario, que las cosas grandes y arduas necesitan de tiempo para ejecutarse ó lograrse, y al que hubo de dar origen la obstinada resistencia que experimentó el rey D. Sancho II de Castilla en el cerco de la ciudad de Zamora, que pretendía quitar á su hermana Doña Urraca: cerco que duró aun después de haber sido muerto el rey á traición por Bellido Dolfos, hasta que la misma Doña Urraca se puso en manos de su hermano D. Alonso VI, que sucedió al difunto. VI, 415.

Zampoñas.—Véase *Pastorcillo, tú que vienes*, etc.

Zancadilla.—*Armar zancadilla:* expresión proverbial que se aplica al que forja algún enredo en que otro tropiece y se pierda. VI, 224, 366.

Zánganos.—«Que la gente baldía y la perezosa es en la república lo mesmo que los *zánganos* en las colmenas».—La holgazanería é inutilidad de los *zánganos* han pasado en proverbio: sin embargo, se sabe ya que sirven para lo más importante, que es la reproducción de la especie. ¡Sin duda que la sabiduría humana habría creído hallar error ó descuido en la Providencia al disponer la república de las abejas! VI, 6.

Zanoguera (D. Juan).—Este caballero asistió en la toma del

Peñón de Vélez el año 1564, y en la primera campaña de mar que el de 1568 hizo D. Juan de Austria sobre las costas de África. Después de haberse perdido La Goleta y el fuerte, entregó por capitulación la torre de que aquí se habla, y que se le había encomendado con setenta hombres de guarnición. III, 167.

Zapata (D. Luis).—Véase *Carlo (El) Famoso.*—[II, 461.]

Zapateadores (Las danzas de).—Véase *Zapatear.*

Zapatear.—Dice Covarrubias que «*zapatear*» es «bailar dando con las palmas de las manos en los pies sobre los zapatos al son de algún instrumento, y el tal se llama «*zapateador*». Era baile usado de gente rústica, y así no fué extraño que Camacho tuviese gran prevención de ellos en su aldea. Ésta es la distinción que se hacía entre «*zapatear*» y «*danzar*», que era propio de gente cortesana. Hallándose Don Quijote en Barcelona, y quedando rendido de tanto bailar en el sarao de casa de Don Antonio Moreno, le decía Sancho: «si hubiérades de *zapatear*, yo supliera vuestra falta, que *zapateo* como un girifalte; pero en lo del *danzar* no doy puntada» (VI, 275). IV, 354.

Zapatos.—«*Zapatos* cuadrados á uso de corte».—Dícese que el duque de Lerma, para disimular los juanetes, que tenía grandes, introdujo los zapatos cuadrados: los cortesanos, según costumbre, hubieron de imitar el modelo del favorito. V, 11.—«Y encerados los *zapatos*». La cera de los zapatos sería la *pantalia* de que se habla luego en el capítulo 44 (V, 382). IV, 324.—«*Dar pantalia á los zapatos*». «*Pantalia*» parece ser el «*cerote*», del que dice Quevedo que reparaba los «desmayos del calzado». Esto será lo mismo que «*dar humo á los zapatos*», como se dijo en el cap. 2.º de esta segunda parte (IV, 39), lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres, usando betunes que dan lustre y hermosean el calzado, y en cuya composición suele entrar también el humo ó polvos de zapatero. V, 382.—«*Zapatos picados*».—«*Picados*» quiere decir «labrados con agujerillos ó cortaduras sutiles», como se usaron en algún tiempo entre damas y galanes, y por eso se contraponen á las «*alpargatas*», calzado de labradores y gente rústica. VI, 91.—Véase *Alpargatas.*

Zaquiel (El familiar (demonio)). V, 330.—Véase *Torralva (El licenciado).*

Zaragoza (El viaje de).—El motivo que tuvo Cervantes para alterar esta circunstancia de su plan. III, 529, 530; IV, 184; VI, 156, 218 (t).

Zarandajas.—Menudencias, cosas menos principales: sólo se usa en plural. V, 1; IV, 450 (t).

Zarzas (Como la lana entre las).—Mala comparación. La lana no se conserva, sino que se despedaza y disminuye entre las zarzas. Si se hubiera dicho «*como la rosa entre las espinas*», la comparación hubiera sido más exacta. V, 417.

Zas.—«Y de un revés, *zas*».—Especie de interjección, palabra que expresa por onomatopeya el sonido del golpe que se da, y el golpe mismo. Véase la Nota: III, 111.

Zocodover (La plaza de).—Véase *Segovia (Azoguejo de).*

Zocos (Andar de) en colodros.—Significa salir de un peligro y entrar en otro mayor, que es lo de «Escila y Caribdis», puesto en rústico. II, 61.—Véase *Ceca (De) en Meca.*

Zoltanís.—Esta palabra es adjetivo derivado de «*sultán*» ó «*soldán*», que equivale á «rey», y, por consiguiente, significa «reales». En rigor, según lo pide la analogía, debiera decirse entre nosotros «*zoltanies*», como ya en otra Nota se dijo de los «*cianíis*» (III, 188). El *zoltaní* valía algo más que treinta y seis reales y medio de nuestra moneda actual. Salvá dice que «se labraba sólo en Argel, y valía poco menos de dos pesos fuertes». III, 218.

Zoraida.—Es nombre propio de mujer, diminutivo de «*Zahi-*

ra» ó «*Zohraita*», que significa «Florencia, Florencita». (Nota de la Academia Española.)—«Lela *Zoraida*».—Véase *Lela* ó *Lel-la*. III, 124.—«*Zoraida*», diminutivo de «*Zara*» ó «*Zahara*», que significa «flor» según los inteligentes. III, 200.—Hija de Agi Morato: su fuga con los cristianos, y el modo brutal con que le trataron al padre. III, 234.—Véase *Agi Morato*.

Zoroastes.—Según se cree, fué un antiquísimo rey de Bactra en la Persia, y vulgarmente se le atribuye el principio de la magia.—Véase la Nota: III, 360.

Zuecos y chapines.—«Si de los *zuecos* la sacáis á *chapines*».—«*Zuecos*», calzado de madera, usado de gente pobre, especialmente en los países de muchas nieves y hielos.—«*Chapin*» era calzado de señoras y mujeres principales: tenía las suelas de corcho, y servía para defender de la humedad. Con ello se aspiraba también á hacer mayor la estatura. IV, 89.

Zulema.—«La gran cuesta *Zulema*, que dista poco de la gran Compluto».—Véase la Nota: II, 443.—Véase *Compluto (La gran)*.

Zurdo.—«Ó ser *zurdo*».—Compara aquí Cervantes esta falta con la de no saber leer, y la atribuye á mala educación. V, 362.—Véase también la Nota.

VERSIONES AL INGLÉS.

PÁGS. 169 Y 170.

ES DE VIDRIO LA MUJER.

REDONDILLAS PUESTAS POR CERVANTES EN BOCA DE LOTARIO.

Woman; reckless, is like glass;
But one should not try to see
If it may not broken be,
For all is possible, alas!
To break it is so easy too;—
And tis not wisdom to expose
To chance of fracture what one knows
Can never be rejoined, as new.
To this opinion let all hold:—,
It is most true, and sage, and sound:—
If Danaes in the world are found,
There is no lack of Showers of Gold.

C. F. B.

Á LA BELLEZA DE LAS MUJERES

POR D. JUAN DE IRIARTE.

Though in the mirror ladies look,
Quite often as they pass;
Yet in the glass they never see
Their beauty is of glass.

C. F. B.

PÁG. 281.

COPLAS DE D. JORGE MANRIQUE.

ESTANCIA 1.ª

O let the soul her slumbers break,
Let thought be quickened, and awake,
Awake to see
How soon this life is past and gone,
And death comes softly stealing on,
How silently!
Swiftly our pleasures glide away,
Our hearts recall the distant day
With many sighs;
The moments that are speeding fast
We heed not, but the past—the past—
More highly prize.

H. W. LONGFELLOW.

PÁG. 480.

EPITAFIO DE SERAFÍN AQUILANO.

Here Serafino lies: Friend now depart:—
For only having seen the stone that shuts him in,
Sufficient deblor to thine eyes thou art.

C. F. B.

ERRATAS Y CORRECCIONES.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
x	20	INDICE	ÍNDICE
xi	3	sayaghes	sayaguás
2	26	*polliglota*	*poliglota*
3	1	V,	VI,
4	4	191, 199.	191-193.
6	3	pedido de comer	convidado á comer
7	22 y 23	Véanse *Tagarninas* y *Pirultanos*.	Véase *Tagarninas y pirultanos*.
8	11	164, 166.	164-166.
10	26	V,	VI,
11	24	II,	III,
id.	32	Véante	Véase
12	última	*Algún si es no es*.	*Algún es no es*.
13	11	un modo	una manera
id.	12	está molido	estar molido
id.	23	y que ya no es	y ya no es
14	9 y 10	espirar.	expirar.
15	27	97, 110.	97-110.
17	10	V,	VI,
id.	12 y 13	está al placer	es la voluntad
18	3	de libros	de los libros
id.	5	I,	II,
id.	26	excepciones	salvedades
20	14	242, 244.	242-244.
id.	23	á los *alcances*.	*en los alcances*.
21	4	*Augeo*	*Anjeo*
23	30	el apetito	al apetito
26	4	V	VI
id.	21	III, 81	(Suprímase)
id.	26	(*La Pastoral*)	(*La pastoral*)
id.	27	de Cervantes	de la memoria de Cervantes
id.	28	menciona	mencionaba
30	21	proverbios como	proverbios, como
31	33	35, 38.	35-38.
33	30	, 192.	; IV, 192.
34	6	los hierros (por *yerros*)	los (hierros, por *yerros*)
35	18	III,	II,
36	19	de locos	de los locos
id.	31	de vino	del vino
41	10	*por*).	*por las*).

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
41	26	Véanse *Tanda y Tonda azteca*.	Véase *Tanda y tonda azteca*.
42	4	Sería alguna	Sería quizá alguna
42	28 y 29	monstruosa hija.	monstruoso hijo,
45	22	Barahona.—	Barahona.—VI, 48.—
46	21	para	à
50	4	*Beliouis*	*Beliouis*
id.	5	216, n.	216 y n.
51	14	338.	388.
55	8	(*Puerto en*).	(*Puerto de*).
id.	30	[315.	[I, 315.
57	23	*Bradafidel*	*Brandafidel*
id.	31	V,	VI,
60	18	*Venial*	*Venial*
67	4	del jinete que va à caballo,	del jinete, que va à caballo,
id.	25	(*D. Pedro de*).	(*Pedro de*).
69	6	de Croppart y de	y de Croppart y el
70	29	de Argamasilla.	de la Argamasilla.
71	3	Lacio. Cuando	Lacio, cuando
id.	4	ganados,	ganados.
id.	16	en tiempos	en tiempo
id.	23	ir por	*y ipor*
80	24	Véase *Grisóstomo* (*Tenía*	Véanse *Grisóstomo, Tenía*
id.	25	etc.)	etc.
id.	27	se	lo
87	18	el esclavo Uchali	el esclavo de Uchali
id.	30	en	de
88	7	palebras	palabras de
91	23	distante	distantes
92	17	*Capacete*,	*Capellina ò capacete*,
96	8	366,	396,
99	32	común	tan común
107	20	V,	VI,
id.	26	su	los
109	16 y 17	(Ticknor,	(Ticknor, trad. de Gayangos,
id.	18	tiempos	tiempo
110	1	escrito	escritos
115	21	cadalso.	cadahalso.
121	7	XI, v. 5, 62)	XIV, v. 62)
id.	9	espirar	expirar
126	25	Yo	Te
136	5	403-404	403, 404
143	6	*dirate*,	*dirète*,
150	6	Asimismo	Asimismo
151	10	387.	387.—[II, 97 y n.]
154	5	otros méritos	otro mérito
159	24	XILX,	XLIX,
169	1	*errate*	*errate*
179	23	diciendo:	diciéndose:

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
179	última	gobernase	gobernare
182	18	Aviano	Avieno
183	28	Godofredo	Godofre
188	13	de los *fieros brazos*	el de los *fieros brazos*
189	4	directa	discreta
id.	20	absolverle	asolverle
190	15	pasaba	pasaban
id.	26	títulos	título
191	20	319.—	319.—Véase *T. E.*
195	13	53.	53—
199	12	y de vinos	y vinos
202	15	*Golias*	*Gollos*
217	19	de Hércules	del Hércules
id.	20	*Velez Málaga*	*Vélez-Málaga*
id.	última	V, 136;	V, 136, 361;
225	12	allende	Allende
id.	18	caballería	caballerías
227	5	V,	VI,
id.	6	trástulo	trastulo
233	18	*hubieren*	*hubieran*
235	6	saben, tenía	sabe, tenían
236	13	facilidad	felicidad
241	1	443	442
243	31	Orbigo	Órbigo
244	16 y 17	*Arnes*	*Arnés*
250	33	debe ser	debe de ser
253	20	*Fuentes*	*Fuente*
id.	29	*de encaje*	*del encaje*
254	1	*Marien*	*Marifu*
256	12	favorito	favorecido
259	12	*Magdalena*	*Madalena*
279	20	376	377
289	15	à quien	à que
290	3	IV	VI
291	2	*indicantes*	*judicantes*
293	21	*ya*	30
296	24	13	73
301	25	¿Católicos?	¿Católicas?
316	8	de Trifaldi	de la Trifaldi
318	5	mozi gente	gente moza
322	9	470	420
328	2	225.	225.—[III, 201, n.]
333	4	2.°	II
id.	20	1.	1.—[II, 119 y n.]
id.	20	(Prólogo).	(Prólogo).—[I, 129-122 y n.]
335	21	III	III
341	22	*quemada*.	*quemada*.—[I, 216; III, 205.]
id.	29	*Juan*.	*Juan*.—[III, 49.]

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE
346	6	egipcios,	egipcios.
347	25	419-420.	419, 420.—[I, 121; II, 23, notas.]
355	3	118.	118.—[I, 211.]
371	14	pastorll	pastoral
372	24	IV	VI
376	11	demandnda	desmandada
377	16	*golfe*	*golpe*
386	22	131.	131.—[I, 61, n.; II, 230, n.]
393	23	210.	250.
396	18	explró	explicó
409	33	mofa	su mofa
414	12	que eclesiástico	que el eclesiástico
420	21	41	49
426	1	*salen*	(*salen*)
18	11.	médicos,	(médicos)
18.	20	Cómo	Como
431	26	167	137
432	25	*Reencuentros*	*Reencuentro*
435	30	*Caballerías.*	*Caballerías.*—[I, 219.]
442	35	28.	28, n.
445	23	191, 193	191-193
447	32	371, 853	371-383
459	2	449	433
461	32	VI	IV
466	5	21	121
476	26	*Sempre*	*Siempre*
478	7	llamian	llama
491	22	*llasras*	*barras*
492	11	IV	VI
493	3	VI	IV
504	13	por *sujeto*	por dar *sujeto*
514	12	ejecutarla.	ejecutarlos.
519	27	en contrario	el contrario
524	30	18	58
538	26	un toledano	el toledano
545	11	II	III
553	32	158	159
555	5	dorada.)	dorada.) I, 231.
577	19	VI	IV
583	3	cámpos	campo
584	19	*Gil.*	(*Gil*).

La remisión á *Mr. Ticknor's History of Spanish Literature, edition of* 1863, 3 vols., que está al fin del art. *Asociarse* y dice [I, 458-461, etc.], corresponde al art. *Acedía;* la que está en *Águila blanca* y dice [II, 297-300, etc.], á *Aguilar (Gaspar de).*

En la pág. 83, al fin del art. *Carrasco*, añádase: Véase el *Quijote*, edición de Sales, vol. II, pág. 443.

El art. *Ley del encaje*, que está después de *Leguas*, debe ir detrás de *Levar*.